

KAT ZHANG

LO QUE  
QUEDA  
DE

Mi

Lectulandia

Addie y Eva son dos hermanas que están tardando en asentarse, para gran preocupación de sus padres. Así que cuando Addie da muestras de convertirse en el alma dominante, todos sienten un gran alivio. Sin embargo, Eva nunca llega a desaparecer. Su cuerpo no le obedece, pero ella sigue allí, y solo Addie lo sabe. Y, cuando descubre que existe la posibilidad de volver a caminar, a reír, a cantar... Se aferra a ella con todas sus fuerzas.

**Lectulandia**

Kat Zhang

# **Lo que queda de mí**

**Las Crónicas Híbridas - 1**

ePub r1.0

Edusav 09.12.13

Título original: *What's left of me*  
Kat Zhang, 2012  
Traducción: Sonia Fernández Ordás  
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Querido lector:

Imagina que tienes una hermana gemela. Una persona idéntica a ti y alguien con quien lo compartes todo.

Incluso tu propio cuerpo.

Imagina un mundo, un mundo como el nuestro, en el que cada persona nace con dos almas en su interior. Dos mentes que se turnan para controlar un solo cuerpo, hasta que una de las personalidades se impone sobre la otra, que, simplemente, desaparece. En ese mundo, a este proceso lo llaman «asentarse», y es lo que se espera de todos.

Imagina ahora que aquellos que no logran asentarse se convierten en los temidos híbridos, perseguidos y encerrados en siniestras instituciones de las que nunca vuelven a salir.

Las hermanas Addie y Eva temen que este sea el futuro que les aguarda al darse cuenta de que están tardando más en asentarse que el resto de jóvenes de su edad. Pero, para alivio de sus padres y profesores, al final Addie se impone, y Eva desaparece.

Pero ¿y si Eva tuviera una posibilidad de recuperar el control de su cuerpo, aun sabiendo que eso las convertirá en híbridos y que pondrá en peligro a su familia?

Lo que queda de mí se ha publicado ya en más de diez países y lleva más de cincuenta mil ejemplares vendidos en Estados Unidos.

La novela, además de leerse de un tirón, nos plantea un fascinante dilema moral y nos invita a reflexionar sobre cuestiones como nuestra identidad o la relación que tenemos con nuestro propio cuerpo.

¿Estás preparado para enfrentarte a los híbridos?

*A mis padres, en agradecimiento por todo lo que me han enseñado sobre la vida.*

## PRÓLOGO

Addie y yo nacimos en un mismo cuerpo, con los dedos intangibles de nuestras almas entrelazados antes incluso de respirar por primera vez. Nuestros primeros años juntas fueron también los más felices. Luego llegaron las preocupaciones; el rictus de ansiedad de nuestros padres, el ceño fruncido de nuestra maestra en la guardería, la pregunta que todos formulaban en voz baja cuando creían que no oíamos:

«¿Por qué no se “asientan”?»

Asientan.

Intentamos pronunciar aquella palabra con nuestra boca de niña de cinco años, para probar cómo sonaba.

«A cien tan».

Sabíamos lo que quería decir. Más o menos. Significaba que una de nosotras tenía que asumir el control. Significaba que la otra tenía que desaparecer. Ahora sé que significa mucho, mucho más que eso. Pero a los cinco años, Addie y yo todavía éramos ingenuas, todavía inconscientes.

El barniz de la inocencia comenzó a desgastarse en primero de primaria. Y nuestra orientadora, con su pelo canoso, terminó de desprender lo que quedaba de él.

—Asentaros no tiene que daros miedo, cariñitos —decía mientras mirábamos sus labios finos y rojos de carmín—. Ahora parece que sí, pero le pasa a todo el mundo. El alma recesiva, sea cual sea de vosotras dos, simplemente... se quedará dormida.

Jamás mencionó cuál de las dos pensaba ella que iba a sobrevivir, pero tampoco hacía falta. Ya desde que estábamos en primero, todo el mundo creía que Addie había nacido siendo el alma dominante. Nos movía a la derecha cuando yo quería ir a la izquierda, se negaba a abrir la boca cuando yo quería comer, gritaba «No» cuando yo me moría de ganas de decir «Sí». Era capaz de hacerlo todo casi sin esfuerzo, y a medida que pasaba el tiempo, yo fui perdiendo fuerza mientras ella adquiría más control.

Pero a veces yo conseguía defender mi voluntad, y la imponía. Cuando mamá nos preguntaba qué tal nos había ido el día, hacía acopio de fuerzas para contarle mi versión de las cosas. Cuando jugábamos al escondite, yo la obligaba a escondernos detrás del seto en lugar de correr a librarnos. A las ocho, era yo la que tiraba de las dos para llevarle el café a papá.

Cuanto más declinaba mi fuerza, con más rabia escarbaba en busca de los restos de la que aún tenía, me rebelaba en todos los sentidos, intentaba convencerme de que no iba a desaparecer. Addie me odiaba por ello, pero yo no podía evitarlo. Recordaba la libertad que había tenido antes; nunca completa, por supuesto, pero me acordaba de cuando todavía podía pedirle a mi madre un vaso de agua, o un beso cuando nos caíamos, o un abrazo.

*Suéltame, Eva, se quejaba Addie cada vez que discutíamos. Suéltame. Desaparece de una vez.*

Y durante mucho tiempo creí que eso acabaría por ocurrir antes o después.

Fuimos al primer especialista a los seis años. Especialistas que eran mucho más agresivos que la orientadora del colegio. Especialistas que nos hacían pequeñas pruebas, pequeñas preguntas, y luego presentaban una no precisamente pequeña factura. A la edad en que nuestros iguales llegaban a asentarse, Addie y yo ya habíamos pasado por dos terapeutas y cuatro medicaciones diferentes, todas destinadas a hacer lo que la naturaleza ya debería haber hecho: librarse del alma «recesiva».

Librarse de mí.

Nuestros padres sintieron un gran alivio cuando dejamos de pelearnos, cuando los médicos les presentaron informes positivos. Intentaban que no nos diéramos cuenta, pero los oíamos susurrar «por fin» entre suspiros cuando salían de nuestro cuarto tras darnos el beso de buenas noches. Durante años, yo había sido como una espina para nuestro entorno, un secretillo sucio que no era tan secreto. Las niñas que no había manera de que se asentaran.

Nadie supo nunca cómo, en plena noche, Addie me dejaba salir y pasearme por la habitación con mis últimas fuerzas, tocar los cristales de la ventana y llorar con mis propias lágrimas.

*Lo siento*, susurraba ella entonces. Y yo sabía que lo sentía de verdad, a pesar de todo lo que me hubiera dicho antes. Pero aquello no cambiaba las cosas.

Estaba aterrorizada. Tenía once años, y aunque llevaba toda mi corta vida oyendo que lo natural era que el alma recesiva desapareciera, no quería marcharme. Quería vivir otros veinte mil amaneceres, otros tres mil veranos calurosos junto a la piscina. Quería saber cómo era un primer beso. Otras almas recesivas habían tenido la suerte de desaparecer a los cinco o seis años. Sabían menos cosas.

Quizá por eso las cosas salieron como salieron. Quería vivir, lo ansiaba desesperadamente. Me negaba a desaparecer. No me desvanecí del todo.

Mi control motriz desapareció, sí, pero yo me quedé atrapada en nuestra mente. Escuchaba, veía, aunque paralizada.

Solo lo sabíamos Addie y yo, y Addie no pensaba decir nada. Para entonces ya estábamos al corriente de lo que les esperaba a los niños que no se asentaban, que se convertían en híbridos. Teníamos la cabeza llena de imágenes de las instituciones donde nos pondrían a buen recaudo... para nunca volver.

Por fin, los médicos nos dieron el alta definitiva. La orientadora se despidió de nosotras con una sonrisita de satisfacción. Nuestros padres estaban eufóricos. Embalaron todo y nos llevaron en un viaje que duró cuatro horas a otro estado, a otra ciudad, a un barrio donde nadie nos conocía. Donde podríamos ser algo más que la



familia con la niñita esa tan rara.

Recuerdo cuando vi nuestro nuevo hogar por primera vez, cuando eché un vistazo por encima de la cabeza de nuestro hermano pequeño y a través de la ventanilla del coche vi aquella casita blanca de tejado oscuro. Lyle lloró nada más verla, tan vieja y destartalada y con aquel jardín donde la maleza campaba a sus anchas. En medio del aquel follón, con mis padres intentando poner algo de orden, descargando el camión de mudanzas y arrastrando maletas al interior de la casa, Addie y yo nos quedamos solas un momento, solo un minuto, lo suficiente para sentir el frío invernal y respirar el aire gélido.

Después de tantos años, al fin todo era como se suponía que debía ser. Nuestros padres podían volver a mirar a la gente a los ojos. Lyle podía volver a estar junto a Addie en público. Nos pusieron en una clase de primero de secundaria en la que nadie sabía los años que habíamos pasado agazapadas tras el pupitre, deseando hacernos invisibles.

Podían ser una familia normal, con las preocupaciones normales. Podían ser felices.

Podían. Ellos.

No se daban cuenta de que no eran «ellos». Seguíamos siendo «nosotros».

Yo seguía allí.

«Addie y Eva, Eva y Addie» solía canturrear mamá cuando éramos pequeñas mientras nos mecía en brazos. «Mis pequeñas».

Ahora, cuando ayudábamos a preparar la cena, papá solo decía:

—Addie, ¿qué te apetece?

Nadie pronunciaba ya mi nombre. Ya no era Addie y Eva, Eva y Addie. Era solo Addie, Addie, Addie.

Solo una niña, no dos.

# 1

El timbre de salida del colegio nos hizo pegar un respingo en las sillas. Todo el mundo empezó a aflojarse las corbatas, a cerrar los libros de golpe y meter los cuadernos y lápices en las mochilas. El rumor de las conversaciones casi ahogó la voz de la profesora mientras nos informaba a voz en grito sobre la excursión del día siguiente. Addie ya casi había salido de clase cuando le dije: *Espera, tenemos que preguntar a la señorita Stimp lo del examen de recuperación, ¿no te acuerdas?*

*Ya se lo preguntaré mañana*, respondió mientras se abría paso por el corredor hacia la salida. Nuestra profesora de historia siempre parecía saber el secreto que guardábamos, se pellizcaba los labios y nos miraba con el ceño fruncido cuando creía que no la veíamos. Quizá no eran más que paranoias mías. Pero quizá no. De todos modos, no sacar buenas notas en su asignatura no nos traería más que problemas.

*¿Y si no nos deja?*

Todo el colegio se había convertido en un puro estrépito: taquillas que se cerraban ruidosamente, risas y exclamaciones, pero yo oía perfectamente la voz de Addie en el silencioso espacio que unía la mente que compartíamos. Allí reinaba la paz, de momento, aunque noté su enfado incipiente como una mancha negra en una esquina: *Lo hará, Eva. Siempre nos deja. No seas pelma.*

*No lo soy. Pero es que...*

—¡Addie! —llamó alguien a gritos, y Addie se giró ligeramente—. ¡Addie, espera!

Estábamos tan enfrascadas en nuestra discusión que ni siquiera nos habíamos fijado en la niña que nos seguía. Era Hally Mullan, que con una mano intentaba colocarse bien las gafas y con la otra sujetarse los rizos oscuros con un coletero. Se abrió paso a empujones entre un grupo de alumnos apiñados para conseguir llegar hasta nosotras con un exagerado suspiro de alivio. Addie soltó un bufido en silencio, de modo que solo yo pudiera oírlo.

—Mira que andas rápido —dijo Hally con una sonrisa, como si Addie y ella fuesen amigas.

Addie se encogió de hombros.

—No sabía que me estabas siguiendo.

Hally no perdió la sonrisa; era la clase de persona que se ríe hasta en medio de un huracán. En otro cuerpo, en otra vida, no se habría dedicado a seguir a alguien como nosotras por el vestíbulo del colegio. Era demasiado guapa para eso, con aquellas pestañas tan largas y aquella piel color aceituna, la risa siempre a flor de piel. Pero había algo distinto en su expresión, en los pómulos y el perfil de la nariz. Y ello añadía aún más misterio a la aureola que la rodeaba, al halo que anunciaba «aquí pasa algo raro». Addie siempre había guardado las distancias con ella. Ya teníamos

suficientes problemas fingiendo ser normales.

Pero no iba a resultar sencillo zafarnos de Hally. Se acopló a nuestro paso con la mochila colgada del hombro.

—¿Qué, nerviosa por la excursión de mañana?

—Pues no exactamente —respondió Addie.

—Yo tampoco. ¿Tienes algo que hacer hoy?

—Más o menos —respondió Addie con tono indiferente a pesar del humor exultante de Hally, pero nuestros dedos se pusieron a tironear de la blusa con nerviosismo. A principio de curso nos quedaba bien, cuando habíamos comprado los uniformes nuevos para el colegio, pero desde entonces habíamos crecido. Nuestros padres no se habían dado cuenta, con... bueno, con todo lo que estaba pasando con Lyle, y nosotras no lo habíamos comentado.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó Hally.

Addie esbozó una sonrisa forzada. Que nosotras supiésemos, Hally nunca invitaba a nadie a su casa. Lo más probable es que nadie quisiera ir. *¿Es que no es capaz de captar una indirecta?*, dijo Addie, y en voz alta añadió:

—No puedo, tengo que hacer de canguro.

—¿Para los Woodard? ¿Con Rob y Lucy?

—Con Rob, Will y Lucy —dijo Addie—. Pero sí, para los Woodard.

Los hoyuelos de Hally se acentuaron.

—Me encantan esos niños. Vienen siempre a la piscina de mi urbanización. ¿Puedo ir?

Addie vaciló.

—No sé si a sus padres les hará mucha gracia.

—¿Aún estarán en casa cuando llegues? —preguntó Hally, y como Addie asintió con la cabeza, añadió—: Entonces se lo podemos preguntar, ¿no?

*Menuda caradura*, dijo Addie, y yo tenía que darle la razón. Pero Hally sonreía cada vez más, incluso cuando nuestra expresión era cada vez menos amistosa.

*Quizá es que no nos damos cuenta de lo sola que está*, dije en vez de darle la razón.

Addie tenía amigas, y yo al menos tenía a Addie. Hally parecía no tener a nadie.

—Por supuesto, no espero que me paguen —estaba diciendo—. Iré solo para hacerte compañía.

*Addie, dije, deja que venga. Al menos permite que pregunte.*

—Bueno... —respondió Addie.

—¡Genial! —Nos tomó de la mano y no pareció darse cuenta de que Addie se sobresaltaba—. Tengo muchas cosas que contarte.

Al abrir la puerta de los Woodard, vimos el resplandor de la tele; Hally nos seguía

pisándonos los talones. El señor Woodard agarró su maletín y las llaves en cuanto nos vio.

—Los niños están en la sala, Addie —informó, y se marchó a toda prisa, no sin antes añadir—: Llámame si necesitas algo.

—Esta es Hally Mul... —empezó Addie, pero él ya se había ido, dejándonos solas con Hally en el recibidor.

—Ni siquiera se ha fijado en mí —se asombró Hally.

Addie hizo un gesto de fastidio con los ojos.

—La verdad, no me sorprende. Es siempre así.

Ya llevábamos algún tiempo cuidando de Will, Robby y Lucy —desde antes de que mamá pidiese reducción de su jornada laboral para ocuparse de Lyle—, pero a veces el señor Woodard incluso se olvidaba del nombre de Addie. Nuestros padres no eran los únicos en la ciudad que tenían demasiado trabajo y muy poco tiempo.

En la televisión estaban echando unos dibujos animados de un conejo rosa y dos ratones enormes. Lyle también los veía cuando era más pequeño, pero cuando cumplió diez años decidió que ya era demasiado mayor para esas cosas.

Pero por lo visto, cuando tienes siete años aún te pueden gustar los dibujos animados, porque Lucy estaba tumbada en la alfombra y se entretenía balanceando las piernas. Su hermano pequeño estaba sentado a su lado, igual de absorto.

—En este momento es Will —nos informó Lucy sin darse la vuelta para mirarnos.

Los dibujos animados acabaron para dar paso a un anuncio de los servicios públicos de salud, y Addie apartó la vista. Ya habíamos visto bastantes anuncios como aquel. En el hospital al que íbamos ponían uno detrás de otro: hombres y mujeres guapísimos con voces amables y sonrisas simpáticas que nos recordaban que debíamos estar alerta para descubrir híbridos por ahí camuflados que fingían ser personas normales. Personas que se habían librado de ingresar en un hospital. Personas como Addie y yo.

«Simplemente llame al número que aparece en pantalla —decían siempre, al tiempo que lucían sonrisas dignas de anuncio de dentífrico—. Solo una llamada, por la seguridad de sus hijos, de su familia, de su país».

Nunca decían exactamente qué iba a pasar después de aquella llamada, pero tampoco hacía falta. Todo el mundo lo sabía. Los híbridos eran demasiado inestables para dejarlos tranquilos, así que las llamadas darían paso a una investigación, que a su vez en ocasiones acabaría en un registro. Solo las habíamos visto en las noticias o en los vídeos que nos ponían en clase de educación cívica, pero era más que suficiente.

Will se levantó de un salto y se acercó a nosotras, dirigiendo a Hally una mirada de extrañeza y suspicacia. Ella le sonrió.

—Hola, Will. —Se puso en cuclillas a pesar de llevar falda. Habíamos ido a casa

de los Woodard directamente desde el colegio, sin siquiera pasar por casa para quitarnos el uniforme—. Soy Hally. ¿Te acuerdas de mí?

Lucy apartó por fin la mirada del televisor. Frunció el ceño.

—Yo sí que me acuerdo. Mi madre dice...

Will dio un tirón a nuestra falda y cortó a Lucy antes de que terminase la frase:

—Tenemos hambre.

—No pueden tener hambre —dijo Lucy—. Acabo de darles una galleta. Lo que quieren es que les dé otra. —Se puso en pie y vimos la caja de galletas que tenía escondida—. ¿Vas a jugar con nosotros? —le preguntó a Hally.

Hally sonrió.

—He venido para ayudar a Addie.

—¿A cuidar a quién? ¿A Will y Robby? —preguntó Lucy—. No necesitan dos personas.

Se quedó mirándonos como si nos retase a que dijésemos que ella, con siete años, aún necesitaba una canguro.

—Hally ha venido para hacerme compañía —explicó Addie. Levantó a Will y le puso los brazos alrededor de nuestro cuello, con la barbilla apoyada en el hombro. Su fino pelito de bebé nos cosquilleaba la mejilla.

Hally sonrió y le hizo carantoñas con los dedos mientras lo miraba.

—¿Cuántos años tienes, Will? —le preguntó.

El niño escondió la cara.

—Tres y medio —respondió Addie—. Deberían asentarse dentro de un año, más o menos. —Acomodó al pequeño en nuestros brazos y logró que compusiéramos una sonrisa forzada—. ¿A que sí, Will? ¿Os vais a asentar pronto?

—Ahora es Robby —indicó Lucy. Había vuelto a la caja de galletas y mordisqueaba una mientras hablaba.

Todos miramos al niño. Él extendió los brazos hacia su hermana, ajeno a nuestras miradas escrutadoras.

*Tiene razón, dije. Acaban de cambiarse.* Siempre se me había dado mejor que a Addie distinguir a Robby de Will, por mucho que Addie dijera que no. Quizá era porque yo podía prestar más atención, pues no tenía que distraerme moviendo el cuerpo o hablando con la gente. Solo tenía que observar y escuchar y percibir los mínimos detalles que diferenciaban a un alma de la otra.

—¿Robby? —dijo Addie.

El niño volvió a hacer un movimiento para escabullirse y Addie lo dejó en el suelo. Corrió hacia su hermana. Lucy le ofreció lo que quedaba de su galleta.

—¡No! —protestó—. No queremos esa galleta. Queremos una entera.

Lucy le sacó la lengua.

—Will sí se la habría comido.

—¡No! —exclamó.

—Sí. ¿A que sí, Will?

Robby arrugó la cara.

—No.

—No te he preguntado a ti —dijo Lucy.

*Date prisa, dije. Antes de que Robby coja una rabieta.*

Para mi sorpresa, Hally fue más rápida que nosotras. Sacó una galleta de la caja y se la puso a Robby en sus manitas tendidas.

—¿Mejor así? —Volvió a agacharse y se rodeó las rodillas con los brazos.

Robby parpadeó. Sus ojos iban de Hally a la galleta. Luego sonrió con timidez y dio un mordisco a la galleta, con lo cual una cascada de migas cayó en su camisa.

—Dale las gracias —le indicó Lucy.

—Gracias —susurró.

—De nada —respondió Hally y sonrió—. ¿Te gustan las que tienen pepitas de chocolate? A mí sí. Son mis favoritas.

Ligero gesto de asentimiento. Incluso Robby se sentía algo intimidado ante la gente que no conocía. Dio otro mordisco a la galleta.

—¿Y a Will? —preguntó Hally—. ¿Qué galletas le gustan?

Robby medio se encogió de hombros y luego respondió con voz suave:

—Las mismas que a mí.

La voz de Hally sonó aún más dulce cuando volvió a hablar:

—¿Lo echarías de menos, Robby? ¿Si Will se fuese?

—¿Qué tal si vamos a la cocina? —Addie arrebató la caja de galletas a Lucy sin ningún miramiento, provocando con ello un chillido de furia—. Vamos, Lucy, sabes bien que Robby no puede comer en la sala. Tu madre me va a matar si llenáis la alfombra de migas.

Addie dio la mano a Robby y lo apartó de Hally. Pero no fue lo suficientemente rápida y el niño tuvo tiempo de girarse y mirar a Hally, que seguía agachada, para responderle en un susurro:

—Sí.

## 2

Cuando el señor y la señora Woodard llegaron a casa ya estaba oscureciendo; el cielo era como una estela con capas de azul, dorado y melocotón. Addie insistió en darle a Hally la mitad del dinero que le pagaron. Cuando le hice un comentario sobre ello, se encogió de hombros: *Bueno, la verdad es que me ha ayudado más de lo que creía.*

Tenía razón. Tanto Robby como Will —volvieron a cambiarse dos veces más en el transcurso de la tarde— la adoraban. Hasta Lucy nos acompañó a la puerta y preguntó si Hally volvería la próxima vez. Fuera lo que fuere lo que su madre había comentado sobre Hally —a juzgar por la expresión con que la miró cuando volvió a casa, seguro que nada bueno—, Lucy debía de haberlo olvidado.

Nuestras casas quedaban en la misma dirección, así que Hally propuso ir juntas. Echamos a andar al sol del crepúsculo en medio de un aire cargado de humedad y mosquitos. Todavía estábamos en abril, pero una reciente ola de calor había batido récords de temperatura. La humedad del cuello laxo de la blusa del uniforme se dejaba notar en la piel.

Caminábamos despacio y en silencio. La luz mortecina arrancaba algún reflejo rojizo del pelo negro de Hally y hacía que su piel bronceada pareciese aún más oscura. Ya habíamos visto gente con ese color de piel; no muy a menudo, pero sí lo suficiente como para que no nos resultase desconocido. Pero jamás habíamos visto a nadie con aquel corte de cara y aquellos rasgos. Bueno, solo en fotos, y tampoco en demasiadas. Y menos aún habíamos visto a nadie comportarse con Will y Robby como ella había hecho.

Era mestiza. Medio extranjera, aunque había nacido en las Américas. ¿Por eso resultaba tan extraña? Nuestro país ya no permitía la entrada a extranjeros —desde hacía un montón de tiempo—, y todos los refugiados de guerra que habían pedido asilo años atrás habían muerto. Casi toda la sangre extranjera que existía en el país estaba tan diluida que era como una gota en el océano. Pero había grupos, se decía, gente que se había negado a integrarse y que conservaba su pureza de sangre, su «otredad», cuando debería haber abrazado la seguridad que las Américas le brindaban, a salvo de la destrucción que los híbridos provocaban en otros países.

¿Perteneceían a una de esas comunidades los padres de Hally?

—Me pregunto... —empezó Hally, pero se calló.

Addie no sintió curiosidad, iba demasiado absorta en sus propios pensamientos. Pero yo estaba escuchando y esperé a que Hally continuase.

—Me pregunto... —prosiguió tras una breve pausa— me pregunto quién va a ser el dominante cuando se asienten, si Robby o Will.

—¿Mmm? —dijo Addie—. Ah, supongo que Robby. Ya empieza a ejercer un mayor control sobre todo.

—No siempre es quien creemos que va a ser —respondió Hally al tiempo que alzaba sus ojos del suelo. Los pequeños brillantitos de imitación que adornaban la montura de sus gafas reflejaron la luz dorada y destellaron—. Es todo cosa de la ciencia, ¿no? De las conexiones del cerebro y la fuerza de las neuronas. El resultado ya está decidido desde antes de nacer. Eso no se sabe simplemente con observar a la persona.

Addie se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Sí, supongo que sí.

Cambió de tema y se pusieron a hablar del colegio y la última película de éxito hasta que llegamos a la urbanización donde vivía Hally, cercada por una gran verja negra de hierro forjado. Había un chico delgaducho de nuestra edad junto a los barrotes.

Cuando nos acercamos nos miró, pero no dijo nada. Hally hizo un gesto de disgusto con los ojos en cuanto lo vio. Se parecían muchísimo; tenían la misma piel bronceada, los mismos ojos negros y los mismos rizos oscuros. Habíamos oído hablar del hermano mayor de Hally, pero no lo conocíamos. Addie se detuvo a una distancia prudencial de más de diez metros de la verja, así que tampoco en ese momento lo vimos bien.

—Adiós —nos dijo Hally y se encaminó hacia la entrada, sonriendo. El chico introdujo un código en el teclado y la verja se abrió con lentitud—. Hasta mañana.

Addie se despidió con la mano.

—Hasta mañana.

Esperamos hasta casi perder de vista a ambos hermanos antes de reemprender el camino a casa, ya solas. Pero no solas de verdad. Addie y yo nunca estábamos solas.

*¿A qué ha venido todo eso? Addie caminaba como dando patadas al suelo. ¿Invitarla a cuidar a los niños con nosotras? Pero si apenas la conocemos.*

*Ya te lo dije, respondí. Quizá se sienta sola. A lo mejor solo quiere que seamos amigas.*

*¿Así de repente? ¿Después de tres años?*

*¿Por qué no?*

Addie vaciló.

*Bueno, pues no podemos. Y lo sabes, Eva. No podemos ser amigas. No en el colegio. (No donde la gente pudiera vernos). ¿Y a qué vino lo de Robby y Will?*

El enfado de Addie crecía por momentos en nuestro interior. Dejó pasar a un coche que circulaba traqueteando y luego cruzó la calle deprisa.

*¿Y eso de preguntar a Robby sobre Will? ¿Adónde quería ir a parar? Están a punto de asentarse. Si los empiezan a liar quizá se retrasen. Quizá...*

No completó la frase, pero tampoco hacía falta.

Quizá les pasaría lo mismo que a nosotras.



Durante años, nuestros padres se habían vuelto locos intentando averiguar por qué sus hijas no se asentaban de la manera habitual. Le echaban la culpa a todo el mundo, desde nuestra maestra de infantil (demasiado desorganizada) hasta a los médicos (¿por qué nada daba resultado?), incluso a nuestros amigos (¿se habían asentado tarde?, ¿se debía a ellos nuestro extraño comportamiento?). Y en la intimidad de la noche, cada uno culpaba al otro y a sí mismo.

Pero peor que la culpa era el miedo; el miedo a que si no nos asentábamos, llegaría un momento en que tendrían que ingresarnos en un hospital. Habíamos crecido oyendo esa cantinela amenazadora y temiendo la fecha límite de nuestro décimo cumpleaños.

Nuestros padres habían suplicado. Los habíamos oído implorar un poco más de tiempo, solo un poco más, al otro lado de la puerta en los hospitales: «Se producirá. Ya está empezando. Se producirá muy pronto, ¡por favor!».

No sé qué más pasaba detrás de esas puertas. No sé qué pudo convencer al final a aquellos médicos y directivos, cuando mis padres salieron de una sala pálidos y agotados y nos dijeron que sí, que tendríamos más tiempo.

Dos años más tarde, me declararon desaparecida.

Ahora nuestra sombra era alargada y nos pesaban las piernas. Algunos mechones de pelo nos brillaban con un destello dorado a la luz pálida, y Addie los recogió en una coleta floja para apartarlos del cuello; aquel calor no daba tregua.

*Esta noche podemos ver una película, propuse, intentando que mi voz sonara contenta. Casi no tenemos deberes.*

*Bueno, vale, aceptó Addie.*

*No te preocupes por Will y Robby. No les va a pasar nada. A Lyle no le pasó nada, ¿o sí?*

No, respondió. *Ya lo sé.*

Ninguna de las dos mencionó las cosas que sí le habían pasado a Lyle. Los días en que no quería hacer nada excepto quedarse tumbado en la cama medio dormido. Las horas que pasaba cada semana enganchado a la máquina de diálisis, mientras su sangre abandonaba su cuerpo para luego serle reinyectada.

Lyle estaba enfermo, pero no por ser híbrido, y eso marcaba la diferencia.

Seguimos avanzando en silencio, por dentro y por fuera. La neblina oscura y callada de los pensamientos de Addie se deslizaba y se fundía con los míos. A veces, si me concentraba mucho, me parecía captar lo que pensaba. Pero no aquel día.

En cierto modo, me alegraba. Eso quería decir que ella tampoco podía captar mis pensamientos.

Addie no podía saber que yo tenía mucho miedo de que llegara el día en que Will y Robby por fin se asentaran. El día que fuésemos a cuidarlos y encontrásemos la sonrisa de un solo niño.

Lupside, donde llevábamos viviendo tres años, no destacaba en nada. Cada vez que alguien quería alguna cosa que no se pudiera encontrar en el centro comercial o en aquel sucedáneo de supermercado, tenía que ir a la ciudad más cercana, a Bessimir.

Bessimir era conocido únicamente por una cosa: el Museo de Historia.

Addie se rio en voz baja con la niña que tenía al lado mientras toda la clase esperaba de pie y sudando en el exterior del museo. El verano aún no había comenzado a librar la batalla definitiva contra la primavera, pero los chicos ya estaban protestando por los pantalones largos obligatorios, mientras el borde de las faldas de las chicas iba subiendo al mismo ritmo que la temperatura.

—¡Atentos todos! —ordenó la señorita Stimp, con lo cual consiguió que la mitad de la clase se callara y prestara atención.

Para cualquiera que hubiese crecido en aquella zona, visitar el Museo de Historia de Bessimir era casi tan inherente a su vida como ir a la piscina en verano o al cine a ver la película que programaban cada mes. El edificio de tres plantas, que ostentaba el nombre oficial de Museo de Historia de América Brian Doulangier en honor al viejo ricachón que había donado fondos para construirlo, era conocido por todos simplemente como «el museo», igual que si fuese el único del mundo. En dos años, Addie y yo habíamos ido dos veces con dos clases de historia distintas, y en ambas ocasiones terminamos con el estómago revuelto.

Sentí los músculos rígidos y la sonrisa forzada de Addie cuando la profesora nos repartió las entradas. Porque lo llamaran como lo llamasen, el Museo de Historia de Bessimir se centraba en un solo tema, y ese era la historia de la batalla que las Américas habían librado contra los híbridos durante siglo y medio.

El chorro del aire acondicionado al entrar en el edificio nos provocó escalofríos y piel de gallina, pero no deshizo el nudo del estómago. Más allá de la taquilla de las entradas había un gran vestíbulo diáfano desde donde, si levantabas la cabeza mirando al frente, se podían ver los dos pisos superiores. Addie había probado a hacerlo la primera vez que fuimos. Entonces teníamos doce años, y su imagen se nos vino encima y nos aplastó con todo el peso de aquella historia, de todas las batallas, las guerras y el odio.

Ahora nadie levantaba la vista. Los demás porque estaban hartos de verlo, Addie y yo porque no queríamos volver a verlo.

La amiga de Addie la había dejado por otra con ganas de reírse. Addie debería haberla seguido, haberse obligado a sonreír y unirse a las protestas por tener que ir a ver el museo otra vez, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse atrás para ahorrarnos tener que escuchar a la guía.

Yo no dije nada, como si en silencio pudiese fingir que no existía. Como si Addie pudiese fingir, durante una hora, que yo no estaba allí, y que los enemigos híbridos

sobre los que la guía no cesaba de hablar en la Sala de los Revolucionarios no eran como nosotras.

Una mano se posó en nuestro hombro. Addie se volvió para quitársela de encima, pero se contuvo al ver quién era.

—Perdona, perdona... —Hally alzó las manos en son de paz—. No quería asustarte.

Nos sonrió vacilante. Era la única clase en la que coincidíamos, así que a Addie no le había resultado difícil evitarla desde el día anterior.

—No pasa nada. Solo que me has pillado distraída —dijo mientras nos apartaba el pelo de la cara.

Nos estábamos rezagando, pero cuando Addie avanzó para alcanzar al resto de la clase, Hally volvió a ponernos la mano en el hombro. La retiró porque Addie hizo un movimiento brusco, pero preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Un golpe de calor nos recorrió de arriba abajo.

—Sí, claro —respondió Addie.

Nos quedamos un momento en silencio en aquella sala, flanqueadas por los retratos de los héroes más importantes de la Revolución, los fundadores de nuestro país. Aquellos hombres llevaban muertos casi ciento cincuenta años, pero seguían observándonos con el mismo fuego en la mirada, la misma expresión acusatoria, el mismo odio que había ardido en todas las almas no híbridas durante aquellos primeros y terribles años de la guerra, cuando la consigna era exterminar a todos los que en otro tiempo habían ocupado el poder: a todos los híbridos, fuesen hombres, mujeres o niños.

Luego, según dijeron, el conflicto se fue aplacando con el paso de las décadas, a medida que el país ganaba sosiego y confianza y dejaba atrás el pasado. Entonces se permitió a los niños híbridos llegar a adultos, y los inmigrantes pudieron volver a pisar tierra americana, establecerse en nuestro país y referirse a él como suyo.

El intento de invasión extranjera a principios del siglo xx, durante el inicio de las Grandes Guerras, había acabado con todo aquello. De pronto, la vieja llama volvió a arder con más ímpetu que antes, al tiempo que surgía el nuevo compromiso de no olvidar: nunca, nunca volver a olvidar.

Hally debió de vernos parpadear al recorrer los óleos con la mirada. Sonrió y, al tiempo que se le marcaban los hoyuelos, dijo:

—¿Os imagináis que los hombres siguieran llevando esos ridículos sombreros? Dios mío, no pararía de tomarle el pelo a mi hermano.

Addie logró componer una sonrisa con los labios apretados. En primero de secundaria, cuando habíamos tenido que hacer una redacción sobre los hombres de aquellos cuadros, Addie había intentado convencer a la profesora de que la dejase

escribir sobre los retratos desde un punto de vista artístico. No lo había conseguido.

—Deberíamos volver con el grupo.

Nadie se fijó en nosotras cuando Addie y Hally se unieron al resto de la clase. Ya habían llegado a la sala que más me horrorizaba, y Addie mantuvo la vista fija en nuestras manos, en nuestros zapatos, en cualquier cosa que no fuesen los cuadros colgados de las paredes. Pero aún los recordaba desde el año anterior, cuando en clase habíamos estudiado los primeros años de la historia americana y la visita se había centrado exclusivamente en aquella sección del museo en vez de pasar de largo, como estábamos haciendo ahora.

Por supuesto, no se conservaban demasiadas fotos de aquel entonces. Pero los expertos en reconstrucción histórica no habían escatimado detalles, ni una sola mueca de dolor ni un solo centímetro de piel quemada o levantada. Y las pocas fotos que existían colgaban implacables de las paredes. La textura granulosa del blanco y negro no ocultaba el sufrimiento de los campos de batalla. El suplicio de los trabajadores, poco más que esclavos, todos ellos antepasados nuestros, inmigrantes del Viejo Continente que habían soportado miles de años de sufrimiento en su tierra antes de cruzar el turbulento océano para volver a sufrir en una nueva tierra. Hasta la Revolución, cuando los híbridos fueron finalmente derrotados.

La sala era pequeña y tenía una sola puerta de entrada y salida. Al sentirse apretujada entre los compañeros, Addie contuvo la respiración. Nuestro corazón latía con fuerza. Cada vez que se giraba en cualquier dirección, chocábamos con más cuerpos, todos en movimiento; algunos empujaban adelante o atrás, otros se reían; la profesora los regañaba, los amenazaba con ponerles una falta de disciplina si no mostraban más respeto.

Addie se abrió paso a empujones a través de la sala, sin que por una vez le importara lo que pudieran pensar los demás. Fuimos de las primeras en salir. Íbamos tan deprisa y a trompicones que llegamos antes que nadie al agua.

### 3

Addie se paró en seco. La niña que venía detrás no pudo frenar con la misma rapidez debido a la inercia y se empotró contra nosotras. Perdimos el equilibrio y caímos al suelo; la falda y parte de la blusa se nos quedó empapada en cuestión de segundos con el agua que fluía a borbotones. *¿El agua...?*

—¿Qué demonios...? —exclamó alguien mientras Addie se volvía a poner en pie de un brinco con dolor de codos y rodillas por el golpe.

El agua apenas nos llegaba a los tobillos, pero lo de la blusa ya no tenía remedio, aunque Addie se apresuró a escurrirla. En cualquier caso, nadie se había fijado en ella; estaban todos contemplando boquiabiertos la sala de exposiciones inundada. Era una de las más grandes del museo, llena de artefactos de los tiempos de la Revolución protegidos por cristales y con pinturas de la época en las paredes. Ahora también estaba llena de varios centímetros de agua turbia.

La guía sacó rápidamente un *walkie-talkie* y ladró algo. La señorita Stimp hizo lo que pudo para que todos volvieran a la sala de donde acabábamos de salir, a la que se accedía subiendo un escalón y que de momento permanecía seca. Viniera de donde viniese aquella agua, la cosa se ponía cada vez peor, con el suelo inundado, los calcetines empapados y un agua sucia que seguramente terminaría por manchar las paredes blancas.

Las luces parpadearon. Todo el mundo empezó a proferir gritos; algunos parecían auténticos, de puro miedo, otros eran casi carcajadas, como si aquello les proporcionase más emoción de la imaginable en un museo.

—Son esas cañerías —gruñó la guía como hablando consigo misma mientras pasaba por nuestro lado muy enfadada—. ¿Cuántas veces habré dicho que había que arreglar esas cañerías? —Se sujetó el *walkie-talkie* al cinturón y luego alzó la voz para indicar—: A ver, que todo el mundo vuelva por esta sala.

Las luces se apagaron de nuevo y quedamos sumidos en la oscuridad. Esta vez no volvieron a encenderse. Pero sí se encendió otra cosa: los aspersores contra incendios. Y con ellos, el estruendo de una alarma. Addie nos tapó los oídos con las manos cuando comenzó a caer agua y a resbarnos por la cara. Algo se había incendiado en algún lugar del museo.

Pasaron quince minutos antes de que volviésemos al autobús. No había muchos más visitantes en el museo en aquella calurosa tarde de viernes, pero sí los suficientes para formar un grupo considerable cuando salieron en tropel, desconcertados y aún exhibiendo los resguardos de las entradas, las madres tras sus hijos pequeños, los hombres con oscuras manchas de humedad en los pantalones. Algunos estaban empapados. La mayoría protestaba o exigía alguna explicación, o que les devolvieran el dinero, y unos pocos se limitaban a quedarse mirando al museo estupefactos.

—Un cortocircuito —oí decir a una mujer mientras Addie nos dirigía hacia el autobús—. ¡Podríamos haber muerto todos electrocutados!

Para cuando llegamos de vuelta al colegio, nuestra blusa aún estaba húmeda y ya no era blanca inmaculada, pero el tema de conversación ya no era la inundación del museo sino el baile de fin de curso, para el cual aún quedaba más de un mes. Y cuando la señorita Stimp, enfadada y exhausta, apagó las luces del aula y puso un vídeo, una parte de la clase se puso a dormir a escondidas, aunque se suponía que teníamos que tomar apuntes.

*Espero que sufra daños irreparables*, le dije a Addie con los ojos fijos en la pantalla y sin prestar atención a lo que veía. La ciudad de Bessimir estaba orgullosísima de muchas de las cosas que exhibía el museo: aquellos cuadros; aquellos sables y revólveres, vestigios de la Revolución; incluso un cartel auténtico de los comienzos de las Grandes Guerras, datado el año del primer ataque sobre suelo americano, que exhortaba a los ciudadanos a denunciar a todos los sospechosos de actividad híbrida. La gente de aquel entonces no podía ser muy diferente de la actual. *Ojalá se hundan los cimientos. Ojalá todo el edificio se venga abajo.*

*No seas idiota*, replicó Addie. *Solo había cinco centímetros de agua. Estará arreglado en una semana.*

*También había fuego. Y he dicho «ojalá», solo es un deseo.*

Addie suspiró y apoyó nuestra barbilla sobre una mano mientras con la otra garabateaba un boceto de la niña que se sentaba delante de nosotras, en ese momento dormida con la boca entreabierta. La verdad es que no hacía falta prestar atención al vídeo para llenar una o dos hojas de apuntes. Nos habían explicado tantas veces las Grandes Guerras del siglo xx que podíamos enumerar de memoria las batallas más importantes, recitar de un tirón el número de muertos o citar los discursos de nuestro presidente mientras se repelían los intentos de invasión. Al final fuimos demasiado fuertes para ellos, por supuesto, así que centraron su atención en continentes más caóticos y vulnerables. Eso era lo que la guerra había conseguido. Lo que habían conseguido los híbridos. Lo que seguían haciendo aún ahora.

Sí, dijo Addie por fin. *Yo también lo deseo.*

En la pantalla, un avión bombardeaba una ciudad indeterminada. Al chico sentado junto a nosotras se le cerraban los ojos y bostezó. No había mucho metraje sobre la última parte de las Guerras, ya que se había desarrollado en un escenario muy lejano, que salía una y otra vez, hasta el punto de que me dieron ganas de gritar. Me imaginaba a lo que estaríamos sometidos si hubiese existido algo parecido a los noticiarios de la tele durante las invasiones unas décadas antes.

*¿Eva?*

Aparté mis emociones de Addie para ocultar mi frustración.

*Estoy bien, dije. Estoy bien.*

Contemplamos cómo el fuego barría la ciudad arrasada por el caos. Oficialmente, la última Gran Guerra había terminado cuando Addie y yo éramos bebés, pero los híbridos que habitaban el resto del mundo no habían dejado de luchar entre ellos. ¿Cómo iban a dejar de hacerlo? Addie y yo discutíamos bastante, y eso que ni siquiera compartíamos el control. ¿Cómo podía vivir en paz una sociedad sustentada en cuerpos con dos almas? Los individuos que estaban construyendo el país ni siquiera estaban en paz consigo mismos, y aquello traía todo tipo de problemas: frustraciones continuas, ataques verbales entre ellos, y, para los más débiles emocionalmente, la consiguiente locura. Casi podía ver los sombríos pronósticos en los folletos de las consultas médicas, impresos en negrita.

Así que entendía perfectamente por qué los líderes revolucionarios habían fundado las Américas como un país libre de híbridos, por qué habían trabajado tanto para erradicar a los híbridos que existían en su época y así poder comenzar de nuevo en un mundo limpio y sin mácula. Hasta podía entender, en mi fuero interno más racional, por qué la gente como Addie y yo no podíamos, en general, tener libertad de acción. Pero entender algo y aceptarlo son cosas muy diferentes.

Addie estaba garabateando unas notas chapuceras sin ningún entusiasmo cuando el vídeo llegó a su fin y sonó el timbre. Normalmente yo le ayudaba y añadía los detalles que recordaba, pero aquel día no estaba de humor para ello. Salimos del aula antes de que el papel que habíamos entregado para que lo pasaran hacia delante hubiera llegado a la mesa de la profesora.

Pero antes de haber avanzado unos pasos por el pasillo, una segunda persona salió de clase a toda prisa y llamó a Addie.

—¿Qué pasa, Hally? —preguntó Addie al tiempo que reprimía un suspiro.

Para mi sorpresa, la sonrisa de la chica perdió fuelle, aunque solo por un instante. Fue suficiente, sin embargo, para que yo advirtiese:

*Addie, no seas borde.*

*Es que no hace más que seguirnos a todas partes,* refunfuñó Addie. *Primero a casa de los Woodward, luego en el museo. Yo...*

—¿Quieres venir a cenar a mi casa? —preguntó Hally.

Addie se quedó pasmada. El pasillo ya estaba lleno de gente, pero ni nosotras ni Hally nos movimos un centímetro.

—Mis padres van a salir —añadió tras una breve pausa. Su espesa melena estaba completamente seca, y jugueteaba enrollando un rizo en uno de sus dedos—. Solo vamos a estar mi hermano y yo. —Alzó las cejas y su sonrisa recuperó su máxima expresión—. Prefiero no tener que cenar sola con él.

*Addie, deja de mirarla así. Di algo.*

—Ah —dijo Addie—. Ya, bueno... Es que... no puedo.

Nunca la había oído rechazar una invitación para ir a casa de nadie; nunca sin un

buen motivo. Muchos alumnos de nuestro colegio llevaban juntos en clase desde primaria; incorporarnos tarde nos había supuesto un montón de obstáculos a la hora de hacer amigos. Cada uno tenía su puesto, su grupo, su sitio en la mesa del comedor, y Addie había aprendido a aprovechar cualquier ocasión que se le presentara. Pero el hecho de que Hally Mullan no fuese más que la pelma de Hally Mullan era, creo, motivo suficiente para rechazar cualquier ofrecimiento de amistad.

—Es por la blusa, ya sabes —explicó Addie mientras señalaba con la vista la mancha en el tejido blanco—. Tengo que ir a casa y lavarla antes de que lleguen mis padres. Si...

Si la veían, preguntarían qué había pasado. Y dónde. Y entonces pondrían aquella mirada, la misma que asomaba a sus ojos cada vez que las noticias informaban sobre la captura de un híbrido en algún sitio, o nos recordaban que vigilásemos a los vecinos, que estuviésemos siempre alertas contra el enemigo oculto. Te dolía por dentro. Te daban ganas de salir de la habitación.

—Puedes lavarla en mi casa si no quieres que tus padres la vean —propuso Hally. Su tono sonó más suave; menos alegre y jovial, pero más amable—. Puedo prestarte ropa mientras se seca, no hay problema. Luego te cambias antes de irte y nadie se dará cuenta.

Addie vaciló. Era posible que nuestra madre estuviese a punto de volver a casa. Desde luego llegaríamos antes que ella, pero no nos daría tiempo a secar la blusa ni por asomo, y así se lo dije a Addie.

*Podría contarle a mamá una mentira, repuso. Decir que me caí y me ensucié. Podría...*

*¿Y por qué no vamos sin más?*

*Ya sabes por qué.*

Hally avanzó un paso hacia nosotras. Éramos casi de la misma estatura, casi un reflejo exacto, o un reflejo en negativo. El pelo de Hally, oscuro, casi negro, como contraste con el nuestro, rubio ceniza. Su piel aceitunada en contraste con nuestros brazos pálidos y pecosos.

—¿Addie? ¿Te pasa algo?

Otra vez la misma pregunta. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No —respondió—. No, nada.

—¿Entonces vienes?

*Venga, Addie. Vamos. Nadie se va a enterar. Nadie habla nunca con ella. ¿Qué mal nos puede hacer?*

Noté que dudaba y decidí insistir. Quizá Addie no valoraba a aquella niña que preguntaba a Robby sobre Will y no temía hablar sobre asentarse, pero yo sí. Cuando menos, me intrigaba.

*Es viernes. De todos modos no va a haber nadie en casa a la hora de cenar.*



Addie se mordió el labio inferior, pero debió de darse cuenta de lo que estaba haciendo y dijo rápidamente:

—Bueno... de acuerdo.

Addie tuvo que ir corriendo a una cabina para llamar a mamá y decirle que no íbamos a cenar, así que cuando regresamos al sitio donde habíamos quedado, la mayoría de los alumnos ya se habían ido. Hally estaba sola delante del colegio. No se dio cuenta de nuestra presencia casi hasta que llegamos a su lado, y dio un respingo como si estuviese ensimismada y la hubiésemos sobresaltado.

—¿Lista? —preguntó cuando recobró la voz.

Addie asintió.

—Genial. Hala, vámonos.

El grave ensimismamiento de un momento antes había desaparecido. Ahora era pura vivacidad y energía. Addie apenas pudo meter baza en la conversación mientras Hally parloteaba sin parar y nos contaba lo contenta que estaba de que por fin fuera viernes, lo agradable que era que casi hubiesen llegado las vacaciones de verano, lo agotador que había sido aquel tercer curso de secundaria.

Sí, decía Addie. Sí, menos por los mosquitos y la humedad. Sí, pero también había sido divertido, ¿verdad?

Ni ella ni Hally sacaron el tema de la desastrosa visita al Museo de Historia.

Nos habíamos imaginado que su casa sería más grande de lo que era en realidad, especialmente después de la pompa y solemnidad de la verja de hierro forjado que protegía la urbanización. Era más grande que la nuestra, por supuesto, pero más pequeña que las de otras compañeras a las que habíamos visitado. Con independencia de su tamaño, era impresionante, toda de ladrillo envejecido y contraventanas negras y un árbol esbelto y lleno de flores rosas en el jardín. El césped estaba perfectamente cortado y la puerta parecía recién pintada. Addie echó un vistazo por una ventana mientras Hally buscaba las llaves. La mesa del comedor brillaba con un intenso tono caoba. Estaba claro que la familia Mullan no necesitaba ninguna beca para mandar a Hally y su hermano a nuestro colegio.

—¿Devon? —llamó Hally al tiempo que abría la puerta. No obtuvo respuesta, e hizo un gesto a Addie—. No sé para qué me molesto. Nunca contesta aunque esté en casa.

Recordé al chico que habíamos visto el día anterior detrás de la verja. Como iba dos cursos por delante de nosotras, Devon no era un tema de cotilleo tan común como Hally, pero los profesores habían hablado de él alguna vez, y sabíamos que lo habían pasado a un curso superior.

Hally se quitó los zapatos y Addie la imitó; se desató los cordones y dejó nuestros zapatos junto a los suyos en el felpudo. Cuando volvimos a levantar la vista, Hally estaba en la cocina con la puerta de la nevera abierta.

—¿Un refresco? ¿Té? ¿Zumos de naranja? —ofreció.

—Un refresco, vale.

La cocina era preciosa, con alacenas relucientes de madera oscura y encimeras de granito. En un rincón había una pequeña estatuilla de colores vivos, con una vela a medio consumir a cada lado como montando guardia. Y a los pies de la figura, una mandarina diminuta.

Addie se quedó mirándola, y mi propia curiosidad me impidió recordarle que no debía hacerlo. Una cosa era el aspecto de Hally, eso no lo podía evitar. Pero proclamar a los cuatro vientos su condición de extranjeros de ese modo...

—Estaba pensando que podríamos encargar algo de comida preparada —dijo Hally. Addie se volvió justo a tiempo para atrapar al vuelo la lata de refresco que nos lanzó. Estaba tan fría que casi se nos cae—. A menos que seas una cocinera extraordinaria o algo así.

—No cocino mal —dijo Addie.

*Mentirosa. Somos un desastre.*

—Pero eso de tomar algo preparado está muy bien —añadió.

Hally asintió sin mirarnos. Había vuelto un poco la cabeza y tenía la vista fija en algún punto lejano. Addie echó otra mirada furtiva al pequeño altar. ¿Habría sido la madre o el padre de Hally quien había colocado con tanto mimo la imagen y las velas?

—¡Devon! —volvió a llamar Hally. Y de nuevo se quedó sin respuesta. Vi cómo tensaba la boca.

—La verdad es que no conozco a tu hermano —dijo Addie, que apartó la vista del altar en el mismo momento que Hally volvía a prestarnos atención.

—¿No? Bueno, pues ya lo conoceréis esta tarde. Ya debería estar en casa... No sé por qué se estará retrasando.

Addie dejó el refresco en la encimera y empezó a quitarse la blusa.

—Bueno, mientras no viene, ¿puedo...?

—Ah, sí, claro —dijo Hally. Parpadeó y se le iluminó el rostro, de nuevo una pura sonrisa—. Vamos. Elige algo de lo que tengo en mi cuarto. No creo que cueste mucho limpiar esa mancha.

La seguimos escaleras arriba. Los peldaños estaban cubiertos con una mullida moqueta color crema hasta el descansillo del piso superior. Recordé que también nos habíamos empapado los calcetines. Estaban demasiado sucios para aquella casa, para aquel color tan claro. Addie se fijó para comprobar que no dejábamos marcas en la moqueta. A Hally no parecía importarle lo más mínimo. Avanzó dando brincos hacia lo que debía de ser su cuarto al final del pasillo, dejándonos atrás a Addie.

*Mira, le susurré aunque no pudiera oírme nadie. Tienen ordenador.*

Lo vimos en una de las habitaciones que pasamos antes de llegar a la de Hally; un aparato grande y de aspecto complicado que ocupaba casi toda una mesa. En el

colegio habíamos usado ordenadores unas pocas veces, y tiempo atrás papá había mencionado de pasada que iba a comprar uno cuando bajaran de precio, pero por entonces nosotras aún no nos habíamos asentado, y luego Lyle se puso enfermo y en casa no se volvió a hablar de ordenadores.

Addie se detuvo para mirarlo y, de paso, observamos el resto del cuarto. Un dormitorio, comprobé. Una habitación de chico con la cama sin hacer y... destornilladores encima de la mesa. Y, todavía más raro, había un ordenador destripado en el rincón más alejado de la puerta; al menos, me pareció que era un ordenador. Nunca había visto ninguno con los cables colgando y las partes plateadas al aire. Era la habitación de Devon. Tenía que serlo, a menos que hubiera otro miembro en la familia Mullan del que no hubiésemos oído hablar. Pero ¿qué chico de dieciséis años tenía un ordenador en su cuarto?

—¿Addie? —llamó Hally, y Addie volvió a ponerse en marcha.

La habitación de Hally estaba diez veces más desordenada que la de su hermano, pero no parecía en absoluto avergonzada cuando nos hizo entrar y cerró la puerta. Abrió el armario de par en par y señaló toda la ropa que tenía colgada.

—Elige lo que quieras. Más o menos tenemos la misma talla.

El armario estaba lleno de cosas que Addie no se pondría jamás. Prendas que pedían a gritos «Mírame»; camisetas holgadas que dejaban un hombro al descubierto, colores chillones y estampados llamativos, y joyas que irían muy bien con las gafas de montura negra y el pelo oscuro y rizado de Hally, pero con las que nosotras pareceríamos disfrazadas de princesa o algo así. Mientras Hally se sentaba en el borde de la cama, Addie buscó algo liso y discreto, pero al parecer no había nada de ese estilo.

—¿No puedo... no sé... ponerme tu blusa de repuesto del uniforme o algo así? —preguntó Addie, volviéndose.

Fue entonces cuando me di cuenta de que allí pasaba algo raro.

Hally nos miraba desde la cama, pero había algo en sus ojos, algo oscuro y grave en su mirada que me hizo decir *Addie, Addie* casi sin saber por qué.

Y entonces, despacio, tan despacio que parecía hecho a propósito, se produjo una mutación en la cara de Hally. No se me ocurre otra palabra para describirlo. Algo insignificante, algo de lo que nadie se habría percatado si no lo estuviese viendo como Addie y yo en aquel momento, algo que nadie habría notado —ni siquiera se les habría ocurrido que hubiese algo digno de ser notado— si no fuesen...

Addie dio un paso hacia la puerta.

Una mutación. Un cambio. Como cuando Robby pasaba a ser Will.

Pero era imposible.

Hally se puso en pie. Tenía el pelo perfectamente recogido con una diadema azul. Los diminutos brillantitos blancos de bisutería incrustados en la montura de sus gafas

centellearon a la luz de la lámpara. No sonrió, no ladeó la cabeza ni preguntó «¿Qué estás haciendo, Addie?».

Por el contrario, dijo:

—Solo queremos hablar contigo. —En sus ojos había una mirada triste.

¿Queremos?, repetí.

—¿Devon y tú? —repuso Addie.

—No —dijo Hally—. Hally y yo.

Un escalofrío nos recorrió el cuerpo, y ambas fuimos tan incapaces de controlarlo que quizá se trató de una reacción compartida. Otro paso nos alejó un poco más del armario.

Nuestro corazón latió como un tambor; no más rápido, pero sí fuerte, muy fuerte.

*Bum.*

*Bum.*

—¿Qué has dicho?

La niña que teníamos delante compuso una sonrisa de medio lado que no encontró eco en sus ojos.

—Lo siento —dijo—. Empecemos desde el principio. Me llamo Lissa, y Hally y yo queremos hablar contigo.

Addie se lanzó hacia la puerta, tan rápido que nos golpeamos el hombro contra la madera. El dolor nos recorrió el brazo. No hizo caso y aferró el pomo con las dos manos.

No giraba. Solo hacía ruido y apenas se movía unos milímetros. Había una cerradura justo encima del pomo, pero la llave no estaba. Algo indescriptible comenzó a formarse dentro de mí, algo enorme que me asfixiaba y no me dejaba pensar.

—Hally —dijo Addie—. Esto no tiene ninguna gracia.

—No soy Hally —repuso la niña.

Ahora solo teníamos una mano en el pomo. Addie apretó la espalda contra la puerta hasta que nos hicimos daño en los omóplatos. Las palabras salieron de nuestra garganta con dificultad.

—Sí lo eres. Os habéis asentado. Eres...

—Soy Lissa.

—No —se obstinó Addie.

—Por favor. —La niña extendió el brazo para tocar el nuestro, pero Addie lo apartó de una sacudida—. Por favor, Addie, escúchanos.

El aire de la habitación, que de repente me parecía muy pequeña, estaba cargado y se hacía irrespirable. No era posible. Algo no había funcionado bien. Tenían que haberla delatado. No podía ser real. Pero lo era. Yo lo había visto. Había visto el cambio, la mutación. Ah, pero ¿acaso no tenía sentido? ¿Acaso no tenía sentido que

Hally...?

—A ti —insistió Addie—. Querrás decir que te escuche a ti, no a vosotras.

—A nosotras —no cejó ella—. A Hally y a mí. A nosotras.

—No.

Addie se volvió de nuevo hacia la puerta. El pomo hizo tal ruido cuando lo forzamos para hacerlo girar que parecía a punto de desprenderse de la puerta. Lissa comenzó a tirar de nosotras e intentó que Addie la mirase a la cara.

—Addie —dijo—. Por favor. Escúchame...

Pero Addie no quería escuchar. No quería estarse quieta, no quería soltar el pomo. Y yo estaba allí, estupefacta, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo, hasta que Hally o Lissa finalmente dejó de tirar de nosotras y gritó:

—¡Eva! ¡Eva, dile que me escuche!

Aquella palabra, aquel nombre que salió de su boca, se desvaneció al mismo tiempo que su voz.

Eva.

Mi nombre. El mío.

Hacía tres años que no lo oía pronunciar en voz alta.

Addie se quedó paralizada. Después, despacio, muy despacio, volvió la cabeza y clavamos los ojos en los de la niña que nos miraba. Todo estaba demasiado claro, demasiado nítido. Con la diadema medio caída. Con sus uñas perfectamente pintadas de esmalte que reflejaban la luz de la lámpara. Con el ceño fruncido. Con la peca junto a la nariz.

—¿Cómo...?

—Devon lo averiguó —dijo Lissa en voz más baja—. Miró los expedientes del colegio. Guardan registros de todo si algún alumno no se ha asentado al empezar primaria. Vuestras fichas más antiguas incluyen los dos nombres.

Ah, ¿sí? Sí, seguramente. En los primeros años de primaria, cuando Addie y yo teníamos seis, siete, ocho años, mandaban los boletines a casa con los nombres de las dos: Addie-Eva Tamsyn. Años más tarde omitieron Eva.

No sabía que mi nombre hubiese sobrevivido al viaje de cuatro horas, al cambio de colegio.

—¿Addie? —llamó Lissa; y después, tras un estremecedor y prolongado momento de indecisión—: ¿Eva?

—Para. —La palabra estalló en nuestro pecho, nos quemó la garganta y golpeó el aire con el restallar de un rayo—. No pronuncies ese nombre. —Comenzó a dolernos el corazón. ¿De cuál de las dos era aquel dolor?—. Me llamo Addie. Solo Addie.

—Te llamas Addie —la corrigió Lissa—, pero no estás sola. También está...

—¡Cállate! —gritó Addie—. No puedes hacerme esto. No puedes hablarme así.

Nuestra respiración se agitó, se nos nubló la vista. Apretamos los puños con tanta

fuerza que las uñas nos dejaron marcas en las manos.

—Así es como debe ser —añadió Addie—. Solo estoy yo. Soy Addie. Ya estoy asentada. Todo está perfecto. Ahora soy normal. Soy...

Pero de pronto los ojos de Lissa brillaron de ira y sus mejillas enrojecieron:

—¿Cómo puedes decir eso, Addie? ¿Cómo puedes hablar así estando Eva contigo?

Addie se echó a llorar. Las lágrimas resbalaron hasta nuestra boca con un sabor salado, cálido, metálico.

*Chsst, susurré. Todo me daba vueltas, todo era tan confuso... Chsst, Addie. Por favor, no llores. Por favor.*

—¿Y Eva? —preguntó Lissa con voz chillona—. ¿Qué ha sido de Eva?

Tristeza. Tristeza, dolor y culpabilidad. Ninguno de estos sentimientos era únicamente mío. Nuestras emociones se entremezclaban. Daba igual lo que ocurriese, lo que nos dijésemos o lo que pensásemos, Addie y yo seguíamos siendo partes de un todo. Estábamos más que próximas, más que unidas. Su tristeza pasaba a ser mía.

*No hagas caso, Addie, le dije. No tiene ni idea de lo que dice.*

Pero Addie siguió llorando y Lissa gritando y la habitación se llenó de lágrimas y de furia y de culpabilidad y de miedo.

Y luego el mundo se hundió bajo nuestros pies.

Alguien debió de abrir la puerta, porque de repente nos caíamos hacia atrás, y yo gritaba para que Addie lograra evitarlo antes de que nos diésemos contra el suelo, y ella se movía a sacudidas y yo me mentalicé por las dos, me mentalicé para el dolor, porque no podía hacer otra cosa hasta que se consumara la caída. La cual se consumó y nos quedamos mirando el techo, y Addie seguía llorando a causa de su —nuestro— miedo, y como estaba llorando me puse a llorar yo también, y todo pasó a tener menos importancia que nuestras lágrimas. Pero alguien nos había consolado a tiempo. Aún nos rodeaba con sus brazos, que habían evitado que chocásemos contra el suelo.

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó.

*Chsst, Addie, susurré. Chsst, chsst, no pasa nada. No va a pasar nada.*

Más que llorar, lo que hacíamos era respirar con jadeos entrecortados. Addie no quería —no podía— hablar conmigo. Pero su presencia aplastaba la mía, torpe y sofocada por las lágrimas.

*Chsst, repetí. Chsst... chsst...*

—Ha sido sin querer —dijo alguien—. No quería escucharme. Y yo no sabía qué hacer. A ti no se te habría ocurrido nada mejor, Ryan, no me digas que sí; ni siquiera estabas en casa, y decías que ibas a estar...

—Yo habría hecho algo mejor que esto.

Los oía hablar, pero Addie había cerrado los ojos y el dolor que sentíamos era más fuerte que todo lo demás.

*Addie, di algo. Habla, por favor.*

—¿Addie? Addie, por favor, deja de llorar. Lo siento. De verdad que lo siento —suplicó Hally. ¿O era Lissa? No importaba. Todo lo que me importaba era Addie. Y esta finalmente inspiró una bocanada de aire larga y temblorosa y se secó la última lágrima—. ¿Te encuentras bien?

Addie se limitó a seguir con la vista clavada en el suelo, entre hipidos. Sentí el acaloramiento de su creciente turbación, de su horror por haber perdido los papeles delante de otra persona, por haber reaccionado de aquella manera.

*No pasa nada, intenté animarla. No te preocupes. No pienses más en esto. No pasa nada.*

Finalmente, Addie miró a la niña agachada junto a nosotras, que sonrió vacilante.

—¿Hally? —Nos salió una voz ronca.

La niña frunció el ceño. Dudó, y luego negó con la cabeza.

—No —dijo con suavidad—. No; soy Lissa.

*Creo que dice la verdad, comenté innecesariamente.*

—¿Y Hally? —susurró Addie.

—También está aquí. Fue Hally la que os buscó al salir de clase y os trajo a casa. —Esbozó una sonrisa triste—. Esas cosas se le dan mejor que a mí. Yo quería que os lo contara ella, pero dijo que me correspondía a mí. Está claro que se equivocó.

No hacíamos más que abrir y cerrar la boca, pero no nos salía ni una palabra. Era como... como un sueño. ¿Qué clase de sueño? ¿Una pesadilla? ¿O...?

—Esto... —Addie negó con la cabeza— esto no puede estar pasando.

—Puede —terció el hermano de Hally. Estaba a medio metro de distancia, todavía con el uniforme puesto; ni siquiera se había quitado la corbata. Apenas recordaba habernos zafado de sus brazos, apenas recordaba verlo allí, solo recordaba el destornillador en su mano y el pomo de la puerta en el suelo. Lo había desmontado



—. Nosotros...

*Nosotros*, pensé intrigada. ¿Quería decir él y Hally? ¿O él, Hally y Lissa? ¿O él, sus hermanas y algún otro chico que habitaba en su interior, otro ser, otra alma? Al mirarlo, al fijarme en cómo nos observaba, supe que era esto último.

—Sabemos que Eva sigue ahí —dijo—. Y podemos enseñarla a moverse de nuevo.

Addie se puso rígida. Yo me estremecí como un fantasma que temblase bajo su piel. Nuestro cuerpo no hizo ningún movimiento.

—¿Quieres saber cómo? —preguntó el chico.

—Ahora eres tú quien la está asustando, Devon —dijo Lissa. Devon. Vale, su hermano se llamaba Devon. Pero yo estaba segura de que unos minutos antes lo había llamado por otro nombre.

—Es ilegal —dijo Addie—. No podéis. Vendrán, descubrirán...

—No lo descubrirán —afirmó Devon.

Los anuncios de los servicios públicos. Los vídeos que veíamos todos los años el Día de la Independencia y que mostraban el caos en que se hallaban sumidas Europa y Asia. Los discursos del presidente. Todas aquellas visitas al museo.

—Tengo que irme —dijo Addie. Se puso de pie tan de repente que Lissa continuó en cuclillas y solo nos siguió con la mirada—. Tengo que irme —repitió.

*Addie...*

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Debo marcharme.

—Espera. —Lissa se puso en pie de un brinco.

Nuestras manos se alzaron para evitar que se acercara.

—Adiós, Hally... Lissa... Hally. Lo siento, pero me voy a casa, ¿vale? Tengo que irme a casa.

Retrocedió tambaleándose hasta el final del pasillo. Lissa dio un paso adelante, pero Devon la sujetó de un hombro.

—Devon... —dijo.

Él sacudió la cabeza y se volvió hacia nosotras.

—No se lo digáis a nadie. —Entornó los ojos—. Prométemelo. Júralo.

Teníamos la garganta seca.

—Júralo —insistió Devon.

*Addie, dije. Addie, por favor, no te vayas.*

Pero Addie se limitó a tragar saliva y asentir con la cabeza.

—Lo prometo —susurró. Se giró y bajó las escaleras a toda prisa.

No dejó de correr hasta que llegamos a casa.

—¿Addie, eres tú? —preguntó mamá cuando abrimos la puerta. Addie no contestó, y

unos segundos después mamá asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. Creí que te quedabas a cenar en casa de una amiga.

Addie se encogió de hombros. Se limpió los zapatos en el felpudo, aplastando las cerdas con cada pasada.

—¿Te ocurre algo? —preguntó mamá mientras se acercaba secándose las manos con un paño de cocina.

—No. Nada. ¿Por qué no habéis ido todavía al hospital Lyle y tú?

Lyle también salió de la cocina, y nos fijamos para comprobar si tenía cardenales en sus delgados brazos y piernas. Nos aterraba que un cardenal pudiera convertirse en algo peor. Eso era lo que solía pasarle a Lyle: una intoxicación alimentaria que derivaba en problemas renales, que a su vez derivaban en insuficiencia renal. Estaba pálido, como siempre, pero por lo demás parecía normal.

—Aún no son las cinco, Addie —dijo al tiempo que se acuclillaba para ponerse los zapatos—. Estábamos viendo la tele. ¿Has visto las noticias? —Levantó la vista con una mezcla de nerviosismo y emoción, de entusiasmo y miedo—. ¡Ha habido un incendio en el museo! ¡Y además se ha inundado! Dicen que todo el mundo podía haberse electrocutado, así, *fssshhhh*... —Se tensó y dio sacudidas con el cuerpo para imitar el dolor y las convulsiones de una persona que sufre una descarga eléctrica. Addie se estremeció—. Dicen que lo han hecho unos híbridos. Pero aún no los han capturado...

—Lyle. —Mamá lo miró muy seria—. No seas macabro.

Nos habíamos quedado heladas.

—¿Qué quiere decir «macabro»? —preguntó Lyle.

Mamá fue a explicárselo, pero entonces vio nuestra cara.

—Addie, ¿estás bien? —Frunció el ceño—. ¿Qué le ha pasado a tu blusa?

—Estoy bien —respondió mientras esquivaba la mano de mamá—. Es que... es que acabo de recordar que tengo un montón de deberes que hacer esta noche.

Esquivó también la segunda pregunta. Con lo preocupadas que habíamos estado hacía un rato por la blusa... Ahora casi no nos importaba. ¿Unos híbridos? ¿Unos híbridos eran responsables de los daños en el museo?

Mamá alzó las cejas:

—¿Un viernes?

—Ajá —dijo Addie, como si no fuese consciente de lo que decía. Miramos a mamá, pero no creo que Addie viera nada—. Me... Me voy para arriba.

—Hay comida en la nevera —dijo mamá cuando ya nos íbamos—. Papá volverá sobre las...

Addie cerró la puerta y se dejó caer en la cama; sacudió los pies para quitarse los zapatos y se cubrió la cara con los antebrazos.

*Oh, Dios, susurró; sonó casi a súplica.*

Si estaban culpando a unos híbridos por el incendio y la inundación en el museo, y si aún no los habían atrapado, no podía ni imaginarme la histeria que se apoderaría de la ciudad. E iba a llegar a las afueras, seguro, a nuestro barrio. Todo el mundo estaría alerta, con los nervios a flor de piel y presto a delatar. Ese era el problema de los híbridos. No podías reconocerlos con solo mirarlos.

Los Mullan serían los primeros en ser señalados por el dedo acusador, debido a su sangre extranjera y su extraño comportamiento. Nadie con un mínimo sentido común querría tener relación con ellos después de lo ocurrido.

Pero aun así, aun así...

Veía al hermano de Hally en el pasillo, recordaba cómo nos había mirado y cada una de sus palabras. Había dicho que yo podía volver a moverme. Había dicho que podía enseñarme a hacerlo.

¿Y si se los llevaban a su hermana y a él? Quizá pasaría el resto de mi vida pensando en este día, lamentando las palabras que no había llegado a decir, lo que no había llegado a hacer, la oportunidad perdida.

*Vamos a volver*, dije en voz baja.

Addie ni siquiera contestó. Seguíamos tumbadas, con la cara tapada por el hueco del codo.

*Vamos a volver allí, Addie*, repetí.

Las palabras de Devon ardían como tizones al rojo vivo en mi interior, abrasando tres años de sometimiento no muy bien aceptado. El fuego pugnaba por salir al exterior, por escapar a través de mi garganta, de mi piel, de aquellos ojos que eran tan míos como de Addie. Pero no podía.

*Pero ¿tú eres consciente de lo que acabas de decir?*, preguntó Addie.

En circunstancias normales ni siquiera habría contestado. Había aprendido a no decir nada cada vez que sentía algo así. A guardar silencio y obligarme a fingir que no me importaba. Era lo único que podía hacer para evitar volverme loca, para evitar morirme de ganas —de ansias— de mover mis propias extremidades. No podía llorar ni gritar. Solo podía estar callada y quedarme entumecida, inerte. Entonces, al menos, no tendría que sentir nada, no tendría que ansiar eternamente lo que jamás llegaría a tener.

Pero aquel día no. Aquel día no podía quedarme callada.

Sí, dije. *Soy consciente. Lo he oído. Y tú también. Pero somos las únicas, ¿no?*

Addie se volvió y quedamos de cara a la pared.

*Eva, ¿tú te imaginas lo que nos pasaría si alguien se enterase?*

*Lo sé, asentí. Lo sé, pero...*

*Ahora estamos a salvo. Por primera vez desde que teníamos seis años estamos a salvo, ¿y tú quieres echarlo todo a perder?*

Mi voz sonó suplicante, pero estaba demasiado desesperada como para que me

importase:

*Esta podría ser mi única oportunidad, Addie. Tengo que correr el riesgo.*

*No eres tú sola la que correría el riesgo, me recordó.*

*No lo entiendes, Addie. No puedes entenderlo, nunca lo entenderás.*

*Cerramos los ojos con fuerza.*

*No puedo volver allí, zanjó Addie. No puedo y ya está. No puedo.*

*Pero ¡yo tengo que ir!*

*Pues la verdad es que no tienes mucha opción, ¿no?*

Fue como si hubiese cortado de un tajo los tendones que nos unían y me hubiese dejado en carne viva, retorciéndome de dolor. Durante una larga pausa no encontré palabras.

*Muy bien, le espeté. Como quieras. Está claro que no te importo nada.*

Una vez, varios meses después de cumplir trece años, desaparecí.

Fue solo durante cinco o seis horas, aunque perdí la noción del tiempo. Fue el año que Lyle enfermó. El año que nos enteramos de que sus riñones fallaban, de que nuestro hermanito quizá no llegase a adulto.

De pronto, nos encontramos de nuevo en aquellos pasillos de hospital. Solo que esta vez los pacientes no éramos Addie y yo, sino Lyle. Y a pesar de lo terrible que había sido nuestro caso, este era mil veces peor. Eran otros médicos, otras pruebas, lo trataban de otro modo. Pero la honda preocupación de mis padres era la misma, y Lyle, sentado en la camilla donde lo examinaban, estaba tan pálido y mudo como lo habíamos estado nosotras.

Una noche, nos hizo una pregunta al oído cuando Addie, sentada en el borde de su cama, se disponía a apagarle la luz de la mesilla: si se moría, ¿significaba que volvería a estar con Nathaniel?

A Addie le costó deshacer el nudo que se nos formó en la garganta para poder respirar, y no digamos hablar. Como era habitual en estos casos, nadie había vuelto a mencionar a Nathaniel desde que se había desvanecido tres años atrás.

—No te vas a morir —le dijo.

—Pero ¿y si...? —empezó Lyle antes de que Addie le interrumpiera.

—No te vas a morir, Lyle. Vas a recuperarte. Vas a mejorar. Vas a curarte. ¿De acuerdo?

Addie se quedó de mal humor el resto de la noche, y discutimos por pequeñas tonterías que fueron cobrando importancia hasta que me soltó de mala manera que nuestro hermano estaba enfermo, que si no podía tener un poco de sensibilidad y largarme y dejarla en paz, y yo le espeté también de mala manera que ya había superado bien la muerte de otro hermano, ¿o no? Y es que quería hacerle tanto daño como ella me había hecho a mí.

Y porque tenía miedo, mucho miedo.

Tanto miedo, que por un momento no quise quedarme allí con ella. No quise saber qué podía ocurrir al día siguiente, qué diría Addie a continuación, qué le iba a pasar a nuestro hermano pequeño, ese que aquel mismo día nos había preguntado si volvería a ver a Nathaniel.

Me había pasado la vida aferrada a Addie. Tomar de repente la dirección contraria —encogerme para hacerme cada vez más pequeña, cortar los lazos que me unían a nuestro cuerpo y a ella— me había parecido siempre una idea aterradora. Pero estaba tan furiosa, tan dolida y tan asustada...

Y antes de ser plenamente consciente de lo que hacía, lo hice.

Pasé aquellas horas en un mundo de sueños nebulosos, mientras Addie era presa del pánico y me pedía a gritos que volviera. No lo reconoció hasta más de un año después. Finalmente cuando regresé, aturdida y llorosa, me di cuenta del miedo que había pasado Addie. Y entonces saboreé su alivio con placer.

Jamás volví a desaparecer, por mucho que discutiésemos. Por mucho miedo que tuviese.

Pero aquella noche estuve a punto de reincidir. Consideré la posibilidad cuando ya estaba al borde de la desaparición, demasiado asustada para dar el salto pero no lo bastante furiosa como para darlo igualmente.

No sé quién lo pasa peor cuando Addie y yo nos enfadamos. El obstinado silencio que guardé toda la noche del viernes y todo el sábado hizo que el tiempo me pareciera irreal. El mundo se deslizaba ante mí como una película distante e intangible.

Por su parte, Addie no tenía a nadie que la avisara de los pequeños detalles. Se olvidó de tomar la toalla antes de meterse en la ducha. El despertador nos sobresaltó a las siete de la mañana del sábado. Buscó el cepillo del pelo por todas partes excepto en la estantería de los libros. Yo no dije ni palabra. ¿Acaso no había sabido siempre que no podía arreglárselas sin mí?

Yo era la que estudiaba cuando ella estaba demasiado nerviosa o distraída soñando despierta como para hacer nada aparte de mantener los ojos clavados en el libro y pasar páginas cuando yo se lo indicaba. Yo era la que ponía las palabras en su boca cuando ella se encontraba demasiado aturullada para hablar.

Así que cuando nos enfurruñábamos y dejábamos de hablarnos, era siempre Addie la que rompía el silencio al cabo de pocas horas —o como mucho un día— y la primera en hablar.

Pero el sábado dio paso al domingo, y Addie seguía muda. Noté una especie de hueco a mi lado, una nada dura y vacía que significaba que estaba luchando por contener sus emociones.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mamá cuando bajamos a desayunar, y nos

siguió con la mirada cuando Addie abrió la alacena y sacó un cuenco para los cereales—. Has estado rarísima todo el fin de semana.

Addie se volvió. Tensamos el rostro y esbozamos una sonrisa forzada.

—Claro, mamá. Estoy bien. Solo algo cansada, supongo.

—No estarás incubando algo, ¿verdad? —preguntó tras dejar su tazón encima de la mesa para tocarnos la frente. Addie se apartó.

—No, mamá, estoy bien. En serio.

Asintió, pero siguió con el ceño fruncido.

—Bueno, no uses la taza de Lyle ni hagas cosas así, por si acaso. Él...

—Lo sé —interrumpió Addie—. Yo también vivo aquí. Ya lo sé.

Fuimos incapaces de tragar más de un par de cucharadas de cereales. Addie tiró a la basura los que quedaban en el cuenco.

Cuando subió para lavarnos los dientes, me moví lo justo para contemplar nuestra imagen en el espejo. Addie también estaba mirando. Allí estaban nuestros ojos oscuros, nuestra nariz breve, nuestra boca pequeña. Nuestro pelo rizado color rubio ceniza, del que siempre decíamos que había que hacerle algo, aunque al final nunca nos decidíamos. Luego Addie cerró los ojos y ya no pude ver más. Se enjuagó con los ojos cerrados, buscó a tientas la toalla y la apretó contra nuestra cara. Fresca. Húmeda.

*No puedes. No puedes volver a esa casa, Eva.*

Como cabía esperar, Addie cedió la primera. Esperaba paladear cierta satisfacción, cierto placer porque, una vez más, yo había ganado y ella había perdido. Pero lo único que sentí fue un hondo suspiro de alivio.

*Piensa en lo que podría ocurrirnos, añadió. Seguíamos con la toalla tapándonos la cara. Ahora podríamos ser normales. Podríamos quedarnos así para siempre.*

*Pues yo no quiero quedarme así, dije.*

*Todo el mundo termina por asentarse. Es...*

*Pero nosotras no nos asentamos, interrumpí. No del todo. Yo sigo aquí, Addie.*

Permanecimos allí de pie, en medio de la silenciosa mañana de domingo, una niña descalza con un descolorido pijama rojo de manga corta, con gotas de agua resbalándole por la barbilla y un terrible secreto en la cabeza.

*¿Y si alguien lo descubre, Eva? ¿Y si nos atrapan y nos llevan?...*

*Addie, si se tratase de ti, si fueras tú la atrapada aquí dentro, si fueras tú la que no puede moverse, yo volvería. Volvería ahora mismo.*

Y de pronto noté en la toalla la calidez de sus lágrimas.

## 6

Durante toda la mañana del lunes solo se habló de la inundación del museo. Los alumnos de historia de la señorita Stimp nos convertimos de repente en los más solicitados del colegio, incluso por los de bachillerato, que normalmente solo prestaban atención a los pequeños para ordenarnos que nos apartásemos.

Addie se zafó como pudo de las ansiosas preguntas que le hacían, pero no pudo evitarlas todas. Una y otra vez tuvo que describir la escena en el museo, calcular la cantidad de agua que había, cómo había reaccionado nuestra guía, quién se había puesto a chillar. ¿Había creído que se trataba de un sabotaje? ¿Había visto a alguien sospechoso? Daniela Lowes dijo que sí. ¿Y el fuego? ¿Había visto alguien el fuego? Ah, así que fuiste tú la que se cayó, ¿no?

Y siempre parecían quedarse decepcionados con las respuestas de Addie. Por lo visto, los demás se habían empapado de agua hasta las rodillas y habían visto hombres sospechosos en los rincones, y al menos habían logrado divisar una columna de llamas.

«Híbridos», corría el rumor por los pasillos, los baños, las aulas, mientras todos fingían prestar atención a los profesores. «Híbridos». Híbridos sueltos y ocultos. «Aquí».

—Podrías tenerlos en la casa de al lado y no enteraros —dijo con asombro y excitación la niña que se sentaba delante de nosotras en clase de matemáticas.

Otras no eran tan lanzadas. Después de la segunda clase nos encontramos en el baño a una alumna de bachillerato llorando, convencida de que su padre, que trabajaba en el Ayuntamiento de Bessimir, corría un grave peligro. Addie huyó de sus lágrimas.

Al comenzar la tercera clase, estábamos pálidas y casi temblando. Nuestras manos se aferraron al borde de la silla para mantenernos firmes y lograr permanecer sentadas hasta la hora de comer. Aquella mañana habíamos olvidado llevar dinero, pero ninguna de las dos tenía hambre, así que no importaba.

Por fin sonó el timbre. Addie salió del aula prácticamente corriendo. El griterío llenaba el aire, rebotaba contra los carteles de las paredes y resonaba en el interior de las abolladas taquillas metálicas. Addie dio un salto hacia un lado para esquivar el codo de un chico que se aflojó la corbata de un tirón brusco.

¿*Cuál es la clase de Hally?*, pregunté. Casi no me atreví a hacerlo, después de todo lo ocurrido aquella mañana, después de lo fuerte que habíamos apretado los puños. Pero tenía que hacerlo.

Addie escrutó el pasillo.

*Es la 506*, dijo con voz suave.

Nos abrimos paso hacia allí, adquiriendo velocidad a medida que la aglomeración

se dispersaba. Addie caminaba muy envarada y colocaba un pie delante del otro con el ímpetu deliberado del que quiere seguir a toda costa por miedo a no poder continuar si se para. Enseguida comenzamos a trotar y luego a correr por el pasillo.

Nos dimos de narices con el aula 506 con tal fuerza y estrépito que la profesora soltó un gritito y se puso en pie de un brinco. Addie se agarró como pudo a un pupitre para no caernos.

—Perdón, lo siento —dijo, y se inclinó para recoger una silla que habíamos derribado—. Estoy... estoy buscando a Hally Mullan. ¿Ha estado aquí?

—Acaba de salir —dijo la profesora, todavía con una mano sobre el corazón—. ¿De verdad es tan urgente?

Addie ya se dirigía hacia la puerta.

—No, no lo es. Lo siento.

¿Y ahora adónde vamos?, me preguntó, y yo sentí una oleada de gratitud. El colegio era un hervidero de sentimientos antihíbridos. Sentíamos tal opresión en el pecho que nuestros pulmones inhalaban y exhalaban con dificultad. Addie podía haber dicho «Ya ves que no está. Lo he intentado. Ya la buscaremos mañana». Sin embargo, había dicho «¿Y ahora adónde vamos?».

*No lo sé. A la cafetería, supongo. Y luego fuera. Y después quizá al café de enfrente.*

Escudriñamos los rostros de la cafetería buscando las gafas de montura negra de Hally, su melena oscura entre todos los que tomaban café o leían el periódico. En vano. Cuando salimos, ya había transcurrido más de la mitad del descanso para comer.

*La esperaremos en la puerta de su aula, decidí. Tiene que volver.*

*Llegaremos tarde.*

*Me da igual.*

La profesora de Hally nos vio cuando volvimos al aula 506. Addie se escabulló y se sentó en una silla que había cerca de la puerta, nos cruzamos de brazos y esperamos. Y seguimos esperando.

*Va a tocar el timbre, Eva.*

*Solo un poquito más. Volverá. Ya lo verás.*

Pero no volvió. Los minutos transcurrían largos y silenciosos. La profesora de Hally se asomó al pasillo y carraspeó. No le hicimos caso. Finalmente, Addie se puso en pie.

*Por favor, Addie, quedémonos solo...*

Pero Addie sacudió la cabeza y apretó los puños. Con andares sigilosos y comedidos, se alejó por el pasillo.

*No está aquí, Eva. La profesora va a pensar que estamos locas. Y...*

*Espera, Addie.*



*Nos vamos. Me da igual si...*

*No, no... Espera. Mira... ahí está.*

Addie se detuvo en seco. Sentí como si su mente palideciera. Hally aún no nos había visto. Estaba ante su taquilla abierta, rebuscando entre sus cosas. ¿Dónde había estado todo el tiempo? ¿Cómo era que no la habíamos encontrado? Pero eso ya no importaba.

*Addie, di algo.*

Pero Addie no se movió.

*Addie, es Hally. Habla, por favor.*

Nuestros pies seguían pegados al suelo y nuestros labios sellados. Entre Hally y nosotras había solo unos dos metros, pero parecía un mundo.

*Addie, por favor, hazlo por mí.*

Teníamos el corazón en un puño. Addie avanzó un doloroso paso.

—¿Hally? —llamó. Nuestras manos sudorosas se movían inquietas a nuestros costados.

Hally levantó la cabeza quizá demasiado deprisa, con un amago de sonrisa forzada.

—Ah, hola, Addie —dijo.

Addie le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza. Ambas se miraron. Yo me retorcí de impaciencia. Si la presionaba, podría terminar por destrozarle los nervios, ya bastante tensos. Pero si no lo hacía quizá no lograra reunir el valor suficiente.

*Vamos, Addie, rogué. Vamos. Te lo suplico.*

—Yo... —dijo Addie— yo... eeh... —Miró alrededor para asegurarse de que nadie la oía—. Eva... —añadió en voz tan baja que temí que Hally no la entendería— Eva quiere aprender.

Nos falló la voz. Ya no movíamos las manos, solo manteníamos la vista al frente, aunque sin apenas mirar a Hally a los ojos.

—Ah, genial —susurró—. Eso es genial. Fantástico.

Addie contestó con una sonrisa forzada.

Sonó el timbre que indicaba el final de la hora de la comida. Hally sacó un último libro y cerró la taquilla de un portazo. Una sonrisa iluminó su mirada:

—Te espero junto a la salida al terminar las clases, ¿vale? Iremos a mi casa. Allí te presentaré formalmente a Devon y Ryan. Será fantástico. Te lo prometo.

Ryan. El nombre de la segunda alma que habitaba en el cuerpo de Devon. Tomé nota de ello; era otro elemento que conformaría aquellos días que iban a cambiarlo todo.

—De acuerdo —logró responder Addie.

Algunos chicos se acercaban por el pasillo entre charlas y risas. Addie se quedó junto a la taquilla de Hally y la siguió con la vista mientras esta se dirigía a su clase.

Pero justo cuando iba a entrar en el aula, se giró y volvió a toda prisa. Ya casi teníamos encima al grupo de chicos, pero Hally se inclinó e insistió con una risita:

—Será genial, Addie. De verdad. Ya lo verás.

Esta vez, Devon estaba sentado a la mesa de la cocina cuando llegamos. En las manos tenía un destornillador y lo que parecía una pequeña moneda negra. Sobre la mesa había un montón de herramientas desparramadas que casi lo rodeaban por completo, como si se tratase de una especie de muralla. Levantó la vista un momento y, después de hacer un gesto con la cabeza que pretendía ser un «hola», volvió a concentrarse en su trabajo.

—Hola —saludó Addie, sin la chispa que solía transmitir cuando le presentaban a alguien. Habitualmente era capaz de componer una máscara de alegría y sonrisas, pero a aquel chico no parecía tener ganas ni de mirarlo.

¿Por qué? ¿Porque en realidad no era un solo chico, sino dos? ¿Por qué había dos almas gemelas ocultas dentro de su cuerpo, una al lado de la otra? Si era por eso, entonces Addie apartaba la vista por la misma razón que a mí me impulsaba a mirarlo hasta memorizar sus rasgos. Pero yo no era la que tenía el control.

—¿Un té? —ofreció Hally. Se había descalzado de un par de sacudidas con los pies y ya estaba a medio camino de la nevera.

—¿Té? —se extrañó Addie.

—Sí. Está bueno. Te lo prometo.

Addie se inclinó para quitarse los zapatos y tiró de los finos cordones.

—Bueno, vale.

Nadie dijo nada sobre el motivo de nuestra presencia allí. Addie permaneció de pie junto a la puerta, los brazos cruzados con las manos sobre los codos.

*¿Y ahora qué?*

No estaba segura. Miramos a Hally, que estaba atareada revolviendo en las alacenas. Devon apretó algo en la moneda negra mientras fruncía el ceño. Casi parecía que Addie y yo no estábamos allí.

Por fin, Hally se volvió y soltó una carcajada.

—Pero no te quedes ahí, Addie. Pasa y siéntate. —Señaló la silla que había frente a su hermano—. Devon, entreténla mientras subo a buscar una cosa.

El chico alzó una ceja sin siquiera mirarla.

—Pero ¿no es tu invitada?

Hally hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—Pasa de él —nos susurró cuando se dirigía a la escalera—. Es así de arisco y borde.

—Pasa de ella —dijo Devon, aún absorto en lo que fuera que estaba haciendo—. Sigue enfadada porque Ryan le desmontó el pomo de la puerta.

Hally hizo una mueca y después subió. Addie seguía sin moverse.

—Puedes sentarte si quieres —dijo al fin Devon al tiempo que alzaba la mirada.

Addie asintió y, tras otra pausa incómoda, se acercó a la silla. Se sentó. Devon volvió a abstraerse en sus herramientas y sus ajustes. Pasaron varios segundos.

*Di algo, Addie. Por lo que más quieras, no te quedes ahí pasmada.*

¿Se te ocurre algo que decir?, me preguntó. Nuestro cuerpo se puso tenso, y nuestros ojos y nuestra boca temblaron de irritación.

Devon levantó la vista.

*Genial, ahora nos está mirando. ¿Qué digo?*

—Eeeh, bueno...

Él no abrió la boca. No dijo «¿Sí? ¿Querías preguntarme algo?». Se limitó a mirarnos con la cara aún medio inclinada sobre sus cosas.

*Piensa tú en algo, me pidió Addie. Eras tú la que quería hablar, ¿no? Pues piensa en algo que decir.* Y se estremeció en silencio. Comencé a estrujarme el cerebro, pero el enfado de Addie no me lo ponía nada fácil. Era como intentar aportar ideas junto a un pájaro en pleno revoloteo.

*Pues dile...*

—¿En este momento eres Devon o he de suponer que eres Ryan?

Soltó la pregunta de sopetón, y por mucha prisa que se dio en llevarse la mano a la boca, no pudo retroceder en el tiempo y hacerla desaparecer. Yo me quedé demasiado impresionada como para decir nada.

Devon parpadeó. ¿O era Ryan? No, no podía ser. Acababan de mencionar a Ryan en tercera persona. El muchacho frunció el ceño, más con perplejidad que con enfado.

—No; soy Devon. Pero si preferís hablar con Ryan, puedo...

—No —respondió Addie y se reclinó en la silla—. No, así está bien, gracias.

Su frialdad despejó el mudo desconcierto del rostro de Devon, que volvió a quedarse inexpresivo. Asintió con la cabeza y siguió con sus trastos. Se hizo el silencio, solo roto por los chasquidos del destornillador cuando le resbalaba la mano.

*Muy hábil, ironicé. Hacer que nos odie siempre es un buen plan.*

Comenzaron a ardernos las mejillas.

*¿Quieres que me vaya, Eva? Porque me voy. Ahora mismo.*

Me quedé callada. Entre ambas se interpuso una barrera que confinó sus sentimientos a su mitad de nuestra mente, pero no se alzó con la suficiente rapidez y sentí una punzada de culpabilidad.

El hervidor comenzó a silbar.

—¡Ya voy! —exclamó Hally mientras bajaba las escaleras con gran estrépito. Derrapó al frenar delante de la encimera y apagó el fuego. El fuerte silbido se convirtió en un pitido suave que se fue debilitando hasta enmudecer. Se produjo un

silencio solo roto por el tintinear de las tazas y una cuchara.

Addie logró apartar nuestros ojos de las manos de Devon.

—¿Qué clase de té es?

—Oh, uno que compra mi padre. No me acuerdo del nombre —dijo Hally. Se inclinó sobre una de las tazas, escurrió la cuchara sobre el borde para que no goteara y luego las trajo a la mesa, humeantes—. Le he puesto un poco de leche fría para que no queme. Pruébalo. Está bueno.

Observó cómo Addie bebía un sorbo. Casi nunca habíamos tomado té. Sabía mejor de lo que me esperaba, fuerte y espeso.

—Últimamente Lissa está obsesionada con el té —comentó Devon—. Hace un mes eran esas navajas decorativas.

Lissa. ¿Ahora era Lissa? Addie miró de soslayo a la chica que estaba sentada junto a nosotras, aunque su aspecto era exactamente el mismo de siempre. El mismo pelo oscuro, los mismos hoyuelos, los mismos ojos castaños. No las conocía tan bien como para distinguirlas.

—No estoy obsesionada —replicó Lissa tras tomar un largo sorbo de su taza—. Y seguiría coleccionando navajas si mamá me dejase.

—El té está bueno —dijo Addie en voz baja.

Lissa nos sonrió. Una sonrisa amplia y excesivamente entusiasta.

—¿A que sí?

Hubo otro silencio. Addie toqueteó el asa de nuestra taza. A pesar del muro que se había levantado entre nuestras mentes, noté que su tensión iba en aumento. Se filtraba como el vapor a través de las grietas.

—¿Por qué a mí? —preguntó.

Tanto Lissa como Devon alzaron la vista; ella la apartó de su té; él, de sus herramientas. La fuerza de sus miradas, idénticas en tantos aspectos, hizo que Addie vacilase, pero no dio marcha atrás.

—¿Por qué me habéis elegido a mí? ¿Cómo... cómo supisteis que yo era distinta?

Lissa contestó despacio, como sopesando cada una de sus palabras:

—¿Te acuerdas de cuando se te cayó la bandeja de la comida en septiembre?

Por supuesto que nos acordábamos. Estábamos discutiendo sobre sabe Dios qué, y nos gritamos en nuestra mente hasta que nos olvidamos del mundo exterior. La cafetería enmudeció cuando se nos resbaló la bandeja de las manos, se estrelló contra el suelo y el puré de patatas y la leche salieron volando por los aires.

—A veces parecía que hablabas con otra persona, ¿sabes? Como si hubiera alguien ahí dentro que discutía contigo. —Lissa hizo una pausa—. No sé. Quizá solo fue una impresión. —De pronto sonrió vacilante—. ¿Afinidad?

Addie no le devolvió la sonrisa.

—Bueno, el caso es que —prosiguió— pedimos a Devon que revisara tu

expediente, y ponía que no os habíais asentado hasta los doce años. Eso era una pista importante de que algo pasaba.

Addie se inclinó sobre la taza. El humo suave y dulce aplacó nuestra crispación.

—Y entonces te diste cuenta. Así de fácil.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lissa.

—¿Tan obvio era que yo era distinta?

—Bueno, no era probable que alguien hubiera pirateado tu expediente, así que...

—¿Acaso es algo malo? —preguntó Devon en voz baja. Finalmente había dejado a un lado su destornillador y centraba su atención en nosotras—. ¿Ser distinto del resto?

—Hablas como uno de esos documentales de la tele que ponen después de clase —dijo Addie con una risita, a pesar de que nuestros dedos aferraban la taza. Disfrazó nuestra voz con un tono de feliz despreocupación—. No pasa nada por ser distinto.

—Ah, ¿no?

—No, no por ser así.

—Y sin embargo, has venido.

Addie se quedó callada. Luego confesó con voz entrecortada:

—Eva quiso venir.

Devon no alteró su expresión, pero Lissa sonrió.

—Yo... —Addie frunció el ceño. Notábamos una rara sensación en la cabeza. Como cargada. Espesa. Un poco mareada. Apartó la taza de té, pero no echaba tanto humo, así que no podía ser eso—. Yo, eeh... me parece...

Nos tambaleamos.

¡¿Eva!?, gritó Addie. Una sola palabra aterrorizada.

Y luego desapareció.

Oscuridad. Nos desplomamos y nos golpeamos fuertemente la cabeza contra la mesa.

Grité.

¿Addie? ¡¡Addie!!

No hubo respuesta. Solo silencio. Se produjo un vacío, una ausencia de... de todo en el sitio de Addie. Hasta cuando no nos hacíamos caso, incluso cuando ella se esforzaba en ocultar sus emociones, yo percibía el muro que levantaba entre nosotras. Pero ahora no había muro. Había un abismo.

Me invadió una repentina sensación de náusea.

—Aparta la taza. Gracias a Dios no se golpeó la cabeza contra el borde.

—La apartó ella misma. Fue como si supiera...

—Es que lo hiciste muy obvio. Lo que me sorprende es que haya llegado a beber.

Las voces se convirtieron en murmullos. Hurgué en la oscuridad lo más hondo que me atreví y busqué desesperada alguna señal de Addie. La calidez de su

presencia, sus pensamientos, habían desaparecido. No encontré ni el menor rastro de que alguna vez hubiera existido.

Sentí nuestro cuerpo increíblemente vacío. Hueco. Demasiado grande. Por supuesto que demasiado grande. Nuestro cuerpo siempre nos había albergado a las dos. Ahora solo había una.

—¿Eva?

¿Sí?, respondí con un grito.

—Eva, ¿nos oyes? —insistió Lissa.

¡Sí, sí, os oigo! ¿Dónde está Addie? ¿Qué le ha pasado?

Pero por supuesto, ellos no oían nada.

—Primero tumbémosla —indicó Devon—. Yo la llevo al sofá.

Unas manos agarraron nuestros brazos y nos reclinaron sobre el respaldo de la silla. Alguien separó nuestra silla de la mesa. Luego más manos, esta vez en torno a nuestra cintura. Finalmente, un tirón hacia arriba y estábamos en el aire, transportadas despacio hacia un destino desconocido. Y yo, atrapada en este cuerpo que era y no era mío a la vez, ni siquiera podía pronunciar una palabra en voz alta.

¿Adónde nos llevaban? ¿Había sido todo un engaño? ¿Una trampa? ¿Era así como el Gobierno eliminaba a los híbridos que escapaban a la reclusión? ¿Haciéndoles creer que tenían amigos, gente que los entendía? ¿Persuadiéndolos de que no estaban solos en el mundo para luego eliminarlos cuando bajaban la guardia? Y nosotras nos habíamos metido de cabeza en la boca del lobo. Mejor dicho, yo me había metido, arrastrando a Addie.

Qué idiota había sido. Y qué confiada. Qué cegada por la ilusión de que podría moverme de nuevo.

—¿Puedes alcanzar ese cojín, Lissa? Ese... y ponlo ahí...

Sentí algo firme y mullido debajo de nosotras. Las manos nos soltaron. O sea, que no nos estaban sacando de la casa. Quizá no pretendían secuestrarnos. Pero ni así sentí alivio alguno; solo me encontré algo menos mareada.

*Addie, gemí. Oh, Addie, ¿qué nos han hecho?*

—¿Eva? —Era Devon—. Eva, escucha.

Ya estaba escuchando. Estaba escuchando, pero ellos no podían saberlo porque Addie no estaba allí para decírselo.

—Eva, sabemos que estás asustada, pero tranquilízate y escúchanos. Addie está bien, solo se ha quedado dormida por efecto del fármaco. No creímos que aceptara tomarlo de haber sabido que...

Una droga. Al final era verdad que nos habían drogado. Me subió una llamarada de ira que chamuscó un poco de mi miedo.

—Eva, ¿puedes moverte?

¡Pues claro que no podía moverme!

—La medicina te ayudará, Eva —intervino Lissa—. Intenta mover los dedos.

Lo intenté, tal como llevaba intentándolo durante años. Nada. Estaba atrapada en una prisión muerta de carne y hueso, encadenada a unas extremidades que no era capaz de mover. ¿Qué clase de plan era ese? ¿De verdad querían ayudarnos? ¿Así?

*Addie, llámame. Por favor, Addie, despierta.*

Una mano agarró la mía, y no pude apartarla.

—Eva —dijo una voz—, Eva, soy Ryan.

Ryan. La voz de Devon, pero también de Ryan, igual que la voz de Addie era también la mía. Bueno, había sido mía.

—Aún no nos conocemos, pero ya habrá tiempo para eso. Ahora lo más importante es que te esfuerces en mover los dedos. Mueve los dedos o la mano que estoy sujetando.

La suave presión en nuestra palma derecha me ayudó a orientarme. Recorrí mentalmente el camino hasta las yemas de nuestros dedos. Luego intenté cerrarlos. Lo intenté con toda mi alma. En serio.

—Han pasado años, lo sé —dijo Ryan—. Es mucho tiempo, sí, pero no definitivo. Todavía puedes hacerlo, Eva.

*No puedo, dije. No puedo. De verdad que no. Así no.*

No así, sola en la oscuridad.

—¿Eva? ¿Sigues intentándolo?

Sí, respondí a punto de llorar. *Sí, sí, sí.*

—Sé que es difícil.

*¿De veras lo sabes? Mi voz reverberaba con estridencia en el abismo que había engullido a Addie. ¿Alguna vez te has encontrado así? ¿Drogado y solo?*

Él no me oía, así que tampoco podía responder. En vez de la suya, surgió la voz de otra persona en la oscuridad. ¿La de Lissa? ¿La de Hally?

—Eva, confía en nosotros.

¡¿Que confiase en ellos?!

—El efecto del fármaco desaparecerá pronto —dijo—, así que por favor, por favor, no cejes, inténtalo.

Lo hice. Tumbada en la oscuridad y escuchando lo que me decía, seguí intentándolo durante lo que me parecieron horas. Finalmente, agotada y con ganas de gritar, me rendí.

—Muy bien —dijo Lissa—. Así. Sigue.

—Ya casi lo has conseguido —repitió Ryan por enésima vez.

*No es verdad, maldita sea, pensé con rabia. Ni de lejos estoy a punto de conseguirlo.*

No podía hacerlo. No y no. No era lo bastante fuerte, ni lo bastante buena, ni lo bastante resistente. Había pasado demasiado tiempo. Y Addie... Addie no estaba

conmigo. No podía hacerlo sin ella. Jamás había hecho nada por mi cuenta.

Durante años había soñado con poder moverme otra vez, y cada fantasía sabía a anhelo y a miedo a partes iguales. Pero jamás había imaginado encontrarme sola como ahora, que iba a ocurrir de esta manera.

—Vamos, Eva, un esfuerzo más.

No. No...

—Puedes hacerlo.

*Cállate, por Dios. Cállate, cállate, ¡cállate! No puedo hacerlo. No pue...*

—Eva...

—¡No puedo!

Silencio.

—¿Eva? —jadeó Lissa—. Eva, ¿has sido tú?

¿Yo?

Oh.

Oh.

—Ryan, ¿has oído eso? ¿La has oído?

La cabeza me daba vueltas.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —preguntó Ryan.

Había hablado. Había formado palabras y movido los labios y la lengua y ¡hablado!

Habían oído mi voz.

*¡Addie!, llamé. Addie, he hablado. ¡He hablado!*

Desde el fondo del abismo, un latido.

¿Addie?

Otro latido. Y luego la sensación de que alguien respiraba. Una voluta de algo parecido a la luz y etéreo como la neblina del amanecer surgió flotando del vacío.

*Eva, susurró con voz cálida y asustada. ¿Eva?*

Había vuelto, con ojos de sueño, débil y aturdida, pero había vuelto, sí, para llenar el terrible hueco que había en nuestro interior. Para estar completas de nuevo. Para volver a ser lo que debíamos ser.

¿*Qué ha pasado?*, preguntó.

*Chsst, susurré, riendo y casi llorando de alivio. Chsst, no pasa nada. Estamos bien, no te preocupes. Tranquila.*

Me creyó. Mantuvo los ojos cerrados y fue relajándose poco a poco.

*Eva, murmuró, he tenido un sueño extrañísimo. ¿Tú también?*



Cinco minutos después de despertar, Addie aún seguía medio grogui y se tambaleó cuando intentó incorporarse. Se movía como si estuviese metida en un almíbar espeso, con los miembros pesados y entumecidos.

*No... no puedo levantar el brazo*, dijo. Ahora veíamos a Lissa y Ryan, que estaban en cuclillas junto al sofá. Seguían hablando, pero sus palabras resbalaban sobre nosotras, no las podíamos captar. No obstante, logré enterarme de que el efecto de la droga tardaría un poco más en desaparecer por completo.

*No te preocupes*, le dije. *Se pasará dentro de un rato.*

*Fue el té, ¿verdad?*

Sí, me limité a responder escuetamente, sin darle más información. No mencioné lo que había ocurrido mientras estaba dormida. Ni que yo había hablado. No me pareció que estuviese preparada para saberlo.

Addie se estiró y su presencia fue cobrando fuerza junto a la mía. Parpadeaba todo el tiempo, como alguien que intenta librarse de un mal sueño.

—¿Addie? —dijo Lissa y extendió el brazo hacia nosotras, pero lo retiró sin llegar a tocarnos—. ¿Estás bien?

Addie se quedó mirándola como si la viese por primera vez.

—Me... me drogasteis —farfulló.

Ambos hermanos se miraron.

—Tuvimos que hacerlo —explicó Lissa—. Es mucho más fácil con la droga...

—¿Qué es más fácil?

Otra mirada de complicidad entre Lissa y Ryan. Notamos la firmeza del sofá bajo la espalda. Nuestros dedos se hundieron en la tela rígida.

—¿No te lo ha contado Eva? —preguntó Ryan.

El ceño de Addie se acentuó.

—¿Y cómo iba a saberlo Eva?

—Bueno... —Lissa jugueteó con un mechón de pelo y se lo enrolló en el dedo—  
Eva estaba despierta, ¿sabes?

—Por supuesto que no —dijo Addie—. Eso no es posi...

*Sí lo estaba*, confirmé.

El final de la frase de Addie se nos quedó atascado en la garganta. Casi nos dolía al respirar.

*¡Qué dices!*

Vacilé. Lissa y Ryan nos miraban, pendientes de nuestra expresión. Pero Addie no los miraba.

*Que yo estaba despierta*, repetí.

*Pero...*, titubeó. *¿Cómo?*

*No lo sé. Todo fue por la droga. Te durmieron a ti, pero yo... yo permanecí despierta, Addie.*

Silencio sepulcral. Su estupefacción me envolvió, exaltada e impetuosa como un tornado.

*Pero..., dijo, pero... eso es im...*

*Y además hablé, confesé, incapaz de ocultarlo por más tiempo. El mero hecho de decirlo hacía temblar nuestros huesos. Hablé, Addie, mientras tú estabas dormida.*

Oh, dijo, y repitió en tono más apagado: Oh.

—¿Addie? —Lissa acercó de nuevo su mano a nuestro brazo, pero no llegó a tocarlo.

Addie alzó la vista. Nuestros labios se abrieron y la voz surgió ronca y distorsionada:

—¿Que Eva habló?

Lissa sonrió.

—Eso es.

Addie mantuvo la mirada fija. No dijo nada, ni siquiera a mí. Yo tampoco quise romper el silencio. No sabía qué decir. Entonces, de pronto intentó ponerse en pie, aunque teníamos las piernas demasiado débiles para sostener el peso del cuerpo.

—Me... me voy a casa.

Nos tambaleamos y Lissa nos agarró del brazo.

—No, Addie, quédate. Quédate, por favor.

—Espera un poco más y luego te acompaño a casa —dijo Ryan.

Addie lo miró. Me di cuenta de que ni siquiera sabía que era Ryan. Creía que seguía siendo Devon.

—Estoy bien —dijo. Apartó la mano de Lissa y se dirigió a la cocina con andares de sonámbula.

Nos siguieron presurosos, sus pisadas resonaban en el parque.

—¡Voy contigo! —exclamó Lissa—. Espera un momento, Addie. Yo...

Addie no parecía oír.

*Quizá deberíamos dejar que nos acompañen, sugerí con tono suave; nos tambaleamos y tuvimos que agarrarnos a la encimera. Addie no contestó. No insistí.*

Se puso los zapatos sin atarse los cordones. Cuando fue a recoger la mochila del colegio, Ryan ya la tenía en la mano. Nos indicó con la cabeza que pasásemos delante de él.

—Voy yo, Ryan —dijo Lissa—. Puedo ir yo...

No supe en qué quedó la discusión. No pude oírlo porque Addie ya había cruzado el umbral, los cordones de los zapatos botaban en el suelo con cada paso. Una voz nos dijo al oído:

—Deberías atarte los cordones o terminarás cayéndote.

Addie se agachó para hacerlo. Nuestros dedos consiguieron hacer el nudo con torpeza. Cuando nos incorporamos de nuevo, vimos que Ryan nos estaba observando.

—Vale, vamos —dijo con cierta amabilidad—. No sé dónde vives, así que tendrás que indicarme el camino.

Recorrimos las dos primeras manzanas en silencio, con los mosquitos en plena actividad. La humedad era agobiante y el cielo parecía sacado de un libro de fotografías, con un azul primavera-verano tan perfecto que casi hacía daño a la vista.

No sabía qué iba pensando Addie. Su mente estaba en blanco, sus emociones ocultas con hermetismo. Los pocos coches que circulaban pasaban por nuestro lado ignorándonos. No sabían quiénes éramos. Ni lo que habíamos hecho.

Lo que yo había hecho. Había hablado.

Sí, había hablado.

—¿Qué dijo?

—¿Cómo? —preguntó Ryan mientras se giraba para mirarnos.

Addie tuvo que hacer una pausa antes de repetir:

—¿Qué dijo?

—¿Quién, Eva? —preguntó Ryan.

Addie asintió con la cabeza.

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Para el chico no tenía sentido que Addie le preguntase a él en vez de preguntármelo a mí. Yo tampoco lo entendía. Y me dio la impresión de que Addie tampoco.

—Quiero saber qué dijo Eva mientras yo estaba dormida —precisó Addie con voz apagada, casi ronca.

Ryan hizo una breve pausa antes de contestar:

—Dijo «No puedo». —Utilizó un tono distinto al repetir mis palabras para dejar claro que eran las que yo había dicho.

—¿No puedo qué?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —sugirió.

Addie no respondió. Ryan volvió a apartar la vista, pero añadió:

—¿Te alegra? ¿Que haya hablado?

—¿Que si me alegra?

Ryan se detuvo. Nosotras bajamos la mirada.

—Que si me alegra —repitió Addie en voz baja. El aire tibio y cargado de humedad engulló nuestra voz.

—Tranquila —dijo Ryan—. No pasa nada si no te alegras.

Muy despacio, Addie alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Si no te alegras, creo que ella lo entenderá —agregó él.

Echamos a andar de nuevo, sin prisa a pesar de que los mosquitos atacaban sin piedad. No era el día más adecuado para caminar deprisa.

Poco a poco, fuimos divisando nuestra casa. Achaparrada, blanquecina, con tejas negras y una hilera de rosales sin arreglar, había sido una de las pocas que nuestros padres podían permitirse cuando decidieron mudarse aquí. Nuestro cuarto era más pequeño que el que teníamos antes y a mamá no le gustaba la distribución de la cocina, pero las quejas se redujeron al mínimo cuando entramos en ella por primera vez. Por pequeñas que fuésemos, no lo éramos tanto como para no entender que los médicos eran caros y las subvenciones del Gobierno solo cubrían una pequeña parte de los tratamientos.

Poco después llegamos al jardín delantero. La suave luz de la cocina se filtraba a través del estampado de fresas de los visillos.

—Ten. —Ryan nos devolvió la mochila. Addie la miró como si no recordara que era nuestra y luego asintió antes de volverse hacia la casa—. Bueno, pues ya nos veremos, Addie, ¿de acuerdo?

Se quedó al borde del jardín y dejó que recorriésemos los pocos metros hasta la puerta. Quizá sus palabras escondían una pregunta. O tal vez las dijo de forma maquinal, lo típico que se dice cuando te cruzas con un conocido por la calle. No estaba segura.

Addie volvió a asentir sin mirarlo:

—Sí, ya nos veremos. —Y ya estaba restregando los zapatos en el felpudo cuando él añadió:

—Adiós, Eva.

Addie se quedó inmóvil. El aire olía a rosas marchitas.

*Adiós, susurré.*

Nuestra mano se quedó petrificada sobre la manilla de la puerta. Addie se giró con lentitud.

—Eva te dice adiós —anunció.

Ryan sonrió antes de alejarse despacio.

Después de aquel día, Addie y Hally fueron juntas a su casa todas las tardes al terminar las clases. Addie no volvió a beberse el fármaco en infusión, pues hacía demasiado calor. En vez de prepararlo con agua hirviendo, Hally disolvía el polvillo blanco en agua con azúcar para disimular su sabor amargo.

Addie y yo no hablábamos sobre aquellas sesiones. Me obligué a no sacar el tema para no tentar la suerte. Addie se arriesgaba a mucho al prestarse a todo aquello. ¿Qué más podía pedir? Además, para ser sincera, yo tenía miedo. Miedo de oír lo que tuviera que decirme, lo que en realidad sentía.

Hally y Addie tampoco hablaban mucho, aunque no porque Hally no lo intentara.

Addie correspondía a sus esfuerzos por mantener una conversación con escuetas contestaciones mientras miraba hacia otro lado. Pero salvo que tuviéramos que hacer de canguro, lo cierto es que Addie jamás faltaba a una sesión. A veces sus amigas la invitaban a ir de compras o al teatro, pero solo una vez insinuó que no fuéramos a casa de los Mullan.

—Hoy tengo que ir a casa de otra compañera —dijo Hally mientras metía sus cosas en la mochila aquella misma tarde—. Tenemos que entregar un trabajo...

Addie vaciló.

—Bueno, entonces mañana.

—Tranquila —dijo Hally y sonrió—. No tardaré. Media hora como mucho, ¿vale?

Yo no dije nada. Addie no miró a Hally a los ojos. Mantuvo la vista fija en las marcas de tiza medio borradas del encerado, en las palabras garabateadas en los pupitres, en las sillas de plástico combado.

—Te puede acompañar Devon... —propuso Hally, pero Addie la cortó:

—Conozco el camino a tu casa.

—Oh —respondió Hally, y se echó a reír, lo cual debería haber aliviado la tensión, pero lo único que consiguió fue intensificar el silencio subsiguiente. Se echó la mochila al hombro sin perder la sonrisa, pero pestañeando más rápido que de costumbre—. Media hora —repitió—. Devon sabe dónde está la droga. Y cuidará de que no le pase nada a Eva mientras tú estés dormida.

De todos modos, terminamos yendo a casa de los Mullan con Devon, porque nos topamos con él justo a la puerta del colegio. Fueron diez minutos horribles. Él no le dirigió la palabra a Addie. Y ella ni lo miró. El calor nos hacía sudar y empeoró aún más aquella incómoda situación, así que notamos más alivio que de costumbre cuando llegamos a la casa fresca y ventilada de los Mullan, tomamos el agua azucarada con la droga y esperamos a que Addie se quedase dormida.

Yo seguía sintiéndome fatal al notar cómo se apartaba de mí, pero se me daba mejor mantener la calma. Ya volvería. Era más fácil sabiendo que volvería, sabiendo que el efecto del fármaco duraba a lo sumo una hora, a veces solo unos veinte minutos.

Devon estaba sentado a la mesa de la cocina cuando Addie fue a tumbarse, pero unos diez minutos después de que hubiese desaparecido, oí mi nombre flotar en la oscuridad.

—¿Eva?

Devon pronunció mi nombre como quien cuenta un secreto. Como una contraseña, un código en un susurro junto a una puerta cerrada.

¿Sí?, respondí, aunque no podía oírme. No había más que oscuridad y el mullido

sofá donde estábamos tumbadas. Notaba las rugosidades de la tela bajo los dedos, la textura de la fibra rozar las muñecas.

Sentí su cálida palma cuando la apoyó sobre la nuestra, la presión de sus dedos, el roce de su pulgar en nuestra muñeca.

—Soy Ryan —dijo—. Supuse que... que te gustaría saber que había alguien aquí.

Intenté hablar. Me concentré en nuestros labios, nuestra lengua, nuestra garganta. Traté de formar la palabra «gracias» con una boca que era mía pero se negaba a obedecerme. Al parecer, aquella tarde no iba a ser capaz de hablar.

Así que me concentré en la mano de Ryan, lo que me resultó más fácil. La había deslizado sobre nuestros dedos y cerrado en torno a la nuestra. Rodeé sus dedos con los nuestros y apreté con la escasa fuerza que logré reunir.

Me imaginé que toda mi capacidad de expresión se iba a reducir a aquello.

Pero la idea de ser capaz de responder algún día, de sentarme a hablar y reír con él como lo haría cualquier otra persona, pasó a engrosar mi lista de motivos para seguir viniendo a casa de los Mullan. Y para seguir luchando, costara lo que costara.

Pasaron unos días. Luego una semana. Luego otra, y otra. Antes contaba mi vida por fines de semana, idas al teatro y sesiones de diálisis de Lyle. Marcaba los días con deberes para el colegio o tardes en que tenía que cuidar niños. Pero lo que ahora señalaba en mi vida eran los progresos que hacía tumbada en un sofá, con Hally o Lissa, Ryan o Devon a mi lado. El número de palabras que lograba pronunciar. Los dedos que conseguía mover.

Y por primera vez, mi mente bullía con recuerdos que eran míos y solo míos. Mi primera sonrisa cuando Hally me contó entre susurros todas las cosas absurdas y sin sentido que había logrado que su hermano hiciera cuando eran pequeños. Mi primera carcajada, que hizo dar un respingo a Lissa antes de echarse a reír ella también. Pero incluso los días en que en vez de progresar parecía que retrocedía y yacía muda y paralizada en el sofá, atrapada en la oscuridad que reinaba tras nuestros párpados, siempre había alguien a mi lado que me hablaba y me contaba historias.

Así me enteré de que la familia Mullan había venido a vivir a Lupside un año antes que nosotras, cuando su madre encontró un nuevo trabajo. De lo mucho que Ryan echaba de menos su antigua casa, pues había vivido doce años en ella y se sabía de memoria el sitio que ocupaba cada libro de la biblioteca y el crujido de cada peldaño de la escalera de caracol. De que Hally, en cambio, no la echaba de menos porque casi no tenían vecinos y los pocos que había eran odiosos. De que, pese a todo, los dos tenían buenos recuerdos del campo que había detrás de la casa y de la infancia que habían pasado jugando allí mientras se imaginaban estar en cualquier otro lugar menos en el que en realidad estaban.

Recuerdo con claridad meridiana el primer día que abrí los ojos.

Hally gritó y salió disparada en busca de Devon.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Mira!

—¿Eva? —dijo Devon. Pero no era Devon.

Aquella fue la primera vez que los sorprendí al cambiarse, que sorprendí a Ryan abriéndose camino para mirarme. Ni siquiera pude mover los ojos ni sonreír ni reírme, solo mirarlo fijamente. Estaba tan cerca que casi podía contarle las pestañas, que eran largas, oscuras y curvadas como las de Hally.

Recuerdo aquella imagen de Ryan, con una sonrisa de medio lado y el pelo húmedo y más rizado de lo habitual a causa de la lluvia que había caído aquella tarde. Era la primera vez que lo veía de verdad, pues casi nunca coincidíamos en el colegio, y cuando nos veíamos siempre parecía ser Devon quien tenía el control. Hizo un leve gesto de fastidio con los ojos cuando Hally le dio un codazo para que se apartara y yo pudiese mirarla a ella.

—Dentro de nada —dijo con una sonrisa— estarás dando volteretas.

En ocasiones como aquella, la creía. Otras veces no estaba tan segura.

—No te preocupes —me dijo Ryan una tarde en que no estaban Hally y Lissa.

Cada vez nos dejaban más tiempo a solas con Ryan, y Addie había dejado de preguntar adónde iban. A mí me daba igual. Me gustaba aquel chico que colocaba una silla junto al sofá, que me hablaba de voltajes e instalaciones eléctricas y luego se echaba a reír y decía que debía de estar aburriéndome como una ostra, pero que todo aquel rollo me serviría como incentivo para recuperar el control de mis piernas y poder escapar.

¿Y si nunca llego a recuperar el control?, pregunté. Ahora hablaba mucho con él y con Lissa; sabía que no podían oírme, pero hablaba de todos modos. A veces llegaban a pasarse una hora entera hablando solos. Lo menos que podía hacer para corresponder era hablarles, aunque ellos no lo supieran.

Ryan acercó más su silla.

—Devon y yo nunca llegamos a asentarnos del todo. Hubo unos meses, cuando teníamos cinco o seis años, en que me pareció estar perdiendo fuerza. Todo el mundo daba por hecho que habría desaparecido antes de cumplir los siete. —Sonrió—. Pero volví. No sé exactamente cómo. Recuerdo que luché por el control, que Devon también peleó... y no sé más. Nuestros padres no se lo dijeron a nadie. ¿Recuerdas que te comenté que nuestra madre trabaja en el hospital?

Lo recordaba. De ahí habían sacado el fármaco; lo habían robado un día que Hally había ido con su madre. Addie se echó a temblar como una hoja cuando se enteró.

—Ella sabe de estas cosas. Creyó que lo único que pasaba era que íbamos algo retrasadas o algo así. O al menos esa era su esperanza. Así que no dio parte y procuró que lo ocultásemos; y ella nos mantuvo ocultos a nosotros. Donvale (donde vivíamos antes) es uno de esos sitios rurales y muy pequeños, así que era más fácil mantenerlo en secreto. Papá nos dio clase en casa los dos primeros cursos para que no pasáramos demasiado tiempo con gente durante esa época en la que uno acaba de asentarse. Nuestros padres tenían miedo, ¿sabes?

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas —de todas mis fuerzas y de toda mi capacidad de concentración—, pero logré dominar nuestros labios, nuestra lengua, para que formasen una sola palabra: «Sí». Y con esa palabra intenté transmitirlo todo.

Ryan sonrió, como siempre que yo hablaba, aunque no dijese más que un par de sílabas. Pero luego su sonrisa se desvaneció:

—Los agentes del Gobierno no habrían transigido con la fecha límite; no con nosotros.

Me debatí entre el horror y la envidia. Si sabes que tu hijo está mal, que no se desarrolla como es debido, ¿cómo no vas a llevarlo al médico? ¿Cómo no te vas a preocupar?



—Pero al final, lo de no asistir a un colegio normal comenzó a llamar la atención más de la cuenta. A nuestra madre le pareció que Devon mostraba señales de ser el dominante, así que cuando nos matriculó solo puso su nombre. «Tenéis que fingir», nos dijo. Ya habíamos aprendido lo importante que era.

Tenía la mirada fija en él, y deseaba tener las palabras y la fuerza para decirle que sabía exactamente a qué se refería, para hablarle de la curiosidad y el miedo que Addie y yo habíamos tenido que afrontar en el patio del colegio.

Pero Ryan lo sabía, igual que sabía que sus rasgos recordaban a los cuadros de nuestro libro de historia, a los extranjeros que había que mantener fuera del país a toda costa para que este siguiera a salvo.

—Así que fingimos. —Se encogió de hombros—. Y seguimos fingiendo. Por entonces Hally y Lissa tenían siete años y tampoco daban señales de ir a asentarse. —Rio—. Creo que papá y mamá estaban aún más preocupados con este segundo caso en la familia. A Hally le cuesta un poco mantenerse oculta.

*Entonces, ¿qué hicieron?*

—Hally siempre fue la que más se hacía notar, así que en el colegio la inscribieron a ella —dijo como si me leyese el pensamiento con solo mirarme—. Fingió tan bien, que comenzamos a asumir que era la dominante, incluso ante nuestros padres. Se sintieron muy aliviados. Y ahora ellos... bueno, nunca hablamos de eso. —Esbozó una sonrisa irónica—. Somos tan buenos actores que mis padres creen que somos normales, o al menos eso se dicen a sí mismos.

Jugueteó con su último proyecto: una linterna de pilas pero que también funcionaba a cuerda, como un reloj. Tenía cientos de cosas almacenadas en el sótano: radiocasetes conectados a altavoces, ordenadores montados por él mismo y otros que había desarmado, incluso cámaras diseccionadas. Me había prometido enseñármelas algún día, cuando fuese capaz de moverme.

—No estaba seguro de si encontraríamos a alguien más —dijo—. Y si lo encontramos, no sabía si... si sería prudente intentar... ser... —Hizo una pausa—. Hally tenía muchas ganas, más que cualquiera de nosotros. Necesitaba conocer a otros, ¿sabes? Estar con gente como nosotros. Pero yo pensé... bueno, Devon y yo pensamos que sería muy peligroso. Le costó varios meses convencernos. —Me miró un instante y volvió a concentrarse en la linterna—. Pero me alegro de que lo consiguiera.

*Yo también*, quise decir. Y probablemente habría podido, pero por algún motivo no habría sido suficiente. Porque si Hally no hubiera parado a Addie en el pasillo del colegio aquel día, o si no hubiera insistido en que fuésemos a su casa después de la inundación del museo, o si Devon no se hubiera prestado a revisar a escondidas las fichas de matrícula, o si Lissa no hubiera obligado a Addie a escucharla y un montón de detalles más, probablemente seguiría contando mi existencia por fines de semanas

y tardes cuidando niños. Seguiría siendo tan solo un fantasma que no hacía más que fastidiarle la vida a Addie.

—Eva —dijo Ryan.

Alcé la vista y unimos nuestras miradas. Qué extraño era ver lo distinta que era la cara de ese chico cuando el control lo tenía él y no Devon. Tenía una sonrisa que me moría por devolverle.

—¿Sí? —dije de nuevo. La segunda vez era algo más fácil, como tocar un instrumento o cantar una canción después de haber ensayado.

Tardó un minuto en contestar. Frunció el ceño, que le arrugó la frente y le oscureció los ojos. Por un momento temí que fuesen a cambiarse. Devon casi no me hablaba. Si mutaba en aquel momento ello significaría el final de la conversación, y que me quedaría sola en el sofá hasta que Addie despertara. Pero no se cambiaron, aunque las palabras que Ryan pronunció a continuación sonaron forzadas y transmitían inseguridad:

—¿Te has preguntado alguna vez qué les pasa a esos niños que se llevan?

Me limité a mirarlo fijamente. Su ceño se acentuó. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin pronunciar nada. Al cabo dijo:

—¿Te has preguntado cuántos híbridos hay en realidad por ahí sueltos?

Apartó su mirada de la mía y se puso tenso. Y entonces desapareció. Devon se apoyó contra la pared.

—De todos modos, no parece que por ahora puedas responder.

Justo en ese momento llegó Hally, y Devon se fue al piso de arriba. No tenía manera de pedirle que volviese, ni de hablar con Ryan.

Pasaban los días y las semanas casi sin que nos diésemos cuenta. Yo iba recobrando mi fuerza muy poco a poco; seguía tumbada en el sofá inmóvil y muda, excepto en las ocasiones en que lograba articular fragmentos de frases que cada vez iban siendo un poco más largos. Eso sí, pronto pude abrir nuestros ojos sin dificultad y mover los dedos de pies y manos. La primera vez que levanté la mano casi un palmo sobre el sofá, Hally soltó un chillido y se puso a aplaudir.

Cuando recuperar el control de nuestro cuerpo con tanta lentitud no me preocupaba, sí me preocupaba estar haciéndolo demasiado aprisa. ¿Iba demasiado rápido para Addie? Algunas tardes, Hally o Lissa le contaban los progresos que había conseguido. Addie nunca decía gran cosa, se limitaba a asentir con la cabeza y recoger la mochila para irnos a casa.

Y yo no podía evitar una sensación de vacío.

Addie se quitó el uniforme tan deprisa como pudo. Alcanzó unos pantalones cortos al mismo tiempo que nos liberábamos de la falda. Y aun así, Lyle empezó a aporrear la puerta de nuestro cuarto antes de que terminásemos de cambiarnos:

—Dice mamá que te des prisa, Addie. Vamos a llegar tarde.

Había sido yo quien había sugerido no ir a casa de Hally para ir al centro; tomarnos un respiro y descansar un poco de tanta droga inhibidora y sueño inducido. Quizá Addie necesitaba un día libre de todo aquello. Teníamos uno de los mayores secretos que cabía imaginar. Nos estábamos desprendiendo del efecto de años de asesoramiento y consultas médicas, y remando en contra de todo lo que nos habían dicho sobre la cuestión de asentarnos.

Y quizá algún día, no podía evitar pensarlo a veces, llegaríamos a lamentarlo. Había luchado por convencer a Addie de ir a casa de los Mullan por temor a que si no lo hacía, más tarde podría arrepentirme. Pero ese viaje distaba mucho de ser seguro. Incluso en caso de que no llegasen a descubrirnos, ¿cómo íbamos a vivir Addie y yo a medida que yo fuese recuperando más y más fuerza? ¿Nos separaríamos, como aseguraban los médicos? Parecía que a los hermanos Mullan les iba bien, pero... a saber.

Era normal que Addie estuviera algo alterada. Y yo también, pese a que había aprendido de nuevo a sonreír. Así que no me sorprendió nada que Addie le dijese gustosa a Lissa que aquella tarde al salir del colegio íbamos a ir a la ciudad con nuestro hermano pequeño. Sí me sorprendió, sin embargo, que Lissa, con aquella sonrisa ladeada que compartía con Ryan, nos preguntase si podíamos vernos en el centro. Y más todavía cuando Addie le dijo que sí.

—No vamos a llegar tarde —respondió Addie con brusquedad—. Métete en el coche y dile a mamá que bajo en un momento.

Farfulló algo entre dientes, pero oímos sus pasos bajando la escalera. Lyle siempre caminaba como un elefante, aunque por constitución física se parecía más a una grulla. A un bebé grulla con una mata de pelo rubio carente de toda gracia.

Tanto él como nosotras nos parecíamos físicamente a mamá: pelo rubio —aunque teníamos algo del cabello rizado de papá— y ojos castaños. Papá, que tenía el pelo oscuro y los ojos azules, solía decir que le habían engañado en el departamento de genética. Siempre nos reíamos, aunque nuestra risa ocultaba una terrible duda: ¿de dónde venían nuestros defectuosos genes híbridos?

Todo el mundo sabía que la condición de híbrido se debía a un componente genético de algún tipo. Al fin y al cabo, la mayoría de los demás países estaban habitados por híbridos. Ese rasgo se había erradicado aquí solo porque los que salieron victoriosos tras la Revolución eran no híbridos que se habían encargado de

crear un país de no-híbridos; habían purgado a los híbridos supervivientes de la larga guerra, habían unido los dos continentes y habían cerrado las fronteras a cal y canto.

Addie terminó de vestirnos y nos cepilló rápidamente el pelo antes de bajar la escalera y atrapar los zapatos al vuelo. Se dirigió al coche medio corriendo, medio saltando. Lyle ya estaba en el asiento trasero con el cinturón de seguridad abrochado y un montoncito de libros a su lado. Siempre insistía en llevar al menos tres cada vez que iba a una de sus sesiones de diálisis, y siempre eran novelas de aventuras. Las devoraba durante las largas horas que pasaba enganchado a la máquina, y después nos las contaba de camino a casa.

Lyle era siempre el primer niño que se fatigaba cuando su clase jugaba al fútbol en el gimnasio, y el último en llegar a la meta en todas las carreras. Me parecía lo más lógico que quisiera sumergirse entre libros y héroes que siempre estaban escapando de encierros y escalando edificios a punto de desmoronarse.

Mamá suspiró cuando subimos al asiento del pasajero y comenzó a dar marcha atrás en el mismo instante en que Addie cerró de un portazo.

—No entiendo por qué no podías dejarte puesto el uniforme, Addie.

Addie no contestó. Estaba demasiado atareada atándonos los zapatos, y además ya le había dicho un millón de veces que nadie quería ser visto con el uniforme fuera del colegio, sobre todo en la ciudad.

—¿Me puedes dejar en el bulevar donde están las tiendas de material artístico? El que está cerca de...

—Sí, sí, ya sé cuál dices, Addie.

Lyle forcejeó con el cinturón y se inclinó hacia delante entre los asientos delanteros.

—¿Puedo ir yo también después de la sesión, mamá? Porfa...

Casi nos saltamos un semáforo en rojo y luego atravesamos el cruce quemando neumáticos en cuanto cambió a verde.

—Si tenemos tiempo sí, Lyle.

Lyle tenía diálisis en una clínica de la ciudad tres días a la semana. Addie y yo solíamos aprovechar el viaje con él y mamá una vez a la semana o así, pero últimamente habíamos estado ocupadas yendo a casa de Hally y Devon. Bessimir era un soplo de aire fresco comparado con las sosas afueras de Lupside. No era ni de lejos tan grande como Wynnicks, donde vivíamos antes, pero algo era algo. Aunque la sombra del Museo de Historia lo oscureciese todo.

A lo largo del mes fueron apagándose las conversaciones sobre la inundación del museo, pero el edificio seguía cerrado, precintado con la cinta amarilla de la Policía como escueto recordatorio de lo que había ocurrido. Y casi todas las noches el canal de noticias hablaba de la investigación en curso o ponía vídeos de otros atentados cometidos por los híbridos en el pasado. Siempre terminaban con imágenes de

hombres y mujeres atrapados y entregados a la justicia, gente de pelo lacio y enmarañado, ellas con el maquillaje emborronado o corrido, como los payasos. Híbridos que seguían siéndolo en secreto, como nosotras.

Comparados con el bombardeo de San Luis o el pavoroso incendio que había arrasado la Amazonia en América del Sur —del que recientemente se había confirmado su autoría híbrida—, medio palmo de agua y unas cuantas llamas en el museo de Bassimir apenas parecían dignos de mención. Pero hablaban de ello día tras día tras día tras día.

Y cada vez, por más que lo intentara, no podía evitar acordarme de lo que la guía había dicho mientras Addie se levantaba tras caer en el agua sucia: «Son esas cañerías. ¿Cuántas veces habré dicho que había que arreglar esas cañerías?».

Mamá nos dejó en el bulevar y nos recordó que teníamos que estar de vuelta tres horas después. Las dos sabíamos que la sesión de Lyle duraba más de tres horas. Siempre. No obstante, Addie le aseguró que allí estaríamos.

Hally se reunió con nosotras al final de la calle; llevaba un vestido de verano de un amarillo muy vivo por encima de lo que parecían unas mangas blancas abullonadas del siglo pasado. Sin embargo, a ella le quedaban bien. Íbamos tan distraídas con su ropa que casi no reparamos en el chico que se encontraba a unos pasos de distancia hasta que llegamos a la esquina.

—Ya ves, el niño quería venir de compras —dijo Hally y enarcó las cejas, risueña.

—Tenía que venir —precisó Ryan—. Necesito comprar...

—Miente —susurró Hally dándonos un golpecito con el hombro. Ryan hizo como que no había oído nada.

De haber podido, yo habría sonreído.

—Bueno, enséñanos el camino, Addie —dijo Hally y sonrió—. ¿Qué tienes que comprar?

—Material de dibujo —respondió con un tono que me hizo pensar que estaba empezando a arrepentirse de tener compañía.

Hally nos dio la mano como si ella y Addie fuesen amigas normales y estuviesen a salvo, como si la gente no estuviese mirando ya con el rabillo del ojo a Hally y Ryan, al origen extranjero que llevaban impreso en sus rasgos. Pero ambos fingían de maravilla que no se daban cuenta.

—No sabía que dibujaras —comentó Hally mientras comenzaba a andar.

Addie apretó el paso para situarnos a su lado. A Ryan no parecía importarle que caminásemos delante de él.

—Ya, bueno, es que ahora ya no dibujo tan a menudo. Antes sí. Cuando era más pequeña.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Ryan. Así que después de todo estaba

escuchando nuestra conversación. Como Addie le estaba dando la espalda, no podía saber si nos estaba mirando.

Se nos había arrugado un poco el borde de la blusa. Addie lo alisó.

—Por nada en particular. Porque tenía demasiadas cosas que hacer.

En realidad, porque había llegado a dibujar muy bien. Había ganado dos concursos antes de cumplir los doce años, antes de reparar en que ganar suponía atraer cada vez más atención, y llamar la atención era algo que no podíamos permitirnos. Si se presta atención durante mucho tiempo a algo con imperfecciones, las imperfecciones terminan por salir a la superficie, por pequeñas que sean. Y las nuestras distaban mucho de ser pequeñas.

Addie seguía dibujando, pero en privado. Si alguien, incluso nuestros padres, vieran sus dibujos, los alabarían y se los enseñarían a más gente. Y antes o después alguien terminaría por preguntar por qué no nos presentábamos a algún certamen. Lo que sí había dejado era la pintura. Eso era más difícil de esconder. Y de todos modos, los lienzos eran muy caros.

Recorrer el bulevar con Hally nos llevó el doble de tiempo que si hubiésemos ido solas. La mitad de los escaparates le llamaban la atención, se quedaba fascinada con todas las baratijas y todas las piezas de tela, con el brillo de todas las joyas y todos los juguetes medianamente originales. Por cuarta o quinta vez nos pidió que nos detuviésemos. Addie dejó de entrar con ella en todas las tiendas y se quedó fuera con Ryan, que lograba acomodarse a la situación sin hacer ningún comentario. Addie estaba un poco harta y con ganas de ir directamente a la tienda de material artístico y terminar los recados que tenía que hacer.

*Tenemos tiempo de sobra*, le estaba diciendo para tranquilizarla cuando Ryan metió baza:

—Ya sabrás que Eva puede mover sus manos. ¿No te lo ha dicho?

Sus manos. No *vuestras* manos, sino *sus* manos. Mis manos. Desde luego, era más seguro decir *sus manos* por si había por allí alguien que pudiera oírnos, pero me invadió una sensación de calidez.

—No —respondió Addie.

Él sonrió:

—No siempre, pero a veces sí. Y ahora estamos trabajando para mejorar su capacidad del habla. Es agradable... —Hizo una pausa y soltó una risita antes de continuar—. Me refiero a que estoy seguro de que está harta de oírme hablar a mí todo el tiempo. Y está claro que debe tener mucho que decir...

Estaba mirándonos, mirándome a mí, me pareció, y yo dije Sí antes de darme cuenta de lo que hacía, sin ser consciente de que no estaba en el sofá del salón de su casa y de que Addie no estaba dormida. Ella se puso tensa.

—Y...

—Oye, no deberíamos estar hablando de estas cosas —lo cortó Addie—. No aquí. —Tomó una bocanada de aire corta y rápida—. Y deja de hablar de ella como si fuese un bebé. Como si fuese un milagro que sea capaz de apretar el puño y soltar unas cuantas palabras.

Ryan parpadeó.

—No quería decir eso...

—Y claro que tiene mucho que decir —espetó Addie—. Lo sé porque me lo dice a mí.

Se apartó de su lado y entró en la tienda, donde Hally estaba pidiendo a la dependienta que le bajase de la estantería más alta un reloj con unos adornos estrafalarios.

*Sabes que no lo dijo en ese sentido, dije.*

*Pues que tenga más cuidado con sus palabras.*

Hally sonrió al ver acercarse a Addie, luego miró hacia el exterior y su sonrisa se enfrió un poco.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, o al menos empezó a preguntar, porque justo en ese momento sus palabras quedaron ahogadas por el estrépito de las sirenas.

El primer coche de policía pasó a toda velocidad antes incluso de que Addie saliera de la tienda, tan rápido que nos despeinó, seguido por un segundo coche. Las conversaciones se fueron apagando en toda la calle a medida que el estrépito de las sirenas lo invadía todo. La gente se detenía, se giraba para mirar. Y nosotros también.

No podíamos oírla, pero leímos los labios de la mujer que se encontraba a unos pasos de Ryan. «Híbridos», dijo con gesto desencajado. Addie se apartó casi de un salto. Pero la mujer estaba hablando con un hombre, no con nosotras, y ambos miraban en otra dirección.

Un par de chicos pasaron corriendo tras la estela de los coches patrulla. Ya se habían alejado y el aullido de las sirenas remitía, aunque seguía resonando en nuestros oídos. Y entonces algo —alguien— nos adelantó como un rayo, corriendo detrás de los chicos.

—¡Hally! —gritó Ryan mientras salía en su persecución—. ¡Hally, para!

El miedo nos petrificó. ¿Era cierto? ¿Alguien se había equivocado? ¿O había mentado solo para provocar un disturbio?

Addie, gemí. No sabía qué quería que hiciera: correr, sí, pero ¿adónde? ¿Detrás de Ryan y Hally? ¿O en sentido contrario? Lo único que acerté a decir fue: ¡Addie, muévete!

Y se movió. Giró sobre los talones, como si nuestras piernas hubieran recobrado la vida, y se alejó corriendo de los coches patrulla, de Ryan, de Hally. De quienquiera que hubieran descubierto. Las calles se llenaron de gente que correteaba como aturdida, entraba y salía en tromba de las tiendas y las casas. Una persona chocó

contra nosotras. Y luego otra, y otra. La mitad de la gente intentaba llegar al escenario de los hechos, dominada por el morbo de presenciar algo en directo, la otra mitad intentaba huir.

En cuestión de segundos nos quedamos sin apenas espacio para maniobrar. La noticia había corrido como la pólvora.

Peligro. Habían descubierto a un híbrido y la Policía había venido a llevárselo.

Addie se movía aturdida de un lado a otro tratando de abrirse paso entre la multitud. Los cuerpos chocaban contra nosotras. *Eva*, gimió antes de tropezar y caer hacia delante. Un codo nos golpeó la mejilla y otro nos impactó en las costillas, robándonos el poco aire que nos quedaba en los pulmones.

La muchedumbre se desplazó como una ola y nos arrastró con ella, una riada de cuerpos en movimiento. Addie avanzaba a trompicones entre la corriente al tiempo que luchaba por mantenerse a flote. Yo estaba tan desorientada que no supe en qué dirección nos movíamos hasta que topamos con un cordón policial formado por fornidos agentes que gritaban «¡Atrás, atrás!». Apenas se oían sus voces sobre la cacofonía de la muchedumbre: los gritos de furia, los quejidos de los que se caían. Zigzagueamos de derecha a izquierda, con ganas de cerrar los ojos pero sin atrevernos a hacerlo.

*Eva...*, Addie gimió de nuevo en el vacío de nuestra mente. *Eva... Oh, Dios mío.*

Una pierna se enganchó con la nuestra y perdimos el equilibrio. Nos vimos bruscamente impulsadas hacia delante, directas al suelo, pero en el último instante una mano nos sujetó por un brazo. La mano de un policía. Tiró para incorporarnos y luego nos arrastró a través del gentío —como un pez enganchado a un sedal, o un pájaro atado a un cordel— para depositarnos al otro lado de la calle. Respiramos entre jadeos entrecortados, pero al ver que el agente nos miraba se nos cortó la respiración.

¿Lo sabía? No podía saberlo. ¿O sí?

—¿Estás bien, niña? —preguntó al tiempo que nos soltaba.

Era un hombre corpulento. Podría derribarnos en un segundo, y tenía pinta de ser capaz de hacerlo. Addie asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Volvimos la mirada hacia los exaltados casi contra nuestra voluntad.

—Idiotas —dijo el policía—. No saben lo peligroso que es.

¿Peligroso? ¿Se refería al tumulto o al híbrido que habían capturado, oculto en algún lugar en medio de la turba vociferante, tan apiñada en torno a él que no podíamos verlo?

—Vete a casa, ¿entendido?

Addie asintió de nuevo. Fuimos recobrando el ritmo normal de la respiración y nuestros pulmones se relajaron. El policía volvió al epicentro del tumulto para unirse a sus compañeros en sus esfuerzos por contener la avalancha.



Corrimos desbocadas para alejarnos del griterío, el clamor y los cuerpos sudorosos. Nos olvidamos de la tienda de material artístico y tampoco buscamos a Ryan y Hally, que parecían haber sido engullidos por la marabunta. No dejamos de movernos ni un segundo hasta que pasaron las tres horas y tuvimos que regresar al punto de encuentro para que nos recogieran.

Cuando mamá apareció con casi media hora de retraso ya nos habíamos tranquilizado. Hacía un buen rato que se habían ido los coches patrulla, con su prisionero en el asiento de atrás, y el gentío ya se había dispersado.

—¿No has comprado nada, Addie? —preguntó Lyle cuando nos sentamos en el asiento del pasajero con rostro inexpresivo.

Nuestra única respuesta fue negar con la cabeza.

Aquella noche no pegamos ojo, pero tampoco cuchicheamos como cuando nos desvelábamos. Por el contrario, permanecemos en silencio en la oscuridad. En mi interior aún podía oír los gritos, las sirenas. Las caras furiosas del gentío parecían estampadas en el techo, y también por dentro de los párpados cuando Addie cerró por fin los ojos.

En las noticias de la noche hablaron del incidente, pero de alguna manera lo desnaturalizaron, hicieron ver que se había congregado una multitud que abucheaba al hombre esposado como si fuesen espectadores de un deporte violento, y no ellos mismos quienes luchaban en el *ring*. No emitieron imágenes de la Policía intentando mantenerlos bajo control.

Si aquel agente no nos hubiera recogido —mejor dicho, rescatado—, habríamos caído bajo aquella misma muchedumbre y nos habrían pisoteado hasta reducirnos a polvo bajo sus pies enfurecidos. Pero ¿nos habría salvado de haber sabido nuestro secreto? ¿De haber sabido lo que hacíamos cada tarde al salir del colegio? Quizá nos habría dejado caer para luego arrastrar nuestro cuerpo maltrecho hasta el asiento trasero de su coche. Y nos habría encerrado.

Durante la cena todos enmudecimos al ver las noticias, incluso Lyle. Estaba sentado, con el tenedor aferrado y los ojos fijos en el pequeño televisor. Tenía siete años cuando los médicos declararon que Addie se había asentado y solo cinco cuando yo perdí casi toda capacidad de movimiento. Aunque por fuerza tenía que recordar el miedo que se respiraba en la casa en aquella época, con todas las visitas a los médicos, todos los días en que mamá lloraba mientras preparaba el desayuno, me preguntaba cuánto se acordaría de mí en realidad.

Los vecinos, aquellos estúpidos vecinos metomentodo, habían advertido a mis padres que mantuvieran a Lyle lo más separado posible de Addie y de mí, especialmente durante la edad de asentarse. Algunos decían que el temor de que un híbrido afectara a niños que aún no se habían asentado no era más que una leyenda

urbana, pero con cosas como los híbridos y su momento de asentarse todas las precauciones eran pocas.

Como mostraba en ese momento la televisión: el cordón policial, el tumulto. Todo a causa de un hombre al que ni siquiera habíamos vislumbrado de lejos, pero al que ahora veíamos en aquella grabación medio borrosa. Observamos su rostro. No intentó tapárselo como a veces hacían otros criminales al ver una cámara. Otros criminales...

Porque era un criminal.

Por ser híbrido y libre.

Por poner a los demás en peligro con su sola presencia.

Por la inundación y el incendio que había provocado en el Museo de Historia, pues, según escuchamos medio aturridas, se había demostrado que había sido obra suya. ¿En un intento por destruir la historia? ¿Por destrozar a los héroes del pasado? ¿O solo consecuencia del vandalismo enloquecido de una mente híbrida en proceso de desintegración?

¿Lo había perpetrado en solitario? A veces, los alumnos más atrevidos del colegio hacían circular historias sobre la existencia de una red secreta de híbridos por todo el país, como una especie de mafia, una teoría de la conspiración. Ellos serían los auténticos culpables de todo lo malo que le pudiese ocurrir al país, desde los ataques de tiburones hasta las recesiones económicas.

Era una idea absurda. Si de verdad los híbridos tuvieran tanto poder aquí, la gente como nosotras no tendría tanto miedo.

Las cámaras de las noticias siguieron al hombre y su escolta policial hasta que lo metieron en el coche patrulla. ¿Tenía pinta de *destrozamuseos*? Quizá. Aparentaba unos cuarenta años, de pelo castaño, barbita corta y manos fuertes. Pero en algunas imágenes también me recordó a nuestro tío materno. El que había dejado de hablarle a mamá después de que nuestros padres rogaran a las autoridades sanitarias que nos diesen un poco más de tiempo a Addie y a mí antes de llevarnos, como habría sido más correcto, más normal y más propio. Aquel cuyo nombre mamá jamás pronunciaba, como tampoco nadie lo pronunciaba ante ella.

Ni papá ni mamá nos miraron a los ojos aquella noche. Todos nos acostamos temprano, aunque a juzgar por la luz que se filtraba por debajo de las puertas de los dormitorios, nadie durmió.

Addie habló una sola vez, mientras se acurrucaba bajo las sábanas:

*Eva... Eva, tenemos que dejarlo. No podemos seguir con esas cosas. Si nos descubren...*

No contesté. ¿Dejar las sesiones? ¿Renunciar ahora que sabía que algún día iba aprendería a andar de nuevo? ¿Renunciar a escuchar a Ryan hablándome de sus inventos y contándome historias del pasado?

¿Renunciar a la oportunidad de algún día ser yo quien le contara cosas sobre mí?

*Mañana se lo diré a Hally, añadió Addie. Tenemos que dejarlo y no se hable más.*  
Pero al día siguiente, Hally y Lissa no estaban.

La clase de historia se nos hizo extraña y vacía sin ella, aunque todo el mundo parecía ocupar más espacio que de costumbre, presas aún del frenesí de la persecución del día anterior. Addie no le contó a nadie que habíamos estado allí, y procuramos pasar inadvertidas al fondo del aula.

*Le ha pasado algo, dije.*

*No seas melodramática. ¿Acaso has oído que se hayan llevado a una niña? ¿La viste por la tele? Lo más probable es que esté indispuesta. O simplemente se ha quedado en casa, como...*

Como ambas habríamos querido hacer.

*¿Y si ha resultado herida?, pregunté. ¿Y si... la pisotearon o algo así?*

Addie se estremeció.

*Por Dios, Eva, mira que eres tétrica. ¿Qué probabilidad había?*

Pero su intranquilidad se mezclaba con la mía y la sorprendí mientras escudriñaba a los chicos que recorrían los pasillos entre clase y clase, quizá buscando a Devon. Él lo sabría. Pero la verdad es que hasta la fecha no habíamos coincidido demasiado en el colegio, y aquel día no iba a ser una excepción.

Regresamos a casa solas. Hacía mucho tiempo que las otras amigas de Addie habían dejado de pedirle que fuesen juntas, y ya nadie nos esperaba.

Aquella noche dormimos un poco mejor, más que nada por puro agotamiento, pero soñamos con luces de emergencia y sirenas aullantes.

Hally tampoco fue al colegio al día siguiente.

*Quizá deberíamos pasarnos a verla, dije de camino a casa.*

*Está enferma, repuso Addie, aunque no pudo ocultar cierto titubeo en su voz. A mí no podía engañarme. A nadie le apetece recibir visitas cuando se encuentra mal.*

Y no hubo manera de convencerla, por mucho que lo intenté.

El jueves, en clase de historia, el pupitre de Hally seguía vacío.

*Vamos a ir. Hoy mismo, dije.*

Pero esa tarde papá necesitaba que alguien se quedase en la tienda mientras él hacía unos recados, así que vino a buscarnos al colegio. Cuando volvió preguntó si podíamos reponer las latas. Y después hubo que repasar el talonario de recibos y hacer el recuento de las ventas hechas la semana anterior.

Cuando terminamos ya estaba oscureciendo. Papá nos llevó a casa y nos despidió con un beso en la frente y la promesa de que volvería antes de que nos acostáramos. Quizá, dijo con una sonrisa, cuando llegaran las vacaciones, él y mamá se tomarían unos días libres e iríamos todos a las montañas. De acampada.

Addie le devolvió la sonrisa.

Me pregunté si papá recordaría la primera vez que fuimos de acampada, antes de

que naciera Lyle. Addie y yo teníamos cuatro años, y papá se había pasado lo que me pareció una eternidad y media sentado en un tronco conmigo frente al fuego, bajo las estrellas, enseñándome a juntar los pulgares sujetando una brizna de hierba y a silbar soplando entre ellos.

—Lyle tiene algún problema con las matemáticas —le dijo mamá a Addie en cuanto entramos en la cocina—. ¿Por qué no le ayudas mientras termino de preparar la cena?

Y así pasamos la noche. Pensé en pedirle a Addie que llamara por teléfono, pero ni siquiera teníamos el número de los Mullan. Nunca nos había hecho falta llamar.

*Ya van tres días, dijo Addie. Seguro que mañana estará de vuelta.*

No estaba. Pero cuando recogimos la mochila para salir del aula al terminar las clases, alguien nos cortó el paso. No era Hally, ni Lissa.

Era Devon.

Addie se quedó mirándolo y él la miró a su vez. Nuestros dedos aferraron el marco de la puerta.

—Hola —saludó Addie—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La señorita Stimp nos observaba desde su mesa. Devon frunció el ceño y ella desvió la mirada y se puso a revolver entre sus papeles, con las manos muy pálidas y la cara sonrojada.

Devon apretó los labios y luego se volvió hacia nosotras.

—Ven, hablemos fuera.

Salimos del edificio tras él y dejamos atrás el aparcamiento. Seguimos andando hasta a un lugar tranquilo donde crecían unos árboles, justo en el límite del recinto del colegio. Addie sudó para seguir el ritmo de las largas zancadas de Devon. Aquella mañana había llovido y la tierra blanda se hundía, salpicándonos los zapatos de charol. El aire estaba impregnado de olor a hierba mojada.

—¿Qué pasa? —preguntó Addie por fin—. Cuéntanos, Devon...

Él se giró, y se detuvo de manera tan brusca que estuvimos a punto de chocar contra él.

—Hally y Lissa se han ido.

*Ido.* La palabra nos cayó como una losa sobre el pecho. Addie tragó saliva.

—¿Qué quieres decir?

Devon echó una mirada alrededor antes de contestar. Estaba tan tenso que casi temblaba, como un muelle atado con sedal de pescar a punto de romperse.

—Debería haber sido más cuidadosa. Solo quería mirar, pero tenía que haber... —Se interrumpió y miró hacia otro lado. Los árboles, inmóviles y silenciosos, resplandecían con las gotas de lluvia—. No somos como el resto de vosotros. No podemos dejarnos ver cerca de cosas como las redadas. No podemos dejar que nos vean demasiado cerca. Se la llevaron y la interrogaron.

Una oleada de emociones encontradas se extendió por su rostro con demasiada rapidez para poder descifrarlas.

—Se la han llevado —repitió.

—¿La Policía?

Manos ásperas. Luces de emergencia azules y rojas. Sirenas que aullaban y aullaban y aullaban.

Devon seguía mirando hacia otro lado, la vista fija en los delgados troncos blancos, temblando. Se estaba levantando viento y las hojas susurraban.

—Al principio sí. Y luego el hombre de la clínica.

—¿Qué clíni...?

Devon se giró con brusquedad para mirarnos.

—¡Y todo porque quería mirar! —Su voz perdió fuerza, como un rumor de angustia aprisionada en una caja de acero—. Le dije que no fuese. Ryan también se lo dijo. Pero ella nunca, nunca escucha. —Se apretó las sienes con los dedos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó firme pero inexpresiva—. Después fueron a casa y nos dijeron que es mentalmente inestable. —Tenía la mirada turbia. Fría—. Dicen que necesita cuidados especiales intensivos antes de que sea demasiado tarde para salvarla. Quieren corregirla. Pretenden corregir a mi hermana, Addie.

Inestable. Cuidados especiales.

Demasiado tarde.

Sentí cómo Addie se retorcía y se agitaba a mi lado mientras vertía su angustia dentro de mí y la mía se filtraba en su interior.

*Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde.*

Eso era lo que los médicos, los especialistas y la orientadora con el pelo corto y gris les habían dicho a mis padres mientras nosotras escuchábamos con la oreja pegada a la puerta.

—Pero... —dijo Addie—. Pero ¿cómo? No pueden...

—Le hicieron pruebas. Escáneres. Nos enseñaron papeles. Con firmas de las autoridades. Asustaron a nuestros padres, los convencieron de que estaba en peligro, de que sería un peligro. No pudimos hacer nada.

Nos quedamos mirándolo mientras el viento nos alborotaba el pelo.

—Y a mí también me van a llevar —añadió Devon.

Nuestros dedos se aferraron al árbol más cercano como si lo quisieran estrangular.

—¿Así por las buenas? —susurró Addie.

*No pueden, intervine. De ninguna manera. No pueden.*

Devon y Ryan nos miraron. Un par de ojos, dos personas.

—Quizá jamás lleguemos a asentarnos. Para ellos ya es motivo suficiente.

Teníamos la garganta seca, los pulmones como esponjas empapadas en melaza.

Y luego Devon mutó; un cambio repentino y brusco como un salto inesperado.

Nada sutil.

—Márchate —dijo Ryan.

Addie hincó las uñas en el árbol.

—¿Qué?

—Van a revisar los historiales, Addie —dijo con voz más suave, casi como la que había oído a veces cuando se sentaba a mi lado en el sofá y me hablaba sobre sus distintos proyectos y me enseñaba su funcionamiento. El pequeño robot que guardaba el suficiente equilibrio para andar de un lado a otro de la mesa; la caja de metal que no se abría a menos que apretaras los botones en cierta secuencia—. Van a preguntar con quién nos relacionamos. Quién nos visita. Con quién hacemos los trabajos escolares. Y tu ficha... tu ficha les va a resultar muy, muy interesante.

El viento gimió e hizo que los arbolitos se mecieran. Nosotros nos mecimos con ellos.

—Márchate, Addie. —En la voz de Ryan había un temor que nos revolvió las entrañas—. No vuelvas a casa. Vete.

—Ya, sí, «vete» —repitió Addie—. ¿Y mis padres? ¿Y Lyle?

—¡De todas maneras tendrás que separarte de ellos! —replicó él con voz tensa y ronca, como reprimiendo un grito—. Addie, vete o te llevarán a ti también.

—¡Pero me devolverán! Siempre lo hacen. Me he asentado. Siempre he vuelto a casa.

Silencio. Y martilleo en las sienas y fuertes latidos.

—¿Y tú? —Las palabras se quebraron al salir de nuestros labios—. ¿Vas a escaparte?

Negó con la cabeza.

—No puedo. Ya se han llevado a Lissa y Hally. Pero tú tienes que irte. Addie, por favor, márchate. No puedes... Eva...

—¡Devon! —gritó una voz—. ¿Devon Mullan?

Ryan se puso tenso. Addie se volvió lo justo para ver un hombre de camisa blanca bajar de un coche. Se acercó con largas zancadas, la boca cada vez más apretada a medida que sus zapatos se iban salpicando de barro.

—Así que estás aquí, Devon. —El hombre era alto, fibroso, de mandíbula firme y pelo corto y oscuro. Aparentaba más o menos la edad de nuestros padres, no más de cuarenta y cinco años. De aspecto atractivo, enérgico, profesional—. Estaba a punto de dejar de buscarte e ir a ver si te habías ido a casa. ¿No habíamos quedado delante de tu taquilla?

—Me olvidé —contestó Ryan con voz inexpresiva.

El hombre nos miró. Mejor dicho, nos echó una ojeada. Pero una ojeada que me hizo sentir desnuda, como si pudiera ver más allá de nuestros ojos y descubrirnos acurrucadas en la nebulosa de nuestra mente.

—Bueno, no pasa nada —dijo, aunque con un tono de que había pasado algo muy grave. Señaló su coche con un gesto. Resplandecía a un lado de la carretera como un monstruo negro al acecho—. ¿Listo?

—Un momento —dijo Ryan. Giró sobre los talones y dio un paso hacia nosotras.

Antes de que nos diéramos cuenta, nos rodeó con sus brazos. Addie se estremeció e intentó soltarse, pero él nos retuvo. Me vi aprisionada por un cuerpo y aprisionada entre sus brazos, y tuve la sensación de que la verdadera cárcel era mi cuerpo.

—Márchate —nos susurró al oído.

Luego nos soltó y echó a andar hacia el coche con las manos en los bolsillos y caminar pausado. Lo seguimos con la mirada.

—Muy bien —dijo el hombre de la camisa blanca. Nos sonrió, y su sonrisa fue como una amenaza envuelta en una promesa. Y atada con un lazo—. ¿Así que tú eres Addie?

Addie tragó saliva.

*Lo sabe, dije. No es una pregunta.*

—Sí —respondió—. Soy Addie.

—Encantado de conocerte, Addie —dijo él e hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida. Se dio la vuelta y se alejó.

Sus zapatos dejaron huellas de barro todo el trecho hasta el coche. Ryan nos dirigió una última mirada antes de subir por el lado del acompañante. Observamos cómo se alejaban.

*Vete.* La palabra resonaba en nuestro interior.

Siempre me preguntaré qué habría ocurrido si le hubiésemos hecho caso.



Vino a buscarnos aquella misma noche.

Mamá acababa de ponerse el uniforme de camarera después de dejar a Lyle en su última sesión de diálisis de la semana. Una compañera le había pedido que le cambiase el turno en el restaurante, y, después de que Lyle le hubiera repetido un millón de veces que podía quedarse solo tranquilamente en la clínica una hora o más —en todo momento habría una enfermera cerca—, se había mordido el labio y había accedido. El caso de papá era justo el contrario: había llegado a casa antes de lo habitual, así que podría ir a la ciudad y quedarse con Lyle el resto de la sesión.

Addie y yo estábamos sentadas a la mesa a punto de empezar a cenar. Éramos las únicas que no teníamos entre manos ninguna actividad concreta.

Sonó el timbre justo cuando nos llevábamos el primer bocado a la boca. El tenedor se nos quedó congelado entre los dientes, con las frías púas metálicas apoyadas en la lengua.

Mamá frunció el ceño; el timbre la había pillado mientras se recogía el pelo.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—Probablemente algún vendedor —dijo Addie despacio—. Se irá si no hacemos caso.

Pero el timbre sonó de nuevo, esta vez seguido de golpes en la puerta. Cada golpe pareció hacer temblar los cuadros de las paredes y las figuras de la chimenea.

—Ya abro yo —dijo papá.

—¡No! —exclamó Addie.

Papá se sobresaltó y se volvió hacia nosotras.

—¿Pasa algo?

—No, nada... —Nuestros dedos se cerraron con fuerza sobre el tenedor—. Es que... Es que...

El timbre la interrumpió. Papá se dirigió hacia la puerta con el ceño fruncido.

—Sea quien sea, no tiene mucha paciencia.

Mamá siguió canturreando mientras terminaba de hacerse el moño, utilizando el fondo de una sartén como improvisado espejo. Apenas la oíamos con el estruendo de los latidos que nos retumbaban en los oídos.

—Hola —dijo una voz familiar en cuanto se abrió la puerta—. Soy Daniel Conivent, de la Clínica Normand.

Una mínima pausa.

—Salgamos —dijo papá con voz levemente entrecortada; un estremecimiento que notamos solo por la tensión a la que estaban sometidos nuestros nervios—. Por favor, hablemos fuera.

—De una clínica —comentó mamá—. No me imagino qué pueden querer

vendernos.

*Márchate*; en nuestro interior seguía resonando la voz de Ryan. *Márchate*, nos había advertido, pero no le habíamos hecho caso. ¿Adónde íbamos a ir?

Ahora era demasiado tarde.

No teníamos ningún sitio a donde ir, ningún lugar donde escondernos. Nos quedamos petrificadas en la silla con la mirada fija en las zanahorias y los guisantes, aferradas al borde de la silla.

—¿Addie?

Dimos un respingo y el tenedor repiqueteó sobre la mesa. Mamá frunció el ceño.

—Addie, estás pálida. ¿Qué te pasa?

—Nada. Yo... eeh... yo...

La puerta se abrió de nuevo y volvimos la mirada hacia el recibidor.

*Respira*, pedí. *Addie, tienes que respirar*.

Nuestros pulmones tomaron aire con dificultad. Addie se agarró a la silla con más fuerza y los brazos empezaron a temblarnos.

Papá fue el primero en aparecer. Su mirada se detenía en todas partes excepto en nuestra cara, sus brazos colgaban exánimes. Lo seguía un hombre con camisa de cuello duro.

*No dejarán que nos lleve*, susurré muy convencida. *Papá y mamá impedirán que nos lleve*.

Pero ambas sabíamos que no era cierto. Papá, que era un hombre alto, jamás nos había parecido tan pequeño y tan impotente.

—Addie —dijo—, el señor Conivent dice que te ha saludado hoy en el colegio, ¿es cierto?

—Te acuerdas de mí, ¿verdad, Addie? —preguntó el hombre de la camisa blanca.

Addie consiguió asentir con la cabeza. Nuestros ojos iban de papá al señor Conivent, del señor Conivent a papá. Ambos se veían gigantescos desde nuestra silla. *Ponte de pie*, pensé, pero no fui capaz de decirlo.

Papá se acercó.

—Dice... Dice que últimamente habéis pasado mucho tiempo con Hally Mullan.

—No... No tanto —repuso Addie.

—Estoy seguro de que esa Hally también habla con muchas otras niñas —dijo papá con voz tensa—. ¿Va a visitarlas a todas una a una?

Su enojo nos reconfortó y nos dio miedo a la vez. ¿Significaba que nos iba a defender con uñas y dientes? ¿A impedir que aquel hombre nos llevara? ¿O estaba furioso porque ya sabía que no tenía opción?

El señor Conivent obvió la pregunta de papá. Nos miraba con descaro y una leve sonrisa serena en los labios.

—¿Qué has estado haciendo exactamente en casa de Hally, Addie?

Addie intentó tragar saliva, pero no pudo. Abrimos la boca, pero nos habíamos quedado sin voz, como si alguien nos hubiera metido la mano en la garganta y anudado las cuerdas vocales.

—¿Addie? —insistió Conivent.

*Deberes*, le dije. Fue lo único que se me ocurrió. Y era lo que les habíamos dicho a mis padres.

—Deberes —contestó Addie.

El hombre soltó una risita. Era todo serenidad y aplomo, un tranquilo día de verano comparado con la tormenta a punto de estallar que era mi padre a su lado.

—Seré breve —dijo, y nos mostró una carpeta de papel manila. Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía algo en la mano—. Aquí están el historial médico y el expediente del colegio de Addie. Su hija tuvo problemas para asentarse cuando era pequeña, ¿me equivoco?

Mamá dio un paso adelante, los nudillos blancos contrastando con sus pantalones negros.

—¿Cómo...? Usted no puede tener acceso a esa información.

—En casos como este, disponemos de un permiso especial —explicó el señor Conivent.

Abrió el expediente. La primera hoja era una fotocopia en blanco y negro de lo que parecía nuestro boletín de notas de primaria. La apartó a un lado y fue pasando hojas hasta que encontró una llena de gráficos y cifras.

—No se asentó del todo hasta los doce años. Eso es un poco raro, ¿no? —Miró a mamá—. Muy raro, diría yo. Hace solo tres años.

De nuevo silencio.

Mamá lo rompió:

—¿Qué es lo que quiere? —Su voz me hizo daño y me provocó el deseo de darle la mano y apretársela hasta que se nos quedaran las manos entumecidas.

—Solo hacerle unas pruebas.

—¿Unas pruebas para qué? —preguntó papá.

Conivent volvió a mirarnos; su sonrisa seguía inspirándonos cautela y desconfianza.

—Para comprobar si Eva sigue ahí dentro.

Mi nombre irrumpió en la estancia como un huracán que desplazara las sillas e hiciera repiquetear los cubiertos. O quizá solo me lo pareció. Me había acostumbrado a oírsele a Hally y Lissa. A Devon y Ryan. Pero aquel hombre era un desconocido. Y nuestros padres...

—¿Eva? —preguntó mamá. La palabra brotó con dificultad de sus labios, atemorizados y temblorosos bajo la cruda luz de la cocina.

*Sí, Eva, pensé. El nombre que me pusiste, mamá. El nombre que jamás has vuelto*

*a pronunciar.*

La mano de papá se apoyó en el respaldo de nuestra silla.

—Addie está asentada. Lo hizo con cierto retraso, pero está asentada.

Ni mamá ni papá nos miraban.

Pero el señor Conivient sí.

—Eso precisamente es lo que querríamos comprobar —explicó—. Nos tememos que el proceso nunca llegó a completarse del todo, que quizá hubo algún descuido en su seguimiento. En los últimos tres años ha habido grandes avances tecnológicos. Asombrosos, la verdad. Y creo que hacerle unas pruebas sería beneficioso para todos. —Miró a papá, luego a mamá. Sonrió y prosiguió con voz amable—. Verán, me temo que su hija les ha estado engañando durante todo este tiempo.

*¡Addie, di algo!*

—Eso no es cierto —dijo de manera atropellada—. Eso no... eso no es cierto.

Conivient seguía hablando desde su posición de superioridad sin tan siquiera levantar la voz.

—Señor Tamsyn, señora Tamsyn, puede que su hija esté muy enferma. Tienen que entender las consecuencias que puede sufrir su vida si no intervenimos. La vida de todos ustedes. —Ni papá ni mamá dijeron nada. La voz de Conivient se endureció—. Un niño sospechoso de ser híbrido está obligado legalmente a someterse a las pruebas oportunas.

—Solo si hay un verdadero motivo para sospechar —replicó papá—. Necesita una justificación...

El hombre dejó caer una fotocopia sobre la mesa.

—Usted firmó un documento, señor Tamsyn, cuando Addie tenía diez años. Cuando deberían habérsela llevado. Se accedió a que se quedase porque ustedes se comprometieron a permitir que se le hiciesen todos los reconocimientos necesarios...

*Oh, no. No, no, Addie, di algo. Di algo, por favor.*

—Pero se asentó —insistió papá. Sus ojos por fin se clavaron en los nuestros, desesperados y abiertos de par en par—. Se asentó. Los médicos dijeron...

*¡Addie, Addie, Addie!*

*¿Qué?, respondió. Su voz carecía de expresión. ¿Qué puedo decir?*

Pero al final habló, y sonó más firme de lo que me había imaginado. Apagada, tan bajita que apenas se oyó, pero sin titubeos:

—No estoy enferma.

—Ya lo ha oído: dice que no está enferma —terció papá—. Y los médicos también dijeron...

—Me temo que no es tan sencillo —repuso Conivient. Volvió a rebuscar entre sus papeles y sacó lo que parecía una hoja impresa en ordenador—. ¿Han oído hablar del Refcon?

Papá dudó, luego negó con la cabeza.

—Es lo que llamamos una droga inhibidora, una sustancia cuidadosamente controlada. Afecta al sistema nervioso. Inhibe a la mente dominante. Consumida en dosis y circunstancias adecuadas, puede favorecer la estabilidad de la mente recesiva para recuperar poco a poco el control del cuerpo. —Le tendió el papel a mamá, que lo alcanzó como si estuviera viviendo un mal sueño.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó papá sin mirar el papel.

El señor Conivent se volvió hacia nosotras.

—¿Tienes algo que decir, Addie? —Hizo una mínima pausa, como si le interesara escuchar nuestra respuesta. Luego continuó con voz de profesor decepcionado—: Encontramos un frasco escondido en la mesilla de noche de Hally Mullan. Por lo visto, lo robó del hospital donde trabaja su madre.

Su rostro adquirió una fugaz expresión adusta y por primera vez pareció de verdad molesto. Luego adoptó un gesto de suave reproche.

—Addie, tú lo sabías, ¿verdad?

—No —susurró Addie.

—A ver, no entiendo —dijo papá—, ¿es usted representante del hospital o investigador? ¿Está tratando de ayudar a mi hija o acusándola de algún...?

—Estoy tratando de hacer lo mejor para todos. Hally Mullan ha confesado que administró el fármaco a Addie en un desafortunado intento de reanimar a Eva.

—No —saltó Addie—. No, no lo hizo. Y yo no... —¿De verdad Hally nos había traicionado tan vilmente? ¿O es que aquel hombre mentía con descaro? La imposibilidad de saberlo nos dejó sin defensa posible. Nuestros padres nos contemplaban con un horror mudo y sobrecogedor—. Eso nunca ha ocurrido —insistió Addie, recuperando el control de nuestra voz.

La voz de Conivent era camaleónica. Primero dura, luego condescendiente, después firme. Ahora seleccionó un tono amable:

—Tengo aquí todos los papeles. Sería cuestión de un par de días. Tendría que desplazarse en avión a nuestra clínica, pero...

—¿En avión? —repitió papá. Soltó una carcajada brusca que sonó como una herida abierta y en carne viva—. ¿A qué distancia está?

—Será un vuelo de tres horas. Pero Addie va a estar muy bien atendida.

—¿No hay otro sitio más cerca? Cuando... —Papá se frotó la frente y tomó aire—, cuando la llevamos a hacerse las pruebas de pequeña, se las hicieron en el hospital más próximo.

—Señor Tamsyn —dijo el otro con voz pausada—. Confíe en mí. Si de verdad le importa su hija como sé que le importa, me permitirá llevarla a la Clínica Normand en lugar de enviarla a algún centro médico de tres al cuarto. —Hizo una pausa—. Deje que el Gobierno ayude a Addie, señor Tamsyn. De la misma manera que

nosotros les ayudamos a cuidar a su hijo pequeño.

Papá alzó la cabeza al instante, pero mamá se le adelantó:

—Y esa niña, Hally, ¿ya está en el hospital?

Conivent le sonrió.

—Sí, señora Tamsyn.

—¿Y han comprobado que es híbrida? —Su voz flaqueó en la última palabra.

El hombre asintió.

Mamá respiró hondo, estaba temblando.

—¿Y qué le va a pasar?

Como si no lo supiera. Como si no lo supiéramos todos.

El señor Conivent mantuvo la sonrisa inalterable.

—Permanecerá en la Clínica Normand una temporadita. Tenemos algunos de los mejores médicos del país en este campo. La cuidarán bien. Sus padres están siendo muy receptivos al tratamiento, y tenemos muchas esperanzas.

—¿No la van a ingresar? —preguntó papá en voz baja.

—El programa de Normand es distinto. El mejor en su especialidad. ¿No les he dicho que ustedes preferirían que Addie estuviera allí en vez de en cualquier otro hospital? —Abrió de nuevo la carpeta y comenzó a sacar papeles—. Aquí tienen información. Y esto... esto es lo que tienen que firmar.

La última hoja aterrizó encima de las otras dos, justo al lado de nuestro plato. El señor Conivent sacó una pluma del bolsillo. Una de esas estilográficas gruesas que parecían sangrar en lugar de soltar tinta.

—Si Addie quiere ir haciendo la maleta mientras ustedes echan un vistazo a todo esto, estaré encantado de explicarles cualquier punto que no...

—¿Hacer la maleta? —A mamá se la puso la cara tan pálida como los nudillos—. No se referirá a... esta misma noche.

—El vuelo sale a las cinco de la madrugada, y el aeropuerto queda a unas dos horas de aquí. Verán, es que hasta hoy mismo no sabíamos que Addie tendría que venirse con nosotros.

—Pero entonces no tendrán billete para ella —objetó mamá—. No podrá...

—Ya se le hará un sitio —dijo Conivent, y por la manera de decirlo, me imaginé a todo el mundo en el aeropuerto desviviéndose por cumplir sus órdenes.

Yo no quería que me hicieran un sitio. Yo no quería irme.

*Addie, por favor...*

—Pero ella... sola... No, no. Yo iré con ella.

—Eso no será necesario —replicó el señor Conivent.

—Iré con ella —se obstinó mamá, aunque se le quebró la voz. Sus palabras sonaron a súplica, no a afirmación.

Él sonrió.

—Si insiste, señora Tamsyn, no habrá problema, por supuesto. Pero por desgracia, no podremos conseguirle otro billete para ese vuelo.

—Entonces la llevaremos nosotros mismos cuando se pueda. —Los hombros de papá se relajaron un poco al decir esto.

Conivent exhaló entre dientes.

—No se lo aconsejo. Ya sabe lo difícil que es conseguir billetes, y los que queden serán caros. Puede pasar un mes o más antes de que puedan encontrar nada mínimamente razonable. —Apretó los labios—. Y un mes es mucho tiempo.

Y que lo dijera. Un mes atrás casi no conocíamos a Hally, ni a Devon ni a Ryan. Y yo vivía sin esperanzas.

—Podríamos encontrar algo antes —dijo papá. Y volvió a apoyar la mano en el respaldo de nuestra silla sin querer mirar los papeles que el señor Conivent había puesto encima de la mesa—. Denos dos semanas, una semana. Podremos hacerlo.

—En cuestión de semanas pueden pasar muchas cosas —dijo Conivent al tiempo que enarcaba una ceja. Y su expresión cambió como cambian los canales de la tele: pasó de fría a dura—. Quizá empeore, como les ocurre a muchos enfermos. Piénsenlo. Por ejemplo, su hijo pequeño. ¿Qué pasaría si no pudiera recibir su tratamiento durante unas semanas?

Sus palabras dejaron la habitación sin aire.

—Creo —añadió para nadie en particular— que lo mejor para todos sería que Addie se venga conmigo. Esta misma noche.

No, susurré.

Addie no dijo nada.

Mamá nos puso en el hombro una mano temblorosa:

—Addie, cariño, ve a hacer la maleta, ¿vale?

Addie alzó la vista hacia ella. Nuestros padres estaban uno a cada lado de la silla, como el día y la noche. Mamá con su pelo sedoso y pajizo, apartado de su cara de media luna. Papá, sin dejar de mirarla, con la cara enrojecida y los labios separados, pero sin decir palabra.

—No serán más que unas pruebas y cosas así. Escáneres —trató de animarla mamá, pero en voz tan baja que parecía que hablase consigo misma—. Ya te los hicieron cuando eras pequeña, ¿no te acuerdas? No es para tanto. No pasa nada.

Papá nos miró. Addie lo miró a su vez. No, expresó moviendo los labios, sin voz. No. Por favor.

—Lleva la bolsa de lona roja —dijo él con voz cansada—. No metas demasiadas cosas. Solo vas a estar fuera unos días.

No, sollozó Addie, pero solo la oí yo. Nuestra cara seguía inmutable como una lámina de cristal. No movimos un músculo.

—Ve, Addie —dijo papá.

No nos quedó más remedio que obedecer.

La escalera nos pareció una montaña. Se nos había caído el corazón a los pies.

*Algo pasará, dije. No te preocupes, Addie. Algo pasará. No van a firmar.*

Addie sacó la bolsa de viaje y comenzó a doblar prendas, a sacar ropa interior y calcetines de la cómoda, una camiseta del armario.

*No permitirán que nos vayamos. Cuando bajemos habrán cambiado de opinión. Hazme caso, Addie. Ya verás. Espera y verás.*

Pero cuando bajamos la escalera a duras penas con la bolsa de viaje colgada del hombro como un saco de patatas, nadie mencionó ningún cambio de planes. Vi la cara de mamá más delgada que nunca, surcada de arrugas, cansada. Papá se había hundido en la silla que habíamos dejado libre, pero se levantó al ver entrar a Addie. Sobre la mesa, la cena que no habíamos probado se enfriaba definitivamente.

—Ah, ya estás aquí, Addie —dijo el señor Conivent, sonriente—. Tus padres ya se han ocupado de todo. —Hizo un gesto con la carpeta en dirección a la puerta—. Tengo el coche aparcado ahí fuera. Despídete y marchemos.

Nuestros ojos se volvieron hacia nuestros padres.

—Denos solo un momento —pidió papá. Nos agarró de la muñeca y nos llevó al otro extremo de la sala. Allí, rodeados de fotos de momentos felices de Lyle y nuestros a distintas edades (desde que éramos bebés hasta el mes anterior), nos hizo sentar en el sofá al tiempo que se arrodillaba ante nosotras sin soltarnos las manos.

Ya notábamos un cosquilleo en la nariz. Addie parpadeó. Parpadeó de nuevo. Y una vez más.

—Solo serán dos días como mucho. —El tono ronco de su voz no hizo más que empeorar el cosquilleo de la nariz—. Nos lo ha dicho.

—¿Y si está mintiendo? —preguntó Addie.

—Más de dos días e iré a buscarte personalmente —dijo papá—. Tomaré un avión y te sacaré de allí delante de sus narices. ¿Entendido? —Nos dedicó una débil sonrisa e intentamos devolvérsela, pero no fuimos capaces. Por el contrario, lo único que hicimos fue asentir con la cabeza y pasarnos la mano por los ojos—. Así que aguanta el tipo dos días, ¿de acuerdo, Addie? Puedes hacerlo.

Asentimos y contuvimos la respiración para reprimir las lágrimas, con la vista fija en el suelo para no mirar a papá a los ojos.

Nos atrajo hacia sí y nos estrechó contra su pecho con tanta fuerza que nos hizo saltar las lágrimas. Addie lo abrazó, y un instante después se nos unió mamá y nos rodeó a todos con sus brazos. Papá nos soltó y le dimos a mamá un abrazo como era debido. Tenía los ojos enrojecidos. No miró los nuestros, pero nos apretó las manos hasta que nos dolieron.

—Compréndelo, Addie —nos susurró al oído—. Compréndelo, cariño. Lyle necesita sus tratamientos. Podrían suprimírselos, y entonces...



Se apartó y quedamos unidas solo por las manos. Cerró los ojos con fuerza.

—Mamá —dijo Addie; teníamos los dedos entrelazados con tanta fuerza que no sabía dónde terminaban los nuestros y empezaban los de ella—, mamá, no...

*No pasa nada.*

Pero fue incapaz de decirlo. Las palabras se negaron a salir, así que nos limitamos a seguir apretando las manos de mamá para prolongar el contacto.

¿Qué le iban a contar a Lyle cuando volviera a casa? Una parte de mí se alegraba de que no estuviese, de que no hubiese presenciado todo aquello. Pero la otra parte lloraba porque querría haberle dicho adiós.

—Está esperando —dijo por fin mamá—. No deberíamos hacerle esperar.

—Bueno, puede esperar un poco más —dijo papá.

No obstante, a los pocos minutos tuvimos que irnos. El señor Conivent encabezó la marcha hasta el coche. Papá llevó nuestra bolsa de viaje y la dejó sobre el asiento de atrás. Y cuando íbamos a subir al coche, nos llevó aparte para darnos un último abrazo.

—Te quiero, Addie —dijo.

—Te quiero —respondimos con voz débil.

Nos volvimos para regresar al coche. Pero él nos retuvo una vez más.

Durante un momento muy, muy largo se quedó mirándonos fijamente, con la mano apoyada en nuestro hombro, mientras recorría con la vista todos los rasgos de nuestro rostro. Después, justo cuando Addie abría la boca para decir algo —no supe qué—, habló de nuevo, esta vez con un susurro:

—Si estás ahí, Eva... Si de verdad sigues ahí... —Sus dedos nos apretaron el hombro—. También te quiero. Siempre te he querido.

Y entonces nos dio un empujoncito y dejó que nos fuésemos.

Tardamos una hora y veinte minutos en llegar al hotel. Una hora y veinte minutos que Addie pasó estrechando la bolsa de viaje contra su pecho y la vista fija en la ventanilla. Una hora y veinte minutos que yo pasé deseando poder volatilizarnos.

Nos dieron una habitación para nosotras solas con una cama más grande que la de papá y mamá. La colcha estaba colocada perfectamente. Las almohadas se encontraban en perfecto estado de revista, hinchadas como pechos suaves y mullidos.

—Pide algo de cenar si te apetece —dijo el señor Conivent—. Corre a cargo de la clínica, y el servicio de habitaciones te lo subirá.

Addie asintió en silencio. Conivent se inclinó ligeramente y nos enseñó una cosa más: la tarjeta que hacía de llave de la habitación.

—La guardaré yo, ¿vale? —dijo—. Saldremos antes del amanecer y no quiero que tengas que buscarla a esas horas de la madrugada. —Se metió la tarjeta en el bolsillo—. Además, tampoco es necesario que salgas de la habitación hasta entonces. Limítate a llamar al servicio de habitaciones si quieres algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Addie.

—He dado aviso en recepción para que te despierten a las tres. Ya sé que es temprano, pero por favor, estate preparada a las tres y media. Vendré a buscarte.

—De acuerdo —repitió Addie.

Él sonrió.

—Estupendo. Pues buenas noches.

—Buenas noches.

Addie no llamó al servicio de habitaciones. La pantalla del televisor siguió apagada, negra y fría como la cara de un enemigo. La sábana, perfectamente remetida, nos mantuvo pegadas al colchón, y Addie se acurrucó mientras temblaba a causa del chorro de aire acondicionado que salía por debajo de la ventana.

Una hora después seguíamos despiertas y sin pizca de sueño; los minutos pasaban como en cuentagotas. Nos abrazamos más fuerte a la almohada. Addie se giró hacia el otro lado de la cama, después volvió a la posición inicial. Finalmente, abrimos los ojos de golpe.

*Todo va a ir bien*, dije para tranquilizarla y para tranquilizarme. *Vamos a estar...*

*Es todo por tu culpa*, me espetó Addie.

Mis palabras se quedaron petrificadas.

*Todo por tu culpa*, repitió en un susurro. Noté un sabor agrio en el fondo de la garganta. *Por tu culpa*.

Agua en los ojos. Sal en los labios.

*Yo no quería nada de esto*, añadí, y cada una de sus palabras me hirió hasta dejarme en carne viva y sangrando por dentro como si me estuviera vaciando las

entrañas.

Intenté contener mi dolor, pero nunca se me dio tan bien como a Addie lo de levantar un muro entre nosotras. Y ella debió de notarlo: mi dolor, mi sentimiento de culpa y mi furia. Me envolví en ella y noté cómo calentaba mi vacío interior como si fuese el sol.

Addie soltó un suspiro largo y tembloroso. O al menos empezó como un suspiro. Terminó como un sollozo.

Hubo un tiempo en que tenía fuerza suficiente para resistirme a desaparecer. Me había visto reducida a humo, despojada de todo excepto de una voz que solo Addie podía oír. Pero había aguantado. Me había negado a desaparecer.

Ahora recé y pedí fuerzas para resistir lo que tuviésemos que afrontar.

El teléfono sonó a todo volumen y nos libró de nuestra pesadilla de agua y ataúdes. Estaba todo negro como boca de lobo. La oscuridad nos ahogaba, nos clavaba sus garras en la garganta.

Addie se movió a tientas hacia el otro lado de la cama. Nuestra mano se topó con un revoltijo de mantas y almohadas. El teléfono no dejaba de sonar como un chillido. Finalmente, nuestra mano tocó algo duro y frío: la mesilla de noche. Addie alargó el brazo hacia una silueta negra junto a otra silueta negra más grande que debía de ser la lámpara.

—¿Di... Diga?

—Buenos días —contestó una voz desconocida—. Bueno, supongo que aún no es de día, ¿no?

Estábamos demasiado atontadas como para formar una frase entera.

—¿Oiga? —dijo la voz.

¿Quién...? Ah. Ah, claro. La llamada para despertarnos.

—Sí... —respondió Addie—. Sí, estoy despierta. —Se apoyó sobre el codo para despegar nuestro cuerpo del colchón y se incorporó—. Estoy despierta —repitió un poco más alto—. Gracias.

—De nada —dijo el recepcionista—. Que tenga un buen día.

Sonó un chasquido y la comunicación se interrumpió. Nos sentamos en medio de la oscuridad con el auricular todavía pegado a la oreja.

*Tenemos que levantarnos*, dije con suavidad. Aún resonaba en mi interior el eco de las palabras que Addie había pronunciado la noche anterior: *Por tu culpa*. Por mi culpa. *Estará aquí dentro de media hora*.

Addie no respondió. Su silencio me dolió más que cualquier palabra.

Poco a poco, salió de la cama y se dirigió al cuarto de baño en silencio. Las baldosas nos pinchaban la planta de los pies como agujas de hielo. El grifo del lavabo se abrió sin hacer ruido, no chirriaba como el de casa. El agua tardó tan poco en

calentarse que Addie estuvo a punto de quemarnos las manos. Tuvo que cerrar del todo el agua caliente. De todos modos, el agua fría nos pareció más natural al mojarnos la cara y resbalar por nuestras mejillas.

Se desnudó y se vistió sin siquiera encender la luz. En la bolsa llevábamos ropa para cambiarnos, pero ya teníamos el uniforme fuera, hecho un guiñapo en el suelo, así que Addie decidió ponérselo. Se lavó los dientes, volvió a meter nuestras cosas en la bolsa y después se sentó en la cama y esperó en medio de la pesada y soñolienta oscuridad.

Quizá eran las tres y media o quizá no cuando llamaron suavemente a la puerta. Addie no se movió. Había estado todo el tiempo sentada con la mirada clavada en la puerta, así que ni siquiera tuvo que mover los ojos.

—¿Addie? —dijo el hombre, invadiendo nuestro silencio y reduciendo a cenizas los últimos retazos de nuestros sueños—. Voy a entrar.

Oímos el ruido de la puerta al abrirse. La luz irrumpió en la habitación desde el pasillo y engulló la oscuridad allá donde entraban en contacto. El señor Conivent parpadeó sin traspasar el umbral.

—¿Todavía estás acostada? —dijo. Su voz sonó más dura, grave y ronca de lo que yo la recordaba del día anterior. Entró y encendió las luces. Fue como si nos abrasaran los ojos.

Lo miramos. Él nos miró a su vez. Nuestra mano apretó aún más fuerte la bolsa. Él sonrió y dejó escapar una leve risita.

—¿Qué haces ahí sentada a oscuras? Venga, vámonos. —A un gesto suyo, nos pusimos en pie—. ¿Has comprobado si lo tienes todo?

Addie asintió con la cabeza.

—Muy bien, porque no podremos volver.

El trayecto hasta el aeropuerto no fue demasiado largo, pero sí muy silencioso. No dejamos de oír el murmullo de la radio mientras abandonábamos la ciudad aún dormida y enfilábamos una interminable autovía recta. Cada farola era un fogonazo dorado en nuestros ojos. Permanecimos en silencio excepto para hacer una pregunta que Addie no se atrevió a formular hasta que habíamos recorrido más de medio camino.

—¿Dónde está Devon?

Se produjo una breve pausa antes de la respuesta del señor Conivent.

—Lo he mandado antes en un taxi. —Apartó la vista de la carretera para dedicarnos una sonrisita que hizo que sus siguientes palabras sonaran aún más escalofrantes—: Ahora mismo está un poco molesto, así que me pareció mejor que viajaseis separados. No te preocupes. Habrá alguien esperándolo en el aeropuerto.

—Pero ¿vamos a ir en el mismo avión? —preguntó Addie.

—Sí —contestó con creciente nerviosismo en su voz—. Pero no hemos

conseguido asientos para que podáis ir juntos. No creo que os veáis.

Aún era de noche cuando llegamos al aeropuerto. Era la primera vez íbamos a ir en avión, pero la excitación que deberíamos haber sentido fue sustituida por un agudo retortijón de estómago.

—Vamos —dijo el señor Conivent cuando nos demoramos junto a una ventana para ver despegar un avión. No distinguimos detalles, sino mayormente las luces parpadeantes en la penumbra.

Addie lo siguió al mostrador para recoger la tarjeta de embarque, y luego para pasar el control de seguridad. Habíamos visto aquellas cosas por la tele, pero nunca de cerca en la vida real. También habíamos oído hablar de ellas: cada vez que algún compañero del colegio viajaba en avión, venía contando montones de historias que tardaban tiempo en agotarse.

Era muy temprano, y, aparte de nosotros, la zona de seguridad estaba casi desierta. El señor Conivent comenzó a vaciar sus bolsillos y nos indicó con un gesto que hiciésemos lo mismo.

—Pon la bolsa en la cinta transportadora. Y asegúrate de que no llevas nada de metal en los bolsillos.

Addie vaciló y él volvió a hacerle un gesto con la cabeza.

—Vamos, Addie.

Addie se descolgó la bolsa del hombro. La bolsa comenzó a alejarse de nosotras en cuanto la depositamos en la cinta.

—¿No llevas nada de metal? —preguntó Conivent—. ¿Llaves, dinero...?

Negó con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Pasa por debajo de ese arco. Iré detrás de ti.

Addie se dirigió hacia el lugar que le indicaba, pero echó una rápida mirada de soslayo antes de cruzar el arco de seguridad. El señor Conivent estaba hablando con un policía. Este farfullaba algo por un *walkie-talkie* entre frase y frase. Apenas habíamos captado unas palabras sueltas —«¿Aquí?», «Sí, él...», «Tres»—, cuando un hombre uniformado que estaba al otro lado del arco nos indicó que pasáramos.

Addie obedeció y casi nos morimos del susto cuando comenzó a sonar un *bip, bip, bip*. Dimos un paso atrás y volvimos a intentarlo. El *bip, bip, bip* se reinició.

—Eh, quédate ahí un momento —dijo el policía al tiempo que nos agarraba de la muñeca para llevarnos hacia un lado. Iba vestido casi como el señor Conivent: zapatos y pantalones oscuros y camisa blanca. Muy oficial—. ¿Te has vaciado los bolsillos?

Addie se llevó la mano al pecho en cuanto el hombre la soltó.

—No tengo nada.

—A ver, abre los brazos. Muy bien. Extiéndelos hacia delante, así. Voy a pasarte el sensor, ¿de acuerdo?

El dispositivo negro comenzó a emitir destellos cuando el hombre se inclinó y lo movió a lo largo de nuestra pierna derecha. Pero cuando pasó a la izquierda, empezó a pitar como el arco detector.

—¿Estás segura de que no llevas nada en los bolsillos? —preguntó el agente—. Compruébalo otra vez.

—No suelo meter nada en los bolsillos —dijo Addie, pero de todos modos metió la mano en el bolsillo de la falda—. Yo...

Rozamos algo pequeño y liso. Addie agarró el objeto y lo sacó: un pequeño disco negro, apenas más grande que una moneda de 25 centavos, con una bombillita diminuta en el centro. Me resultaba familiar, aunque no lograba ubicarlo.

—¿Ves? —dijo el agente. No parecía enfadado y Addie se tranquilizó un poco—. Se dispara con chismes como este.

¿*Qué es?*, preguntó Addie, y algo se relajó dentro de mí al oír su voz. No me había vuelto a hablar desde que despertamos.

*No lo sé*, respondí.

—Trae, yo te lo sujeto —dijo el policía. Addie se lo entregó y él le echó un vistazo antes de seguir pasando el detector por nuestro cuerpo. Esta vez, el dispositivo se quedó callado—. Listo —dijo y nos devolvió la moneda. Incluso nos sonrió.

—¿Hay algún problema?

Addie dio media vuelta. ¿Cómo había hecho el señor Conivent para estar tan cerca?

—Ninguno —respondió el agente—. Pueden ustedes irse.

—Estupendo —dijo Conivent, y puso la misma sonrisa que cuando vio a Addie bajar la escalera en casa—. Recoge tus cosas, Addie. Vamos un poco justos de tiempo.

»¿Qué pasaba? —añadió cuando Addie agarró la bolsa y comenzó a trotar para mantener su paso.

—Nada —contestó Addie, pero teníamos la moneda bien agarrada.

El aeropuerto tenía varias puertas de embarque, cada una indicada con una placa y un número negro y reluciente. Para cuando llegamos a la nuestra, ya había cola para embarcar. Conivent se acercó al mostrador de embarque, dejándonos detrás de una mujer joven y sus dos hijos. El niño, de unos siete años y visiblemente incómodo con la ropa de vestir que le habían puesto, nos miró con sus grandes ojos azules.

Addie intentó no parecer demasiado descarada mientras observaba al señor Conivent discutir con la azafata del mostrador. Esta no hacía más que señalar su ordenador. No podíamos ver la cara de Conivent, pero tenía los hombros rígidos.

—Te brilla la mano.

Addie bajó la vista y frunció ligeramente el ceño al ver al niño que le acababa de

hablar.

—La mano —repitió, y señaló nuestro costado.

Addie se quedó sorprendida. Una lucecita roja resplandecía con destellos intermitentes en nuestro puño. La moneda. Aquella bombillita había cobrado vida y estaba destellando suavemente.

—¿Qué es? —preguntó el niño mientras se apartaba de su madre.

El ceño de Addie se acentuó.

—No lo sé.

El niño se puso de puntillas para intentar verla mejor.

—¡Tyler! —La cola se había movido. La mujer agarró a su hijo del brazo y le hizo avanzar sin hacer caso de sus protestas.

—¿Qué es qué? —dijo una voz a nuestra espalda.

Addie dio un respingo sobresaltada y estuvo a punto de darle un cabezazo en la barbilla. Conivent se puso tenso. ¿Cómo se las arreglaba para aparecer tan de repente y con tanto sigilo?

—Nada —dijo Addie Y apretamos el puño con fuerza.

Nos tomó de la muñeca:

—¿Puedo verlo?

*Déjale verlo, me apresuré a decirle. Si no, lo único que conseguiremos será que desconfíe más.*

El señor Conivent tomó la moneda negra y la acercó a la luz. Seguimos sus movimientos sin quitarle ojo y nos fijamos con más detalle en la moneda parpadeante.

—Qué curioso —comentó tras devolvérsela.

Addie intentó sonreír.

—La compré en una tienda de artículos de broma.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hace?

—Es...

Solté de un tirón lo primero que se me ocurrió: *Es parte de un truco más grande.*

—Es parte de un truco más grande —dijo Addie—, y la verdad es que nunca he conseguido que me saliera bien. Me lo he encontrado en la bolsa; tengo miles de tonterías ahí metidas.

—Ajá. —Ya se había dado la vuelta—. Venga, vámonos.

El túnel que conducía al interior del avión amplificaba el traqueteo de las ruedas de las maletas. Junto a la puerta del avión nos esperaba una azafata que nos sonrió cuando cruzamos el umbral.

Entramos y el señor Conivent nos acompañó con paso enérgico por el estrecho pasillo, pero cada poco tenía que parar a causa de la gente que acababa de encontrar su asiento o quería guardar sus cosas en los compartimentos superiores. ¿Ya estarían

allí Devon y Ryan? Tenían que haber llegado ya; habíamos sido de los últimos de la cola.

*La cosa esa redonda está parpadeando más rápido, dijo Addie.*

*No te quedes mirándola. Se va a dar cuenta.*

Alzó la vista y pegó a un costado la mano que encerraba la moneda. La mujer y el niño que iban delante encontraron por fin sus asientos y oímos que la madre murmuraba para sí: «Gracias a Dios que están cerca del baño».

Delante de nosotras, un señor mayor forcejeaba con su maleta y Conivent tuvo que detenerse otra vez, con los labios apretados. La moneda estaba tibia.

*Solo una miradita rápida, dije.*

Addie se giró ligeramente, con la moneda escondida por si Conivent miraba en ese momento. La luz ya no parpadeaba, sino que se había quedado fija. Fruncimos el ceño al verla, y no nos fijamos en que se había abierto la puerta del baño.

Pero cuando alzamos la vista de nuevo, fue imposible no fijarse en el chico de pelo oscuro que salió al pasillo. Y también fue imposible no reconocerlo.



A continuación, los hechos se sucedieron con rapidez y casi en silencio. Devon se llevó el dedo a los labios y volvió a entrar en el cuarto de baño. La puerta se cerró.

—¿Addie? —llamó el señor Conivent, mitad suspiro, mitad advertencia—. ¿Qué pasa ahora?

—Nada. —Nuestro corazón latía deprisa, pero Addie se volvió y mantuvo una expresión calma—. Es que es la primera vez que voy en avión.

—No hay mucho que ver. —Le indicó que recorriese la escasa distancia que nos separaba de él—. Vamos. Tenemos que sentarnos ya.

Lo seguimos por el pasillo hacia la parte central del avión. A pesar de lo temprano de la hora, la mayoría de los pasajeros iban vestidos con ropa formal, como él: las mujeres con falda y medias, los hombres con camisas planchadas e impecables. Nuestros gastados zapatos de colegiala desentonaban entre tantos tacones y zapatos de piel fina.

—Treinta y cuatro F —anunció por fin Conivent—. Aquí es. Dame tu bolsa.

Addie se la entregó. Los asientos que flanqueaban al 34-F estaban ocupados por hombres de negocios vestidos con trajes oscuros. Conivent intentaba meter nuestra bolsa de viaje en el compartimento superior, cuando Addie lo llamó con un golpecito en el brazo:

—Solo hay un asiento.

Él asintió con un gesto mientras cerraba el compartimento de un portazo.

—El mío está por ahí atrás. —Señaló la dirección por donde habíamos venido—. En la fila enfrente de la puerta por la que entramos. Si necesitas algo, llama a una azafata. El vuelo no es muy largo.

Addie asintió, con la moneda caliente aún en la mano. Se nos había grabado en la mente el rostro de Devon y su advertencia de que no dijésemos ni mu. Nos sentamos con la esperanza de que nuestro guardián se alejara, pero no lo hizo. Se quedó de pie en el pasillo como un centinela, y al final el hombre que estaba sentado a nuestra izquierda entabló con él una conversación que más bien parecía un monólogo mientras nosotras nos revolvíamos nerviosas en el asiento.

Finalmente, una azafata de uniforme azul y blanco indicó al señor Conivent que tenía que sentarse. Luego otra mujer situada en la parte delantera del avión explicó qué debíamos hacer si el avión se caía. Addie y yo escuchamos. Al menos una de las dos recordaría sus instrucciones. Pensé que tendríamos la oportunidad de correr al cuarto de baño cuando la azafata terminara, pero entonces el avión comenzó a moverse y ya no pudimos ir a ninguna parte.

*De todos modos ya no estará allí, dije. Lo habrán obligado a ocupar su asiento.*

El avión emitió una especie de fuerte silbido mientras ganaba velocidad por la

pista de despegue. Luego, con una fuerte sacudida que nos taponó los oídos, se elevó en el aire. Nos temblaban las piernas como flanes. Addie se aferró a los reposabrazos y apretó la espalda contra el respaldo. Echó una única ojeada por la ventanilla, pero fue suficiente. Vimos allá abajo la sombra oscura del aeropuerto, las luces de la pista cada vez más pequeñas a medida que ganábamos altura.

La señal para abrocharse los cinturones se apagó a los diez o quince minutos, y Addie murmuró una disculpa al hombre que iba sentado en la fila del pasillo, pasó por delante de él como pudo y echó a andar a trompicones por el pasillo. Las puertas de los cuartos de baño estaban cerradas, pero el letrero mostraba la palabra LIBRE con letras verde brillante. Addie miró alrededor antes de abrir la puerta tras la cual Devon se había escondido un rato antes. El minúsculo baño estaba vacío. El de al lado también. Y el siguiente.

Un hombre que se sentaba por allí cerca nos dirigió una mirada extraña.

Nuestra mano accionó la manilla de la cuarta puerta. Addie tiró y la abrió.

Aquel no estaba vacío.

—Chsst —advirtió Devon antes de que Addie pudiera abrir la boca.

Nos agarró del brazo, nos metió en el habitáculo y cerró la puerta de un tirón a nuestra espalda. Nos apretujamos entre el lavabo y la pared, encajadas entre el inodoro y la puerta. Y Devon. Su cara estaba a menos de un palmo de la nuestra, sus manos junto a nuestros codos, una de sus rodillas apretada contra nuestra pierna. Quedamos acomodados sin sitio para movernos, la espalda contra la pared y dificultad para respirar. Todo vibraba.

—No te marchaste —dijo Devon en voz baja, aunque con un matiz que sonaba igual que el zumbido del avión. El duro borde del lavabo se nos clavó en los riñones e impidió que Addie pudiera eludir el contacto con Devon—. Ryan os advirtió que os marchaseis. ¿Por qué no le hicisteis caso?

Una turbulencia sacudió el cuarto de baño. Addie cerró nuestros ojos con fuerza hasta que pasó. Aquel cubículo era demasiado pequeño. Muy, muy pequeño.

Devon pareció que iba a ponerse a discutir, pero todo comenzó a agitarse de nuevo y cuando Addie abrió los ojos él se limitó a decir:

—¿No confesaste nada? —Sonó más a confirmación que a pregunta—. ¿Te hiciste la tonta?

—No soy idiota —respondió Addie. Éramos incapaces de concentrarnos en aquel lugar diminuto que se sacudía sin parar, con la puerta a nuestra espalda y Devon pegado a nosotras. Comenzó a sudarnos la nuca y nos invadieron oleadas de calor. Teníamos el pecho comprimido como por una cincha cada vez más ceñida, al extremo de que tomar una bocanada de aire se convirtió en un triunfo.

Devon frunció el ceño:

—¿Te encuentras bien?

*Concéntrate en su cara, dije. No pienses en nada más.*

—Muy bien —contestó Addie con voz ronca, pero ella me escuchó sin apartar sus ojos del rostro de Devon—. No me marché, no. Y ahora estoy aquí. —Juntamos las manos.

Hubo unos instantes de silencio. Temblábamos debido al esfuerzo por mantenernos inmóviles. Seguimos con la vista fija al frente. ¿Estaba Addie descomponiendo la cara de Devon en pinceladas? ¿En luces y sombras? Yo jamás percibía las cosas como toques de una paleta de colores, como a veces parecía hacer ella, pero la había visto hacer bastantes retratos como para imaginarme cómo trazaría el contorno suave y bien definido de la mandíbula de aquel chico, el perfil recto de su nariz. Cómo sombrearía el pelo rizado que le caía sobre la frente y casi llegaba a rozarle las cejas.

Podía casi visualizar algunos de los tonos que escogería y mezclaría —ocre amarillo, rojo siena, violeta— para colorear la cara de Devon, que también era la de Ryan, igual que la de Addie era también la mía.

—Por lo menos habrás traído el chip —dijo al fin Devon.

—¿Qué? —preguntó Addie.

Él se quedó mirándonos.

—El chip. El chip negro. Ryan te lo metió en el bolsillo cuando... Tienes que tenerlo.

Addie abrió la mano dedo a dedo. Alzó el chip sin apartar los ojos de Devon.

—¿Te refieres a esto?

Él tampoco bajó la vista y continuó con la mirada fija en nosotras. Quizá le extrañaban nuestra respiración entrecortada y la tensión de las extremidades. Al final, Addie levantó nuestra mano derecha casi hasta la altura de la boca. La luz roja resplandecía entre Devon y nosotras, como el ojo de un cíclope en medio de una cara redonda y negra.

Esto pareció volver a atraer su atención.

—Sí, a eso.

Sacó un círculo idéntico de su bolsillo y lo puso junto al nuestro. También tenía una luz roja encendida. Cada uno de sus movimientos suponía que Addie también tuviese que moverse como si se diesen y quitasen espacio y aire. Intenté pensar en otra cosa, en algo bueno y agradable, y todo lo que me vino a la cabeza fue el día que Ryan trató de explicarme la capacidad de los cuerpos para ser conductores de corriente eléctrica y yo llegué a la conclusión de que probablemente era el peor profesor que había tenido en mi vida.

—Bueno, ¿y qué es? —quiso saber Addie.

—No gran cosa —contestó Devon—. Ni suficiente. Pero en aquel momento era lo único que teníamos. No hubo tiempo para hacer nada más. ¿Ves la luz? —Señaló.

—Sí.

—Ryan lo configuró para que se encendiera cuando los chips están juntos — explicó—. Si se separan un poco...

—¿Se enciende de forma intermitente? —preguntó Addie.

Él asintió. Addie acercó el chip a nuestros ojos para observar la luz y los diminutos tornillos de la parte de atrás.

—¿Fue difícil? ¿Difícil de hacer?

—Fue más fácil que piratear vuestro expediente del colegio —reconoció.

Addie lo miró con dureza. Después, para mi sorpresa, sonrió:

—Me lo imagino.

Se produjo un silencio menos tenso, pero incómodo. El afilado borde del lavabo se nos seguía clavando en la zona lumbar.

—Será mejor que me vaya —dijo Devon—. Seguro que se está preguntando por qué tardo tanto.

—¿El señor Conivent? —preguntó Addie—. ¿Se sienta a tu lado?

Él asintió.

—¿Y tú?

Addie hizo un leve gesto con la cabeza.

—Por ese lado. Treinta y cuatro no sé qué. Creo... creo que me sacaron el billete casi a última hora.

Él mantenía la mirada fija, sin pestañear.

—¿Te dijo que solo iba a hacerte unas pruebas?

Addie asintió y apartó por fin la mirada.

—Dijo que estaría de vuelta en un par de días.

Devon volvió a guardar su chip en el bolsillo, pero no hizo ademán de marcharse. El avión emitió un ruido sordo. Addie miró nuestro puño con el codo pegado al costado.

—Quizá no sean capaces de localizarla —dijo Devon—. Tal como están las cosas, con Eva todavía tan débil, igual ni sale en el escáner. Quizá aún puedas volver a casa.

—Sí —repuso Addie en voz baja.

—El señor Conivent me está esperando, así que saldré yo primero —dijo Devon—. Espera unos minutos antes de salir tú.

Addie y Devon se desplazaron con dificultad en el reducido espacio hasta que él llegó a la puerta y quitó el pestillo. Sus ojos volvieron a clavarse en nuestro rostro.

—Sigue negándolo todo. Y ten el chip siempre contigo para poder volver a localizarnos.

—Así lo haré —respondió Addie.

Devon asintió, salió y cerró la puerta rápidamente, antes de que los pasajeros de

los asientos cercanos pudieran advertir que había otra persona dentro del lavabo. Addie echó de nuevo el pestillo, se sentó en la tapa del inodoro y apoyó la cabeza en las manos temblorosa.

Addie pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla. Las luces allá abajo se multiplicaban, se iban encendiendo como los anillos mágicos de las hadas. Bajo los asientos sonaba un ronroneo similar al de un enorme gato medio dormido. Un bebé se puso a llorar. Su madre lo calmó con mimos y un sonajero.

Los hombres que viajaban junto a nosotras estaban dormidos cuando el comandante anunció que iba a proceder a la maniobra de descenso. Comenzamos a bajar al mismo tiempo que el sol empezaba a elevarse; el avión se sumergió en el estanque dorado que se filtraba desde el horizonte. Con los ojos entornados, observamos cómo nos aproximábamos cada vez más a los rascacielos. No habíamos vuelto a ver edificios tan altos desde que nos mudamos a Lupside. En mi mente volvieron a bullir los recuerdos de salas de espera esterilizadas, batas de hospital que nos quedaban demasiado grandes, tictacs de relojes y médicos distantes.

Addie respiró hondo varias veces cuando el avión tocó tierra y el ronroneo del motor se convirtió en un gruñido, luego en un rugido y al final en un tremendo estrépito. El aire chirriaba al ser hendido. Continuamos avanzando a tal velocidad que temí que fuésemos a despegar de nuevo. El avión fue aminorando su impulso hasta acabar rodando mansamente sobre la pista. Se encendieron las luces. Junto a nosotras, los dos hombres se desperezaron.

El comandante nos dio la bienvenida a la ciudad y al estado mientras el avión realizaba un giro, luego nos informó sobre el tiempo y la temperatura.

*¿Cómo va a hacer para llevarnos a Devon y a nosotras a la vez?*, se preguntó Addie.

*No lo sé.*

Nos quedamos sentadas y esperamos. Nos quedamos sentadas y esperamos mientras el avión frenaba y se detenía. Nos quedamos sentadas y esperamos mientras todo el pasaje se ponía en pie, bostezaba y se estiraba.

—Hora de levantarse —indicó el hombre que teníamos al lado. Contorsionó los hombros para desentumecerlos y se frotó la nuca.

—Yo tengo que esperar —dijo Addie.

El pasillo se llenó de gente que sacaba su equipaje de los compartimentos superiores. El hombre que había viajado a nuestra izquierda hizo lo mismo mientras el de la derecha siguió echándonos miradas cargadas de intención. Addie estaba a punto de decir algo cuando oímos un pequeño alboroto en el pasillo, más atrás.

—Disculpen —repetía una voz mientras se abría paso entre la gente—. Perdón. Disculpen.

Una azafata ocupó de golpe el hueco que quedaba entre el pasillo y nuestro asiento. Sonrió, un poco inestable sobre sus tacones negros, mientras se apartaba el flequillo que le caía sobre los ojos.

—El señor Conivent me ha pedido que te viniera a buscar —explicó—. Casi no puede avanzar y no quiere que tengas que esperar demasiado, ni que impidas el paso de nadie. —El hombre que había quedado bloqueado junto a nosotras le dirigió una mirada agradecida.

Addie se puso en pie agarrándose al asiento de delante para no perder el equilibrio.

—¿Qué bolsa es la tuya? —nos preguntó la azafata mientras escrutaba el interior del compartimento.

—La de lona roja —le indicó Addie. Se deslizó hacia el pasillo para situarse en el estrecho espacio que quedaba junto a la mujer—. ¿Adónde vamos?

La azafata rescató nuestra bolsa y nos la entregó.

—Solo a la terminal. Él irá a buscarte en cuanto salga.

Addie comprobó varias veces el chip que llevábamos en la mano: la luz permanecía fija. Devon y Ryan estaban cerca.

En el resquicio entre el borde del avión y el túnel de salida se filtraba un rayo del sol del amanecer. Cuando Addie salió del avión con la bolsa de viaje apretada contra nuestro pecho, la luz del chip cambió a un rápido destello intermitente. Debíamos de habernos alejado un poco de Devon.

—¿Vienes, cariño? —la animó la azafata.

Addie cerró la mano y apuró el paso.

La terminal estaba muy iluminada y con mucha actividad. La gente se movía de prisa de un lado a otro, arrastrando tras de sí las maletas, que avanzaban dando tumbos. La megafonía anunciaba el nombre de un niño perdido. Los paneles electrónicos desplegaban listas con los horarios de los distintos vuelos, los retrasos y las cancelaciones.

Creí que nos íbamos a quedar esperando junto a la puerta, pero la azafata nos llevó por unos pasillos de baldosas, siempre acompañada del repiqueteo de sus tacones negros. Había ventanas por todas partes. En el exterior, el sol se había abierto camino sobre el horizonte, tiñendo el aire de un tono dorado y extendiendo perezosamente sus dedos amarillos sobre el cielo. La luz de nuestro chip comenzó a parpadear cada vez más despacio y terminó por apagarse del todo.

La azafata siguió hasta que llegamos a una ruidosa zona de restaurantes. Addie miró alrededor y se embebió del aroma a café molido, a galletas recién hechas y pollo frito, y del llamativo menú del expositor de bocadillos. La azafata nos acompañó hasta una mesa, pero no se sentó.

Así que nos quedamos de pie, como dos estatuas en un mar de mesas y gente que

tomaba café y magdalenas enormes. Una estatua alta y delgada con unos impecables tacones negros. Una estatua más baja con zapatos de charol de uniforme de colegio. El silencio era como un niño molesto que nos tiraba del pelo y nos tapaba la boca con las manos.

*Eva, dijo Addie.*

¿Qué estarían haciendo nuestros padres en aquel momento? Habíamos volado hacia el oeste, así que en Lupside ya era más tarde. Probablemente ya estarían levantados. ¿Habrían conseguido dormir aquella noche? ¿O la habrían pasado en vela? Cuando éramos pequeñas, las noches previas a alguna cita en el hospital solían desvelarse y por la mañana salían de su habitación con aspecto de fantasmas. ¿Qué le habrían contado a Lyle?

*Yo... en realidad no lo dije en serio, prosiguió. Lo de anoche. Eso de que todo era por tu culpa.*

Fui a responder, pero me interrumpió con una pregunta que brotó de su interior como una burbuja, frágil y transparente:

*Eva, ¿tú eras feliz?*

Pasaron unos segundos hasta que fui capaz de contestar. El muro que se interponía entre nosotras se resquebrajó y comenzó a desmoronarse. Sus emociones me inundaron, un mar de preocupaciones, miedo y culpa.

*Sí, respondí. Sí, era feliz.*

Addie suspiró. Los últimos fragmentos del muro que había levantado se vinieron abajo en remolinos de una emoción que no logré identificar.

*¿Y ahora qué vamos a hacer, Eva?*

*Pasaremos por ello como mejor podamos. ¿Qué otra cosa podía decir?*

—Ah, ahí, viene —dijo la azafata, y con ello interrumpió nuestra conversación. En su voz notamos un alivio que se materializó en una amplia sonrisa.

El señor Conivent se abría paso entre la gente con paso rápido y hombros rígidos. Ni rastro de Devon y Ryan.

—Gracias —le dijo a la azafata, y se volvió hacia nosotras—. ¿Estás lista? —Addie asintió—. Perfecto. Vamos, entonces.

Addie se echó la bolsa de lona al hombro, salió de la zona de restaurantes tras él y siguió la estela de sus elegantes zapatos de piel.

*Ya, como mejor podamos, dijo Addie.*

*Como mejor podamos.*

Un conductor nos esperaba junto a la acera a la salida del aeropuerto; abrió la puerta de un coche negro reluciente muy parecido al que el señor Conivent había utilizado en Lupside. Addie se acomodó en el asiento trasero con nuestra bolsa de viaje aún apretada contra el pecho. Aparte un par de frases breves en voz baja, Conivent y el conductor no hablaron en todo el camino, ni entre ellos ni con nosotras.

Observamos cómo aquel paisaje desconocido iba pasando a toda velocidad. Al principio solo había autopistas, más anchas y con más tráfico que las que teníamos cerca de casa. Una ciudad se destacaba en la distancia; una ciudad de verdad, con rascacielos que emitían destellos de plata y oro al sol de la mañana. Pero en un momento dado dejamos atrás la ciudad y la autopista. Cuando llegamos a la clínica llevábamos ya un buen rato sin ver edificios. El paisaje era inhóspito y el sol había abrasado la vegetación; los árboles eran raquíticos y el color de la hierba apenas podía denominarse verde.

Por el contrario, la Clínica Psiquiátrica Normand emergía en medio de un círculo de arbustos y césped bien cuidado, un oasis blanco y plata en el desierto. El edificio de tres plantas mostraba numerosos ángulos extraños y enormes ventanales que reflejaban el sol. Addie y yo lo observamos con atención mientras el coche entraba en el aparcamiento, delante de la fachada principal. Aparte de dos hombres que debían de estar realizando algún trabajo de mantenimiento en el tejado, el edificio parecía desierto.

El aire era seco, sin trazas de la humedad que tanto nos agobiaba en Lupside, pero igual de caliente. Addie entornó los ojos al bajar del coche.

Todo rastro de aquel sofocante día de verano desapareció en cuanto entramos en el vestíbulo de la clínica. Allí dentro el aire era tan frío que nos hizo tiritar. El señor Conivent se dirigió al mostrador de recepción; antes de seguirlo, Addie echó un vistazo al guardia de seguridad que se encontraba allí al lado.

La recepcionista comprobó la identidad del señor Conivent, y a continuación asintió y nos indicó los ascensores. Yo quería pedirle a Addie que mirase el chip que llevábamos en el bolsillo, pero no me atreví. Allí había demasiados ojos, demasiadas ventanas, demasiadas superficies brillantes como espejos que reflejaban cada uno de nuestros movimientos.

El suelo del ascensor tenía una fina moqueta de flores verdes y amarillas. Allí también había un espejo y, en lugar de un hombre y una niña, se veían dos de cada. Pero el espejo no venía mal: hacía que el ascensor, ya bastante grande, pareciese aún más espacioso. De todos modos, nuestro corazón se aceleró.

Conivent apretó el botón de la tercera planta y nuestro estómago sufrió un tirón hacia abajo cuando el ascensor comenzó a elevarse con brusquedad. De pequeñas,



saltábamos cada vez que el ascensor del centro comercial arrancaba o paraba, y así sentíamos un segundo de ingravidez y su correspondiente momento de doble gravedad. Aquello nos distraía del hecho de ir encerradas en una cabina de metal.

Se oyó una leve campanita y el ascensor frenó con suavidad hasta que por fin se detuvo. No le susurré a Addie *Venga, vamos a saltar*. Por el contrario, nos quedamos muy quietas y envaradas hasta que las grandes puertas plateadas se abrieron y Conivent salió.

El pasillo largo y blanco se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista, iluminado por una sucesión de tubos fluorescentes. Un ligero olor a desinfectante se aferraba a cada superficie como la muerte a las lápidas.

Una enfermera de uniforme a rayas grises se volvió hacia nosotros.

—Hablando del rey de Roma... —sonrió, y con un gesto de la mano indicó a un mensajero que se acercara—. Ya me estaba temiendo que le íbamos a hacer esperar.

El mensajero tendría solo dos o tres años más que nosotras y una estatura impresionante, pero desgarrada. En una mano llevaba un pequeño paquete marrón y en la otra una carpeta con un sujetapapeles que presentó a Conivent para que firmase. Él también nos miró, al principio con miradas fugaces, después más descaradas, mientras Conivent se entretenía firmando los papeles.

—Quizá la próxima vez pueda pedirle al doctor Wendle que se encargue de firmarlos él —dijo la enfermera—. O incluso a la doctora Lyanne...

—Mejor no —contestó Conivent.

La enfermera hizo un gesto de asentimiento, pero lo vimos solo con el rabillo del ojo. Addie estaba absorta con la mirada fija en el mensajero. Tenía unos ojos de un azul claro y frío, como los de las muñecas.

*Para ya, le dije. Va a pensar que estás loca.*

*Ya piensa que estamos locas. A lo mejor hasta le servimos de tema de conversación.* Addie apartó la vista mientras hablaba; había pasado muchos años esforzándose por no llamar la atención. Las viejas costumbres tardan en perderse.

—Ah, hola —dijo la enfermera como si acabase de reparar en nuestra presencia. Era pálida y delgada. Las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien —contestó Addie.

El señor Conivent había recogido el paquete de manos del mensajero y ya estaba dándose la vuelta para marcharse.

—Dele una habitación para esta noche, por favor, pero antes que la vea el doctor Wendle.

—Por supuesto —dijo la enfermera—. Vamos, cariño. ¿Cómo te llamas?

—Addie.

—Muy bien, pues ven conmigo, Addie. —Comenzó a recorrer el pasillo en

dirección contraria, alejándose de Conivent.

La seguimos; nuestra bolsa de viaje nos iba golpeando el muslo a cada paso, un estallido de rojo en medio del blanco y plata de la Clínica Normand. Me pregunté qué iría contando el mensajero a sus amigos sobre la pálida niña del uniforme arrugado, qué diría de nosotras, allí encerradas, después de haberse ido tranquilamente a casa.

Caminamos y caminamos y caminamos por los interminables pasillos. Normand no tenía tanta actividad, por lo que vimos, como los hospitales que habíamos visitado de pequeñas. Había unas cuantas enfermeras de charla junto a las puertas, y también vimos a un hombre con bata de médico pasar como una exhalación junto a nosotras, pero eso fue todo. No había gente sin uniforme esperando nerviosa a la puerta de las consultas, ni padres ni madres, ni ningún otro adulto aparte de las enfermeras y el médico. Ni pacientes. Excepto nosotras. En cierto momento, Addie se atrevió a echar una mirada furtiva al chip que llevábamos en el bolsillo, pero estaba frío y apagado.

Por fin, la enfermera se detuvo delante de una puerta con el rótulo 347 escrito en negro con números pequeños.

—¿Doctor Wendle? —preguntó con un toque de nudillos.

Se oyeron pisadas antes de que una voz contestara:

—¿Sí? Adelante.

La mujer abrió la puerta y nos hizo pasar.

—Doctor Wendle, esta es Addie. El señor Conivent acaba de traerla.

El doctor Wendle era un hombre bajo y robusto, con un pelo oscuro peinado de forma que le tapara la calva que en otras circunstancias habría hecho reír a Addie. Nos escudriñó con sus gafas de montura gruesa antes de levantarse de un brinco. Su bata ondeó a su espalda como una estela.

—Ah, sí, sí —dijo dándonos un apretón de manos; sus ojos zigzaguearon y recorrieron nuestro rostro, nuestros brazos, nuestras piernas; como si fuésemos un nuevo hallazgo arqueológico—. El señor Conivent me avisó de que iba a verte hoy.

Ojalá alguien nos hubiese dicho a nosotras a quién íbamos a ver.

La enfermera quiso llevarse la bolsa, y cuando Addie se resistió, sonrió con indulgencia.

—Tranquila, cariño —dijo—, solo la llevaré a tu habitación. Allí estará segura. No te preocupes.

Dio un último tirón y la bolsa se escurrió entre nuestras manos. Nos tambaleamos al perder el equilibrio. Sin la bolsa, me sentí pequeña y desnuda.

—Acércate —dijo el doctor Wendle cuando salió la enfermera—. Alcanza una silla.

Miramos alrededor, pero no vimos más que una banqueta alta de metal. Chirrió cuando la arrastramos hasta la mesa. El doctor se había sentado en su sillón, muy sonriente. El alto respaldo le hacía parecer un enano.

—He de preguntarte un par de cosas antes de comenzar con las pruebas. —Se ajustó las gafas y se inclinó hacia delante. Sin preámbulos. Nada de «¿Qué tal el vuelo? Debes de estar muy cansada. ¿Dónde vives?». Solo una ansiedad en los ojos que me hizo sentir como una mariposa un segundo antes de ser atravesada por el alfiler—. La primera: ¿cómo ha sido todo este tiempo con Eva?

Addie se echó hacia atrás.

—¿Qué?

—Con Eva —repitió, y su sonrisa se desdibujó un poco. Dio unos golpecitos con el dedo a una de las muchas hojas que había desparramadas en su escritorio—. Aquí pone que tuviste muchos problemas para asentarte, que no te asentaste hasta después de cumplir doce años, ¿me equivoco?

Addie no asintió, no abrió la boca, ni siquiera se movió, pero él pareció tomar su silencio como una confirmación.

—O sea, que han pasado unos tres años. La verdad, no me puedo creer que las cosas hayan seguido así todo este tiempo. Pero ¿qué puedo decir? A veces a la gente le da pereza, los agentes se relajan, o... Bueno, sea como sea. —Con las manos abiertas, juntó la yema de los dedos y ensanchó su sonrisa—. Esta es tu oportunidad. Cuéntame. ¿Cómo ha sido todo este tiempo con Eva?

Debería haberme preparado para aquello. La escena con el señor Conivent la noche anterior debería haberme preparado para cualquier cosa. Pero oír mi nombre de labios de aquel doctor me provocó varios accesos de náusea que me recorrieron de arriba abajo como una corriente.

—No tiene por qué darte vergüenza —añadió—. Todo esto es estrictamente confidencial. —Sus labios, ahora tensos, se esforzaron por mantener la curva de la sonrisa debajo del bigote.

Se nos revolvió el estómago.

—No... no sé de qué me está hablando —contestó Addie. Nos ardía la cara, nos sudaban las manos.

Wendle alzó una ceja.

—Ah, ¿no?

—No —respondió Addie.

Dio la impresión de que el bigote acentuaba su ceño fruncido.

—Supongo que sabes, Addie, que después de las pruebas sabremos la verdad. No tiene sentido que mientas ahora.

—No estoy mintiendo. —No sé cómo lo hizo, pero Addie consiguió mantener la voz firme—. Debe de tratarse de un error.

Permanecimos sentados en silencio un buen rato, nuestra mirada fija en las rodillas, el doctor tan callado como nosotras. Finalmente, suspiró y se puso en pie, enfurruñado como un niño que ha pedido juguetes a los Reyes y le han traído carbón.

—Pues muy bien, si insistes... —Nos indicó que saliéramos de la consulta tras él—. Voy a hacerte un par de pruebas —dijo sin mirarnos—: escáner cerebral y electrocorticograma.

Addie lo siguió al trote por los pasillos para mantener su paso vertiginoso. Terminamos en un laboratorio, donde Wendle comenzó a pulsar botones en una máquina larga y rectangular mientras miraba la pantalla con los ojos entornados. Era lo único que había en aquella sala. Addie se quedó junto a la puerta, lo más apartada posible del doctor y de aquel artilugio gris amarillento.

Finalmente, se volvió hacia nosotras y dijo:

—Ven. No te pongas nerviosa.

Nuestros zapatos apenas sonaron al avanzar por las baldosas relucientes. Teníamos la mano metida en el bolsillo y la moneda de Ryan apretada en el puño.

—Quédate ahí de pie y no toques nada —indicó el doctor Wendle—. Dame un segundo para configurarlo.

El largo de la máquina era superior a la estatura de él, y mediría casi un metro ochenta de altura. Uno de sus estrechos extremos estaba abierto y dejaba ver el interior hueco. Addie se situó junto a él muy nerviosa. No tocó nada. Nos dio la impresión de que Wendle tardaba más, mucho más de un segundo. Por lo menos una hora. ¿Cómo, si no, se explicaba la sensación ardiente y agria de náusea que nos quemaba el estómago? ¿O el zumbido en los oídos?

Comenzó a oírse un runrún sordo. El doctor apretó unos botones, estudió el batiburrillo de información que aparecía en pantalla y finalmente alzó la vista.

—Muy bien. Ya casi está. Voy a... No te has cambiado. —Parpadeó como si creyera que teníamos que haberlo sabido por ciencia infusa, y luego fue con paso rápido hasta el fondo de la sala—. No puedes llevar esa ropa en el escáner. —Buscó en un cajón y sacó una bata de hospital, larga y blanca—. Toma, ponte esto.

Addie retrocedió un paso.

—¿Para qué es eso?

—Para hacerte el escáner —dijo al tiempo que nos hacía pasar a una sala adyacente. El rincón opuesto estaba oculto por una cortina azul—. Ahora cámbiate. Deprisa, por favor.

Las anillas de bronce corrieron sobre una barra metálica y nos encerró en aquella especie de probador en penumbra del tamaño de una cabina telefónica. Durante un momento no nos atrevimos a movernos.

*Cierra los ojos, dije.*

Addie obedeció. A continuación nos cambiamos tan deprisa como pudimos. La bata se ataba a la espalda. Tuvimos que flexionar los brazos en ángulos casi imposibles para alcanzar las cintas.

—¿Te falta mucho? —preguntó el doctor Wendle.

Addie descorrió la cortina y luego se inclinó para doblar nuestra ropa y colocarla en un taburete de metal que había allí.

—Bien —dijo él mientras apretaba un botón de la máquina—. Deja la ropa ahí mismo. Dentro de unos minutos te la volverás a poner.

La parte superior de la máquina gris amarillenta se abrió lentamente con un zumbido sordo.

Addie se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor Wendle.

—Dígame... —tragó saliva— dígame qué va a pasar.

Nos miró de manera extraña.

—Pues nada. Solo tienes que tumbarte ahí —señaló la máquina— y...

—Pero la tapa... ¿La tapa va a estar abierta?

—Bueno... durante un minuto sí.

Addie ya estaba sacudiendo la cabeza y retrocediendo.

—No. No; lo siento, no puedo.

El doctor adelantó la mano con sorprendente rapidez y sus gruesos dedos nos atraparon la muñeca. Nuestros músculos se pusieron duros como piedras.

—¿Para... para qué es? —preguntó Addie solo para ganar tiempo—. El escáner. —Sentíamos tal opresión en el pecho que casi no podía hablar—. ¿Qué busca con el escáner?

El ceño de Wendle se acentuó, pero no parecía enfadado. Si acaso, algo confuso.

—Actividad cerebral, Addie, qué si no. Deben de haberte hecho pruebas similares cuando eras pequeña. Con tecnología menos avanzada, claro, pero similar. —Señaló la máquina gris amarillenta con un gesto—. Me indicará la gravedad del problema.

Continuó su explicación y, con una terminología que no entendimos, mencionó estudios de los que jamás habíamos oído hablar.

*Addie, dije. Addie, tenemos que hacerlo.*

*No. No me voy a meter dentro de esa cosa, Eva. No puedo.*

El doctor Wendle nos había soltado el brazo y Addie rodeó nuestro cuerpo con él. Apenas éramos capaces de procesar lo que decía. El miedo nos aceleró el corazón a la velocidad de una liebre y nos secó la garganta. El miedo enrareció el aire hasta dificultarnos la respiración.

—En resumen —concluyó el doctor—, que cuanta más información tengamos, más fácil será curarte.

Sonrió, como si creyera que así nos iba a tranquilizar. Addie no le devolvió la sonrisa. Un chillido bullía en nuestro pecho pugnando por salir a pesar de que nuestras vías respiratorias parecían a punto de cerrarse. Wendle apoyó la mano en nuestro hombro y comenzó a dirigirnos hacia la máquina al tiempo que refunfuñaba a causa del trabajo que le estábamos dando.

—Solo será un momento, Addie. No seas tonta.

—No. No puedo. No...

—Sí puedes —insistió él.

—No puedo...

Vacilé. La máquina no dejaba de guiñarnos sus ojos malvados y oscuros.

*Tenemos que hacerlo*, dije.

*No podemos. No...*

—Addie —dijo el doctor.

*Mírala*, gimió, pequeña y pálida en un rincón de mi mente. *Es diminuta, Eva. Es diminuta y nos quiere encerrar ahí dentro.*

No hacía falta que me lo explicara. Pero de todos modos supliqué a Addie que me escuchase, con la esperanza —contra toda esperanza— de que si lo repetía lo suficiente, yo también acabaría por creerlo.

*Si no lo hacemos, lo único que conseguiremos será que nos retengan más tiempo. No nos dejarán volver a casa hasta que se queden satisfechos, Addie. Devon dijo... Devon dijo que no podrían descubrirlo, ¿recuerdas?*

Los labios del doctor Wendle se movieron, pero ninguna de las dos lo escuchaba.

*Tenemos que hacerlo*, insistí. *Dos días, ¿recuerdas? Lo soportaremos lo mejor que podamos durante dos días. Y luego volveremos a casa.*

Addie dudó, y luego repitió mis palabras en nuestro interior.

La máquina bostezó y dejó ver su boca gris y plateada. Una lengua blanca colgaba en el medio; cuando Addie se sentó dejó escapar un ligero ruido metálico.

*Despacio*, dije mientras nos tumbábamos boca arriba. *Con cuidado. Respira. Respira.* Estas últimas palabras fueron una orden. Ya había interrumpido nuestra respiración unas cuantas veces.

Wendle se inclinó sobre nosotras y ajustó una especie de arco blanco hasta que quedó a un palmo sobre nuestra cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Cómoda? Quédate muy quieta. No vas a sentir nada. Te lo prometo.

Pero dese prisa, pensé. Por favor, por favor, por favor, dese prisa y termine cuanto antes.

*Eva*, llamó Addie, pequeña y temblorosa. *¿Eva?*

La parte superior de la máquina se cerró poco a poco y nos aisló de la luz. Instantes después, la poca que quedaba era la que se colaba por la abertura que había junto a nuestros pies. Se oyó un clic, y otro más fuerte. La tapa se cerró del todo. Estábamos atrapadas.

Oscuridad. Respiración pesada. Latidos frenéticos. Intenté acurrucarme y ocupar el menor espacio posible, esconderme de aquello que la máquina iba a utilizar para sondear nuestra mente, nuestro cuerpo. Yo no estaba allí. No estaba. No existía.

*¡Eva!, gritó Addie. Eva, no puedo respirar...*

Nuestro brazo chocó contra un lado de la caja. El pánico se nos agolpó en la garganta y comenzó a bullir en nuestra boca.

—Sáqueme de aquí...

*¡Chsst!, dije. Chsst, Addie...*

—Por favor, no te muevas —advirtió el doctor Wendle como si contuviese un grito—. Si te mueves, el resultado no será fiable.

Comenzamos a dar puñetazos contra el horrible y arrugado lecho forrado de papel sobre el que nos habíamos tumbado. De nuestros labios brotaron balbuceos de terror. Renuncié a la idea de intentar desaparecer, de esconderme. No podía, no con Addie tan aterrorizada, no cuando me necesitaba.

Su miedo se topó contra el mío, que no era tan grande. Después de todo, yo estaba acostumbrada a estar inmóvil.

*No estamos atrapadas, le dije mientras la envolvía, la abrazaba y la protegía de las largas garras del terror. Mira, ahí hay algo de luz. Podríamos salir en un momento si quisiéramos. Pero no lo vamos a hacer. Vamos a quedarnos quietas, ¿de acuerdo? Solo será un ratito.*

Nos temblaban las manos. Yo seguí hablando y envolviendo a Addie con el calor de mis palabras.

*Distráeme, pidió. Distráeme, Eva. Cuéntame...*

*¿Algún recuerdo?*

*¡Sí, por favor!*

Y así lo hice. Le hablé de cuando trepábamos por la escalera de incendios de nuestro antiguo piso y jugábamos a ser deshollinadoras. Le recordé el verano en que fuimos todos de pesca y nos caímos al lago. Escogí los recuerdos más felices, los que brillaban a través de la maleza enmarañada de todos aquellos años que pasamos entrando y saliendo de distintos hospitales. De los días en que nuestros padres eran felices. Del tiempo que pasamos con nuestros hermanos antes de que papá y mamá comenzaran a preocuparse y a temer el efecto que una niña que todavía no se había asentado podría causarles. Antes de que se declarase la enfermedad de Lyle.

Despacio, y aún con algún temblor, nuestros puños se calmaron. Las historias de nuestro pasado compartido nos envolvieron, como suavizadas y depuradas por el uso, edulcoradas por el paso de los años. Fui desgranando una tras otra hasta que, después de una eternidad, se oyó un plop... luego un clic... y la voz del doctor Wendle:

—Ya está. ¿A que no ha sido para tanto?

Una mano nos tocó el pie. Dimos un respingo y abrimos los ojos de golpe; parpadeamos por la repentina invasión de luz.

El doctor nos sonrió.

—Ya hemos terminado —anunció. Si observó nuestro fuerte temblor no hizo

ningún comentario, solo nos hizo un gesto con la mano y dijo—: Vamos, ya puedes salir de ahí. Tardaremos un ratito en tener los resultados. Mientras tanto, ve a cambiarte.

Nos dirigimos hacia el vestidor dando tumbos. Dejamos la cortina a medio cerrar antes de deslizarnos hacia el suelo con la espalda encorvada, la cabeza gacha y la cara entre las rodillas. Pasó un rato hasta que dejamos de temblar. Forcejamos con torpeza para deshacer los nudos de la bata, demasiado apretados. No había nadie para ayudarnos, y cuando logramos desatar las cintas nos dolían los hombros.

Addie masajéó nuestro cuello con una mano mientras recogía la ropa con la otra. No podía con todo a la vez, y la falda estuvo a punto de resbalarle de las manos. Algo repiqueteó contra el suelo. Bajo la vista, pero junto a nuestros pies no vimos nada. ¿Lo habíamos imaginado?

Captamos de soslayo un destello rojo.

Ryan.

Nos invadió una oleada de nostalgia. Necesitábamos ver una cara conocida. Y yo quería verlo a él.

A causa de la torpeza de Addie, nos volvimos a poner la ropa a trompicones, metimos los pies a la fuerza en los zapatos y salimos de detrás de la cortina con un traspie. El doctor Wendle estaba escribiendo algo en el ordenador con una mano y sujetándose las gafas con la otra.

—Tengo que ir al baño —dijo Addie.

—Sal al pasillo y gira a la izquierda, y luego otra vez a la izquierda —indicó sin mirarnos—. Tendría que acompañarte, pero...

—No hace falta, ya voy yo —dijo Addie, y salió disparada. El chip seguía parpadeando, se encendía, se apagaba, se encendía, se apagaba.

Pero no vimos a Ryan por ninguna parte.

Un par de enfermeras que charlaban en el pasillo nos miraron un momento y luego retomaron su conversación. Llevaban el mismo uniforme de rayas grises y el pelo recogido con moños idénticos.

¿Por dónde?, preguntó Addie; miró a la derecha, luego a la izquierda, después otra vez a la derecha.

*No sé. Izquierda. Ve hacia la izquierda.*

Corrió por el pasillo mientras nos fijábamos en las personas con que nos cruzábamos en busca de una cara conocida.

Rojo blanco rojo blanco rojo blanco rojo blanco.

¿Dónde está?

Los zapatos rechinaban sobre las baldosas. De repente doblamos una esquina a toda prisa y estuvimos a punto de chocar contra alguien que venía en dirección contraria. Soltó una exclamación y se le cayó el montón de carpetas que traía. Los



papeles se desparramaron por el suelo. Blanco sobre blanco.

—Lo siento... —dijo Addie. Se agachó a tiempo de recoger un par de hojas antes de que resbalaran y se fueran más lejos.

—No pasa nada. —El hombre se echó a reír y se agachó a su vez—. ¿A qué viene tanta prisa?

—Estaba buscando el baño.

Él volvió a reírse.

—Pues anda, vete. Ya me las arreglo yo.

—No, no importa —dijo Addie. No le miramos a los ojos.

—¿De quién eres? —preguntó mientras recogíamos las carpetas de manila y los papeles. En uno de ellos distinguimos un escáner cerebral en blanco y negro, y un nombre. Debajo había una hoja con otro escáner y otro nombre.

—¿Cómo? —preguntó Addie.

—¿No eres famosa? —insistió el hombre—. La hija de alguien conocido, quiero decir.

Addie negó con la cabeza.

Él frunció el ceño.

—¿No?

CORTAE, JAIME, ponía el papel que sosteníamos. HÍBRIDO. Había dos escáneres pegados uno junto al otro que parecían casi idénticos si no fuese por el área sombrada de negro del de la derecha. Cada escáner tenía una fecha garabateada debajo. Uno era de la semana anterior; el otro, de ese mismo día. Y debajo de ambas fechas, el mismo texto: «Edad: 13. Etnia: hispana. Altura: 1,52. Peso:...»

El hombre nos quitó la hoja antes de que nos diera tiempo a leer más.

—No eres paciente, ¿verdad? —Su voz no dejó entrever ni rastro de la afabilidad anterior.

Addie vaciló. El hombre recogió con brusquedad el resto de los papeles y volvió a meterlos en las carpetas.

—Solo he venido a revisión —respondió Addie—. El señor Conivent...

—¿Y por qué vas vestida con ropa de calle? ¿No tendrías que estar en alguna sala?

*El doctor Wendle, dije. Dile que estamos con el doctor Wendle.*

—Acabamos de estar con el doctor Wendle. Él... Él nos ha hecho un escáner.

—¿Nos?

Addie palideció.

—A otro niño y a mí —dijo—. Y se va a preocupar si tardo. Tengo... tengo que irme.

Nos marchamos a toda prisa por donde habíamos venido, sin hacer caso de las llamadas del hombre y rezando para no encontrarnos con nadie que nos detuviese.

Addie dobló la esquina del pasillo como una flecha, apoyó la espalda contra la pared y cerramos los ojos por un momento antes de abrirlos de repente.

Me estremecí.

Nos.

Addie lo había dicho.

La última vez que Addie se había referido a nosotras como «nos» en voz alta no habíamos cumplido aún los diez años. Seguíamos prometiéndonos la una a la otra que nada, nada podría separarnos jamás. Éramos ella y yo contra el mundo.

*Será mejor que volvamos antes de que el doctor Wendle venga a buscarnos*, dije en tono suave.

Ya, respondió Addie. *Sí, ya lo sé.*

Pero oí la duda que encerraba su voz.

No fue difícil encontrar el laboratorio del doctor Wendle. Todas las puertas tenían un letrero; lo único que tuvimos que hacer fue seguir los números en el camino de vuelta. ¿Y si no volvemos?, quise preguntar. ¿Y si buscábamos el ascensor y volvíamos a la planta baja? ¿Y si pasábamos con toda naturalidad por delante de la recepcionista y del guardia de seguridad? Pero no lo dije, porque luego, ¿qué?

Era mejor quedarnos. Quedarnos y hacer lo que nos mandaran y esperar, porque papá iba a llevarnos de vuelta a casa. Nos lo había prometido.

Además, teníamos que encontrar a Hally y Ryan. No podríamos irnos hasta saber que se encontraban bien.

Addie estaba a punto de abrir la puerta del laboratorio del doctor Wendle cuando oyó las voces.

—... le han vacunado... no debería suponer ningún problema...

—Ya ha habido... antes... cuando los médicos no recetan la medicación adecuada o el niño...

Addie se quedó inmóvil. Después, muy despacio, pegó el oído a la puerta. Una de las voces pertenecía a Wendle. La otra a una mujer. Los dos hablaban en voz demasiado baja como para captar más que palabras sueltas.

—... sin embargo el electrocorticograma... a veces más efectivo...

—... pero solo en fases más tardías. Cuando... no se puede concluir... hay... o por...

La voz de la mujer bajó aún más hasta hacerse casi inaudible.

*Gira la manilla con cuidado y abre una rendija*, dije, aunque una parte de mí me advertía que era demasiado arriesgado. No debíamos espiar su conversación; debíamos simular ser la paciente perfecta.

Con cautela, Addie accionó la manilla y abrió un par de centímetros.

—No podemos hacer gran cosa hasta que tengamos los resultados de todas las pruebas —decía el doctor Wendle.

—Ya —contestó la mujer—. Tendremos que esperar.

Una pausa.

—No consiguió nada con este, ¿verdad? —preguntó Wendle—. ¿Se ha enterado de algo? ¿Sabe cómo ha ido todo?

Otro silencio. Después ella respondió:

—Mejor que con los demás.

El doctor Wendle se echó a reír, pero su risa se fue apagando cuando se dio cuenta de que la mujer no la secundaba. Carraspeó.

—Ya, claro. Pero eso no significa mucho. Lo más seguro es que no sea suficiente para la comisión evaluadora.

—No.

—Aún hay tiempo. Y hay otros campos para seguir explorando. Eli va mucho mejor, ¿verdad? Estaba pensando en comenzar a administrarle Zalitene esta semana. Puede que le ayude con los episodios, y...

—Era un niño encantador —murmuró la mujer.

—¿Cómo? —se extrañó el médico—. ¿Eli?

—No. Me refiero a... —Se oyó un repiqueteo de tacones sobre el suelo—. Tengo que irme. Mándeme el informe de la niña en cuanto haya resultados definitivos.

*Muévete, dije. Date prisa. Ahí viene.*

Pero Addie no se movió. Teníamos la mano pegada a la manilla de la puerta, y los oídos atentos para captar cada palabra.

*¡Muévete!, grité. ¡Entra! ¡Entra! ¡Ahora!*

Addie entró a trompicones y tuvo que agarrarse a la puerta para no caernos. La mujer dio un grito y un paso atrás. Nos quedamos mirándola e identificamos su cara con la voz. Era más joven de lo que imaginábamos, como mucho de treinta y pocos años. Tez pálida, pelo castaño ceniciento y ojos color avellana.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se tiraba de su bata blanca para alisársela. La sorpresa desapareció de su rostro con tanta rapidez como las arrugas de su bata. Sin ella, de repente nos pareció mayor.

Addie asintió.

—Sí. Lo siento. Yo... eeh... he tropezado y...

La mujer esbozó una sonrisa de cortesía.

—Me perdí —explicó Addie—. Fui el baño y debí de meterme por el pasillo equivocado porque luego busqué mil veces esta sala y...

—Bueno, ya la has encontrado —dijo la mujer con una indiferencia que hizo innecesarios los balbuceos de Addie. Relajamos el rostro y adoptamos una expresión casi tan distante como la suya.

—Yo... lo único que sabía era el número de la sala.

—Addie, ¿verdad? —dijo la mujer. Le tendió la mano y, tras una breve vacilación, Addie se la estrechó. El apretón fue seco y frío, su sonrisa leve y con los labios apretados—. Soy la doctora Lyanne.

—Encantada —dijo Addie maquinalmente.

—¿Adónde se supone que tienes que ir ahora? —preguntó la doctora.

—No lo sé —contestó Addie. Miró al doctor Wendle, que no había dicho una sola palabra en todo aquel tiempo. La doctora Lyanne siguió la dirección de nuestra mirada.

—Ah, verás —dijo el doctor con un carraspeo—, necesito algo más de tiempo con estos resultados, así que no podremos hacer el electrocorticograma hasta después de comer. Hasta entonces, puede... Bueno... —Hizo una pausa y nuestro estómago

rugió en aquella burbuja de silencio.

Todos los ojos se volvieron hacia nosotras. Nos ardía la cara.

La doctora Lyanne frunció el ceño.

—¿No has desayunado?

¿Desayunado? Nos habíamos olvidado por completo del desayuno.

—No.

Si no hubiera sido una idea absurda, habría jurado que la mujer estuvo a punto de hacer un gesto de fastidio con los ojos. Pero la doctora Lyanne era la profesionalidad personificada con su falda evasé negra y su blusa azul marino.

Murmuró algo como hablando consigo misma, tan bajo y tan rápido que no entendimos nada. Luego nos tomó del brazo y nos condujo hacia la puerta.

—Ven, voy a llevarte a que comas algo.

—No la iré a llevar con los demás niños, ¿verdad? —terció Wendle mientras Addie seguía a la doctora al pasillo con apuros para mantener el ritmo de sus rápidos pasos.

La mujer volvió la cabeza para mirarlo y al tiempo que cerraba la puerta respondió:

—¿Por qué no? Va a terminar viéndolos de todos modos.

—¿Cuándo podré llamar a mis padres? —preguntó Addie mientras trotaba tras la doctora Lyanne. Al contrario que la enfermera, no miraba atrás para comprobar si la seguíamos o no.

—Estoy segura de que podrás llamar más tarde —respondió—. Ya se ocuparán de eso.

Torcimos por un pasillo casi idéntico al anterior. La Clínica Normand era un laberinto de pasillos blancos. Nuestra falda y nuestros zapatos negros eran como borrones de tinta en medio de un lienzo immaculado.

—Por aquí se va a la sala principal —explicó la doctora—. Por los pasillos siempre habrá alguien contigo, así que es poco probable que llegues a perderte, pero está bien que te hagas una idea general por si acaso. Por ahí están los vestuarios, donde los niños se duchan y se preparan para acostarse. La sala de estudio está en dirección contraria, pero estoy segura de que después te acompañará alguien.

—Me... Me dijeron que solo iba a pasar un par de días aquí —dijo Addie—, así que en realidad no me hace falta... Quiero decir, que voy a volver pronto a casa.

La doctora Lyanne aminoró el ritmo, como si fuese a girarse hacia nosotras, pero en el último momento volvió a acelerar su paso.

—Bueno, no viene mal que lo sepas. Toda esta ala de la clínica está dedicada a los híbridos, pero...

Se detuvo. Addie estuvo a punto de chocar contra ella.

—¿Qué...? —comenzó, pero cerró la boca de golpe al ver la camilla que se aproximaba por el pasillo.

Habíamos visto muchas camillas antes, ocupadas por desconocidos que pasaban junto a nosotras, con sábanas blancas e inmaculadas y un gotero intravenoso. La mayoría de las veces se trataba de ancianos frágiles, hombres y mujeres de papel maché que temblaban cada vez que tomaban aire.

Pero el niño que ocupaba aquella camilla no era de papel maché. Era menudo, joven y de ojos castaños y mantenía la mirada fija en el techo mientras la enfermera empujaba la camilla.

La doctora Lyanne dejó escapar un sonido leve y ahogado. Duró solo un segundo, pero fue suficiente para que nos llamara la atención a todos: a la enfermera, a nosotras y al niño que yacía en la camilla con la cabeza vendada. Y fue suficiente para que yo captara el nombre que escondía aquella exclamación: «Jaime».

¿Jaime Cortae?

Todos se volvieron a mirar a la doctora Lyanne, pero Addie no pudo evitar fijarse en el niño. No se movió, pero su mirada se cruzó un momento con la de la doctora; luego la apartó. Jaime Cortae. Trece años. Dos escáneres. Dos fechas.

Dos fechas. Dos escáneres que analizaban lo mismo, pero distintos. Jaime Cortae con la cabeza vendada y sus dos escáneres cerebrales...

Dos escáneres.

Los resultados de antes y después.

Y de pronto se me cayó el corazón a los pies.

La enfermera apretó el paso y no tardamos en perderlas de vista a ella y la camilla. Pero ni la doctora Lyanne ni nosotras nos movimos.

Cirugía. Mi mente retrocedió en el tiempo y visualizó todos los médicos que nos habían atendido. Todos los tratamientos que habían recomendado cuando éramos pequeñas. Habíamos tomado pastillas, miles de pastillas. Habíamos tenido una orientadora, psiquiatras, y pasado por frías y asépticas salas de consultas. Pero jamás habían hablado de cirugía.

—A desayunar —dijo la doctora Lyanne, más para sí misma que a nosotras—. Por aquí. —Y echó a andar más deprisa que antes. No se molestó en seguir indicándonos dónde estaban las distintas dependencias. No dijo ni palabra hasta que llegamos a una puerta de doble batiente justo cuando salía una enfermera que arrastraba un gran carrito metálico.

—Ah, hola doctora Lyanne —saludó con una sonrisa—. Los niños aún no han terminado de desayunar.

La doctora nos puso la mano en el hombro y nos hizo dar un paso adelante con un empujoncito suave pero firme. Su mirada era aún más distante.

—Solo he venido a acompañar a Addie.

—Claro —dijo la enfermera. Dedicó una sonrisa a Addie y sujetó las puertas para que pasáramos—. Anda, siéntate. Ahora te traigo un plato.

Addie no se movió. Cirugía. *Cirugía.*

La doctora Lyanne nos empujó para que entrásemos, y Addie se giró justo a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta. La doctora y la enfermera se habían quedado al otro lado. Nuestro corazón nos hería el pecho como si fuera una roca con salientes afilados.

La sala parecía una versión en miniatura de la cafetería del colegio. Había una mesa larga colocada en el centro y rodeada por banquetas a juego. El grupo que se sentaba en ellas era más variopinto. Todos los chicos llevaban camisas azul celeste y pantalones oscuros, y las niñas una blusa parecida y faldas azul marino; los mayores parecían más o menos de nuestra edad, mientras que el más pequeño, un niño pálido y pelirrojo, era apenas más alto que Lucy Woodard. Si llegaba a los diez años, era muy bajo para esa edad.

No le prestamos mucha atención. Y es que allí, casi al otro extremo de la mesa —medio ocultos por los demás niños—, se encontraban Devon y Hally.

Devon seguía llevando su ropa de calle, pero Hally vestía el mismo uniforme que los demás. Apretamos los puños con tanta fuerza que las uñas se nos hincaron en las palmas. Addie estuvo a punto de gritar.

Devon abrió la boca.

—¿Quién eres? —preguntó el niño más pequeño.

La conversación cesó. Todos los ojos se volvieron hacia nosotras. Trece, conté. Trece niños. Catorce incluyéndonos a nosotras... Veintiocho, si es que todos eran híbridos. Casi ocupaban toda la mesa. Sin embargo, había unos cuantos sitios vacíos, pequeñas lagunas sin colorear de azul.

—Cállate, Eli —dijo la niña rubia que se sentaba a su lado.

Y se calló, pero no dejó de mirarnos. Había algo inquietante en su manera de observarnos, cierto recelo de animal acorralado. No debería estar allí. Cuando lo miramos con más atención, vimos que era imposible que tuviese diez años. Debería haber pasado uno o dos años más con su familia.

—Es porque Jaime se ha ido a casa —dijo otra niña dos o tres años mayor que Eli, con aspecto de hada y una melena negra que le llegaba casi hasta la cintura. El pelo parecía pesar más que su dueña—. Y han traído a alguien para ocupar su lugar.

El silencio envolvió a los comensales y dejó rastros de su estela en la preocupación que reflejaron sus caras. La mayoría de los niños desvió la mirada. Los cubiertos de plástico quedaron abandonados en las bandejas amarillas industriales.

Creían que Jaime se había ido a su casa.

—Bueno, no te quedes ahí de pie —nos dijo la niña rubia. Era de las mayores de la sala, y sus ojos ponían una nota de color oscuro en su pálido rostro.

Addie se acercó a la mesa despacio y se sentó en el sitio vacío que había frente a Devon, pero en diagonal. Él nos hizo un leve gesto con la cabeza, un movimiento tan sutil que apenas se notó. A su lado, Hally apretó los labios y mantuvo su expresión más o menos bajo control.

—¿Cómo te llamas? —preguntó alguien. Era muy incómodo convertirse en el centro de atención después de pasarnos la vida entera evitándolo.

—Addie. —Aunque la sala no era muy grande, oímos el eco de nuestra voz en medio de aquel silencio. Todo era tan luminoso que parecía una sala de interrogatorios.

—¿Y?

—¡Chsst! —dijo alguien.

Hubo cruces de miradas nerviosas. Capté retazos de frases pronunciadas entre susurros, voces apagadas que discutían, negaban y mandaban callar. La enfermera no estaba allí, así que no había problema. Ya, pero eso no significaba nada, porque lo que sí había eran cámaras, aunque ninguna allí... Y aunque la hubiera... Bueno, pero yo creí que...

—¡Chsst! —parecieron decir todos a la vez.

Y justo a tiempo, porque se abrió la puerta y entró una enfermera. Sonrió al ver el silencio y la sucesión de ojos que la miraban muy abiertos.

—Qué calladitos estáis esta mañana. ¿Aún no os habéis despertado del todo? —



Dedicó una sonrisa especial a Eli, que no se la devolvió—. Muy bien —prosiguió—, veo que Addie ya ha encontrado un sitio. Siento que hayas tenido que esperar, cariño. Tuve que volver a la cocina para traerte un plato.

Nuestra bandeja era exactamente igual que la del resto. Cada uno de sus compartimentos contenía una mínima ración de desayuno: huevos revueltos grasientos, panceta quemada y dura; un par de tortitas pastosas.

—Gracias —dijo Addie en voz baja.

—De nada —respondió la enfermera—. Llámame si necesitas algo. —Se acomodó junto a la puerta en una silla plegable, cruzó las piernas y recogió una revista que había en el suelo.

El silencio se prolongó unos instantes. Después, como si el director de la película hubiese dicho «acción», volvió a oírse el murmullo de las conversaciones. Los cubiertos repiquetearon de nuevo al clavarse como puñales en aquel desayuno típico de hospital. Nadie levantó la voz más allá de un susurro. Todo el mundo siguió con la cabeza baja y los hombros hacia delante. Solo Eli se permitió alzar la vista para mirarnos, y luego a la enfermera.

—Addie... Addie.

Volvimos los ojos hacia Hally, que nos sonrió con timidez. Luego puso carita de pena.

—Lo siento mucho —susurró—. Yo no quería... Yo solo... tenía que verlo. Es que no podía...

—Chsst —dijo Devon al tiempo que señalaba a la enfermera con un gesto de la cabeza.

Hally no siguió hablando. Y yo recordé todo lo que Ryan me había contado de Hally, las ganas que tenía de conocer a otros híbridos, de estar con gente como ella. Como nosotras.

Addie vaciló.

—No te preocupes.

—Ahora ya nada de eso importa —dijo Devon mientras se peleaba con una tortita armado de cuchillo y tenedor. Su rostro reflejaba una estudiada falta de expresión, ni siquiera tenía el ceño fruncido por la concentración ni su habitual gesto de ligero fastidio—. Están aquí. Y tenemos que marcharnos todos.

—¿Cómo? —preguntó Addie.

—Para empezar, mantén un perfil bajo. Come algo; te está vigilando. No, no la mires ahora, tú solo come.

Se nos había pasado el hambre como por ensalmo. Aquel desayuno no invitaba a recuperarla, pero aun así Addie probó los huevos. Tenían consistencia de goma y textura de esponja, además de que les sobraba sal. Masticó maquinalmente mientras Devon siguió hablando sin apenas mover los labios. Ninguno de los otros niños

parecía estar escuchándonos, aunque tampoco podíamos saberlo con seguridad. Los que no estaban hablando tenían la vista fija en sus bandejas.

—Mantén la cabeza baja. Niégalo todo. Aún existe la esperanza de que los resultados de vuestras pruebas sean negativos. O al menos poco fiables.

Mentiría si dijera que no sentí un soplo de aire fresco vivificante. Nos embargó un ligero alivio. Sin embargo, pronto se vio desplazado por otro motivo de temor:

—¿Y vosotros dos?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Lissa. Ahora era Lissa, me di cuenta al instante. Su voz era casi un susurro—. Tú preocúpate solamente de ti, ¿vale? En este sitio están pasando cosas raras y... —Respiró hondo—. No creemos que Jaime haya vuelto a su casa, Addie. Nosotros...

—Callaos —dijo una voz antes de que Addie pudiera revelarle la verdad, o sea, hablarle del niño que habíamos visto en la camilla, los escáneres de antes y después, las vendas que envolvían su cabeza.

Levantamos la cabeza de golpe, casi con la imagen de la enfermera ante los ojos. Pero no; era la voz de una niña, la rubia de las trenzas perfectas. Clavó su mirada en nuestros ojos, luego en los de Lissa y finalmente en los de Devon.

—No digáis eso.

Addie echó una mirada furtiva a la enfermera, que seguía leyendo su revista sin dar la impresión de estar enterándose de nada.

La niña rubia apretó los labios hasta que Addie asintió despacio.

La palabra «cirugía» seguía resonando en nuestro interior, cada vez con más fuerza, pero si los demás niños creían que Jaime había vuelto a casa, nosotras no teníamos por qué saber nada más. O al menos teníamos que fingir que no lo sabíamos. Addie apretó los dientes.

*Se lo contaremos más tarde, dije. En cuanto nos quedemos un momento a solas.*

El resto del desayuno transcurrió en silencio.

Quince minutos después, la enfermera se puso en pie, dio unas palmadas y anunció que la hora del desayuno había terminado. Salió con nosotros de la sala y nos condujo por varios pasillos, siempre situada a nuestra izquierda. Los niños formábamos una fila bastante desordenada, pues algunos pequeños caminaban de dos en dos.

Al poco rato nos detuvimos delante de otra puerta. Puerta, pasillo, puerta. Puerta, pasillo, puerta. Parecía que la Clínica Normand no era más que una sucesión de pasillos y puertas y de horrores que se escondían tras ellas, fueran cuales fueren.

La sala que se encontraba detrás de esta puerta en particular estaba alfombrada con una moqueta azul y tenía un tono gris bastante lúgubre. Era mucho más grande que la sala de donde acabábamos de salir, pero más estrecha, como si en otro tiempo hubiese sido una sala de reuniones. Ahora, en vez de una mesa alargada, estaba

equipada con seis mesas redondas y tambaleantes y un escritorio grande al fondo, junto a la pared opuesta a la puerta. Un hombre con camisa blanca hizo una seña a la enfermera, que sonrió y se volvió para marcharse. Lo reconocí al instante: era el señor Conivent.

—Muy bien —dijo—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer ahora. Eli, hoy te verá la doctora Lyanne en vez del doctor Sius.

Eli se volvió al oír su nombre, pero desvió la mirada sin darse por enterado. El resto de los niños se dirigieron al fondo de la sala, donde se alzaba una estantería con libros adosada a la pared y había un par de cajones de plástico transparente, uno encima de otro; contenían cuadernos y una caja de lápices.

Addie y Devon estaban a punto de seguir a Lissa cuando el señor Conivent nos puso una mano en el hombro y nos detuvo.

—Hola de nuevo —dijo con una sonrisa. Su otra mano se había posado en el hombro de Devon, que se zafó de ella con un movimiento de espalda y rostro impasible.

—Hola —saludó Addie en voz baja.

—Bueno —dijo mientras nos acompañaba al fondo de la sala, hacia el lugar donde se encontraban las estanterías y el escritorio—. ¿Cómo van las cosas? ¿Qué tal os está resultando esta mañana? —Sacó una carpeta de uno de los estantes—. ¿Ya habéis dado geometría? Tengo aquí algunas hojas de ejercicios.

—¿Cómo? —preguntó Addie, desconcertada por el repentino cambio de conversación. Devon no dijo nada, sino que continuó mirando a Conivent como uno miraría a un niño particularmente torpe que se cree inteligente—. ¿Geometría?

Conivent nos sonrió.

—A vuestros padres no les haría ninguna gracia que os quedaseis rezagados con las clases mientras estáis aquí.

Anda ya, de todas las cosas del mundo les iba a preocupar ¡justo eso! El colegio. ¡La geometría!

—Es sábado —le recordó Addie con frialdad.

—Ya —respondió—. Pero aquí no prestamos atención a esos detalles. —Su sonrisa se endureció como un bizcocho de varios días—. Decidme, ¿habéis dado ya geometría o no?

Addie se esforzó por no poner cara de asco.

—Sí, el año pasado. Y Devon va dos cursos por delante, así que estoy segura de que también la ha dado.

Los ojos de Devon se clavaron en nosotras, pero permaneció en silencio y dio por válida la respuesta de Addie.

—Estupendo. Entonces esto no os resultará difícil a ninguno de los dos. —Nos tendió unas hojas—. Hay lápices y calculadoras en el segundo cajón, al lado de la

estantería. Dentro de un rato vendré para ver cómo os va.

—Pero...

—¿Sí? —dijo sin dejar de sonreír. Su expresión era tranquila y serena. Comprensiva.

Perturbadora.

*Agárralo y cállate*, dije. *No podemos discutir con él, Addie. Agárralo y ya está.*

Nos tragamos con amargura la protesta no pronunciada.

—De acuerdo —dijo Addie.

El señor Conivent tenía los dientes muy blancos y bien alineados. Perfectos, como el perfecto planchado de su camisa y el blanco perfecto de su cuello.

—Buena chica —dijo y extendió el brazo para darle a Devon las mismas hojas de ejercicios—. Devon, tú tienes que ver al doctor Wendle a las diez, así que intenta terminarlo antes de esa hora.

Nadie levantó la vista cuando nos sentamos, ni siquiera los niños que teníamos a nuestro lado. El silencio era agobiante. Nos inclinamos sobre nuestras hojas y nos pusimos a trabajar sin saber por qué ni para qué.

Los ejercicios de matemáticas eran más fáciles de lo que esperábamos. Acabamos la primera hoja en pocos minutos. Pero en vez de seguir con la siguiente, Addie echó un vistazo alrededor. Cada uno estaba concentrado en su propio trabajo: un libro, un cuadernillo, fichas de actividades... Todos parecían normales. Si hubiésemos visto a cualquiera de ellos fuera de Normand —en el colegio, quizá, o por la calle—, jamás habríamos sospechado el secreto que guardaban en su interior. Nunca habríamos sabido que eran como nosotras.

*Mira*, dijo Addie. Giró nuestros ojos unos milímetros hacia la derecha.

Eli.

*Mírale la cara*, susurró.

Tenía una especie de tic junto a sus ojos: un parpadeo, un guiño continuado, un temblor. Luego arrugó la frente, y frunció y distendió el entrecejo varias veces. El movimiento se extendió al resto de la cara, desde sus cejas anchas y oscuras hasta la boca. Dos expresiones distintas en pugna por imponerse.

Nuestro corazón latió con fuerza: bum, bum, bum.

*¿No deberíamos?...*

Eli emitió un quejido suave y se cubrió la cara con sus pequeñas manos. La niña sentada a su lado no levantó la vista; por el contrario, la fijó todavía más obstinadamente en su cuaderno, al tiempo que le temblaba el lápiz en la mano. Nadie más pareció darse cuenta.

*¿Eva? Eva, ¿no deberíamos?...*

—¡No! —susurró alguien agarrándonos el brazo. Addie se volvió y se encontró cara a cara con la niñita del pelo oscuro. La niña hada. Nos hincó sus uñas

redondeadas—. No —repitió—. No puedes.

—Pero...

—No —insistió.

Eli gimió y se tapó la cabeza con los brazos. Su cuerpo entero se convulsionó. Una vez, cuando Addie y yo éramos pequeñas, durante una de las visitas al hospital de la ciudad donde vivíamos, habíamos visto cómo un niño se caía de la cama presa de un ataque frenético. La enfermera tardó en acudir, y el pequeño sacudía la cabeza adelante y atrás con tanta violencia que temí que se fuera a romper el cuello. Ahora, Eli estaba a punto de pasar por lo mismo, pero lo que se movía no era solo su cabeza. Eran sus dedos, sus piernas, sus hombros, sus brazos. Todo, como si él y la otra alma que habitaba en su cuerpo estuvieran intentando desgarrarlo.

Pero aquello no era normal, nada normal. Nosotras nunca nos habíamos puesto así. Jamás, por mucho que hubiéramos luchado por asumir el control cuando éramos pequeñas.

Entonces apareció el señor Conivent y con una mano tiró del niño para levantarlo de la silla mientras con la otra hablaba por su *walkie-talkie*.

—Doctora Lyanne, tiene que venir. Se trata de Eli. ¿Me oye? Doctora Lyanne, conteste.

Se oyó el sonido de una interferencia. Y luego:

—Ahora mismo voy.

Eli se revolvió contra el hombre sin dejar de agitar los brazos, un revoltijo de piel clara, pelo rojizo y el uniforme azul de la clínica.

—¡Para! —exclamó una y otra vez entre balbuceos. Pero ¿a quién se lo decía?—. Para. ¡¡Para!!

Una de sus zapatillas impactó contra el mentón del señor Conivent, que profirió un gruñido y estuvo a punto de soltarlo. Eli consiguió liberar un brazo, pero sus movimientos eran demasiado alocados y su coordinación demasiado caótica como para lograr escaparse. El hombre lo sacó de la sala, medio a rastras, medio en brazos.

La puerta se cerró de golpe. El silencio se adueñó de la estancia, pero solo por un momento.

Comenzaron a oírse susurros como el murmullo de un campo de fútbol. Todo el mundo dejó su trabajo, las cabezas se inclinaron y se juntaron, las espaldas se encorvaron, todas las miradas estaban centradas en la puerta. La enfermera que nos vigilaba se había ido. Todos parecieron volver a la vida. Al otro lado de la sala, Devon y Lissa hablaban en voz baja, y nos miraban a nosotras.

La mano que nos había agarrado el brazo —ya nos habíamos olvidado de que seguía allí— nos apretó más fuerte.

—Cuando le pasa eso, tenéis que simular que no está —explicó la niña del pelo oscuro—. A menos que se ponga violento. Entonces conviene echar a correr. No nos

dejan hablar con él cuando le dan esos ataques.

—¿Por qué no? —quiso saber Addie.

La niña frunció el ceño.

—Porque está enfermo —dijo—. Y los médicos están trabajando para que se mejore. Si interferimos quizá lo único que consigamos sea confundirlo aún más.

—¿Y eso es estar mejor? —se extrañó Addie—. Entonces ¿cómo estaba antes?

La niña no pudo responder, porque en ese momento Eli se puso a chillar en el pasillo. Se oyeron pasos procedentes de todas direcciones. Desde el otro lado de la puerta se filtraron llamadas e instrucciones dadas en voz contenida. El niño gritó de nuevo, pero esta vez el tono sonó distinto. Silencio.

—Ahora es Eli —explicó la niña. Nos soltó y se puso a jugar con el pelo, a enrollarse sus mechones largos y oscuros en los dedos, nerviosa.

Addie frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Es que antes no era Eli?

La niña había apretado los labios.

—Dicen que es Eli —dijo un niño que estaba sentado en la mesa de la derecha—. Porque antes siempre había sido el dominante. —Miró a los demás niños. Nadie lo miró a los ojos, y él se encogió un poco.

—Cállate —le advirtió la niña rubia, la de las trenzas largas y finas atadas con lazos negros. «Bridget», nos había dicho Lissa al oído mientras recorríamos el pasillo después de desayunar—. Cállate ahora mismo.

La puerta se abrió en ese instante. La doctora Lyanne escudriñó la sala y miró a los ojos a todos los que no apartaron la mirada.

—Todo va bien —informó. Su pelo castaño ceniciento se había escapado de su coleta, pero no parecía importarle. Volvió a hablar con voz tranquila y bien modulada —: Seguid con vuestro trabajo.

El señor Conivent entró tras ella sin hacer ruido y ambos intercambiaron unas palabras en voz baja antes de separarse. Solo acertamos a oír el final de la conversación: «Ocupense de ello antes de que lleguen».

—Muy bien —nos dijo a nosotros—. Ya habéis oído a la doctora Lyanne. Seguid con vuestro trabajo.

Continuamos trabajando en silencio hasta las diez, cuando entró una enfermera en busca de Devon. Vi cómo se crispaban los dedos de Lissa, que pareció deseosa de retener a su hermano por el brazo. Se limitaron a mirarse a los ojos antes de que Devon dejara su lápiz sobre la mesa, se levantara y se fuera.

Sin ruido ni alboroto. Una salida discreta.

Mientras nosotras lo contemplábamos horrorizadas.

La comida se servía a las doce y media en punto. A las doce y cuarto, el señor Conivent nos dijo que recogiéramos nuestras cosas y nos pusiéramos en fila junto a la puerta. La enfermera nos acompañó de nuevo hasta la sala donde habíamos desayunado, y terminamos sentándonos frente a la niña hada del pelo oscuro, que tenía la cabeza gacha. Lissa se apresuró a ir a por el sitio que quedaba libre a nuestra izquierda, y me sentí aliviada cuando vi que Bridget se sentaba casi al otro extremo de la mesa.

La enfermera fue sirviéndonos las bandejas una a una tras sacarlas del carrito plateado. Puré de patatas en un charco de inconsistente salsa marrón amarillenta. Y algo que probablemente era una milanesa de pollo, aunque quién podía asegurarlo debajo de aquel grasiento rebozado de pan rallado.

Igual que a la hora del desayuno, comenzó a oírse un rumor en cuanto la enfermera se retiró a su rincón.

—Jaime no se ha ido a su casa —susurró Addie al oído de Lissa en voz tan baja que no creí que Lissa pudiese entender. Pero continuó—. Yo lo vi. En una camilla y con la cabeza vendada.

—Devon —dijo Lissa como ida; los demás se volvieron para mirarla. Ella apenas pareció darse cuenta y nos dirigió una mirada trastornada—. Devon... Se han llevado a Devon.

—Solo para hacerle unas pruebas —terció la niña hada. Estaba peleándose con su milanesa y miró de reojo a la enfermera antes de alzar la vista hacia nosotras—. Cuando ingresas por primera vez te hacen un montón. Volverá.

Lissa estaba demasiado afectada como para poder hablar, así que Addie, más ágil, preguntó:

—¿Estás segura? —titubeó.

—Kitty —contestó la niña.

No le pegaba aquel nombre. Era demasiado normal, demasiado dulce. Aquella niña se merecía un nombre de cuento de hadas. Kitty dejó de masticar y nos miró. Se sonrojó mientras echaba un vistazo a los niños que se sentaban al otro lado de la mesa y luego respondió con un murmullo:

—Bueno, sí, creo que sí.

Jugueteó con un mechón de pelo, que llevaba apartado de la cara con dos horquillas en forma de media luna. Aún conservaban restos de su color original, un rojo intenso, pero casi toda la pintura se había descascarillado y dejaba ver su esqueleto de metal.

—¿Eso es lo que hacen aquí? —preguntó Addie—. ¿Pruebas, análisis y esas cosas? ¿Todo el tiempo?

La niña mezcló el puré de patatas con la salsa.

—No, todo el tiempo no. También tenemos clases. Y juegos de mesa. A veces nos dejan ver una película.

—Nos hacen preguntas —intervino en voz baja el niño rubio sentado a nuestra derecha al tiempo que miraba a la enfermera. Addie se sorprendió al oír su voz, pero él prosiguió como si hubiese estado participando en la conversación desde el principio—. Nos hacen contarles lo que hemos hecho durante el día, o la semana, o cuando sea. Tenemos que hablarles de las cosas que nos sucedieron cuando éramos pequeños.

Kitty asintió.

—A veces también nos mandan tomar pastillas, como a Cal... —Palideció y se le quebró la voz, pero añadió atropelladamente—: Como a Eli. Y como a Jaime.

—¿Qué clase de pastillas? —preguntó Lissa—. ¿Para qué son?

—Para ponernos buenos —contestó Kitty.

La expresión de Lissa se crispó y Addie se apresuró a hablar antes de que nuestra amiga soltara un exabrupto:

—¿A qué se refería aquel niño esta mañana? En la sala de estudio. Dijo... dijo que los médicos querían hacer creer que era Eli, porque Eli era el dominante... ¿antes?

Kitty apretó su tenedor entre los labios. El niño rubio hizo una mueca parecida a un puchero.

—Se le ha hecho un lío en la cabeza por culpa de Hanson —dijo al fin en tono brusco—. Eli es el dominante. Siempre lo ha sido.

—Sí, por supuesto —dijo Addie—, pero...

El niño apartó la vista.

Nuestra mirada se cruzó con la de Lissa. Addie volvió a la carga con otra pregunta:

—De todos modos, ¿Eli no es demasiado pequeño para estar aquí? No creo que llegue a los diez años, ¿o sí?

Eli estaba sentado cinco o seis sitios más allá de Lissa. Nadie le habló. ¿Porque era muy pequeño? ¿O por lo que había pasado en la sala de estudio? La doctora Lyanne lo había traído de la mano y lo había reincorporado al grupo cuando estábamos empezando a comer. Su perspicacia espontánea había desaparecido para dar paso a una total inexpresividad en sus ojos y cierta torpeza en sus andares.

—Tiene ocho años —dijo Kitty.

—Sus padres se deshicieron de él —explicó el niño rubio.

—¿Por qué? —preguntó Addie—. Aún tenía dos años por delante.

Kitty se encogió de hombros, eran tan menudos que sus mangas azul celeste apenas se movieron.



—No lo querían a su lado. Bueno, al menos no mientras siguiese siendo híbrido. Quizá si lo curan querrán que vuelva con ellos. —Tomó un bocado de puré de patatas, lo tragó y nos miró—. Eso deberían hacer.

Pero en su voz se percibía un temblor que encontró eco en el temblor de la mirada del niño rubio y en el de la barbilla de Lissa y en el de cada movimiento de todos los niños sentados a la mesa. Indicativo de miedo.

Una larga mesa llena de niños que fingíamos no saber nada y confiar en nuestros guardianes. Y que fingíamos no tener miedo.

Ese día resultó ser el dedicado a los juegos de mesa. Nos dividimos en pequeños grupos, cada uno con su tablero o su baraja de cartas. Kitty nos siguió con la mirada, así que Addie le hizo un gesto para que se sentara con Lissa y nosotras en una esquina de la sala.

Sacamos nuestras fichas y tiramos el dado para ver quién empezaba la partida. La puerta se abrió justo cuando Addie estaba recogiendo el dado. Primero entró una enfermera. Luego Devon. Algo pálido, algo agitado, pero Devon.

Lissa dio un respingo y nos agarró de la muñeca. ¿Para evitar que nos moviésemos del sitio? ¿O para no moverse ella?

La nueva enfermera habló en voz baja con la que ya estaba en la sala; luego ambas se volvieron y miraron en nuestra dirección. No, no solo en nuestra dirección: nos miraron a nosotras directamente. A Addie y a mí.

Una de ellas dio un leve empujón a Devon, que se tambaleó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Addie. Su súbito miedo albergaba una sombra de temor rojo intenso—. Le han hecho algo.

—Addie —llamó una de las enfermeras. No podíamos apartar los ojos de Devon—. Addie, ven aquí, por favor.

Addie no se movió. Su voz sonaba tensa.

—¿Qué le han hecho? No creo que...

Y entonces Devon pareció fijarse en nosotras por vez primera. Centró su atención y aceleró el paso.

—Addie... —dijo.

—¡Addie! —repitió la enfermera en tono más impaciente—. Ven aquí.

—Ve —susurró Kitty. Pero Lissa no aflojó la presión sobre nuestra muñeca, y Devon seguía llamándonos.

Aunque en realidad no era Devon. Yo solo era capaz de reconocer a Ryan cuando estaba a un palmo de distancia, y en aquella ocasión lo reconocí.

—Addie —dijo dejándose caer en una silla junto a nosotras—. Addie, no... Cuando... Cuando ellos... —Frunció el ceño como si le costase encontrar las palabras adecuadas—. Es mentira, Addie...

Una mano tiró de nosotras para ponernos en pie; nos arrancó de las manos de Lissa y de las palabras confusas que Ryan balbuceaba.

—¿Es que no me has oído? —preguntó la enfermera.

Addie hizo un esfuerzo por mirar hacia atrás y captar las últimas palabras de Ryan.

—No, yo...

—Vamos, el doctor Wendle te está esperando. Ven conmigo. —A continuación se dirigió a Lissa, que nos miraba con expresión de horror—. Tú cuida de tu hermano. Está un poco aturdido a causa de la medicación, pero dentro de nada se encontrará bien. No te preocupes.

—¿Qué medicación? —quiso saber Lissa.

Pero la enfermera no la oyó, o simuló no oírla. Nos apartó del resto, de los enormes ojos castaños de Kitty, del dado blanco y negro y del olvidado tablero de juego multicolor.

Lo último que oímos antes de que se cerrara la puerta fue la voz de Ryan, que por fin había encontrado lo que quería decirnos:

—No los creas, Addie. No...

Y eso fue todo.

El doctor Wendle sonrió al vernos entrar. Yo creí que íbamos a volver a su consulta, pero nos llevaron a una sala mucho más pequeña. Las paredes eran de un azul grisáceo apagado y el suelo resplandecía bajo las potentes luces del techo. Wendle estaba de pie detrás de algo que nos recordó vagamente a un sillón de dentista.

—Ah, aquí estás —dijo como si hubiese encontrado una moneda que se le hubiera caído. Extendió el brazo hacia nosotras y Addie se encogió—. ¿Qué pasa? Oh, no será nada parecido a lo de esta mañana, te lo prometo. —Señaló el sillón—. Será todo a cielo abierto, ¿lo ves?

—Devon —dijo Addie—. Devon...

—¿Estaba un poco mareado? No te preocupes, solo es un sedante. Enseguida estará como siempre.

Addie esquivó el segundo intento de agarrarnos del brazo.

—¿Y por qué le tiene que dar sedantes?

¿Y por qué Eli —o Cal, o quienquiera que fuese— se agitaba dentro de su propia piel al extremo de que temí que fuera a hacerse daño? ¿Qué le hizo a Jaime Cortae?

¿Y por qué les dijeron al resto de los niños que se había ido a su casa?

Wendle rio con una especie de resoplido. Se ajustó las gafas en lo alto de su corta nariz.

—Fue para que se calmara un poco. Ya sabes, como cuando te dan gas hilarante en el dentista.

¿Para que se calmara por qué? Quise preguntárselo, pero él zanjó el asunto dando unos golpecitos a la silla:

—Siéntate. Solo será un momento, luego podrás volver con tus amigos.

Sobre la encimera había una bandeja plateada donde relucía una jeringuilla.

—¿Addie? Date prisa, por favor.

Addie se acercó al sillón azul marino con paso lento, como si le costara trabajo caminar; luego se sentó y se reclinó contra el respaldo. ¿Qué más podíamos hacer?

—He estado revisando tu historial. Te falta una vacuna que deberían haberte puesto hace años.

—¿Cuál? —Nuestras uñas se hundieron en los brazos acolchados del sillón.

—Tétanos. Me extraña que no te la pusieran en el colegio.

*¿Nos la pusieron o no?*, me preguntó Addie.

*No sé. No me acuerdo.*

Por supuesto que nos habían puesto todas las vacunas obligatorias. Rubeola, paperas y tal. Dejar a un niño sin alguna vacuna era sancionable con multas muy elevadas. No obstante, la mayoría nos las habían puesto cuando éramos bebés o muy pequeñas, demasiados años atrás como para recordarlo. La del tétanos probablemente no era obligatoria entonces.

Addie vio la aguja en la mano del doctor Wendle.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿No podemos... No podemos llamar antes a nuestros padres para asegurarnos?

—Lo pone muy claro aquí, en tu ficha —dijo, aunque no estaba mirando la ficha—. Tampoco es para tanto, Addie, será solo un pequeño pinchazo.

No era la aguja lo nos daba miedo.

—Pero yo...

—Quieta. No es más que un pinchazo, pero muy importante. ¿Sabes qué es el tétanos?

No lo sabíamos. Y antes de que pudiésemos seguir protestando, se las ingenió para pincharnos en el antebrazo.

Addie gritó, pero Wendle nos sujetó el brazo mientras presionaba el émbolo. Nos callamos cuando sacó la aguja y aplicó un algodón sobre la piel.

—Ya está —dijo—. No había razón para armar ningún escándalo, ¿lo ves?

No fuimos capaces de contestar. Teníamos la vista fija en el puntito rojo en el antebrazo. Él lo cubrió con una tirita, y ahí terminó todo.

—Listo —dijo con una sonrisa.

Nos quedamos sentadas mirándolo. Era tan bajo que apenas teníamos que levantar la vista. Notamos cómo palpitaba la piel pinchada.

Él tosió e hizo un gesto hacia la puerta.

—Voy a llamar a una enfermera para que te acompañe con el resto del grupo.

—Pero... —repuso Addie— ¿y la prueba?

—Me temo que aún no está todo preparado. Puede que tengas que volver antes de cenar. —Ya se había girado hacia su instrumental—. Ahora ve a la puerta y espera ahí, por favor. La enfermera vendrá enseguida.

Seguimos mirándolo unos instantes. Luego, despacio, Addie se dirigió a la puerta y se quedó esperando en el pasillo. A los pocos segundos apareció una enfermera.

Caminamos tras ella como en una nube, notando el bajón de la adrenalina que nos había subido minutos antes. Solo había sido una vacuna. Aún faltaba la prueba.

—Vamos, cariño —dijo la enfermera. Nos llevaba más delantera de lo que pensábamos.

Addie apretó el paso, pero no sirvió de nada: la mujer caminaba demasiado rápido. De hecho, todo el mundo parecía caminar demasiado rápido. Notamos algo borroso en la visión periférica; se movía cuando nos movíamos, se paraba cuando nos parábamos.

—Vamos, no te quedes atrás —dijo la enfermera volviéndose hacia nosotras. Alargó el brazo con el ceño fruncido, como si... Como si fuese a agarrarnos—. Los demás están esperando, así que no querréis que...

No llegamos a oír lo que no queríamos.

Un grito ahogado.

Debilidad.

Caída.

Oscuridad.

¿Addie?

Su nombre fue lo primero que me vino a la cabeza cuando desperté. Cuando éramos pequeñas —antes de los médicos, antes del miedo— casi siempre nos llamábamos la una a la otra al despertar de nuestros sueños compartidos. Con el paso de los años lo fuimos haciendo cada vez menos, hasta que perdimos la costumbre.

¿Addie?

Estábamos tumbadas inmóviles. Me estiré en la nebulosa de nuestra mente y la busqué. No podía seguir dormida, pero a veces tardaba más que yo en espabilarse.

¿Addie?

Nada. Busqué con más empeño, mientras el frío cortante del miedo disolvía mi duermevela.

*Addie, ¿dónde estás?*

Recordé y fui consciente al mismo tiempo: el hospital. Estábamos en un hospital, en la Clínica Normand. Íbamos por un pasillo con una enfermera. ¿Y ahora? ¿Ahora qué?

¡Addie!

Mi voz resonó con un eco de *déjà vu*. Era la segunda vez que escarbaba en nuestra mente en busca de algún indicio de la existencia de Addie. La primera había sido hacía más de un mes, cuando habíamos bebido aquel té mezclado con droga. Refcon, lo había llamado Ryan.

¿*Para qué se utiliza normalmente?*, había logrado preguntarle. Había sido en una de las últimas sesiones, cuando ya había adquirido un mayor control de nuestros labios y lengua. Ryan había dicho algo relativo a cuidados especiales y consultas psiquiátricas.

Consultas psiquiátricas. Hospitales psiquiátricos.

Clínica Psiquiátrica Normand.

¡Addie!, grité.

No hubo respuesta. Estaba sola. Y aquello no era la casa de Hally. Ni Ryan estaba a nuestro lado hablándonos para ayudarnos a pasar el trance. Logré que nuestros ojos se abrieran.

Dondequiera que nos encontrásemos, todo estaba en penumbra. No había ventanas. Un resplandor amarillento se filtraba por debajo de la puerta, pero eso era todo. Volví a cerrar los ojos.

¿Addie?...

Ya no tenía esperanza de obtener respuesta, y no la hubo. Addie no estaba. ¿Hasta cuándo? En casa de Hally, nunca había desaparecido más de una hora. Pero además, en casa de Hally nunca nos habíamos quedado inconscientes las dos a la vez.

No podía pensar en ello. Cuanto más lo pensaba, más náuseas sentía.

No pasaba nada. Quizá ya llevábamos inconscientes mucho tiempo. Quizá Addie estaba a punto de volver. Debía quedarme allí tumbada y esperar.

Me obligué a no pensar qué haría si después de esperar no cambiaba nada.

Nuestro pecho se movía suavemente arriba abajo arriba abajo. Con los ojos cerrados, me mantuve a distancia de la oscuridad brumosa que se había tragado a Addie. Normalmente, cuando regresaba, la sentía empujar sus límites, doblar el vacío como una manta, ocupar el espacio hueco que había a mi lado. Todo lo que tenía que hacer era esperar a que se pasara el efecto de la droga y despertara.

No quería pensar en nada más. No quería pensar por qué estábamos allí, por qué nos habían hecho aquello, por qué nos habían mentido. Qué haríamos cuando Addie despertara.

No. Aguardaría a que ella volviera y de nuevo formásemos un todo. Entonces ya nos preocuparíamos juntas de esas cosas.

La respiración era tranquila, sosegada. La respiración de una niña dormida. Desde un punto de vista fisiológico, estábamos dormidas. Bueno, estaba dormida Addie, y eso era lo que importaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que mis enfados aceleraban nuestra respiración, mis miedos disparaban nuestro corazón y mi vergüenza nos sonrojaba? Normalmente, cuando yo estaba enfadada, tenía miedo o sentía vergüenza, Addie sentía lo mismo, así que tampoco era para tanto.

O al menos eso creía yo.

Una sirena hendió mis pensamientos. Abrí los ojos de golpe.

Una luz en el techo comenzó a parpadear de forma intermitente. Rojo. Rojo. Rojo.

Mi mente se quedó en blanco, y a continuación se saturó.

¿Un incendio? ¿Una fuga de gas?

Se nos cortó la respiración.

Algo iba mal.

*¡Addie, Addie, despierta!...*

Nada. Solo la sirena ensordecedora que hería los tímpanos y la luz roja intermitente.

*¡Addie!*

Quizá acudiría alguien. Sí... Sí, seguro. Alguien nos había llevado hasta allí. Y ese mismo alguien acudiría a salvarnos. Porque Addie estaba dormida y yo no podía moverme.

Nuestra vista inquieta se desvió hacia la puerta, pero la estrecha rendija por donde se filtraba la luz continuó inalterable. No había nadie al otro lado de la puerta. Nadie se había acercado.

Pero vendrían. Tenían que venir.

*¡Oh, Addie, por favor!*

Me pareció oír una estampida de pies. Voces lejanas que llamaban y gritaban. Gente evacuada. Gente que corría y se alejaba de nosotras. Otra vez el museo de Bessimir; otra vez el día de la redada.

*Addie, tienes que despertarte. Tienes que pedir ayuda.*

Pero no lo hizo. Y seguimos allí tumbadas.

Más voces, ahora al otro lado de la puerta. Murmullos y pasos apresurados.

*¡No!*, exclamé. *No, no, no. Por favor, vuelve. Vuelve.* Ya había hablado antes. Podría hacerlo ahora. Ojalá pudiera concentrarme. *¡Por favor! ¡Aquí! ¡Aquí!*

La boca permaneció cerrada, la lengua inmóvil. Ni el más leve sonido. Y la sirena ululaba sin parar. Y la luz parpadeaba sin parar. Rojo-blanco-rojo-blanco-rojo-blancorojo-blanco.

Un sonido gutural brotó de nuestra garganta, seguido de una palabra. Una palabra pronunciada en voz baja y débil:

—Socorro. —Y a continuación—: Por favor. Por favor... *¡Socorro!*

Con el cuerpo tembloroso y respirando entre sonoros jadeos entrecortados, grité tan alto como pude:

—*¡Que venga alguien! ¡Aquí! ¡No puedo salir!*

Alguien tenía que haberme oído y haber acudido a ayudarme. Pero no.

Solo habían pasado unos minutos desde que saltara la alarma. No los suficientes para que todo el mundo hubiera salido. No los suficientes para habernos quedado allí solas.

*¿O sí?*

Grité sin pensar en las palabras. Nuestra garganta se tensó con aquel sonido extraño; Addie jamás gritaba así. No venía nadie. No iba a venir nadie.

*¡Addie!*, llamé en un postrero esfuerzo.

Ella no estaba. No podría movernos. Y yo no podía.

Pero tenía que hacerlo.

Me concentré en nuestros dedos. En flexionarlos. En flexionar el codo para incorporar el cuerpo. En medio de la oscuridad, con la cabeza inmóvil, no podía distinguir si me estaba moviendo de verdad o si solo eran imaginaciones mías.

No lo comprobé hasta que hincamos los dedos en la ropa de la cama. Pero tampoco tenía tiempo para pensar en ello. Ni para quedarme quieta. El corazón nos latía tan fuerte que se nos iba a salir del pecho. O estallaba él o estallaba yo; y ninguna de las dos opciones era apetecible.

Flexioné los dedos y busqué alguna manera de incorporarnos. Los brazos no respondían bien. Se movían muy despacio, como a tirones, según fuese la fuerza que lograba enviarles. Sacudí los codos a ambos lados, como alitas de pollo. Con un grito silencioso, me impulsé hacia delante y me senté.

El mundo entero comenzó a dar vueltas. No sabía si gritar, reír o llorar, pero no tenía tiempo para nada de eso. La sirena seguía ululando y la luz parpadeaba.

Tenía que salir de allí.

Levantarme de la cama no fue menos complicado. Nuestros músculos eran fuertes; lo malo era que no lograba controlarlos. Perdí el equilibrio, volví a caer encima de la cama y tuve que empezar de cero. La segunda vez me resultó un poco más fácil.

Finalmente, con la nuca bañada en sudor, di mi primer paso.

Mi primer paso desde hacía casi tres años.

Pero no había tiempo para celebrarlo.

Segundo paso.

Tercero.

Cuarto.

Me tambaleé. Grité. Me caí.

Me agarré al borde de la cama y logré ponerme en pie. Lo peor fue mantener el equilibrio. ¿A qué distancia se suponía que debía estar un pie del otro?

Me caí dos veces más antes de llegar a la puerta.

Aferré la manilla con una mano, apoyé la mejilla contra la madera fría y cerré los ojos. La puerta. Había conseguido llegar hasta la puerta.

¿Y ahora qué?

¿Me encontraría alguien en el pasillo? ¿O tendría que salir del edificio por mis propios medios?

Me estremecí de miedo, literalmente; fue la reacción de nuestro cuerpo ante mi falta de confianza. No iba a ser ni remotamente capaz de salir del edificio.

*Sal al pasillo sin más, me ordené. Sal al pasillo y vuelve a gritar pidiendo ayuda. Alguien te oirá. Alguien vendrá.*

Deslicé la mano un poquito y agarré la manilla con más fuerza. La accioné. Durante un segundo, la puerta no se movió. El miedo me debilitó las piernas, ya bastante inestables. ¿Estaba cerrada con llave? Pero no, no: giró un poco más y la puerta se abrió de golpe. Me fui hacia delante por la inercia, al tiempo que tomaba impulso para salir al pasillo y seguir aferrándonos a nuestra preciada vida.

Y resultó que había alguien allí. Alguien que nos sujetó, nos empujó, tiró de nosotras y nos arrastró de nuevo a la cama. ¿De nuevo a la cama? No, no... ¡Teníamos que ir en dirección contraria!

—Tenemos que salir de aquí —murmuré—. La sirena... El fuego... El...

—Chitón...

—Ryan —gemí. Casi logré sonreír, aunque era obvio que él no entendía por qué—. ¡Ryan, soy yo! ¡Eva!

—Chitón —insistió. Estábamos otra vez junto a la cama y medio me sentó sobre



el colchón. Tenía los dientes apretados y cierta rigidez en sus movimientos.

—Me he movido, Ryan —dije entre risas. Risas Y jadeos entrecortados—. Pero tenemos que irnos. La alarma...

—No hay ningún fuego. —Me sujetó cuando intenté volver a levantarme.

—Pues una fuga de gas o lo que sea. Tenemos que irnos. La alarma...

—Es una trampa. Te han tendido una trampa.

¿Una trampa?

Volví a reírme, esta vez más alto.

—¿Qué?

—Para hacer que te movieras. Para que salieses.

Noté un nudo en la garganta, un tapón en la tráquea encajado tan fuerte que me cortó la respiración y me hizo ver las estrellas.

¿Para hacer que me moviera? ¿Para que saliese?

Solté una risita suave e incontenible.

—Bueno, pues ha funcionado, ¿o no?

Ryan me miró mientras la luz roja seguía emitiendo destellos sobre su cabeza y arrojando sombras sobre su rostro. Pero él no se reía, ni siquiera había el menor atisbo de sonrisa en su cara.

Me reí por los dos, me reí hasta que se me saltaron las lágrimas.

—Me he movido, Ryan. Y he caminado, ¡he caminado!

—Ya —dijo con voz sombría.

De pronto, una extraña sensación de jubilosa embriaguez me nubló la mente. Si Ryan no me hubiera tenido sujeta por los hombros seguramente me habría caído.

—Me he movido —repetí, solo para asegurarme de que me había oído. Reí y reí. Me sentía burbujeante, llena de mariposas.

Y entonces me aferré al cuello de la camisa de Ryan, tiré de él para acercarlo y sus brazos rodearon nuestro cuerpo. La risa se me atascó en la garganta.

—No voy a dejar que me eliminen —dije sin aliento—. No lo permitiré.

Addie y yo estábamos sentadas con la luz encendida.

Había suficiente claridad para llamar la atención de cualquiera que pasara por el pasillo, pero ninguna de las dos propuso apagarla. Ya habíamos sufrido bastante oscuridad aquel día.

Nos habían permitido hablar con nuestros padres, pero solo unos minutos y bajo la vigilancia de una enfermera que fingía limpiar el polvo y arreglar la sala ya impecable e impoluta, pero sabíamos que estaba escuchando. Y aunque la enfermera no hubiese estado allí, tampoco podríamos haberles contado que nos habían drogado contra nuestra voluntad, ni que nos habían tendido una trampa. De haberlo hecho, habríamos tenido que explicarles que yo había logrado movernos. Y confesar que sí,

que sus temores eran fundados, que el señor Conivent tenía razón. Que aún éramos defectuosas.

En todo caso, iban a enterarse muy pronto. Se lo dirían los médicos. Tendrían que hacerlo si querían retenernos allí.

Pero por lo visto aún no les habían dicho nada. Primero hablamos con mamá, luego se puso papá. ¿Cómo estás? ¿Qué tal el vuelo? ¿Emocionante? ¿Te dan bien de comer? ¿Te han asignado una habitación bonita?

Justo antes de que la enfermera comenzara a carraspear y lanzarnos miradas significativas, papá dijo:

—Tampoco creo que importe mucho, ¿no? Solo vas a estar ahí una noche.

—Ya —susurró Addie. No hacía más que susurrar desde que había despertado—. Es cierto.

La enfermera se acercó y murmuró que las líneas del hospital estaban siempre muy solicitadas. No podían permitirse que una estuviera retenida tanto tiempo. Lo cual nos pareció una bobada, pero ¿qué íbamos a decir?

—Mañana te volveremos a llamar —prometió papá.

No nos dejaron reunirnos con los demás niños, con la excusa de que estábamos agotadas, nerviosas y tensas.

—Tienes que descansar —nos dijeron mientras recorríamos los pasillos—. Ya tienes tu habitación preparada. Más tarde te llevaremos la cena.

Y prácticamente nos dejaron allí encerradas.

Sin pronunciar palabra, Addie desató los cordones de los zapatos y se sentó en la cama. Había levantado un muro alrededor de su mitad de nuestra mente, un escudo protector que se había activado unas horas antes, cuando despertó y sintió en torno al cuerpo el calor del abrazo de Ryan. Un instante después una enfermera había irrumpido en la habitación, con la cara lívida de rabia y los ojos muy abiertos. Había apartado a Ryan de un empujón mientras le chillaba algo sobre la obligación de permanecer en el grupo y hacer caso de las indicaciones. Él no había discutido, pero tampoco había apartado sus ojos de nuestra cara.

¿Eva?, llamó Addie con la vista fija en el techo. Era idéntico a las paredes, una superficie blanca solo interrumpida por una lámpara austera. Aquella habitación diminuta y espartana solo contenía una cama y una mesilla. La cama ocupaba casi todo el espacio disponible y no había ventana. Por lo menos, allí estaba nuestra bolsa de viaje, tal como aquella enfermera nos había prometido por la mañana.

¿Sí?, contesté.

Pausa. A continuación:

¿Cómo es...?

¿Cómo es qué?

Hizo otra pausa antes de responder.

*Estar sola.*

¿Estar sola?

¿A qué te refieres?

Dejó escapar un leve suspiro mientras escrutábamos las mínimas imperfecciones de la pintura del techo.

*Cuando desperté estabas sentada junto a Devon, y...*

*Ryan, aclaré. Era Ryan, no Devon.*

Se quedó un momento en silencio y luego prosiguió:

*Estabas sentada junto a Ryan y él estaba... Volvió a interrumpirse. Y tú estabas sola. Sin mí.*

*Nos tendieron una trampa, le expliqué, sin tener claro adónde quería ir a parar. Hicieron saltar la alarma. Yo creí que había un incendio o algo así. No sabía que nos estaban vigilando...*

*No me refiero a eso.*

Me quedé callada un momento.

*Bueno, y entonces ¿a qué te refieres exactamente?*

Cerró los ojos con fuerza. Nuestros dedos apretaron el borde de la almohada.

*No lo sé... A ti. A Ryan. Respiró hondo. ¿Cómo es eso de hablar sin que yo esté escuchando, Eva?*

No respondí inmediatamente y ella añadió:

*Ya hace más de un mes... y todos los días. Todos los días has tenido la oportunidad de hablar con gente mientras estás sola. Consigues... estar con ellos cuando yo no estoy contigo.*

No dije lo que me parecía obvio: que la mayoría de las veces no había sido capaz de articular una frase completa.

*Yo nunca he podido hacerlo.*

Durante un momento incómodo y absurdo, me pareció que tenía celos. Addie. ¡Celos de mí!

Bulló una carcajada dentro de mí que terminó derramándose demasiado alta y estridente. Una carcajada silenciosa, porque sin el fármaco Addie tenía pleno control de nuestros labios, nuestra lengua y nuestros pulmones. Pero me oyó reír igual que oía mis palabras silenciosas.

*¿Qué? ¿Qué te hace tanta gracia?*

¿Qué me hacía tanta gracia? ¿De verdad tenía que preguntármelo?

*¿Es que nunca lo has hecho? Oh, pobre Addie, cuánto lo siento. Qué injusta es la vida, ¿verdad?*

Addie se puso tensa. Nuestros ojos se abrieron de golpe.

*Eva, yo...*

Giró el cuerpo para colocarnos de costado.

Eva...

*Hoy pude hacerlo durante cinco minutos, Addie. Cinco minutos en tres años, ¿y resulta que tienes celos?*

*¡No!, exclamó. No me refería a eso.*

*Entonces ¿a qué te referías? Anda, dímelo.*

Se quedó callada.

Entre ambas comenzó a formarse un nubarrón de tormenta, caldeado por los rayos y helado por la lluvia.

Permanecemos con la vista fija en la pared. Con lentitud, Addie volvió a girarse hasta que nuestro rostro quedó frente a la almohada.

*Te crees que es muy fácil, ¿no?, me dijo.*

*No sé de qué estás hablando.*

Nuestra respiración se aceleró.

*Sigue haciéndote la mártir, recréate en tu autocompasión, Eva. Te lo mereces. Yo soy la afortunada, ¿no? Yo soy la que ha tenido suerte. Addie es la dominante, así que cuando pasa algo malo ella tiene la culpa. Jamás te culparían a ti.*

*No dices más que tonterías.*

Entre las dos cayó un telón de acero. Blanco y convulso. Un gemido quiso escapar de nuestros labios. Addie hundió el rostro en la almohada, que amortiguó los sollozos hasta que dejaron de oírse. Luego solo hubo lágrimas, hasta que Addie dijo entre sollozos:

*Hemos vuelto a pifiarla. Pero ahora vamos a ser normales, Eva. Lo único que quiero es ser normal alguna vez.*

Me encogí y me hice lo más pequeña que pude. Me agazapé en un rincón de nuestra mente para huir de las lágrimas de Addie. Pero no pude huir de las palabras que acababa de pronunciar.

Quería desaparecer en aquel vacío que había descubierto el invierno que cumplimos trece años, donde no había nada peligroso, nada que hiciese daño, solo un fluir de sueños que me envolvían en su espiral hasta convertirme en parte de ellos.

Pero ya no podía. Ahora tenía demasiado que perder.

La mañana siguiente nos vistieron de azul. Blusa camisera azul celeste y falda azul marino por la rodilla. Estaban más tiesas que lo que mamá jamás habría logrado en casa, con el cuello duro y de un blanco inmaculado. A diferencia del uniforme del colegio, este no tenía emblema ni adorno alguno. Y tampoco bolsillos: no estaban permitidos.

—Ven conmigo —dijo la enfermera en cuanto Addie terminó de atar los cordones. Al menos nos habían dejado seguir usando los zapatos, así como los calcetines largos negros del colegio. Me pregunté qué iba a pasar con el resto de nuestra ropa.

Addie había sacado del bolsillo el chip de Ryan y lo llevábamos en el tobillo, entre la piel y el calcetín.

—¿Adónde vamos? —preguntó Addie con voz apagada.

Aquella mañana nos habíamos despertado en silencio. Los labios de Addie no habían pronunciado mi nombre cuando los últimos velos del sueño se desvanecieron. O quizá sí, pero se había contenido con amargura, como me había contenido yo sin pronunciar el suyo.

La enfermera sonrió.

—A que conozcas a tu nueva compañera de habitación. Los demás niños duermen en un ala especial. Tú vas a trasladarte allí hoy mismo.

—¿Por qué?

La enfermera no respondió y se limitó a mantener aquella sonrisa leve e insulsa.

Addie quiso recoger nuestra bolsa de viaje, pero la enfermera retuvo nuestra mano.

—Ya se ocuparán de llevártela más tarde.

No eran ni siquiera las ocho y media de la mañana. Sin reloj no podíamos asegurarlo, pero cuando salimos al pasillo vimos el brillo dorado del sol a través de los grandes ventanales de la clínica. Parecíamos las únicas que se fijaban en lo que había más allá del cristal. La mujer que nos guiaba por los pasillos caminaba con la vista fija al frente, y las demás enfermeras y los médicos que pasaban por nuestro lado parecían tener cosas más importantes que hacer que contemplar el exterior.

Finalmente, la enfermera se detuvo ante una puerta sin ningún rótulo. Sacó un manojo de llaves de su bolsillo, separó una y la metió en la cerradura.

—Bienvenida a la sala principal, Addie —dijo.

Dentro todavía estaba oscuro. Había una luminosidad borrosa en el extremo opuesto de la estancia, pero no era suficiente para ver bien, sobre todo después de haber recorrido los luminosos pasillos. Addie parpadeó e intentó acostumbrar los ojos a la penumbra.

Fue un esfuerzo en balde, pues un segundo después la enfermera encendió las luces. Entonces pudimos verlo todo.

La sala principal y la de estudio eran muy parecidas en muchos aspectos. La moqueta era de la misma fibra, las paredes estaban pintadas del mismo azul, solo roto dos veces: una por una puerta gris y la otra por un pequeño entrante en la pared que parecía conducir a los lavabos. En un rincón había una planta de grandes hojas que desbordaba su pequeño tiesto. Había dos mesas redondas de tamaño mediano, unas cuantas sillas y un pequeño armario. Pero no había niños.

—Todos están aún en sus habitaciones —explicó la enfermera, como si me hubiera leído el pensamiento. Hizo un gesto en dirección a la puerta gris—. Vamos a ver la tuya, ¿te parece?

La puerta daba a otro pasillo, más estrecho y más corto que los que conocíamos. El extremo opuesto estaba iluminado por un leve resplandor, pero la enfermera lo neutralizó al encender las luces del techo.

Logré contar ocho puertas antes de que la enfermera abriese una de ellas y nos hiciera pasar.

—¿Kitty? —llamó al tiempo que se adelantaba para encender las luces—. Despiértate y espabila, cariño. Por fin tienes una nueva compañera.

La niña que estaba acostada se incorporó tan de repente que tiró las mantas al suelo. La niña hada. Tenía la melena oscura alborotada y hecha un caos, y hacía que pareciese todavía más larga en comparación con el resto de su cuerpo. Entreabrió los labios y nos miró con unos ojos como platos.

—Esta es Addie —anunció la enfermera con voz jubilosa, como una profesora de infantil el primer día de clase.

Kitty nos miró sin decir nada. Su silencio pesó como una losa sobre nuestros hombros. Finalmente, la enfermera dio una palmada.

—¡Hala, chicas! Voy a despertar a los demás. Vístete, Kitty, y explícale a Addie la rutina de cada mañana.

Kitty salió de la cama y nos echó una ojeada fugaz mientras se apresuraba a recoger su ropa. La tenía ya preparada en la mesilla de noche, doblada en un montoncito azul. La enfermera cerró la puerta al salir.

Addie permaneció inmóvil, con las manos asidas adelante.

—Hola —saludó, y no volvió a decir palabra mientras se vestía.

Apenas había terminado, se oyó una orden procedente de fuera:

—Todo el mundo al pasillo, por favor.

Kitty corrió hacia la puerta. Addie echó una última mirada al dormitorio, a las paredes blancas, al suelo de baldosas, a las camas con cabeceras de metal y las delgadas almohadas. Era obvio que su única ventana no estaba hecha para ser abierta. Traté de imaginarme cómo sería dormir allí. Despertarse allí. ¿Cuánto íbamos a tardar

en acostumbrarnos a aquellas frías sábanas blancas de hospital?

No, la enfermera estaba equivocada. Aún no habíamos hablado claramente con nuestros padres. Papá había prometido venir a buscarnos. Aquella no podía ser nuestra habitación.

—¿No vienes, Addie? —preguntó Kitty junto a la puerta.

Durante una fracción de segundo noté una pequeña grieta en el muro que nos separaba a Addie y a mí. Pero por muy breve que hubiera sido, bastó para atisbar las emociones de Addie.

Una señal de miedo.

—Sí —respondió Addie—, ya voy.

La sala principal se llenó de un caos silencioso. Algunos niños estaban aún medio dormidos, desplomados sobre las sillas de madera y con las cabezas apoyadas sobre la mesa. Eli se había hecho un ovillo en un rincón, tan acurrucado que sus rodillas prácticamente le tapaban la cara. Otros estaban hablando en voz baja cerca de la puerta del extremo opuesto.

Hally estaba saliendo del lavabo. Traía las gafas en una mano mientras con la otra se frotaba los ojos, y su boca formaba la O de un bostezo. Un segundo después apareció Ryan. Echó un vistazo rápido a la sala y nuestras miradas se cruzaron. Addie apartó la suya. Pero él se acercó a nosotras al momento.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro más bajo que el murmullo soñoliento de la sala.

—Sí —dijo Addie.

Él vaciló.

—Sí, ella también está bien —añadió Addie, y se apartó de la pared para dirigirse a un rincón de la sala. Acababa de pasar junto a la enfermera cuando la mujer dio unas palmadas.

—Escuchadme todos —dijo—. ¿Eli? ¿Shelly? He traído vuestras medicinas; acercaos, por favor.

Addie se había detenido al oír las palmadas. Cuando echó a andar de nuevo, llamó la atención de la enfermera, que la miró, frunció el ceño y dijo:

—Casi me olvido, Addie. Me han avisado de que tus padres acaban de llamar y quieren hablar contigo.

Nuestros padres. En ese momento ya les habrían comunicado los resultados. Cualquiera otro pensamiento voló de mi mente. Nuestros padres estaban al teléfono y esa era la única cosa del mundo que importaba.

—¿Puede llevarme al teléfono? —preguntó Addie. Nuestra voz sonó más alta de lo que yo esperaba—. Por favor. Tengo que...

—Un momento, Addie. —La enfermera levantó la mano y se volvió hacia una niña que se acababa de acercar—. Toma, Shelly... ¿Dónde está tu taza? Necesitas

agua para tomarte esto, ¿no te acuerdas, cariño?

La niña se alejó y Addie intentó que la enfermera volviera a prestarle atención.

—Por favor, ¿me acompaña al teléfono?

La mujer dudó, miró alrededor y luego los frascos con pastillas que tenía en la mano.

—¿Puedes esperar un momento? —Addie negó con ojos suplicantes—. Está bien. Ahora llamo a alguien para que te acompañe.

—Gracias —susurró Addie.

Ryan irguió la cabeza cuando pasamos junto a él, pero no dijo nada.

Era temprano, y el pasillo estaba relativamente vacío; solo vi a un mensajero y a un par de médicos que hablaban en voz baja inclinados sobre una carpeta. Pero poco después apareció otra mujer vestida con el uniforme blanco y gris, y la enfermera le hizo una seña para que se acercara.

—Addie necesita utilizar un teléfono. Yo voy a llevar a los demás niños a desayunar. ¿Puedes llevarla a algún despacho? Es la línea cuatro.

—Claro. —La mujer nos sonrió—. Por aquí.

Tras un breve trecho nos hizo pasar a un pequeño despacho. Un escritorio cubierto de papeles y carpetas de papel manila ocupaba la mayor parte de la estancia. La enfermera señaló una silla giratoria detrás de la mesa.

—Puedes sentarte ahí.

Addie lo hizo y observó cómo descolgaba el auricular y pulsaba un botón encendido de color naranja.

—¿Hola? —dijo. Pausa—. Su hija, señor. ¿Cómo se llama? —Pausa—. De acuerdo. Sí, está aquí mismo. Un segundo, por favor.

Depositó el auricular en nuestra mano extendida. Addie se lo pegó a la oreja.

—¿Hola?

—¿Qué tal, Addie? —saludó papá con tono de alegría forzada—. ¿Cómo te va?

—Bien —contestó Addie. Se giró y el cable del teléfono se nos enredó en la cintura. Tragó saliva y se inclinó como si quisiera evitar a la enfermera, que se había quedado cerca de la mesa—. Te echo de menos. Y a mamá. Y...

Y a Lyle, pero nos falló la voz antes de pronunciar su nombre.

Se produjo una mínima vacilación. Luego papá volvió a hablar; su falsa alegría había desaparecido.

—Nosotros también te echamos de menos. Te queremos mucho. Lo sabes, ¿verdad, cielo?

Addie asintió con la cabeza. Mantuvo el auricular agarrado con fuerza.

—Sí, lo sé —dijo en un susurro. Y como hubo un silencio, preguntó—: ¿Cómo está Lyle?

*Pregúntale qué le ha contado.*



—Ah, está muy bien —respondió papá—. Un poco triste desde que te has ido.

Addie no contestó.

—Pero anoche recibimos una llamada —agregó papá—. De su médico.

Nos tensamos.

—Lyle va a entrar en la lista de trasplantes. Han dicho... han dicho que le van a dar máxima prioridad. Aunque tengan que traer el órgano de otra ciudad.

Al principio, nada. Luego, frío. Sensación de mareo. Fuego tras nuestros párpados. Y finalmente un largo suspiro. Sabíamos lo que significaba aquello, no solo para Lyle, sino también para nosotras.

Un trasplante significaba el final de las sesiones de diálisis cada semana, el final de aquellos cardenales que le salían sin motivo y el final de los días en que ni siquiera quería abrir los ojos.

Un trasplante significaba un milagro obrado por nuestros padres.

Un trasplante significaba un trato.

—Me alegro por Lyle, pero tú dijiste que no estaría aquí más de dos días, papá. Dijiste... Dijiste que vendrías a buscarme tú mismo si... —Se nos estaba formando un nudo en la garganta. Apretamos el auricular con más fuerza. Addie no fue capaz de terminar la frase.

—Lo sé, Addie, ya lo sé. Pero...

—Me lo prometiste —gimió Addie, y un sollozo nos perforó el pecho. Cerró los ojos con fuerza, pero aun así se nos escaparon las lágrimas, que resbalaron por nuestras mejillas—. Me lo prometiste.

Nuestro hermano. Nuestro maravilloso, terrible y latoso hermanito se iba a curar e iba a quedar como nuevo. Y nosotras no volveríamos a verlo.

—Addie —dijo papá—, por favor, cariño...

El zumbido de nuestros oídos ahogó sus palabras. ¿Qué importaba lo que quisiera decirnos? No iba a venir a buscarnos. No nos iba a llevar a casa.

—Dicen que puedes mejorar, Addie. Estás en un buen hospital, y es el único en esta parte del país especializado en... En este tipo de cosas. Queremos que te cures. Y tú también lo quieres, ¿verdad?

No hubo ninguna mención a lo que la «curación» de Addie significaba para mí, para su otra hija, a quien había asegurado que también quería. Había dicho que me quería. Yo lo había oído.

Addie no respondió. Mantuvo el auricular pegado a la oreja y lloró, consciente de que la enfermera nos estaba vigilando, y rabiosa porque nos viese llorar.

—¿Addie? —dijo papá con voz suave—. Te quiero.

¿Y a mí?

—Nosotras... —dijo Addie con voz entrecortada—. Es decir, yo...

Demasiado tarde. El silencio que se filtró de un lado a otro de la línea lo dijo

todo.

—Quiero volver a casa —gimió Addie—. Papá, ven a buscarme, por favor...

—Estás enferma —respondió—. Y yo no puedo curarte. Pero ellos... dicen que tienen todos los medios para hacerlo. Pueden...

—Papá...

—Sé que es duro, Addie —continuó papá, con voz contenida—. Lo sé. Bien sabe Dios que lo sé, pero ahora mismo es lo mejor para ti, ¿de acuerdo? Van a ayudarte a que te cures del todo.

¿Hasta qué punto lo creía de verdad y hasta qué punto lo decía para sentirse mejor por el hecho de habernos abandonado a nuestra suerte?

—Pero no estoy enferma, papá —protestó Addie—. Yo...

—Sí lo estás —dijo él con un tono de derrota que nos cortó la respiración.

—No lo estoy —insistió Addie, pero en voz tan baja que solo la oí yo.

—Esta misma noche volveremos a llamar, e iremos a verte en cuanto podamos. Addie, haz caso de todo lo que te digan, ¿vale? Solo quieren lo mejor para ti. Mamá y yo solo queremos lo mejor para ti. ¿Lo comprendes, cariño?

Addie no dijo nada. Él tampoco. Solo se oyó el sonido del silencio.

—¿Addie? —llamó por fin.

No respondimos.

El resto del día estuvimos como bloqueadas. Había demasiada gente, demasiados ojos. Los otros niños, las enfermeras, el señor Conivent... Nunca estábamos solas, que era lo que más deseábamos en el mundo. Por el contrario, nos llevaron de una a otra sala, a comer, a una actividad y otra, siempre bajo supervisión, siempre vigiladas. En todas partes había ruido de fondo, como interferencias de la radio. Una y otra vez, Ryan y Hally intentaron hablar con nosotras. Addie se escabullía cada vez que se acercaban demasiado, volvía la cabeza hacia otro lado y se metía en medio del grupo de niños hasta apartarnos todo lo posible. No intenté convencerla de que no lo hiciera.

Por fin llegó la noche y una enfermera nos puso en fila y nos acompañó por los pasillos, ahora desiertos, hasta la sala. Tras los ventanales, un sol amarillo yema de huevo descendía lentamente hacia el horizonte. Algunos niños tomaron la medicación mientras los demás deambulábamos por ahí sin hacer nada. Nos sentamos en una de aquellas sillas de respaldo duro con la mirada fija en la moqueta.

—¿Addie? —Kitty nos sacó de nuestro ensimismamiento—. Es hora de volver a nuestra habitación.

Addie la siguió en silencio. Hally se nos unió; se retorció las manos y miraba alternativamente a nosotras y a su hermano, que se mantenía a una distancia considerable. Me pareció que iba a decir algo justo cuando Addie llegó a la puerta, pero no lo hizo; se limitó a mirar el suelo y meterse en la habitación contigua a la nuestra.

Kitty cerró la puerta en cuanto entramos. Nuestra bolsa de viaje descansaba sobre la segunda cama, con un camisón blanco colocado encima. Addie ni se molestó en cambiarse, simplemente se metió entre las sábanas sin siquiera quitarse los zapatos.

Pocos minutos después las luces se apagaron. Y por fin la oscuridad y el silencio fueron absolutos. Por fin sin estar sometidas a vigilancia, Addie apretó los dientes y las lágrimas resbalaron por nuestras mejillas. De pronto oímos un susurro.

—¿Addie? —Kitty se había levantado de su cama y se había acercado de puntillas a la nuestra. La oscuridad ocultaba su expresión; no vimos nada excepto el suave perfil de su nariz, la redondez de sus mejillas y su mentón. Habló con voz aguda, casi como recitando una canción de cuna—. Addie, ¿estás llorando? —Addie se giró y quedamos de cara a la pared, pero una mano nos acarició la mejilla—. ¿Addie?

—¿Qué quieres? —musitó.

Kitty no contestó enseguida. Casi llegué a creer que había vuelto a su cama. Pero Addie volvió la cabeza y vimos que seguía allí de pie, más parecida a un hada que nunca con aquel camisón blanco.

—A veces... —Vaciló un momento—. A veces me siento mejor si me pongo a

pensar qué estarán haciendo en casa. —Al ver que Addie le mantenía la mirada, tragó saliva y dijo—: Yo solía hablar con Sallie sobre nuestras casas. Sobre nuestros hermanos y hermanas.

—¿Sallie?

—Mi antigua compañera de habitación. Hace meses que se fue.

—¿Adónde? —preguntó Addie mientras nos incorporábamos. Se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda contra la pared. Nuestros ojos se habían acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para distinguir la boca temblorosa de Kitty.

—Nos dijeron que había vuelto a casa —contó—. Como Jaime.

Otra vez Jaime. ¿Deberíamos decírselo? ¿Serviría de algo?

—¿Addie?

Algo en su voz nos hizo olvidar la fatiga y la amargura. Era la misma voz que ponía Lyle cuando estaba solo con nosotras y se distendía sin preocuparse por nada.

Al pensar en Lyle volvimos a notar aquella opresión en el pecho. Si algo bueno salía de aquella pesadilla, sería que nuestro hermanito por fin tendría la oportunidad que todos habíamos anhelado.

Addie dio unos golpecitos en la cama a nuestro lado para que Kitty se sentara. Ella dudó un momento, pero luego se hundió en nuestro colchón y se sentó con las piernas flexionadas.

—Háblame de tu casa —le pidió Addie.

—¿De mi casa?

Addie asintió con la cabeza.

—De tu casa. De tu familia. Háblame de tus hermanos.

—Tengo tres. Y una hermana. Pero con quien mejor me llevo es con Ty. Es el que nos ha cuidado desde que mamá... Tiene veintiún años.

—Ah —repuso Addie, y lentamente alargó un brazo para meter los dedos entre el largo pelo de la niña. Estaba enredado y no teníamos cepillo, así que comenzó a peinárselo con las manos. Kitty se puso tensa, pero al punto se relajó.

—Toca la guitarra, y es muy, muy bueno.

Addie siguió deshaciendo la maraña de pelo.

—Dijo que me iba a enseñar a tocarla. Pero ahora... ahora se ha metido en un lío. Porque intentó evitar que me llevaran.

Se nos paralizaron los dedos.

—Hablemos de tu hermana —pidió Addie—. ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete... No, creo que ya cumplió los dieciocho.

—Yo tengo un hermano más pequeño —dijo Addie, aguantando la congoja que nos asolaba—. Se llama Lyle y tiene diez años.

Kitty asintió, pero resultaba claro la conversación ya tocaba a su final. Addie apartó un último mechón del rostro de la niña.

—¿Crees que ahora podrás dormirte? —preguntó. Kitty hizo un gesto afirmativo sin mirarnos a los ojos, pero no se movió—. Si quieres, puedes quedarte aquí —añadió Addie. Hacía frío y su camisón parecía demasiado fino—. Yo puedo dormir en tu cama.

Otro vago gesto de asentimiento.

—Buenas noches, Kitty —dijo.

Addie salió de la cama, pero antes que diera un paso una mano nos sujetó la muñeca.

—¿Sí, Ki...?

Pero ella se acercó con la boca tan pegada a nuestra oreja que casi percibimos más por el tacto que por el oído la palabra que nos dijo:

—Soy Nina. —Sus ojos, muy abiertos y brillantes, nos miraban con decisión. Y esperaban.

—Buenas noches, Nina —susurró Addie.

Su pequeña mano nos apretó con fuerza la muñeca. Oímos un suspiro como al despertar de un sueño. Luego la mano nos soltó. Nina se giró y se arrebujó bajo nuestra manta sin decir nada más.

Horas más tarde, aún seguíamos despiertas. Una enfermera acababa de asomarse para echar un vistazo rápido a las camas antes de volver al pasillo.

Oímos la respiración suave de Nina; tenía su oscura melena extendida sobre nuestra almohada. Si la enfermera se había percatado del cambio de cama, no hizo ningún amago de decirnos nada. Quizá nos echarían la bronca por la mañana. O quizá nos dejaban esa mínima libertad para decidir quién dormía en qué cama.

Nos dolía la cabeza por la falta de descanso. Desde que habíamos salido de casa, no dormíamos más de cuatro horas cada noche. El muro entre Addie y yo seguía firme y sin grietas por donde se pudiera filtrar nada.

Yo seguía enfadada con ella. Enfadada por lo que había dicho y por lo que ello implicaba. Pero nuestros padres no iban a venir, ya no iban a mecernos en sus brazos como cuando éramos pequeñas. Estábamos solas. No teníamos a nadie.

Deberíamos tenernos la una a la otra.

Pero el muro seguía ahí, y también se interponían el silencio y el enfado. Ahí estábamos ambas, sin dirigirnos la palabra. Claro, yo podía esperar a que fuese ella la primera en volver a hablar, como había hecho toda la vida.

Pero me sentía tan mal y tan cansada de la soledad...

*Addie.*

Se estremeció y sentí pánico de que me rechazara. Yo jamás la había rechazado cuando ella daba el primer paso tras una discusión.

*Addie, yo...*

*Lo lamento*, dijo ella. Sus palabras me acariciaron como alas de mariposa.

*¿Qué lamentas?*

*Todo. Que... Que todo haya salido de esta manera.*

Me quedé en silencio. Supe que no se refería a haber venido a la clínica, que no estaba hablando de los médicos ni de las pruebas ni del miedo a no volver a casa nunca más.

*¿Te acuerdas de que antes soñábamos que nunca llegaríamos a asentarnos?*, preguntó. *Cuando éramos muy pequeñas, incluso antes de empezar a ir al colegio. Creíamos que seguiríamos siendo siempre iguales, en un mismo nivel.*

*Lo recuerdo.*

Addie salió de la cama de Kitty y comenzó a temblar cuando nuestros pies pisaron las frías baldosas. Se acercó a la ventana de puntillas y contempló la oscuridad y las estrellas, diminutas como cabezas de alfileres.

*Eva.*

*¿Sí?*

*A veces me pregunto qué habría pasado si no nos hubiéramos asentado nunca.*

Si nunca hubiéramos aprendido a odiarnos. Si nunca hubiéramos permitido que el mundo abriera una brecha entre nosotras que nos había forzado a ser Addie-o-Eva, no Addie-y-Eva. Habíamos nacido con los dedos de nuestras almas entrelazados. ¿Y si nunca llegáramos a soltarnos?

Sí, respondí. *Yo también.*

Addie apoyó la frente contra el cristal helado.

*Lo lamento*, repitió.

Su disculpa debería haberme hecho sentir mejor. Sin embargo, lo único que consiguió fue agudizar mi pena. ¿Cómo se suponía que debía responder? ¿Sí, acepto tus disculpas? ¿No, no es culpa tuya?

Addie no tenía ninguna culpa. Nunca me había pasado por la cabeza que fuese culpa de Addie. En todo caso, mía. Yo era la que no había desaparecido cuando debería haberlo hecho. Yo era la que le había estropeado la vida para siempre. Un alma recesiva estaba condenada a muerte desde el mismo día de su nacimiento. Debería haber desaparecido. En cambio, había arrastrado a Addie a esta media vida, a esta peligrosa existencia, siempre con miedo.

Recorrí el espacio vacío que había entre nuestras almas y me acerqué a ella.

*Yo también lo siento*, le dije.

Observamos el mundo más allá de la ventana. Debajo había una especie de patio en penumbra, de perímetro irregular y cercado por una valla de tela metálica. Apenas se distinguía en la oscuridad. La fachada de la Clínica Normand trazaba una curva en torno una sección de aquel patio que en parte cegaba nuestra visión. Pero un trecho solo estaba cerrado por la valla, y más allá... más allá solo había negra oscuridad. Ni

una luz.

*Saldremos de aquí*, le prometí.

Addie apretó con los dedos contra el cristal, y con un poco de imaginación casi pude ver cómo cedía, cómo aterrizábamos ilesas en el patio, cómo trepábamos por la valla como si nada y cómo echábamos a correr alejándonos de allí hasta que la oscuridad nos engullía e impedía que nadie pudiera vernos.

Notamos el cambio en el ambiente en cuanto despertamos. La enfermera que nos llevó como ovejitas a la sala principal no sonreía como el día anterior, y cuando Eli tropezó al levantarse de su silla, volvió a ponerlo de pie tan bruscamente que lo hizo llorar. Kitty debió de advertir que Addie lo miraba extrañada, pues se acercó a nosotras casi a escondidas y susurró:

—Es porque están aquí.

—¿Quiénes? —preguntó Addie, pero la enfermera ordenó que nos callásemos y Kitty renunció a seguir hablando, ni siquiera en voz baja, hasta que llegamos al pequeño comedor donde nos servían todas las comidas del día.

Kitty esperó hasta que la enfermera se retiró a su silla en una esquina y entonces contestó a la pregunta pendiente:

—Los de la comisión evaluadora. —Y se inclinó sobre su bandeja, pero un mechón de su pelo oscuro se le metió en los cereales y soltó un gritito, disgustada.

¿Y eso qué es?, murmuró Addie, pero no le dio tiempo a preguntarlo en voz alta.

Porque en ese momento la puerta se abrió de golpe, la enfermera dio un respingo y entró el señor Conivent. No pegaba nada allí. A pesar del suelo frío de baldosas, de las crudas luces fluorescentes y de la enfermera vigilante, había algo capaz de crear una sensación de equipo entre los catorce sentados a la misma mesa: el señor Conivent; éramos como el agua y el aceite.

Nadie abrió la boca mientras inspeccionaba la estancia. Hizo un gesto con la cabeza a la enfermera, que respondió con otro gesto nervioso, como un pajarillo. En realidad, muchos niños no estaban comiendo, solo revolviendo la comida. Hally parecía tan confundida como nosotras. Devon inclinó la cabeza sobre el plato, pero vimos que tenía la mirada fija en Conivent.

Los tres estábamos sentados en el lado de la mesa frente a la puerta, así que disfrutamos de una perfecta panorámica de los tres hombres y la mujer que entraron a continuación. Solo eran cuatro, pero se desenvolvían con un ímpetu que se transmitió a toda la sala y dio la impresión de que ocupaban más espacio del que deberían. Los hombres llevaban corbatas y pantalones perfectamente planchados; la mujer, una falda recta oscura y en sus orejas centelleaban pequeños diamantes. Nos miraron con descaro, como había hecho aquel mensajero larguirucho el día que llegamos. Como si estuvieran de visita en el zoo y nosotros fuésemos los especímenes de una jaula más en su recorrido.

El señor Conivent dijo algo en voz baja a uno de los hombres, que asintió sin mirarlo. Se quedaron allí un par de minutos, observando cómo fingíamos no darnos cuenta de nada. Luego se fueron todos y los niños volvimos a respirar al unísono, como si todos compartiésemos los mismos pulmones.



—¿Quién era ese? —preguntó Hally mientras se extendía por la mesa un leve murmullo de conversación. La enfermera estaba como desfallecida en su asiento y no parecía atenta.

—La comisión evaluadora —repitió Kitty—. Son del Gobierno.

—Esto es parte del Gobierno —dijo Devon, y ella se encogió de hombros.

—Son del Gobierno de verdad. Gente importante.

—¿Cada cuánto vienen? —preguntó Hally.

Kitty movió la cabeza y tomó una cucharada de cereales. Sujetó la cuchara igual que Lyle cuando se ponía a jugar con la comida, como si fuera una pala.

—Solo los vi una vez, hará cosa de un año. Justo después de ingresar aquí.

La enfermera había recuperado el color; de hecho, demasiado: tenía las mejillas enrojecidas. Se frotó la frente, se puso en pie a duras penas y dio unas palmadas, como parecían hacer todas las enfermeras de aquel lugar.

—Vamos, chicos. Daos prisa.

Nadie volvió a hablar. El silencio me permitió tomar conciencia, muy poco a poco, de todo el tiempo que Kitty llevaba en Normand.

Las horas de estudio y de la comida transcurrieron sin la intrusión de la comisión evaluadora, al igual que la cena. Después de esta no nos dirigimos a la sala de estudio, como habíamos hecho el día anterior, sino que terminamos en una especie de sala de espera.

Addie y yo habíamos estado en innumerables salas de espera a lo largo de los años. Algunas con mesitas bajas llenas de revistas de salud en papel satinado, otras empapeladas con un relajante tono azul, otras con mesas para niños pequeños con esos absurdos juegos de construcciones. Esta habitación no tenía nada de eso. Había una fila de sillas alineadas contra una pared, frente a las dos puertas de la pared opuesta. Más allá de las puertas se entreveían lo que parecían unas salas de consulta blancas y luminosas. Eso era todo. En cualquier caso, el sitio casi proclamaba a gritos su condición de sala de espera.

Allí se encontraban la doctora Lyanne, el doctor Wendle y el señor Conivent, un inquietante trío apartado en un rincón de la sala. Wendle estaba muy colorado; Lyanne, muy pálida, pese a que hablaba deprisa y con vehemencia; y Conivent, muy frío, aunque sus palabras eran más frías aún. Su discusión, en la que no levantaron la voz en ningún momento, terminó de inmediato cuando la enfermera carraspeó. Los tres alzaron la vista. Wendle palideció, Lyanne se echó a temblar y Conivent permaneció impertérrito.

—Muy bien, pues aquí están ya los niños —dijo, y aunque su tono fue correcto y su expresión amable, sonó casi como a despedida—. ¿Quieren ir empezando ustedes? La comisión llegará en cualquier momento.

Se encaminó a la salida y los niños se apartaron de la puerta para dejarlo pasar. Durante unos momentos nadie habló. La doctora Lyanne permaneció con la mirada fija en la pared.

Fue la enfermera quien por fin rompió el silencio; echó mano de la inagotable reserva de sonrisas que parecía poseer y se colgó una en la cara.

—Muy bien —dijo—. Chicos, ahora tenéis que sentaros y quedaros en silencio. Los doctores os irán llamando cuando estén listos.

Todos obedecemos poco a poco. Addie escogió una silla cerca de la puerta, y Kitty se apresuró a ocupar la que estaba junto a la nuestra. Lissa se sentó en la que teníamos al otro lado y Ryan en la siguiente. Nos echó una mirada fugaz. No habíamos hablado demasiado en todo el día. Todas las enfermeras se habían mostrado tensas, enfadadas cada vez que se oía un cuchicheo durante el rato de estudio, y patrullaban incansablemente la mesa durante las comidas.

Ryan nos había dado un toquecito en el hombro cuando salíamos del comedor al mediodía y nos preguntó en voz baja si estábamos bien. Addie asintió con la cabeza y él nos dio un breve apretón cariñoso en el hombro. Y eso había sido todo.

Teníamos que contarles nuestras sospechas sobre Sallie. Ya no se trataba del caso aislado de un niño. Aquel procedimiento, la cirugía, se había practicado en más de una ocasión. Y no parecía que Jaime ni Sallie fuesen a volver. Desde luego, no si los médicos habían comunicado que ambos habían regresado a sus casas.

El doctor Wendle entró en una de las consultas y desapareció de la vista. La doctora Lyanne se quedó junto a la puerta contigua —sin siquiera apoyarse en el marco ni en la pared—, erguida como un centinela.

Eli comenzó a lloriquear. Una oleada de tensión inundó la sala, pero nadie habló y solo unas pocas cabezas se giraron para mirarlo.

—¿Está...? —empezó Addie.

—A Cal le dan miedo las agujas —explicó Kitty al ver nuestra expresión—. Siempre llora cuando tienen que sacarle sangre.

—¿Cal? —preguntó Addie.

Kitty titubeó y luego dijo:

—Quería... quería decir Eli.

—O sea, que te has equivocado. —Addie frunció el ceño—. ¿Creías que era Cal, pero es Eli?

Kitty miró al niño. Tenía los puños apretados y las piernas flexionadas sobre el asiento de la silla.

—Es Eli —dijo con seguridad contenida—. Siempre es Eli.

El llanto del niño había llamado la atención de la doctora Lyanne. Lo miró de reojo y luego volvió a observarnos uno por uno. Algo en ella pareció flaquear.

—Kitty —dijo tras consultar su sujetapapeles—. Eres la primera.

Kitty se levantó de la silla y siguió a la doctora al interior de la consulta. Addie esperó hasta que el doctor Wendle llamó a otro niño y ambas puertas se cerraron. Entonces se volvió hacia Hally y Ryan y murmuró.

—Jaime no ha sido el único.

—Lo sabemos —respondió Lissa.

—¿Qué? —preguntó Addie. Ryan alzó las cejas a modo de advertencia, y ella bajó la voz hasta convertirla en su susurro—. ¿Cómo?

—He hablado con alguno de los otros —explicó Ryan. Señaló con la cabeza a uno de los mayores que se encontraba al otro extremo de la sala—. Algunos llevan aquí muchísimo tiempo. Y han visto desaparecer a otros niños. Supuestamente han vuelto a casa. Pero...

—En realidad nadie vuelve a casa, ¿verdad? —zanjó Addie.

Eli estaba gimoteando otra vez. El niño rubio sentado a su lado le puso la mano en el hombro, sin saber muy bien qué hacer, pero los demás fingimos no darnos cuenta. Todo el mundo parecía pasar mucho tiempo aparentando no prestar atención a Eli. Se había pasado toda la mañana balbuceando y moviéndose con torpeza, con paso inseguro, pocas palabras y mal articuladas, pero nadie había hecho ningún comentario.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Ryan entre dientes—. Ahora. —No preguntamos adónde iríamos ni qué íbamos a hacer. Cualquier cosa era mejor que quedarnos allí—. Debe de haber algún fallo en su sistema de seguridad. Siempre las hay. Lo único que tenemos que hacer es encontrarla.

*Intentarlo ahora es una locura, dije. No con todo el mundo en alerta máxima. Quizá las cosas se relajen una vez que la comisión evaluadora...*

Dicha comisión apareció justo en aquel momento, como si mis pensamientos la hubieran invocado. La enfermera los dejó pasar. Esta vez no era el señor Conivent quien encabezaba la comitiva. Por el contrario, entró el último mientras decía algo entre susurros al mismo hombre con el que había hablado a la hora del desayuno.

Los niños se encogieron ligeramente. La poca conversación existente se desvaneció. Igual que habían hecho por la mañana, los miembros de la comisión se mantuvieron a cierta distancia de nosotros, atentos y en silencio. Los contemplamos en varias ocasiones, mientras los otros niños les echaban miradas furtivas. Nadie los observó abiertamente como nosotras.

Fueron transcurriendo los minutos.

Cuando por fin se abrió la puerta de una sala de consulta, el sonido de la manilla rasgó el silencio. Kitty fue la primera en salir y se sobresaltó al ver a aquellos hombres y aquella mujer con sus trajes oscuros. Tras ella, la doctora Lyanne, aún junto a la puerta, estaba terminando de rellenar algún dato en el formulario que llevaba en el sujetapapeles.

—¿Eli? —llamó sin despegar la vista del papel. Luego sí alzó la mirada.

Se quedó paralizado, como le había ocurrido a Kitty. La niña fue la primera en recobrar la normalidad y se apresuró a sentarse en su silla a nuestro lado. La doctora dio la impresión de necesitar algo más de tiempo, pero luego carraspeó y volvió a llamar:

—Eli, te toca.

Eli negó con un gesto de cabeza.

—Vamos, Eli —le apremió la doctora y le tendió la mano, aunque sin moverse de la puerta. Tenía las mandíbulas tensas y la voz casi ronca.

—No —se emperró Eli con una nota de pánico en la voz. Volvía a dar muestras del recelo de felino salvaje que yo había observado el primer día—. No, no y no.

Kitty deslizó su mano entre las nuestras. No nos miró, tampoco a Eli, ni a la doctora ni a la comisión evaluadora; se limitó a mantener la vista fija en sus rodillas. Pero nos agarró la mano tan fuerte que llegó a hacernos daño. Llevaba una tirita en la parte interna del codo, y, por la razón que fuese, Addie no apartaba sus ojos de ella.

—Eli, ¿qué pasa? —terció el señor Conivent. Kitty se estremeció.

Todos los miembros de la comisión evaluadora miraban a aquel niño de ocho años que se negaba a levantarse de la silla, que se negaba a hacer lo que los adultos le indicaban.

—¿Hay algún problema? —preguntó el doctor Wendle saliendo de la otra consulta.

—¿Puede ocuparse alguien de meter a este niño en el consultorio? —pidió Conivent. Su voz no denotaba disgusto ni fastidio, ni siquiera frustración. Pero tenía el puño derecho apretado y el cuello tenso—. ¿Doctora Lyanne? ¿Puede encargarse usted?

La doctora se acercó a Eli, que saltó de la silla. Toda la mañana se había mostrado inseguro y con pasos vacilantes. Pero habíamos estado haciendo otras cosas y no nos habíamos fijado con atención, no habíamos visto la niebla y confusión que había en sus ojos. Luchaba contra su recelo, dos fuerzas opuestas en pugna por el control de su cuerpo.

«Ocúpense de ello», había dicho Conivent día que llegamos. ¿Qué era *ello*? ¿Se refería a esto?

Eli hizo un movimiento brusco, se tambaleó y perdió el equilibrio. La doctora lo agarró —no supe si para arrastrarlo hacia la consulta o solo para evitar que se cayera al suelo— y Eli chilló como si lo estuvieran matando. Ella se apartó sobresaltada. El niño logró ponerse en pie y echó a correr.

Addie se agarró a nuestra silla para evitar dar un bote, soltarnos de la mano de Kitty y lanzarnos a tomar en brazos a Eli. Se había refugiado en un rincón, apretado contra la pared, atrapado entre los miembros de la comisión evaluadora y el doctor

Wendle, que también colaboraba en la captura, y yo no hacía más que acordarme de Lyle durante sus primeras sesiones de diálisis. Lloraba, lloraba y lloraba, las enfermeras lo consolaban y allí estaban nuestros padres para distraerlo, allí estaba Addie para leerle algo. Sin embargo, este niño, que chillaba y pataleaba, estaba siendo arrastrado por el doctor Wendle de muy malos modos, y el resto de los presentes lo único que hacían era mirar...

—¡Suéltelo! —exclamó Addie.

Nos quedamos petrificados. Los ojos de Ryan se volvieron hacia nosotras como flechas. Las palabras ya habían sido pronunciadas y no podían retirarse. Conivent se giró y se quedó mirándonos, pero Wendle no paró, no soltó a Eli. Entonces nos levantamos impulsivamente y corrimos hacia el niño, porque ¿es que nadie veía lo alterado que estaba?, ¿nadie podía ser al menos un poquito cariñoso?

Alguien nos agarró antes de que llegáramos hasta él. Era uno de los miembros de la comisión —el hombre con el que siempre hablaba Conivent—, y nos hizo daño. Nos sujetó contra sí, y las primeras palabras que oímos de su boca fueron:

—Te vas a estar quieta. Te vas a calmar. Ahora mismo.

Nos hincó las uñas en el brazo con tanta fuerza que se nos llenaron los ojos de lágrimas y no pudimos verle la cara; solo oímos su voz junto a nuestro oído. Nos obligó a girarnos, con la espalda pegada a su torso y de cara hacia los demás niños. Todos nos devolvieron la mirada y cada uno mostró una expresión distinta, pero todos revelaban el mismo miedo creciente. Ryan casi se había levantado de la silla, pero permanecía inmóvil.

Despacio y en silencio, el hombre nos condujo de nuevo a la hilera de sillas. Éramos una muñeca en sus manos, hecha de plástico y colores artificiales, con las articulaciones rígidas. Nos obligó a sentarnos en una silla y ya no volvimos a levantarnos cuando Eli, atrapado por el doctor Wendle y un par de enfermeras, se agitó y chilló como loco mientras se lo llevaban en volandas a un consultorio.

Aquella noche, Kitty se quedó muy callada cuando las luces se apagaron. Se hizo un ovillo de cara a la pared, con las rodillas casi pegadas al pecho y el pelo oscuro derramado sobre la almohada como el contenido de un tintero. En menos de media hora su respiración se hizo más pausada y regular.

Nosotras no éramos capaces de cerrar los ojos, mucho menos de dormirnos. Oía ecos de voces ya extinguidas: los chillidos de Eli, las palabras del hombre de la comisión evaluadora en nuestro oído. Al final habían terminado por desistir de hacernos las pruebas a todos. En vez de eso, se habían marchado llevándose consigo a Eli y dejándonos al resto con una enfermera contrariada que nos mandó a nuestros cuartos mientras rezongaba que su turno ya había terminado.

Nadie se había atrevido a volver a salir de su habitación. Aunque la enfermera se hubiera marchado y no estuviera sentada en la sala principal, seguro que alguien oiría abrirse la puerta y ¿quién nos aseguraba que no daría la alarma?

*¿Qué crees que le van a hacer?*, preguntó Addie. Teníamos el chip de Ryan en la mano y ella no dejaba de mirar su lento parpadeo. Quizá la reconfortaba tanto como a mí.

No hacía falta preguntar a quién se refería.

*Lo mismo que van a intentar hacernos a todos.*

No. Se dio la vuelta y quedamos tumbadas de espaldas. *Hay algo más en torno a Eli y Cal. No están solo intentando que se asiente... Lo han ingresado todavía muy pequeño, y...*

*Lo han ingresado tan pequeño porque sus padres no lo querían*, le recordé.

La frustración de Addie chocó contra la mía, y supe que no iba a dejar el tema así como así. Pero antes de que pudiera volver a hablar, el chip comenzó a emitir rápidos destellos.

Durante un momento lo miramos fijamente. Luego, sin decir palabra, Addie apartó la ropa de cama y sacó las piernas para levantarnos. El frío de las baldosas nos puso piel de gallina.

Kitty ni se movió. Addie atravesó el dormitorio; nuestro camisón blanco resplandecía a la luz de la luna y nuestros pies producían un suave susurro al rozar el suelo. Cuando llegamos a la puerta, la luz del chip brillaba roja y sin destellos. Abrió la puerta, dio un paso adelante para salir al pasillo y estuvimos a punto de darnos contra Ryan.

Addie se llevó la mano a la boca para contener un grito de sorpresa. Ryan no fue lo bastante rápido. Pronunció desconcertado la primera sílaba del nombre de mi hermana justo antes de que ella le tapase la boca con la otra mano y se le cayera el chip. Por suerte, el pasillo tenía moqueta y no hizo ruido.

Durante unos segundos nos quedamos petrificados y conteniendo la respiración, al tiempo que buscábamos una excusa creíble para el caso de que alguien nos hubiera oído y saliese a ver qué pasaba. Pero nadie se asomó.

Ryan nos miraba fijamente. Tenía el pelo alborotado, con algunos mechones aplastados y otros que casi desafiaban la ley de la gravedad. Sentí su respiración pegada a nuestra piel, sus labios perfectamente amoldados a nuestros dedos.

Despacio, Addie bajó la mano con que le tapaba la boca y cerró con suavidad la puerta de nuestro cuarto. Ryan se agachó a recoger el chip.

Después, sin cruzar palabra, sin siquiera una señal muda, ambos se dirigieron a la sala principal.

La sala parecía más pequeña a oscuras. No tenía ventanas, así que la única fuente de luz procedía de las lucecitas rojas de nuestros chips. Nos sentamos a una de las mesas. Ryan y Addie seguían mudos.

Había muchas cosas que yo habría querido decir. Muchas pequeñas cosas que podía imaginarme haciendo, que quería hacer si pudiera. Pero era Addie la que tenía el control, y sin embargo ella estaba perdiendo el tiempo allí sentada, sin sonreír ni abrir la boca.

—La enfermera no tardará en venir a hacer la ronda —murmuró por fin.

—No hasta dentro de una hora —dijo Ryan tras consultar su reloj. Parecía aliviado al tener algo que decir—. Lissa dice que las enfermeras pasan cada noche más o menos a la misma hora.

Addie asintió. Y antes de que nos sumiéramos en otro silencio incómodo, se apresuró a preguntar:

—Bueno, ¿y qué querías?

—¿Perdón? —Se extrañó Ryan.

—Tendrías algún motivo para venir a nuestro cuarto, ¿no? Así que dínoslo.

Ryan dejó su chip sobre la mesa.

—No hay ningún motivo —dijo—, porque no iba a vuestro cuarto. Solo estaba pasando por ahí. —Señaló con la cabeza el entrante que había en un extremo de la sala—. Voy al lavabo.

Notamos que nos sonrojábamos.

—Ah. —Addie se levantó de la silla—. Pues entonces...

—Bueno... —dijo él antes de que nos dirigiéramos al pasillo. Se puso de pie, despacio—. Addie, te he mentado. Quería preguntarte si estabas bien.

—No haces más que preguntarme si estoy bien —le espetó ella—. Estoy perfectamente. Tú estás bien. Hally y Lissa están bien...

—Pues yo no estoy bien —dijo Ryan. Incluso en la oscuridad, vi lo tensos que tenía los hombros. Frunció el ceño y apoyó la mano en el respaldo de su silla—. No tengo ningún plan para escapar de aquí. Ni sé adónde podríamos ir si lo lográsemos.

—Suspiró y se pasó la mano por el flequillo, aunque lo único que consiguió fue alborotárselo—. Cuanto más veo de este sitio, peor me parece. Y hoy, cuando ese tipo os agarró a ti y a Eva... Así que no, no estoy bien. Y si tú sí lo estás, es que las cosas te van mucho mejor que a mí, ¿te enteras?

Si yo hubiese estado al mando, le habría dicho que liberarnos no era responsabilidad suya. Le habría prometido que encontraríamos alguna manera de escapar juntos. Le habría jurado que pronto estaríamos todos a salvo. Le habría dicho cualquier cosa para aliviar un poco su tensión.

Addie apartó la mirada y clavó los ojos en la moqueta.

—No tienes que preocuparte por nosotras —dijo—. Nos tenemos la una a la otra.

—No si los médicos pueden remediarlo —respondió Ryan.

Levantamos la cabeza tan rápido que casi nos mareamos.

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces quizá... —titubeó—. Quizá no deberías hacer cosas como las que hiciste hoy.

Addie se encendió.

—Estaban prácticamente torturando al pobre niño.

—Pero tú no podías evitarlo —replicó él. Daba vueltas y más vueltas al chip en su mano, con los hombros todavía tensos y rígidos—. Y a partir de ahora te van a tener más vigilada.

Addie no respondió, pero sentí cómo bullía en su interior, cómo sus emociones se rebelaban.

—Ten cuidado, ¿vale? —dijo Ryan—. Por favor.

Nos miró a los ojos hasta que Addie asintió.

Al día siguiente, a la hora de comer, Eli aún no se había reincorporado al grupo. La enfermera trajo una bandeja amarilla menos sin dar explicaciones. Cuando Hally se preguntó en voz alta dónde podría estar, nadie respondió; es más, ni siquiera volvieron a mirarla durante el resto de la comida.

A medida que pasaban las horas y el niño seguía sin aparecer, mi mente volvía una y otra vez a pensar en otro niño. El que habíamos visto en aquella camilla. El de las frías vendas blancas y la mirada ausente y los gráficos de «antes» y «después». Me consolé como buenamente pude con que nadie nos dijera que Eli había vuelto a su casa.

—¿Fue así como empezó todo? —susurró Addie a Lissa cuando terminamos la sesión de estudio de la tarde. Durante los últimos tres días y medio me había hecho una idea general de aquella parte de la clínica; estaba claro que ahora nos dirigíamos a la sala de espera donde habíamos estado el día anterior—. Con Jaime. Cuando se lo llevaron... ¿fue así de repente, como a Eli? ¿Desapareció sin más?



Éramos las últimas de la fila y Lissa iba justo delante de nosotras. Se volvió de medio lado para contestar, pero tan bajo que casi leímos sus labios más que oímos su respuesta:

—A Jaime lo llamaron...

La enfermera echó una mirada por encima del hombro, y aunque era imposible que nos oyese, Lissa se calló hasta que la mujer volvió a mirar al frente.

—Lo llamaron una mañana cuando estábamos en la sala de estudio y ya no volvimos a verlo.

La fila se detuvo al llegar a la sala de espera. La puerta estaba cerrada y la enfermera no hizo ademán de entrar, solo suspiró y miró el reloj. Devon se había sentado cerca de Kitty en la sala de estudio, y ahora ambos estaban parados al principio de la fila, justo al lado de la enfermera.

Permanecimos en el pasillo como una línea recta azul en una hoja. La etiqueta en el cuello de la blusa del uniforme nos raspaba. Se nos puso piel de gallina, prueba del frío permanente que hacía en Normand.

Si en ese momento hubiéramos estado en casa, estaríamos preparando la cena con mamá y Lyle; el microondas calentando las sobras de la noche anterior con su zumbido habitual y nosotras sudando a causa del calor del horno y las reducidas dimensiones de la cocina. Lyle nos contaría todo lo que le había sucedido a lo largo del día y, si se quedaba corto de material, sacaría a colación un par de cosas que le hubieran ocurrido el día anterior o antes. Casi podía verlo junto a la encimera, de pie encima de un taburete de tres patas cortando zanahorias con precisión quirúrgica y los dedos doblados como le había enseñado Addie. Habríamos...

Addie dio un respingo cuando se abrió la puerta que teníamos al lado, que era la consulta de la doctora Lyanne.

Ella salió con un montón de sobres manila bajo un brazo y una taza desportillada en la otra mano. Apenas pareció percatarse de nuestra presencia.

—Perdón —murmuró, y vaciló. Miró la taza que llevaba en la mano como si la viese por primera vez. Soltó un suspiro y volvió a entrar en su consulta. Cuando salió de nuevo, los sobres y la taza habían desaparecido y su mirada parecía más despejada.

—Perdón, chicas —dijo en tono más alto y Lissa y Addie se apartaron para dejarla pasar.

—Doctora Lyanne —llamó la enfermera, lo cual provocó una mueca de crispación en la doctora—, ¿podría venir aquí, por favor? Ya son las siete y media y el señor Conivent dijo...

—Voy a ver si les falta mucho —dijo Lyanne. Se estiró su bata blanca y se acercó a la enfermera con un ligero taconeo en el suelo de baldosas.

Addie la observó avanzar, como el resto de los componentes de la fila. Luego

entró en la sala de espera.

*Rápido, dije. No ha cerrado la puerta con llave...*

Temí perder un tiempo precioso dando explicaciones, pero Addie no hizo ninguna pregunta; solo echó un rápido vistazo alrededor, cruzó una mirada con Lissa y se coló en el consultorio de la doctora. Habíamos reconocido aquellos sobres y las pestañas marcadas con etiquetas azules.

El despacho era pequeño y de forma trapezoidal, con el techo un poco inclinado y un gran ventanal en un extremo por donde se filtraban los últimos rayos de sol. La mesa de trabajo de la doctora estaba pegada a la pared opuesta, junto a un mueble archivador y una estantería baja. Había dejado el montón de historiales encima de la mesa, casi al borde.

—Addie —susurró Lissa. Había entrado en el despacho detrás de nosotras, con los ojos como platos—. ¿Qué estás haciendo?

—Averiguar qué les van a hacer a Eli y Cal.

¿Sería el siguiente niño en pasar por el quirófano? ¿El siguiente cuerpo trasladado a toda prisa en una camilla mientras los demás estábamos en la sala de estudio, o comiendo tranquilamente en el comedor?

Y quizá, si lográbamos encontrar la carpeta de Jaime Cortae o la de Sallie, también podríamos averiguar dónde estaban ahora. Qué les estaban haciendo mientras en la clínica aseguraban que habían vuelto a sus casas.

Addie recorrió el despacho.

—Avísame si viene alguien.

—Pero... —empezó Lissa.

*Date prisa, Addie, la urgí.*

*Esto fue idea tuya, dijo. Y ya me estoy dando prisa.*

Nos temblaban las manos al ir pasando los sobres manila. Bridget Conrade, la niña rubia de las trenzas largas e impecables. Hanson Drummond, el niño que había hablado de Eli el primer día. Katherine Holynd, ¿Kitty? Arnold Renk, Addie Tamsyn.

Addie titubeó, pero la apremió para que continuara adelante.

*No hay tiempo. Sigue buscando. Tiene que estar ahí.*

Alzó la vista. Lissa estaba junto a la puerta, de espaldas a nosotras. Había entornado la puerta hasta casi cerrarla y movía las manos nerviosa mientras vigilaba por el resquicio.

Addie repasó a toda prisa el resto de las carpetas.

*No está aquí, Eva. Y tampoco los de Jaime y Sallie. Solo hay nueve historiales. Faltan cinco.*

*Mira en el archivador, sugerí.*

Addie se inclinó para abrirlo. Fue pasando los expedientes, sacándolos para comprobar las etiquetas. Las manos nos temblaban tanto que apenas conseguíamos

volver a guardarlos en su sitio.

*Esto nos va a llevar años. No tenemos tiempo...*

*Tranquilízate, dije. Tú sigue buscando.*

Su irritación creció y se volvió contra mí como un puñal, pero hizo lo que le indicaba y ojeó cada carpeta antes de devolverla a su sitio.

*¡Espera!, exclamé. Espera, esa... esa palabra la hemos oído antes.*

Addie se quedó paralizada. Volvimos a leer la etiqueta: «Refcon».

La noche que fueron a buscarnos. La escena del comedor, la impotencia de papá, los nudillos blancos de mamá aferrados al respaldo de la silla. Las palabras del señor Conivent resonaron en nuestro interior: «Es lo que llamamos una droga inhibidora, una sustancia cuidadosamente controlada. Afecta al sistema nervioso. Inhibe a la mente dominante».

Addie se balanceó sobre los talones y sacó la carpeta del archivador. Las ojeadas rápidas a la puerta se habían convertido en un tic nervioso, pero Lissa seguía en su sitio, así que volvimos a centrarnos en el historial. Estaba muy sobado, con los bordes reblandecidos vueltos hacia arriba de tanto consultarlo. Addie abrió la carpeta.

*No es más que información sobre fármacos, dijo al tiempo que leía en diagonal la primera hoja. A esto se refería Conivent, ¿no? Lo que Hally... lo que Hally robó del hospital donde trabaja su madre. Esa droga inhibidora.*

Entonces, ¿por qué en aquella hoja también ponía «Vacunas»?

Addie comenzó a pasar las hojas. La gruesa carpeta bien podía abultar casi dos centímetros; algunas hojas estaban impresas en papel oficial con membretes datados, otras eran páginas manuscritas arrancadas de algún cuaderno. Addie se movió y soltó un exabrupto cuando se movió y tiró la mitad de las hojas al suelo. Siguió mascullando juramentos mientras las recogía para devolverlas a la carpeta. Rogué que la doctora Lyanne no las tuviera en un orden particular que estuviésemos deshaciendo.

Con sensación de *déjà vu*, nos detuvimos en una hoja que tenía una pequeña fotografía sujeta con un clip en el borde superior.

BRONS, ELI  
HÍBRIDO

Pasamos por alto la información básica para concentrarnos en el informe que había a continuación. Alguien había garabateado unas anotaciones en los márgenes y sobre el texto impreso. Ya veníamos notando acidez estomacal desde que pusimos el pie en el consultorio, pero ahora nos invadió una sensación de repugnancia, una sensación terrible, mezcla de náusea y dolor. Nos llevamos la mano a los labios y después nos la mordimos. No sé si las lágrimas que afloraron a nuestros ojos se debían a ese dolor concreto o al sufrimiento plasmado con tinta en el historial de Eli.

El vínculo secreto que relacionaba el Refcon y las vacunas que recibían los niños en la Clínica Normand. Y todos los niños del país.

*Dios mío*, murmuró Addie. *Eva...*

Un ruido la interrumpió. Un grito ahogado. Y pasos atropellados. Alzamos la vista bruscamente.

El resquicio de la puerta entreabierta había desaparecido.

Lissa ya no estaba allí.

Nuestro cuerpo —todos y cada uno de sus nervios, músculos y tendones— se tensó como una goma elástica a punto de romperse.

Metimos la carpeta en el mueble de cualquier manera y lo cerramos. Buscamos desesperadas algún sitio donde escondernos. No había ninguno. Lo habíamos comprobado nada más entrar en el despacho: el escritorio no era compacto, sino como las mesas normales, y la ventana no tenía cortinas. Como mucho podíamos agacharnos detrás del archivador, pero ni siquiera nos dio tiempo.

La puerta se abrió.

Y entró el hombre de la comisión evaluadora que nos había sujetado en la sala de espera, cuyo recuerdo conservábamos en forma de moratones en las muñecas.

Durante una fracción de segundo nos quedamos inmóviles. El hombre tampoco se movió del umbral de la puerta. No gritamos.

¿Gritar? Una carcajada pugnó por salir de nuestra garganta. Como si gritar fuera a servirnos de algo.

El hombre hizo una seña a los que se encontraban a su espalda sin quitarnos los ojos de encima.

—Traed aquí a la otra chica y que el resto de los pacientes salgan de este pasillo con la enfermera —ordenó con el mismo tono sosegado e inexpresivo que le habíamos oído el día anterior.

Se oyeron pasos apresurados. Devon gritó. Luego Lissa fue llevada al consultorio, arrastrada con brutalidad por la mujer de la comisión. La puerta se cerró tras ellas con un fuerte golpe.

—Que venga Conivent —ordenó entonces el hombre.

La mujer asintió, soltó a Lissa y salió en su busca. Lissa y nosotras nos quedamos solas con aquel hombre en la consulta de la doctora Lyanne.

Nos observó con atención; su mirada fluctuaba de una a otra. No era más alto que Conivent, ni más robusto ni más ancho de hombros. Iba vestido como para asistir a la ópera: camisa y gemelos, chaleco oscuro, pantalones con la raya perfecta, zapatos negros. Notamos punzadas en la muñeca solo de recordar su presa. Y una angustia en el pecho al ver su expresión, una expresión que indicaba inequívocamente que, fuera cual fuese la situación y hubiéramos hecho lo que hubiésemos hecho —lo que habíamos creído que podríamos hacer—, jamás de los jamases saldríamos airosas. Podríamos luchar hasta sangrar, pero siempre ganaría él.

Y además terminaría la batalla sin que él perdiera la compostura ni su aspecto impecable.

—¿Jenson? —dijo Conivent al abrir la puerta, lo cual nos permitió entrever el pasillo vacío.

Aquel hombre, el señor Jenson, no se volvió para mirarlo.

—Dijo usted que este edificio era seguro, Conivent; que los pacientes estaban seguros, que nadie escapaba a la vigilancia en ningún momento. —Apenas había variación en su tono, ni siquiera cuando enfatizaba alguna palabra; tampoco hubo atisbo de cambio en su expresión—. Pero parece que esta niña estuvo sin vigilancia el tiempo suficiente para conseguir entrar aquí. ¿De quién es este consultorio?

Se produjo una mínima pausa antes de que Conivent respondiese, pero fue una voz distinta la que al final contestó:

—Es mío.

La doctora Lyanne estaba en el umbral de la puerta. Miró a Conivent, que le

sostuvo la mirada y con un gesto enérgico del brazo le indicó que entrase. La pequeña estancia ahora estaba llena hasta los topes.

—Cierre la puerta —dijo Jenson, y así se hizo. Conivent estaba al otro lado.

Cada vez nos costaba más respirar.

—¿No es norma de la casa cerrar la consulta al salir? —preguntó Jenson.

—Solo salí un momento —contestó la doctora con voz calma y fría—. Mi intención era volver enseguida.

—La enfermera de servicio tiene también parte de responsabilidad —dijo Jenson. Por fin, apartó su vista de nosotras para dirigirla hacia la doctora Lyanne. Fue como si nos liberaran de una carga aplastante, como emerger a la superficie desde las profundidades del océano—. Lo que me gustaría saber es por qué estas pacientes tenían tanto interés en entrar aquí.

La doctora nos observó.

—Quizá deberíamos preguntárselo a ellas.

—Mentirían —dijo Jenson—. Sería una pérdida de tiempo.

Entonces la mujer se fijó en el montón de carpetas apiladas sobre su mesa. Me dio un vuelco el corazón al ver que las habíamos dejado allí de cualquier manera. Después nos escudriñó con la mirada, y de paso también al archivador. A continuación se acercó al mueble, que solo tenía dos cajones. Cuando abrió el de abajo, vio la carpeta que había encima de los demás, la que no habíamos tenido tiempo de devolver a su sitio.

Yo seguía intentando que se me ocurriera algo que decir. O algún sitio hacia donde echar a correr; podríamos apartar a la doctora de un empujón, agarrar a Lissa y salir a toda pastilla.

La doctora Lyanne levantó la vista y nos miró.

—Démela —dijo Jenson. Ella tomó la carpeta y se la entregó.

El hombre la abrió y Lissa, Addie y yo tuvimos que quedarnos allí de pie mientras él leía hoja tras hoja y nosotras nos queríamos morir, porque el miedo y el no saber lo que contenía aquella carpeta nos estaban haciendo sentir tan mal que apenas podíamos respirar.

Por fin, Jenson levantó la vista y examinó nuestros rostros. Aquel informe que acababa de revisar era el de Eli. Intentamos mantener una expresión indiferente, pero no fuimos capaces. Comenzamos a ver borroso y la piel nos escocía a causa del calor.

—Un caso interesante —comentó.

—Estaba archivado en «Vacunas» —soltó Addie de repente, y volvimos a ver el despacho borroso. Procuramos no parpadear, porque si lo hacíamos terminaríamos llorando, pero llorando de verdad, y eso sería otro signo de debilidad ante aquel hombre que no mostraba ninguno en absoluto.

La doctora Lyanne irguió los hombros. Lissa seguía junto a la puerta, tan quieta y

callada que parecía parte del mobiliario, pero tenía los ojos clavados en nosotras. No en el hombre de la comisión evaluadora ni en la doctora Lyanne. En nosotras.

—Esas vacunas que les ponen a los bebés... —dijimos—. Ustedes les meten algo para... —El nudo en la garganta nos obligó a frenar para tomar aire. Cayó una lágrima—. Para matar a una de las dos almas. Para impedir que las personas sean híbridas.

La condición de híbrido era genética. Eso se consideraba un hecho cierto y probado. Pero en el resto del mundo... en el resto del mundo predominaban los híbridos. Sin embargo, aquí había muy pocos y siempre nos habían hecho creer que solo era cuestión de genética, que más o menos dependía de cómo eras engendrado, como nos habían enseñado en clase de biología, pero es que no era así en absoluto...

—No se trata de eso —aclaró la doctora Lyanne—. La mayoría de los habitantes de este país pierden el alma recesiva de todos modos. Las vacunas solo... ayudan...

—¡Son nocivas! —exclamó Addie—. ¡Son veneno! ¡Nos están envenenando a todos! —Fijamos una mirada borrosa pero firme en Jenson—. Y cuando no da resultado, cuando hay alguien como Eli, o Cal, o nosotras, entonces ustedes van y nos encierran y vuelven a intentarlo. Y a veces hasta pueden escoger quién quieren que muera.

Había almas dominantes y almas recesivas, ya marcadas desde antes de nacer, registradas en el ADN. Un «proceso natural», insistía nuestra orientadora durante todas aquellas sesiones. Inalterable. Incuestionable.

Desde luego, no para que fuesen los médicos quienes eligiesen, allí, en esos fríos pasillos, bajo aquellas crudas luces blancas.

—¿Quién decidió que Eli no era adecuado para vivir en sociedad? —preguntó Addie a la doctora Lyanne—. ¿Quién decidió que no estaba a la altura? ¿Quién le dijo a Cal que tendría que ocupar su puesto y responder a un nombre que no era el suyo durante el resto de su vida? ¿Usted?

Me pareció que la doctora se estremecía. Y Addie también debió de verlo, porque se irguió.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó Jenson, con una expresión tan serena que hasta parecía que estaba aburrido.

—¿Quién sabe todo esto? —inquirió Addie con calma—. Mis padres no; sé que no. Nadie más que la gente como ustedes, ¿verdad?

Jenson nos sostuvo la mirada.

Y acto seguido llamó a los guardias de seguridad.

Nos encerraron en nuestro dormitorio, así que no pudimos ver qué ocurrió. Solo oímos un portazo y los gritos de Lissa; y más y más gritos de Lissa.

—¿Lissa? —llamó Addie. Aporreamos la puerta y luego la pared—. ¿Lissa? ¡Lissa!

No hubo respuesta. Sollozaba, la oíamos desde nuestro lado de la pared, pero no contestó, y nosotras no sabíamos qué había pasado, qué había sido de ella.

—¿Lissa?!

Forcejeamos con la manilla, pero no logramos que funcionara.

—¡Abran la puerta! —gritó Addie—. ¿Qué han hecho? ¿Qué le han hecho?

Nadie acudió. Lissa seguía llorando. Nos paseamos por la habitación como bestias enjauladas, muy nerviosas, pero no había modo de salir de allí y llegar junto a ella.

*Excepto por la ventana, dije.*

Addie no lo dudó. Ni se paró a pensarlo. Levantó la pequeña mesilla de madera que había junto a la cama y la estrelló contra la ventana. El cristal se hizo añicos, que cayeron al patio con estrépito. Nos asomamos y alcanzamos la ventana de Lissa, así que también la rompimos, con un movimiento en vaivén desesperado que a punto estuvo de provocar que la mesilla se nos escapara de la mano. No había mosquitera; aquellas ventanas eran fijas.

Tampoco había alarmas, aunque solo lo pensé cuando ya estábamos saliendo por la ventana. El viento nos alborotó el pelo. Habíamos quitado casi todas las esquirlas de cristal del marco, pero cuando encontramos un sitio donde apoyar el pie en el alféizar teníamos las piernas y los brazos ensangrentados.

El cielo era un mar de crema y melocotón, solo enturbiado en el centro por una vaporosa espiral de color frambuesa.

No miramos hacia abajo. Estábamos en el tercer piso y una parte de mí reía histérica. La situación parecía sacada de uno de los libros de aventuras de Lyle. Pero en esos libros nadie muere por caerse de un alféizar al intentar alcanzar temerariamente la ventana de otra habitación a un metro de distancia. Nosotras no teníamos esa seguridad.

Contuvimos la respiración y soltamos una mano del borde de la ventana para agarrarnos a la de Lissa. No habíamos despejado bien los cristales de aquella parte y se nos clavó una esquirla, pero no nos soltamos. Pusimos un pie en el alféizar de la ventana, nos impulsamos con el otro y aterrizamos en el interior de la habitación de Lissa, con algún corte y manchadas de sangre, pero más o menos ilesas.

Lisa estaba boquiabierta. Tenía lágrimas en las mejillas y las gafas torcidas. Nos miró fijamente y preguntó con voz ronca:

—¿Estás bien? ¿Estás bien? ¿Ese hombre te ha hecho daño?



Lissa tenía marcas rojas en los brazos por donde la había sujetado el guardia de seguridad y una herida en la mano no sabía por qué, pero por lo demás parecía encontrarse en buen estado. Aún ignorábamos por qué había se había resistido de aquel modo y por qué lloraba. Ella se echó en nuestros brazos y gimió:

—La siguiente seré yo. Me llevarán al quirófano.

—¡Qué dices! —Addie la agarró por los hombros.

Lissa estaba temblando.

—El hombre de la comisión dijo... Oh, Dios mío, Addie, estás sangrando. La ventana...

—Olvídate de la ventana —espetó Addie. Jamás habíamos hablado con una voz tan brusca y fría. Nunca en la vida—. ¿Qué dijo exactamente?

—Que seríamos buenas candidatas para la cirugía.

Nos ardían los brazos y las piernas donde el cristal los había herido, pero, aparte del tajo de la mano, ninguno de los cortes parecía muy profundo. Addie se dejó caer sobre una de las camas y manchó la colcha de sangre.

—No pueden —dijo sin pararse a pensar—. ¿Por qué vosotras? ¿Por qué no nosotras? De hecho, éramos nosotras... era yo la que...

Lissa seguía de pie. Ya no lloraba, pero habló con una especie de sofoco ardiente:

—Addie, ¡mírame!

La miramos. Y vimos sus gafas de montura negra con los brillantitos de fantasía, su espeso pelo rizado, sus largas manos, sus pies pequeños y su nariz afilada.

—Addie —prosiguió, ahora con voz cansada, muy cansada—. Mi padre no puede encontrar un trabajo decente porque nadie quiere contratarlo. Los padres de mi madre nos mandan dinero porque están forrados y al menos así creen que limpian su conciencia, pero no conozco a nadie de mi familia materna. Jamás han querido conocernos.

Se acercó y se sentó junto a nosotras en el borde de la cama; arrugó la sábana y presionó el corte de nuestra mano para contener la hemorragia. Addie se estremeció de dolor, pero no apartó la mano.

—Addie, ¿es que no te das cuenta? —prosiguió—. Creen que nuestras vidas no valen nada porque somos híbridos, pero para nosotros es aún peor. Si te operan a ti, sí puede importarle a alguien. Si tus padres protestan y arman un escándalo, habría una pequeña oportunidad de que alguien los escuchase. —Tomó aire con un estremecimiento—. Pero ¿y si nos pasa a nosotras? ¿O a Devon y Ryvan? A nadie le importaría lo más mínimo.

Quería decir que a nadie le importaría una niña híbrida y medio extranjera. El Gobierno podía hacer lo que le viniera en gana y nadie diría ni media palabra.

Podrían aniquilar a los Mullan, echarlos de su casa, quitarles hasta el último céntimo, meterlos en la cárcel con cualquier excusa legal, y a nadie le extrañaría, nadie iba a cuestionarse nada. Casi se lo esperaban. Podía oír los rumores que correrían, el alivio general. «Siempre supe que eran raros —dirían—. ¿No te lo dije muchas veces? Una familia así... Algo raro tenían».

—No es cierto —dijo Addie—. Estás equivocada.

No recordaba cuándo Addie había abrazado a alguien, aparte de mis padres y Lyle, con ganas, de corazón. Pero lo hizo con Lissa.

—Oye —dijo Lissa en voz baja—, que la que te metió en este lío fui yo.

En ese momento, con la barbilla apoyada en el hombro de Lissa, por la ventana rota vimos una enfermera al otro lado del patio. Nos estaba mirando. No distinguimos su expresión, pero sí vimos el inconfundible destello de su *walkie-talkie* negro. La lógica llamada para pedir ayuda.

Addie se echó hacia atrás de un saltito. Lissa dio un respingo y siguió nuestra mirada.

—Tienes que volver a tu cuarto —dijo, y se echó a reír ante lo absurdo de su sugerencia. Como si fuese a servir de algo, teniendo en cuenta el estado de las ventanas y el de nuestros brazos y piernas.

*Arrima la cama contra la puerta*, dije. Addie no vaciló y arrastró a Lissa con nosotras. Aún nos sangraba la mano, pero no había tiempo para eso.

—Ayúdame a mover esto. —Addie agarró un extremo de la cama y trató de hacer caso omiso de la nueva punzada de dolor—. Date prisa.

El somier de acero pesaba más de lo que parecía y chirrió de lo lindo. Casi no teníamos fuerza suficiente y cuando por fin conseguimos pegar la cama a la puerta, Addie estaba jadeando. Soltó el somier para apartarnos el pelo de la cara e intenté no fijarme en las manchas de sangre que habíamos dejado en el metal.

—Ahora la otra —dijo Addie, y poco después tuvimos la segunda cama arrimada a la primera.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Lissa.

Buena pregunta. Las camas atrancaban la puerta, sí, pero eso solo les impediría el paso durante un rato. Addie fue hasta la ventana. Volver a nuestra habitación no iba a aportar ninguna ventaja, además de que la puerta estaba cerrada con llave. Nos encontrábamos a una altura de tres pisos sobre el hormigón caliente. Quizá podríamos romper la ventana de la habitación contigua a la de Lissa y escapar por allí, pero justo cuando Addie se disponía a levantar una mesilla de noche, oímos que alguien llamaba a la puerta de Lissa.

Hacia abajo era imposible. Hacia los lados, inútil.

Me vino a la memoria un recuerdo borroso, algo que habíamos visto y que tenía que visualizar de nuevo. Algo importante.

—Addie... —dijo Lissa cuando se redoblaron los golpes y se oían gritos de «¡Abrid o derribaremos la puerta! ¡Apartaos!»—. ¡Addie!

Y entonces lo recordé. El primer día, antes de pisar por vez primera los asépticos pasillos de la clínica, habíamos visto a alguien en el tejado.

*Arriba, dije. ¿Podemos subir?*

Addie se asomó a la ventana y estiramos el cuello. Sí... bueno, quizá sí. Había una estrecha cornisa por encima de la ventana, a poca distancia, y si teníamos cuidado, mucho cuidado, podríamos encaramarnos y desde allí subir al tejado.

Era una locura diez veces peor que la de colarnos en la habitación de Lissa por la ventana, pero ahora que sabíamos lo que planeaban hacerle a nuestra amiga, ¿cómo íbamos a quedarnos mano sobre mano esperando que se la llevaran?

—Vámonos. —Addie tomó a Lissa de la mano y se dirigió a la ventana como un rayo—. Nos vamos para arriba.

—¿Arriba dónde? —gimió nuestra amiga.

—Al tejado —precisó Addie mientras los golpes sonaban cada vez más fuertes y pautados, como si fuesen de un ariete. Las camas se iban apartando centímetro a centímetro.

—¿Y qué vamos a hacer en el tejado? —preguntó Lissa con los ojos muy abiertos—. Nos quedaremos atrapadas ahí.

Addie le habló sucintamente de los hombres que habíamos visto el primer día.

—Tuvieron que llegar ahí de alguna manera, y no a base de romper ventanas. Así que también ha de haber una manera de bajar al suelo.

—¿Y si tenían una escalera? —dijo Lissa—. ¿Y si ahora bloquean todas las bajadas? Y además no podemos dejar a mi hermano...

La puerta se abrió varios centímetros más.

*No tenemos tiempo para discutir, advertí.*

—No hay otra salida —dijo Addie—. Yo iré primero. Luego tiraré de ti para ayudarte. Lissa... Lissa, escúchame.

—Pero Devon y Ryan...

—¡Lissa, escúchame! —gritó Addie—. Ellos querrían que tú escaparas. Solo podrás ayudarlos si sales de aquí.

Lissa echó una última mirada a la puerta con los labios apretados y asintió. Addie respiró hondo.

Rezamos para que la última cosa que viésemos en esta vida no fuese la fachada lateral de la Clínica Psiquiátrica Normand mientras caíamos en picado hacia el suelo.

—Cuidado —susurró Lissa cuando Addie comenzó a sacar el cuerpo por la ventana con cautela. Nunca habíamos sido demasiado atléticas. No practicábamos ningún deporte ni corríamos, ni siquiera íbamos a clases de baile. Lo que sí habíamos hecho infinidad de veces de pequeñas era trepar por los árboles del parque. A mí me

encantaba, en especial la sombra del follaje, la textura de las cortezas, el olor a savia, tierra y sol.

Me imaginé que estábamos subiendo a un árbol mientras Addie intentaba agarrarse a la cornisa por encima de nuestra cabeza; apretó los dientes cuando se raspó la mano herida contra el hormigón. Dependíamos de nuestros brazos para elevarnos; nosotras, que jamás habíamos hecho una sola flexión en el gimnasio. Claro, tampoco habíamos tenido la motivación de unos guardias de seguridad pisándonos los talones. Mientras yo musitaba unas palabras de aliento y rezaba y confiaba en la suerte, Addie alcanzó la cornisa con una mano, se aferró con todas nuestras fuerzas y nos impulsó con los pies.

Hubo un terrible momento de ingravidez, de estar suspendidas en el aire, de no saber, de forzar al máximo brazos, codos y dedos para conseguir encaramarnos. De pánico ciego y de pensar «se acabó, aquí se acaba todo». Entonces dejamos de resbalar y Addie consiguió aferrarse con seguridad. Y con un impulso sobrehumano que hizo rechinar nuestros músculos, nos elevó hasta la cornisa.

El cielo estaba inundado de rojos y violetas, pero no era momento para embelesarse en su contemplación. Ni siquiera había tiempo para recuperar el resuello.

—¡Lissa! —llamó Addie, y alargó el brazo—. ¡Agárrate de mi mano!

Tiramos de ella y la subimos hasta donde nos encontrábamos justo en el momento en que la puerta se venía abajo.

El viento nos azotaba la cara mientras corríamos por el tejado y nos despejaba el sudor de la frente, las sienes y el cuello. Nuestros pasos sonaban estrepitosos y nos dolía todo, pero no podíamos parar. Había que encontrar una forma de bajar de allí, fuera la que fuese.

Era un tejado enorme y presentaba obstáculos. El edificio de la clínica tenía ángulos caprichosos, con prominencias extrañas que ocultaban de la vista parte del tejado. No nos atraía la idea de mirar hacia abajo desde el borde, pero tuvimos que hacerlo para buscar algún tipo de escalera de incendios o algo. Cualquier cosa.

*¡Allí!, exclamé. Allí, a la izquierda. ¿Qué es aquello?*

Los últimos rayos solares le arrancaron un destello. Era algo de metal. Addie corrió hacia allí, pero Lissa llegó antes. Era una trampilla. Una trampilla que conducía al interior del edificio.

Y justo cuando Lissa se agachó para tirar del asa, la trampilla se abrió de golpe y emergió un guardia de seguridad.

Lissa reculó con un movimiento brusco y quiso correr hacia nosotras, pero el guardia la retuvo por la cintura. Ella gritó y nosotras nos abalanzamos contra el hombre, que soltó un gruñido aunque no pareció afectado por nuestra embestida.

—¡Suélteme! —gritaba Lissa sin dejar de agitarse y patalear.

—¡Las tengo! —anunció el guardia.

El tejado fue un estruendo de pasos a la carrera. Un segundo después nos acorralaron dos hombres de uniforme negro y gesto hosco.

—¡Déjeme! —chillaba Lissa—. ¡Suélteme!

—Cálmate —dijo uno de los hombres sin dejar de mirarnos—. Nadie quiere hacerte daño.

Cada vez se acercaba más. Nosotras retrocedimos. Un paso. Dos.

—Suéltela —exigí con la mirada puesta en Lissa—. Le está haciendo daño.

—No te preocupes —dijo el hombre sin dejar de avanzar con cautela. Otro paso. Y otro.

Lissa chilló más. Me asusté y retrocedí dos o tres pasos precipitadamente. Con un repentino escalofrío me di cuenta de que detrás de mí ya no había nada. Todo empezó a dar vueltas y nos tambaleamos intentando recuperar el equilibrio. El hombre nos tendió una mano y logramos agarrarla.

—¡Addie! —gritó Lissa.

El cielo tenía un tono púrpura intenso.

Respiré por última vez. Y sentí los dedos del guardia de seguridad resbalar entre los nuestros cuando caímos de espaldas al vacío.

¡Eh, oye! ¿Te acuerdas?

¿Te acuerdas de cuando teníamos siete años y aquellos niños nos encerraron en un maletero?

Estábamos jugando al escondite, ¿recuerdas?, y aquel niño (¿cómo se llamaba?) nos dijo que nos metiésemos en el maletero porque allí no nos encontraría nadie.

Y tenía razón, ¿verdad?

No nos encontró nadie.

Durante horas.

Despertar. Presión. Presión y dolor en la cabeza. Mareo. Náuseas. Intentamos movernos... Lissa y Hally. El hombre las había atrapado. Intenté moverme. Veía todo borroso.

¿Lissa?, llamé. Unas manos nos obligaron a tumbarnos de nuevo, nos sujetaron para mantenernos inmóviles. Una nueva punzada de dolor. Algo tiró de nosotras desde abajo y nos sumió en la oscuridad. *Chsst, chsst...*

Desperté, arrastrada de una oscuridad a otra. Tardé solo un momento en recordar qué había ocurrido. Los recuerdos de aquel día se mezclaban con los del anterior, como un escurridizo pez plateado en un estanque turbio. Pensar resultaba difícil. Solo pensamientos vagos, dispersos. Pero uno predominó sobre los demás.

Lissa. Los hombres de uniforme negro que nos acorralaban en el tejado: uno de ellos la había atrapado mientras ella gritaba y se retorció.

Me incorporé de repente y estuve a punto de gritar debido a la sensación de náusea que nos aprisionaba el cráneo como un puño de hierro. Nuestra respiración era poco profunda. Nos retumbaba la cabeza, cada latido enviaba otra punzada de dolor que nos hacía estremecernos.

No estábamos en nuestra habitación. Algo crujió bajo nuestro cuerpo. Papel.

Me sujeté la cabeza con las manos y bajé a trompicones de la camilla de reconocimiento; a punto estuve de caer al suelo. Me toqué algo blando y esponjoso sobre la sien derecha. Un vendaje. Hice una mueca de dolor. Tenía más vendajes en las piernas y otro en la mano izquierda, y...

Un momento: era yo quien se estaba moviendo.

Entonces Addie...

Oh, no, Dios, no.

¡Addie!, grité. ¡Addie!

Me respondió.

*Estoy... Estoy aquí.*

Nos pusimos en cuclillas y comprobamos que estábamos ambas bien, que seguíamos vivas, presentes y ahí. El vendaje se rasgó al quitárnoslo, y casi lloramos de dolor cuando nuestros dedos rozaron la herida abierta que había debajo, pero solo era eso: una herida. Ni siquiera tenía puntos. Ni cirugía. Temblé de alivio y debilidad.

—¿Lissa? —susurró Addie.

No hubo respuesta. El dolor fue remitiendo y volvimos a ponernos en pie. Mantuvimos el equilibrio y miramos alrededor. Una gran lámpara con brazo giratorio, monitores, bandejas plateadas, la mesa de operaciones.

Un quirófano.

*Vamos, dije. Salgamos de aquí ahora mismo.*

Se dirigió a la puerta dando tumbos y la abrió de un tirón.

El pasillo estaba en penumbra, solo iluminado por los pilotos de emergencia. Addie miró a derecha e izquierda y mantuvo la puerta entreabierta con el hombro. Aquella luz enfermiza y pálida no alumbraba mucho. La oscuridad reinaba en ambos extremos del pasillo. Aparte de un leve zumbido, todo estaba sereno y en silencio.

Addie salió con cuidado y cerró la puerta sin hacer ruido. No reconocimos aquel pasillo.

*¿Hacia dónde?*, preguntó Addie.

Me daba igual y así se lo dije. Era difícil pensar con lucidez. Aún nos retumbaba la cabeza y teníamos fuertes oleadas de náuseas. La mano herida nos palpitaba.

Addie dudó un instante y luego giró a la derecha. El silencio amplificaba nuestra respiración, el roce de la ropa, las pisadas. El pasillo estaba flanqueado por una serie de puertas a cada lado. Como personas. Como soldados.

¿Estaría Lissa en uno de aquellos cuartos? ¿Y Ryan? ¿Se lo habrían llevado también? Addie consultó el chip, aún metido en un calcetín, pero estaba frío y apagado. Dondequiera que estuviese, no era un lugar cercano.

Si estábamos en el tercer piso, era un ala que nunca habíamos visitado. Las paredes parecían distintas; más austeras, en cierto modo. Quizá solo fuese por aquella luz cetrina. Las puertas, sin embargo, eran de metal y no de madera como las de la zona que conocíamos, y no había ni una ventana.

Addie mantuvo la mirada en una puerta, como si mirándola fijamente pudiera hacer que Lissa saliera de esa habitación. A un lado tenía lo que parecía un pequeño altavoz con dos botones negros; al otro lado, un botón rojo y triangular. La puerta era lisa, a excepción del rótulo S42 en la parte superior del marco y un pequeño panel rectangular a la altura de los ojos. Sobre el pomo de la puerta había un teclado numérico en lugar de una cerradura normal.

*Me parece que el panel es un ventanuco*, dije.

Addie asintió y agarró el frío tirador metálico del panel. Miraríamos en todos los

cuartos si fuese necesario, si eso nos permitía encontrar a Lissa y Hally. Pero eran muchos. ¿Con qué nos toparíamos antes de encontrarlas?

Tragamos saliva.

*¿Preparada?*, preguntó Addie.

*Preparada.*

Tiró. El panel se deslizó hacia un lado con suavidad y descubrió el cristal que había detrás.

Al principio solo vimos un pequeño punto de luz envuelto en la oscuridad, pero enseguida nos dimos cuenta de que era una lamparita de noche, una lamparita infantil en forma de barco velero. Iluminaba el rincón más alejado de la puerta, pero la habitación no era grande; nuestros ojos acabaron de adaptarse a la penumbra y entonces vimos la cama.

Y al niño que estaba sentado en ella.

Tenía la cabeza gacha y los hombros ligeramente hacia delante. Sus delgadas piernas colgaban sobre el borde del colchón. No distinguíamos bien la cara, apenas lo suficiente para ver que...

*Está diciendo algo*, susurró Addie. *¿Lo ves? Está moviendo los labios.*

Pero lo que el niño estuviese murmurando no tenía la menor posibilidad de atravesar la gruesa puerta.

*El altavoz*, dijo Addie. Se acercó a la pequeña rejilla circular y a los botones que la acompañaban. Ninguno de ellos marcaba su función. Pulsó el de la izquierda antes de que me diera tiempo a protestar.

Al instante, una voz de niño surgió del altavoz:

—... y... eeh. Y... eeh... ellos, el... el día anterior. Anteayer. Nosotros... nosotros... eeh... otra vez. Otra vez y, eeh... cuando ellos...

Addie volvió a pulsar el botón. La voz se cortó.

Guardamos silencio un momento.

Volvimos a fijar la vista en la ventanita y en el niño, que continuaba murmurando en el interior.

*¿El otro botón nos permitirá hablar?*, me pregunté.

Así fue. Se oyó un chasquido y un pequeño ruidito cuando Addie lo presionó.

—¿Hola? —susurró.

El niño levantó la vista.

Y al momento reconocimos al niño de la camilla. A Jaime Cortae. Edad: 13 años. Hispano. Jaime y Jaime. Antes y después.

Cirugía.

Jaime, que se levantó y se acercó a la puerta cojeando. Se escoraba tanto a cada paso que parecía un barco a punto de zozobrar. Pero le brillaban los ojos y, cuando se subió a algo que había detrás de la puerta y apoyó la frente contra el cristal, vimos



una sonrisa en su rostro.

Y, oh Dios —oh, Dios mío—, la larga y curvada cicatriz de la incisión. La cabeza medio afeitada. Las grapas en el cuero cabelludo que cerraban la herida.

Se nos revolvió el estómago y notamos un sabor ácido en la garganta.

Él movía la boca con más energía que antes; la abría y la cerraba. Cuando vio que lo estábamos observando, movió un brazo muy nervioso y ladeó la cabeza.

*El altavoz, logró decir Addie. Quiere que lo oigamos.*

Pero cuando apretamos el botón adecuado, lo único que oímos fueron más frases sin sentido:

—Yo... siempre, yo... y, eeh, eeh... por favor... yo, yo... necesito...

El pasillo nos devolvió el eco de sus palabras febriles.

Jaime se echó a reír; o a llorar; o las dos cosas a un tiempo. Apartó el rostro del cristal y dio la espalda al altavoz, así que no era fácil saberlo. Lo único que veíamos era el temblor de sus hombros. Y sus sacudidas. No paraba de dar sacudidas. Luego volvió a pegar la boca al altavoz.

—Se ha ido... ido... ellos... me lo arrancaron —susurró—. Lo sacaron. Él... —gimió— se ha ido.

Addie cerró la ventanita de golpe.

Una terrible sensación de náusea paralizante nos dejó sin aire en los pulmones. Logramos sobreponernos y echamos a correr por el pasillo con un agudo dolor en todo el cuerpo. La voz débil y balbuceante de Jaime seguía resonando en nuestros oídos, latía en nuestras venas, vibraba en nuestros huesos.

Apretamos el paso hasta que nos topamos contra alguien que también recorría presuroso el pasillo, pero en dirección contraria.

La doctora Lyanne dejó escapar un grito, pero logró retenernos agarrándonos de la muñeca. Chillé.

Todo era sudor frío, miedo ardiente e incapacidad de respirar.

«Se ha ido».

«Se ha ido». «Se ha ido».

Su alma gemela, nacida con sus dedos intangibles entrelazados con los suyos... Se la habían arrancado. La cirugía había tenido éxito, si es que eso se podía llamar así. ¡Éxito!

La doctora nos inmovilizó y exclamó:

—¡Cálmate! Cálmate. Cálmate.

Oímos que alguien lloraba, y solo cuando la niebla se despejó un poco, cuando el dolor comenzó a ceder, cuando fuimos capaces de respirar, de por fin respirar de nuevo, nos dimos cuenta de que no éramos nosotras: habíamos olvidado desconectar el altavoz.

La mano de la doctora seguía aferrando nuestra muñeca como un grillete cuando

nos arrastró hacia el cuarto de Jaime. No queríamos ir, dominadas por el miedo y la vergüenza. Vergüenza por tener miedo. Por haber echado a correr. Por haber abandonado a aquel niño que estaba más solo que nunca en su vida.

—Jaime —le habló la doctora—, Jaime, chitón. —Nos soltó la muñeca con las prisas por marcar un código en el teclado numérico y abrir la puerta. Nos quedamos apoyadas contra la pared e intentamos controlar el mareo y el dolor que nos martilleaba las sienes. *Corre*, pensé, pero la orden no llegó a las extremidades—. Chsst, Jaime, cariño, no pasa nada. Tranquilo.

Poco a poco, nos separamos de la pared y nos asomamos a la puerta abierta.

La pequeña lamparita en forma de velero proyectaba una suave luz azulada. Junto con las luces amarillas de emergencia, fueron suficientes para mostrarnos a la doctora sentada en la cama, abrazando a Jaime y acunándolo con mucha, mucha ternura.

—Chsst, mi vida, chsst...

La doctora Lyanne nos examinó los ojos con una pequeña linterna de bolsillo. Addie entornó los ojos y se apartó, los dedos aferrados a la camilla de reconocimiento. Jaime se había tranquilizado y la doctora había vuelto a encerrarlo en su cuarto antes de llevarnos al quirófano donde habíamos despertado.

—¿Te notas mareada? —preguntó sin su habitual tono autoritario, como un cuchillo que hubiese perdido su filo—. ¿Tienes náuseas?

Addie se encogió de hombros, aunque nos estallaba la cabeza y teníamos el estómago revuelto.

—¿Dónde estamos?

—En el sótano.

—¿Y dónde está Li... Hally?

Ella se apartó y nos dio la espalda mientras trajinaba en una de las bandejas de material quirúrgico. Se le cayó una cosa y tuvo que agacharse a recogerla. Se movía con inseguridad, y su acostumbrada pose de compostura estaba hecha jirones.

—En la cama, probablemente. Es tarde.

¿Estaba mintiendo?

Addie tragó saliva y luego carraspeó con suavidad.

—¿Está bien?

La doctora respondió sin volverse:

—Bueno, no se cayó de ningún tejado, así que yo diría que está mejor que tú. Las dos habéis tenido suerte de no tener esquirlas de cristal bajo la piel.

—Pero ¿está bien? —insistió Addie—. ¿Está en su cuarto? ¿No la han operado? ¿No la han sometido a cirugía?

La mujer nos miró con dureza. Quizá no deberíamos haberle revelado todo lo que sabíamos, pero en ese momento no nos importó.

—Está bien —confirmó.

Addie bajó la mirada y recorrió con la vista la suave tela azul de nuestra falda, el charol de imitación apagado de nuestros zapatos del colegio. Nuestros calcetines negros. Aún teníamos el chip escondido junto al tobillo. El chip de Ryan. Deslizamos los dedos sobre él y recorrimos su contorno. No emitía ningún destello. Pero su tacto y solidez nos infundieron fuerzas para decir:

—Ese niño era Jaime. —La doctora Lyanne se quedó paralizada—. No ha vuelto a su casa. Lo vimos el primer día. Él... —Alzó la vista y miró a la doctora a los ojos. Susurró con voz ronca—: Lo han operado. Usted...

La mujer alargó el brazo y nos agarró del cuello de la camisa para atraernos hacia ella.

—No —dijo—. Yo no he tocado a Jaime Cortae. ¿Entiendes? Jamás he puesto un dedo encima de ninguno de estos niños. Yo no he hecho nada de eso a ninguno de vosotros: no he recetado vacunas, ni he usado el bisturí ni...

—Entonces ayúdenos. No deje que se lo hagan a Lissa... No puede dejar que se lo hagan...

El enfado fue desapareciendo de los ojos de la doctora para dar paso a una expresión más sosegada.

—Os estoy ayudando. Ya sabéis lo que hacen con los niños como vosotras: los tiran a un contenedor en medio de la nada y se olvidan de que alguna vez han existido. Yo trabajo aquí porque estamos intentando mejorar las cosas. Estamos tratando de encontrar otras maneras de curaros. ¿Es que no lo ves?

—¿Igual que curaron a Jaime?

Las mejillas de la mujer se convirtieron en dos manchas rojas que contrastaban con su piel clara. Abrió los ojos con expresión dura.

—Estamos mejorando. Hemos conseguido grandes avances. Algún día...

—Algún día —espetó Addie—. ¿Y ahora? ¿Ahora qué va a pasar con Lissa?

—No se trata de Lissa, de ti o de mí. Se trata de lo que es mejor para todos. Para el conjunto del país.

Nos miró y le sostuvimos la mirada, ambas con respiración enérgica.

—¿Cómo era? —preguntamos. Ella nos miró en silencio y su rostro se tensó en una expresión flemática e impasible—. Su alma gemela. La que usted perdió. ¿Se acuerda siquiera de su nombre?

No respondió.

—Ayúdenos —rogamos, y le apretamos el brazo con fuerza—. Por favor.

Pasamos aquella noche en el sótano, acurrucadas en la habitación enfrente a la de Jaime y escuchando nuestra propia respiración en medio de la oscuridad. Poco a poco fue cediendo el malestar y nos fuimos adormeciendo. Pero cada vez que nos dormíamos, la doctora Lyanne venía a despertarnos. Decía algo sobre traumatismo craneal y sobre asegurarse de que no habíamos sufrido daños cerebrales.

Daños cerebrales. Era para reírse, y ella torció el gesto.

Nos dormíamos y nos despertaban, nos dormíamos y nos despertaban, los sueños se entretejían con la realidad y la realidad se fundía con los sueños. No sé si fue sueño o realidad cuando nos levantamos en plena noche y, por la ventanita de la puerta, vimos la puerta de la habitación de enfrente abierta de par en par. La lamparita del velero. La silueta de una figura sentada en el borde de la cama, abrazada a un niño que no hacía más que balbucear palabras sin sentido sobre alguien que ya no existía.

Quizá fuese real. O quizá fuesen mis deseos, que se manifestaban como sueños. Nuestros recuerdos de mamá sentada en la cama de Lyle cada vez que estaba enfermo. O en la nuestra cuando nosotras teníamos fiebre.

Estábamos demasiado confundidas como para saberlo con certeza.

Pasó la noche, aunque no había manera de asegurarlo estando bajo tierra. No había ventanas. Ni sol. Ni siquiera el ajetreo de médicos y enfermeros que marcaban el inicio de una nueva jornada en la Clínica Normand en los pisos altos del hospital. No, allí abajo el único modo de saber que tocaba levantarse fue la voz de la doctora Lyanne cuando vino a llamarnos.

Estábamos agotadas tras el ciclo de dormirnos, despertarnos, dormirnos, despertarnos, pero ella tenía aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche. Nos dijo que en principio estábamos bien y que volveríamos con los demás niños a la hora del desayuno.

*Ryan*, dije cuando por fin lo vimos en el comedor y, a juzgar por su expresión, también él se tranquilizó al vernos. Nuestros ojos rastrearon la mesa en busca de Lissa, pero no estaba. Cal sí estaba allí —daba igual lo que dijeran los médicos, era Cal—, con los ojos más pesados que nunca. Y también Kitty, con la mirada fija en su plato y movimientos mecánicos de una muñeca. Pero Lissa no estaba. Ni Hally.

Cuando Addie fue a sentarse al lado de Ryan, la enfermera lo impidió.

—Me han dicho que os mantenga separados —dijo con voz inexpresiva—. Busca otro sitio, cariño.

Ryan apretó los labios pero no protestó, se limitó a contemplar cómo Addie se dirigió a paso lento hacia el otro extremo de la mesa.

Aun así, la enfermera nos vigiló con su ojo de águila durante todo el desayuno. Addie mantuvo nuestra vista fija en la bandeja amarilla de comida industrial y nuestra

boca cerrada. Y cuando la enfermera llamó para que formáramos una fila, Addie ni siquiera intentó colocarse junto a Ryan. En la sala de estudio, se sentó con una de las niñas más pequeñas, frente a Bridget. Ninguna de ellas nos miró a los ojos. Ahora éramos como Cal: un peligro.

Aquella mañana se cumplía nuestro quinto día en la clínica. Tuve que volver a contar hacia atrás para saber en qué día de la semana estábamos: miércoles. Todos los días eran iguales. ¿Qué importaba si era lunes, martes o domingo? Se había terminado el ir andando al colegio, las risas en los pasillos en los cambios de clase, las carreras hacia la cafetería a la hora de comer. Solo había una silenciosa y lúgubre sala de estudio y catorce internos vestidos de azul Normand. Bueno, trece, porque Lissa y Hally habían desaparecido.

Me sorprendí preguntándome tonterías. ¿Qué clase de ropa se ponía Kitty antes de llegar allí? ¿Le gustaban los vestidos o, con tantos hermanos como tenía, insistía en llevar pantalones? ¿Y Bridget se ponía lazos negros en las trenzas porque le gustaban o porque había elegido precisamente los de ese color cuando se fue de casa?

Observamos a todos aquellos niños inclinados sobre sus redacciones y sus cuadernillos de trabajo sin sentido. Aún no sabía los nombres de la mayoría de ellos, con algunos no había cruzado ni una palabra, y un sentimiento de culpabilidad comenzó a provocarme un dolor físico. La mayor parte de ellos no eran mucho mayores que Lyle. Intenté mirarlos uno por uno y captar detalles de sus caras, de su pelo, de su modo de sentarse o dejarse caer en las sillas. Una niña tenía una maraña de rizos castaño claro. El niño que se sentaba a su lado tenía la cara pecosa y las uñas mordidas hasta la piel. Muchos llevaban zapatillas deportivas, pero unos cuantos calzaban zapatos de colegio, como nosotras. Una niña tenía puestas unas sandalias blancas, otra unos zapatos negros de vestir, como si la hubieran abducido cuando se encontraba en una fiesta y la hubieran traído a la Clínica Normand sin pasar por casa.

Pero con cada pequeño detalle que advertía de los niños híbridos que nos rodeaban, un pensamiento repulsivo crecía imparable en mi interior. ¿Cuántos terminarían como Jaime? ¿Cuántos sucumbirían bajo el bisturí, cuántas almas gemelas tendrían que despedirse entre susurros mientras la anestesia les robaba la fuerza de sus miembros?

*Lissa*, me repetía una y otra vez. Un gemido de miedo. No podía parar. *Lissa*, *Hally*.

Se nos rompió la punta del lápiz, y el señor Conivent se acercó para darnos un lápiz nuevo. Vestía la misma camisa blanca e impecable que llevaba el día que había ido a casa para apartarnos de nuestra familia. Aquella camisa como la nieve y el hielo: los puños con vuelta, el cuello duro. Se acercó a nosotras y se inclinó para susurrarnos al oído muy, muy bajito:

—Parece que hoy va a hacer un día precioso. —Y dejó caer el lápiz con la punta

hacia abajo para que nos pinchara la mano—. Un día perfecto para una cirugía.

En efecto, hacía un día precioso. Lo pudimos comprobar cuando la enfermera bajó con nosotros los tres pisos de escaleras y nos sacó fuera por la puerta de atrás. Una especie de agitación cundió entre los niños en cuanto pusimos el pie en la escalera después de la sesión de estudio, literalmente casi un zumbido de entusiasmo.

—Nos van a llevar al patio —susurró Kitty. Eran las primeras palabras que nos decía desde nuestro regreso, y aunque ni siquiera nos miró, al menos nos dijo algo, y debía de tener alguna razón.

¿Qué les habrían dicho las enfermeras a los demás niños, si es que les habían dicho algo? ¿Les habrían indicado que nos dejaran en paz, o habría sido una reacción natural? La reacción natural de evitar a los que causaban problemas, como Cal, como Eli, por miedo de que les metieran a ellos en algún lío.

El patio era mucho más grande de lo que parecía visto desde el tercer piso. La valla de tejido metálico se alzaba al menos un metro y pico por encima de nuestras cabezas, y no había portón de salida. Nos habían dejado salir de una jaula para meternos en otra. Pero mientras el interior del hospital era aséptico y frío, al menos alguien había procurado que el patio pareciese acogedor. En cualquier caso, estaba lleno de objetos propios de los juegos infantiles: un aro de baloncesto en una estructura desvencijada, un surtido de juegos de plástico para niños que incluso a Cal le resultaría complicado utilizar. El suelo tenía casillas medio borradas para jugar a la rayuela. En un rincón se alzaba una casita de juguete roja y rosa chillón, con sus puertas de plástico abiertas como en un bostezo. Y eso era solo lo que podíamos ver desde las escaleras; lo irregular del lateral del edificio hacía que algunas zonas del patio quedasen ocultas a la vista.

La enfermera se puso a repartir pelotas de goma y combas para saltar con mangos de plástico. Se las quitaron de las manos en cuanto las sacó de la bolsa. Luego, entre gritos y risas casi histéricas, todo el mundo se dispersó. Kitty volvió la cabeza para mirarnos, dudó, y al final se fue con los demás.

En nuestra mente aún resonaban las palabras del señor Conivent. ¿Dónde estaban Lissa y Hally? ¿Había mentido la doctora Lyanne cuando nos dijo que estaban bien? ¿Cómo podían estar bien si las tenían ocultas de aquella manera, apartadas del grupo?

Vimos a Ryan al otro extremo del patio, medio oculto por un saliente del edificio, en el pequeño espacio entre la pared rugosa y la valla. La enfermera estaba intentando poner orden en una discusión entre dos niños por una pelota. Addie aprovechó la oportunidad para escabullirse hacia él.

—¡Addie! —exclamó Ryan en cuanto llegamos como una flecha a la sombra del edificio. Estaba apoyado en la pared, pero se inclinó hacia delante para hablar—. Gracias a Dios. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y ella dónde está? ¿Dónde está mi

hermana? —Su mirada recorrió los vendajes que llevábamos en la frente, la mano y las piernas—. ¿Qué ha pasado?

—No sé dónde está Lissa —contestó Addie.

Él se quedó perplejo. Su angustia hizo que algo en mi interior se retorciese tanto que temí que me fuera a romper.

—¿Cómo no vas a saberlo? Estaba contigo. ¿O no?

Addie le contó cómo habíamos llegado a la habitación de Lissa por la ventana. Cómo habíamos huido hacia el tejado. Cómo nos habíamos caído para luego despertar en la oscuridad. Qué —y a quién— habíamos visto.

Le contó la terrible información que había desencadenado todo aquello. Lo que habíamos descubierto en el despacho de la doctora Lyanne; lo de las vacunas; lo de Eli y Cal. Lo que el hombre de la comisión evaluadora había dicho cuando encerraron a Lissa en su cuarto.

Addie hizo una pausa para respirar y Ryan se limitó a seguir mirándonos, sin moverse. Hacía un calor increíble, incluso a la sombra del edificio. Teníamos la blusa pegada a la piel a causa del sudor. Addie repitió, en el tono justo para que él oyese, lo que Conivent nos había dicho al oído aquella mañana.

Durante una larga pausa —una larga e insoportable pausa— nadie dijo nada y el mundo entero se paralizó.

Luego Ryan preguntó:

—¿Le diste tu chip?

Addie bajó la vista al calcetín. No, no se lo habíamos dado. Ni se nos había ocurrido; nuestro silencio lo dijo todo.

—¿Por qué no se lo diste? —añadió Ryan. De pronto empezó a moverse nervioso, haciendo leves movimientos con las manos y los pies, como si quisiera echar a andar o frotarse las sienes o algo así, pero los interrumpía casi en el momento de iniciarlos. Miró hacia arriba, luego hacia abajo, con la boca ladeada, los labios apretados—. Para eso son, Addie. Para que cada uno pueda saber dónde está el otro. Para no perdernos...

Las mandíbulas empezaron a dolernos de tanto apretarlas.

—Ni siquiera se me ocurrió, ¿vale?

Ryan se llevó el puño a los labios.

—Creí que estaba contigo. Podría estar en cualquier parte. Podrían estar...

—Y yo estaba cayéndome del tejado —espetó Addie—. En aquel momento estaba un poco ocupada.

Ryan no fue capaz ni de gritar. Se controló lo suficiente para replicar en tono bajo, pero le temblaba la voz:

—¿Demasiado ocupada para salvar a mi hermana?

—Ryan, eso no es justo —salté yo, y me mordí la lengua. Porque lo había dicho

yo. No tuve tiempo para ser consciente de lo que estaba haciendo ni de cómo lo había hecho ni de lo que eso significaba ni de nada en absoluto, porque Ryan estaba siendo injusto y Addie se estaba enfadando y yo logré, al límite, sí, pero logré asumir el control. Estaba temblando a causa de la tensión de mantenerme erguida, de hablar y pensar y observar y reaccionar y moverme. Añadí—: Así no estás ayudando, Ryan. Esto no ayuda en nada. No le dimos el chip. Lo siento. Pero ahora ¿qué? Ahora ¿qué?

Nos observó con atención. En un tono que no comprendí ni intenté comprender, porque ya tenía bastante con emplearme a fondo para tener todo bajo control, dijo:

—¿Eva?

Fue una sensación curiosa, como nadar en melaza. Notaba nuestras extremidades pesadas, espesas. No podía moverme, pero por lo visto Addie tampoco. Estábamos como atascadas en un punto medio. El corazón nos latía a un ritmo febril, la única parte de nuestro cuerpo que se movía. Estábamos petrificadas, sudando bajo aquel calor, con nuestra mano sana apoyada en el muro del edificio, notando cómo su textura granulosa y áspera se nos clavaba en la palma.

*Addie*, llamé.

Entonces Ryan tomó nuestra mano vendada entre las suyas. Si alguna — cualquiera de las dos— hubiera tenido un control pleno, quizá nos habríamos estremecido de dolor cuando sus dedos presionaron la herida con demasiada fuerza. Pero estábamos estancadas en aquel punto medio, en aquel terrible punto medio, y el dolor quedó amortiguado por la batalla que se estaba librando en nuestra mente. El contacto de los dedos de Ryan me resultó familiar, fue el mismo que había sentido la primera vez que me encontré sola en nuestro cuerpo, ciega y con la impresión de que no había nada que me mantuviese anclada al mundo. Luché para seguir al mando, para cerrar mi mano en torno a la suya, porque tenía que tranquilizarse. Tenía que ser capaz de pensar. Teníamos que salvar a Lissa y Hally.

Pero no podía; no podía apretarle la mano, porque Addie estaba luchando por lo contrario.

—Addie, por favor, déjala —rogó Ryan en voz baja; todo lo que decíamos tenía que limitarse a un susurro. Pero sus palabras fueron muy claras—. Deja que Eva asuma el control. Solo un momento, ¿de acuerdo?

Addie se echó a llorar. Pero ya no controlaba nuestro cuerpo con fuerza suficiente para que las lágrimas aflorasen. Su llanto fue silencioso e invisible, para todos menos para mí. Igual que el mío lo había sido para todo el mundo excepto para ella durante todos aquellos días, semanas y meses después de asentarnos. Después de quedar relegada a un rincón y encerrada en mi propio cuerpo, como si mi piel fuese una camisa de fuerza y mis huesos los barrotes de una cárcel.

Me dejé ir.

—Suéltame —dijo Addie entre dientes. Nos ardía la cara. Nos ardía todo el



cuerpo. Volvió la espalda a Ryan, que nos soltó la mano sin rechistar.

Addie se giró hacia la valla con respiración agitada y los brazos tensos a nuestros costados. Sus emociones chirriaron al rozar las mías, tan entremezcladas que no fui capaz de distinguirlas. Contempló el aparcamiento. El metal caliente nos presionó el rostro y aferramos el tejido metálico con tanta fuerza que los eslabones nos dejaron marcas en la piel.

El fuego comenzó a apagarse, reemplazado por un malestar profundo y frío. Como ruido de fondo se oían los gritos y las risas de los niños por todo el patio.

—Lárgate —dijo Addie. Cerró los ojos, perdida por un momento en el torbellino de nuestra propia mente. Cuando volvió a abrirlos, vio que Ryan se había quedado a un par de metros de nosotras y seguía observándonos—. No soy ella —dijo entonces con la cara contraída—. No soy Eva. Así que... basta... basta ya...

Ahora sus lágrimas eran de verdad, resbalaban por nuestras mejillas. Ryan vaciló, pero Addie lo miró furiosa y él terminó por desaparecer tras la esquina del edificio.

Noté cómo Addie se aislaba en un espacio vacío y yermo. Un lugar seguro, silencioso, dormido y frío. Comenzó a dolernos el pecho. Nuestra respiración se hizo entrecortada. Una extraña ráfaga de viento levantó la tierra del suelo junto a la valla y la hizo girar en espiral en torno a nuestros zapatos y calcetines.

*Addie, dije con voz suave, colándome por los resquicios del confinamiento que se había autoimpuesto. Noté cómo se estremecía en nuestro interior, cómo se encerraba en sí misma e intentaba dejarme fuera. Addie, lo entiendo. En serio. Lo entiendo.*

Si yo asumía el control y Addie lo perdía, yo sería ella y ella sería yo: se quedaría inmovilizada. Podría ver y oír, pero paralizada. La entendía.

*Yo no voy a forzar nada, continué. ¿Addie? ¿Me oyes? Nunca. Nunca jamás.*

No respondió y siguió con la vista clavada en la valla, sin expresión. Había unos cuantos coches aparcados cerca del edificio y un poco más allá una furgoneta negra. El patio trasero de Normand no era la joya verde y perfecta de la zona de entrada. Un mensajero descargaba cajas de la furgoneta con la gorra calada hasta las cejas para protegerse del sol inclemente. Hizo movimientos circulares con los hombros, estiramientos con los brazos y flexiones con los dedos antes de levantar una voluminosa caja y llevarla en brazos hacia una puerta lateral. El trayecto lo condujo a solo unos metros de nosotras. Lo observamos en silencio. El hecho de prestarle atención significaba que no teníamos que prestarnos tanta atención la una a la otra, podíamos hablar sin escudriñar el alma de la otra.

*Podemos esperar, dije. No me importa.*

*Pues claro que te importa, respondió, rompiendo nuestra precaria paz. Se nos encogió el corazón. Cerró los ojos. Tú quieres moverte. Quieres tener el control. Quieres... Quieres asumir el control cada vez que él se acerca. Y yo... Respiró hondo; nos dolían los músculos por la tensión de las extremidades. Y yo...*

Algo golpeó la valla y nos hizo salir sobresaltadas de las profundidades de nuestra mente. Volvimos de golpe al mundo circundante: al patio, al aire seco y caliente, a los eslabones de metal que sujetábamos. A la valla. Algo se había quedado enganchado allí, un trocito cuadrado de cartón empujado por el viento. Nos inclinamos para intentar atraparlo. Teníamos la mano lo suficientemente pequeña como para pasarla por la alambrada. Soltamos un gemido cuando la retiramos y el áspero alambre nos arañó la piel.

La frase inconclusa de Addie seguía suspendida entre nosotras, como el humo o una telaraña: *Y yo... Y yo...* Pero quedaría inconclusa para siempre. Leímos el mensaje garabateado con rotulador negro en el trozo de cartón.

Addie y Eva:

Queremos ayudaros a salir de aquí.

Addie alzó la vista, pero no vio a nadie. Solo los coches y el pavimento y el... el mensajero, que casi había llegado ya al edificio.

Vio que lo estábamos observando y sonrió.

Devon no se sentó junto a nosotras a la hora de la comida, y no supe a ciencia cierta si lo hizo para tener tranquilas a las enfermeras o para dejarnos tranquilas a nosotras. No. Para dejar tranquila a Addie. Porque ella no era yo y yo no era ella, y eso era bueno; pero en aquel momento nos sentíamos tan alejadas la una de la otra que temí que nos fuésemos a desgajar.

No conservamos el trocito de cartón. Era demasiado peligroso. Addie lo había escondido en el interior de nuestra camisa hasta que volvimos al interior del edificio, y una vez allí lo metió en el fondo del cubo de la basura del baño después de emborronar las letras con agua. Debería haberlo tirado al inodoro, pero podría haberse atascado en el desagüe. «Addie y Eva: Queremos ayudaros a salir de aquí».

La enfermera dio unas palmadas para que todo el mundo se levantase de su asiento y formase una fila en el pasillo. Devon nos dirigió una mirada fugaz, pero su expresión no transmitió nada. Luego apartó la vista y no pude hacer nada para volver a atraer su atención. De vez en cuando aún notábamos algo de mareo y todo se movía a nuestro alrededor si nos poníamos en pie con brusquedad. Nos dolían las extremidades. Durante la noche habían aflorado los cardenales, rojos y violáceos, en las piernas, en los brazos y alrededor del vendaje de la frente.

Devon estaba casi al principio de la fila, así que nos dirigimos hacia el final. Los otros niños seguían comportándose como si no existiésemos. Debíamos de tener una pinta horrorosa, casi de dar miedo. Por una parte, me alegraba de que nos dejaran en paz. Ya teníamos bastantes cosas en qué pensar.

El mensajero. Era el mismo que habíamos visto el primer día, los primeros minutos en la clínica. Entonces se había quedado mirándonos, y creímos que lo hacía porque éramos híbridas y sentía una curiosidad morbosa. Pero ¿y si había sido porque éramos híbridas y...?

«Queremos ayudaros a salir de aquí».

Pero seguramente no solo a nosotras. Se refería a todos. A todos los niños. Así que ¿por qué se ponía en contacto con nosotras, y por qué en ese momento?

¿Y a quién se refería con «queremos»?

¿Acaso importaba? Si iban a ayudarnos a escapar, ¿qué importaba quiénes eran?

Cerramos los ojos y tuvimos una visión fugaz de Jaime llorando en el sótano. «Se ha ido. Ellos me lo arrancaron. Se ha ido. Se ha ido».

Del señor Conivent en la sala de estudio, del lápiz pinchándonos la mano. «Un día perfecto para una cirugía».

Íbamos a salir de aquel lugar costara lo que costase. Y más importante, teníamos que sacar de allí a Lissa y Hally antes de que fuera demasiado tarde.

Chocamos contra la niña que caminaba delante de nosotras cuando se detuvo. Se

volvió solo el tiempo justo para fruncir el ceño y hacer un gesto expresivo en dirección a la enfermera, que se había parado a hablar con un celador. La niña, que tenía el pelo más rubio que habíamos visto en nuestra vida, tendría unos once años, la edad de Kitty. Muy mona, habría pensado en cualquier otra circunstancia. Pero en aquel momento lo único que hice fue intentar no imaginármela encerrada en el sótano en el cuarto contiguo al de Jaime, llorando y golpeando la puerta. O tendida en la mesa de operaciones, con su pelo ligero como una pluma a medio afeitar, ofreciendo su cráneo al bisturí.

Addie estuvo a punto de soltar un grito cuando alguien nos agarró de la muñeca. Pero gracias a Dios logramos contenerlo, porque cuando nos giramos vimos que era el mensajero —ojos azul pálido, nariz larga, flequillo desigual—, que se llevó un dedo a los labios y nos apartó del grupo un par de metros. A continuación nos hizo entrar por una puerta medio abierta.

Nos encontramos en una especie de armario empotrado que servía de almacén, rodeadas de estanterías colmadas de productos para la limpieza, fregonas y escobas. Todo despedía un olor extraño.

—No tenemos mucho tiempo —susurró el chico inclinándose hacia nosotras. Addie reculó instintivamente y casi tiró al suelo un bote de limpiacristales. El único punto de luz provenía de una linterna de bolsillo que él había encendido cuando cerró la puerta—. ¿Addie?

—Estoy escuchando —respondió. Entornó los ojos cuando la luz enfocó nuestra cara; el chico apartó la linterna hacia un lado—. ¿Quién eres?

A pesar de todo —del espacio tan estrecho, del peligro inminente de que nos pillaran—, el chico sonrió. Vimos a duras penas sus dientes en la penumbra.

—Jackson —contestó—. Y no debería estar hablando contigo. Peter me mataría si se enterase. Pero a Sabine también le pareció que deberías saberlo.

—¿Saber qué? —En aquel estrecho almacén hacía un calor sofocante y de buena gana hubiésemos empujado a un lado al chico para salir en busca de aire fresco. Él era lo suficientemente delgado y el armario lo suficientemente grande como para que no nos tocáramos, pero con su estatura parecía amenazador. Addie tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Que debes mantener la esperanza —dijo Jackson—. Tienes que mantenerla.

Mantener la esperanza. Qué forma tan rara de llamar a las cosas.

—¿Qué dices? —se extrañó Addie.

Jackson tomó una corta y rápida bocanada de aire. Eso pareció infundirle energía.

—Hemos estado vigilando la clínica. Ya llevamos una temporada haciéndolo. Nosotros os vamos a sacar de aquí.

—¿Quiénes son nosotros?

—Emalia nos llama «los Clandestinos» —respondió, y se atrevió a sonreír, como

si hubiera tiempo para bromas—. Creo que...

—No me interesa el nombre de vuestro grupo.

*Quizá deberíamos procurar no desairarlo*, le advertí, pero Jackson no parecía desairado en absoluto. De hecho, seguía sonriendo. Tenía una sonrisa como una cerilla encendida: cálida tirando a calurosa.

*Híbridos*, dije, y nos dio un vuelco el corazón. Como vosotros. Como nosotros. ¿Aquel chico que habíamos supuesto que nos consideraba un bicho raro era uno de los nuestros, un híbrido?, me pregunté.

—Peter es más o menos el líder —explicó él como si nada—. Ya ha hecho esto antes. Ayudar a los niños a escapar. Tenía un plan para la Clínica Normand, pero quedó en nada. Una persona que creímos que nos iba a ayudar... —Su expresión se ensombreció—. Bueno, no pudimos seguir confiando en ella.

Ayudar a los niños a escapar. Peter. Planes.

Antes de que pudiéramos procesar aquella información, Jackson ya la estaba ampliando:

—Ahora está preparando otro plan. Quiere que pasemos desapercibidos hasta que lo tenga a punto, así que se supone que yo no tenía que estar hablando contigo ahora. Pero yo sé... Sé cómo es esto. —Ya no sonreía. Su sonrisa había desaparecido por completo, y de pronto parecía mucho mayor—. Así que os diré que vamos a venir. Solo tenéis que esperar un poco más. Y mantener la esperanza.

Volvimos a sentirnos un poco aturcidas, no sabíamos si por lo reducido del espacio, por la caída del día anterior o por toda la información que nos habían soltado de golpe. Quizá por las tres cosas a la vez.

—Están operando a los niños —dijo Addie por fin. Era lo más importante que sabíamos hasta entonces y teníamos que comunicarlo. Apartó la mirada y continuó—: Y las vacunas que ponen a todo el mundo, esas vacunas para bebés, hacen que la mayoría de la gente pierda una de sus almas. Y en el caso de algunos niños, son ellos los que deciden quién es el dominante y quién no. Ellos eligen quién debe vivir...

Jackson nos puso la mano en el hombro y Addie volvió a mirarlo a los ojos.

—Lo sé —dijo.

—¿Y vosotros vais a impedir todo eso? —Addie se apartó para liberarse de su contacto—. ¿Los Clandestinos vais a mejorar las cosas?

—Vamos a intentarlo —respondió Jackson, y de pronto no nos pareció suficiente. En absoluto—. Addie —añadió a continuación en tono muy suave—, confía en mí, ¿de acuerdo? Yo...

—Ni siquiera te conozco —repuso Addie, y él, con los ojos muy abiertos, hizo un gesto con las manos para que hablase en voz baja.

—Ya me conocerás —aseguró, como si con eso bastara.

*Tenemos que confiar en él*, dije. *Cualquier lugar es mejor que este*, Addie.

*Admítelo.*

Jackson volvió a esbozar aquella sonrisa exasperante.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes... pero las sabrás. Lo primero es que salgáis de aquí.

Addie lo miró con los ojos entornados. Estábamos más que hartas de enterarnos de las cosas a medias. Y de momento, ninguna de ellas era buena.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Por ejemplo... —Vaciló, pero Addie se quedó mirándolo con expectación—. Por ejemplo, que las Américas no están tan aisladas del resto del mundo como el Gobierno se empeña en hacernos creer. —Y se apresuró a continuar antes de que Addie pidiera una aclaración al respecto—: Ahora no tenemos tiempo de hablar de ello. Pero te juro que algún día hablaremos todo lo que quieras. Solo tienes que ser paciente.

Addie estaba a punto de exigirle que se explicara, pero Jackson tenía razón: no había tiempo.

*Céntrate, le dije. Nos está diciendo que existe una salida.*

Apretamos los labios y Addie se tragó sus preguntas. En su lugar dijo:

—No puedo tener paciencia. Mi amiga tiene la operación programada. Quizá para hoy. O para mañana. ¿Por qué no podemos irnos hoy, esta misma noche?

—De noche todas las puertas laterales están bloqueadas y con la alarma puesta —dijo Jackson—. Ni siquiera puedes abrirlas desde dentro, así que nadie puede entrar ni salir. La única posibilidad de hacerlo es por la entrada principal, y siempre está custodiada por guardias.

Hubo un momento de silencio. Pudo haberse prolongado, pero no había tiempo para más. De un momento a otro, la enfermera terminaría la conversación o uno de los niños se daría cuenta de que nos habíamos ido.

—¿Y si desconectamos las alarmas? —preguntó Addie—. ¿Así se desbloquearían las puertas?

Jackson sonrió.

—No. Pero nos daría tiempo a entrar sin que se nos echara encima la caballería. ¿Por qué? ¿Eres un hacha de la electrónica?

—No —respondió Addie. Pero conozco a alguien que sí lo es.

Salimos del pequeño almacén con una ligera sensación de mareo y con Jackson pisándonos los talones. La enfermera continuaba hablando con el celador a unos metros de distancia. Los otros niños seguían también allí, formados en algo parecido a una fila; algunos hablaban entre ellos en voz baja, otros estaban apoyados en la pared, apáticos.

¿Cuánto tiempo habíamos pasado escondidas? ¿Tres minutos? ¿Cuatro? ¿Nadie

se había...?

Sí, alguien se había percatado de nuestra breve ausencia: Devon. Nos miró con el ceño fruncido, pero, al ver que Addie se llevaba un dedo a los labios, apartó la mirada y fingió no haber visto nada.

Miramos a Jackson, aún a nuestra espalda. Sonrió, y Addie hizo un chapucero amago de sonrisa. Los planes que habíamos urdido sobre la marcha y a toda prisa, eran fruto de decisiones espontáneas y no pocas suposiciones. Pero existía una estructura básica. Tendríamos que ir la perfeccionando según se desarrollasen los acontecimientos. No teníamos tiempo para nada más. En especial Lissa y Hally no tenían tiempo.

Addie corrió a reunirse con el grupo.

El señor Conivent nos aisló del resto de los niños y nos puso a trabajar en una mesa cercana a su escritorio. Cada poco alzaba la vista para comprobar que estábamos haciendo nuestros deberes. Si veía que pasábamos más de un par de minutos sin escribir, carraspeaba. Quizá suponía que era más seguro tenernos atareadas con problemas de álgebra. Quizá pensaba que así nos mantenía ocupadas, que si nuestra cabeza era un galimatías de matrices, divisiones largas y triángulos obtusos, no nos quedaría sitio para pensar en planes de fuga.

Y quizá habría sido una suposición correcta si no hubiéramos sido híbridas. Entre las dos éramos capaces de resolver problemas y, a la vez, tener sitio de sobra para pensar en cosas importantes.

Jackson había expuesto el plan a toda prisa en los últimos momentos pasados en el armario de la limpieza. Los Clandestinos tenían furgonetas, billetes de avión y documentos falsos para quince niños. Tenían todo lo que necesitábamos fuera del hospital, pero primero había que salir de allí.

No nos atrevimos a mirar a Devon de reojo —seguro que Conivent nos habría pillado—, pero cuando entramos lo vimos sentarse y yo sentí su presencia en la sala con la misma fuerza con que sentía el chip del tamaño de una moneda oculto junto al tobillo. En ese momento la luz roja debía de estar encendida con un parpadeo intermitente, pero seguía oculto entre el zapato y el calcetín negro. Nadie podía verlo.

El señor Conivent cambió de postura en su escritorio mientras rellenaba algún papeleo administrativo. La comisión evaluadora no había hecho acto de presencia, y me pregunté si su marcha habría sido para bien.

*No se han ido, dijo Addie. Ese hombre, el que seleccionó a Hally y a Lissa. Seguro que se queda.*

Se abrió la puerta de la sala de estudio. Se oyó un repiqueteo de tacones que enmudeció cuando pasaron de las baldosas a la moqueta. Alzamos la mirada y vimos a la doctora Lyanne. Se quedó en el umbral, enmarcada por las molduras, con sus zapatos de salón negros, su falda y su blusa perfectas y su immaculada bata blanca. Bonita, casi hermosa. Una mujer de rasgos angulosos. Se acercó a la mesa de Conivent, cerca de nosotras.

Addie y yo terminamos nuestra hoja de ejercicios mientras con el rabillo del ojo estábamos pendientes de su conversación. Hablaban en voz muy baja y no distinguimos lo que decían, pero sí captamos la tensión de sus voces, cada vez más fuertes hasta que Conivent dejó el bolígrafo encima de la mesa con la misma energía con que un juez da un mazazo para reclamar silencio. Su vista se clavó directamente en nosotras, que le devolvimos la mirada.

—Addie —dijo con un registro peligroso—. Ayer no te hicieron el análisis de



sangre. La doctora Lyanne os lo hará ahora. —Addie no se levantó enseguida, y él repitió—: He dicho ahora, Addie.

Dejamos el lápiz y los problemas de matemáticas y nos pusimos en pie. Salimos de la sala detrás de la doctora Lyanne. Ahora necesitábamos algo de ella, una información específica que tenía que pasarnos, y nuestra mente bullía con distintos planes.

—Hola —saludó Addie cuando nos sentamos en la estrecha consulta.

Era la primera palabra que dirigíamos a la doctora Lyanne desde aquella mañana. En ese consultorio casi todo era blanco. Las paredes, el suelo, la pequeña mesa que nos separaba de la doctora. Nosotras éramos una mancha azul derramada sobre una silla. Entre la mujer y nosotras había una máquina gris, un artilugio del tamaño de una máquina de escribir, que contenía unos viales de cristal visibles a través de una especie de malla plateada. Estaban conectados a un tubito de plástico que serpenteaba por encima de la mesa.

Nos dio la sensación de que todo se hacía aún más pequeño cuando la doctora cerró la puerta. Nada del otro mundo después de haber estado encerradas en aquel armario-almacén con Jackson, por supuesto, pero tanto la doctora Lyanne como nosotras parecíamos ocupar demasiado espacio pese a que ella era una mujer muy delgada y nosotras nada altas.

—Extiende el brazo —pidió con voz autoritaria a pesar de la palidez de sus mejillas. Addie obedeció.

Nos habían hecho tantos análisis de sangre cuando éramos pequeñas que ya no nos inmutábamos ante las agujas. Addie ni pestañeó cuando la aguja fría se deslizó bajo la piel ni cuando la sangre penetró en el tubo y empezó a caer en uno de los viales. Durante un rato, ninguna de las dos dijimos nada. La aguja apenas nos molestaba. Primero contemplamos cómo se iba llenando un vial, luego el otro. La doctora estaba sentada frente a nosotras y también contemplaba indiferente la máquina.

—¿Sobre qué estaban discutiendo? —preguntó Addie, con lo cual la doctora centró su atención en nosotras a la velocidad del rayo.

—¿Quiénes? —preguntó a su vez. Como si no supiera a quiénes nos referíamos.

—Usted y el señor Conivent.

La doctora presionó con suavidad nuestro brazo con un trocito de algodón y luego sacó la aguja con delicadeza.

—Sobre nada, Addie. Y, para empezar, no es asunto tuyo.

—¿Era sobre Jaime?

—No, no era sobre Jaime. Sigue apretando el brazo con esto.

Addie lo hizo pero no dejó de mirar a la doctora mientras esta agarraba una

maraña de cables que tenía a su espalda. Estaban conectados a un extremo de otra máquina también gris —más grande que la anterior— cuyo extremo opuesto parecía un casquete.

—¿Era sobre Hally? —pregunté yo, y me estremecí. Que yo asumiera el control no era parte del plan y la verdad es que tampoco había tenido intención de hacerlo. Quería haber esperado a que Addie me lo pidiese. Pero estaba tardando demasiado y yo quería saber—. ¿Hally está a salvo? —Y como eso había sido una estupidez (era la pregunta más absurda que podía haber hecho: por supuesto que Hally no estaba a salvo), añadí—: Aún no se lo han hecho, ¿verdad? No, no la han operado todavía.

La cara de la mujer estaba totalmente inexpresiva. Inexpresiva, fría y pálida. Transmitía tanta tranquilidad que me crispó los nervios. ¿Cómo podía estar tan tranquila?

—No —respondió. Y notamos que se nos relajaba todo el cuerpo con un alivio dulce y fresco.

Comencé a dejarme ir, pero entonces Addie me dijo:

*No, Eva. Esfuérzate. Esfuérzate por conservar el control. Habla con ella. Tú lo harás mejor que yo. Lo sé.*

*Pero..., protesté.*

*Puedes hacerlo, Eva.*

—¿Dónde está? —pregunté, sobreponiéndome a la fatiga. La doctora nos miraba fijamente y tuve que tragar saliva y respirar hondo para encontrar mi sitio en nuestro cuerpo compartido antes de poder proseguir—. ¿Dónde la tienen? ¿En el sótano? ¿Con Jaime? ¿Para cuándo está programada la operación?

—Eso no es cosa tuya.

—¿Por qué no? —Nos tembló la voz. La doctora tenía una botella en las manos con un líquido claro en su interior. La tenía agarrada tan fuerte que daba miedo—. Si las cosas salen igual que con Jaime, una de mis amigas va a morir y la otra se va a volver loca... Creo que merezco saber cuándo.

—Lo más probable es que eso no ocurra —siseó. El plástico de la botella cedió bajo la presión de sus dedos—. Jaime tuvo suerte.

Una sensación helada me recorrió el cuerpo. De pies a cabeza. Centímetro a centímetro.

—¿A qué se refiere?

No habló, no nos miró, ni siquiera parecía respirar. Imperturbable como una roca, como el cristal.

—Doctora Lyanne...

—Todos los demás niños que fueron operados se quedaron en la mesa de operaciones. Jaime... Jaime es el único que ha sobrevivido.

Y comenzó a desenroscar el tapón de la botella de forma maquinal. Le temblaban

las manos y se le cayó.

De un manotazo, tiré la botella de la mesa.

Repiqueteó contra el suelo de baldosas y su contenido se derramó, formando un enorme charco. El escozor del alcohol invadió el aire, acre e irritante.

—Ayúdenos —dije; ya no se trataba de una súplica.

La doctora permaneció inmóvil, con la mirada fija en sus manos. Intenté pensar en la mujer que había visto en el sótano, sentada en el cuarto de Jaime, en la expresión de su rostro cuando lo abrazó, en cómo lo había acunado.

—Podría liberar a Jaime —dije; y como no respondió, respiré hondo y continué—. Hay gente... Hay gente que podría sacarnos de aquí. Y se lo llevarían también a él. Así estaría a salvo. —Fue lo único que se me ocurrió, la única cosa fuerte e impactante que se me ocurrió decir para lograr que nos mirase, que advirtiese nuestra presencia.

Funcionó. Levantó la cabeza como un rayo con la boca entreabierta y un toque de color en las mejillas. Un extraño cambio en su expresión: no de desconcierto, sino de miedo.

Luego habló, como si estuviese sumida en un sueño:

—¿Has hablado con Peter?

Las extremidades nos flaquearon.

—¿Conoce a Peter...?

Casi la vimos desmoronarse, trozo a trozo. Cuando entramos allí la estancia nos había parecido demasiado pequeña, y que ella y nosotras ocupábamos demasiado espacio. Ahora parecía que la doctora no ocupaba nada de espacio, tan incorpórea como un producto de la imaginación. Transparente.

—Es mi hermano —confesó.

No pude contenerme... Escuchar aquellas palabras y lograr que nuestro corazón siguiera latiendo y nuestros pulmones ensanchándose y... Pero tuve que hacerlo, tuve que hacerlo porque era yo la que estaba al mando de nuestro cuerpo.

—¿Es su hermano? ¿Su hermano es híbrido y usted trabaja aquí?

—Te lo dije —repuso. De nuevo percibimos en su voz un matiz de determinación—. Te dije que quería ayudarlos...

—¡Entonces hágalo! —exclamé—. Ayúdenos. Ahora. Ayúdenos a salir de aquí. —Los vapores del alcohol nos escocían los ojos—. Si no nos ayuda a escapar, doctora Lyanne —dije con vehemencia—, les estará ayudando a ellos a matarnos.

La miré, y cuando ella apartó la vista le di la mano:

—¿Hally está en el sótano?

Por fin, por fin, asintió en silencio. Solo una vez.

—Las puertas tienen un código numérico. —Forcé la voz para que sonara firme, exigente y enérgica, aunque apenas podía respirar, apenas era capaz de mantener el

cuerpo erguido y hablar con claridad—. Necesito ese código.

Silencio. Respiraciones; de ella y nuestra. Rápido, rápido, rápido. Vacío. La dura mesa de madera. Las sillas incómodas. Las facciones angulosas de la doctora Lyanne. Sus labios finos, las señales de agotamiento en su frente, entre sus ojos de un verde castaño.

Nos reveló el código.

Intenté conservar el control. Lo hice. Luché, me esforcé, y supe que Addie no estaba peleando por retomarlo. Pero se me escapó como agua entre los dedos. Estaba exhausta. Y aunque jamás lo reconocería, quizá me sentí algo aliviada al dejar que Addie volviese a tomar las riendas para no tener que hacerlo yo.

Así que fue Addie quien se ocupó de todo durante el resto del día, la que cruzó una mirada con Devon durante el rato que tenía que haber sido de juegos, pero que por el contrario se había convertido en un rato de lectura en solitario, sobre todo por nuestra culpa. Fue Addie quien susurró a Devon al oído al pasar junto a él en el pasillo:

—Estate pendiente del chip cuando se apaguen las luces.

Él se limitó a asentir con la cabeza. Y cuando aquella noche Addie salió de la habitación con todo sigilo, no tuvimos que esperar mucho para verlo aparecer por el pasillo.

Allí, sentados en una de las pequeñas mesas de la sala principal, Addie se lo contó todo. Habían pasado tantas cosas que parecía que no íbamos a ser capaces de pasarle toda la información. Pero Addie lo logró, a veces entre titubeos, al tiempo que contestaba a las preguntas que Devon iba haciéndonos, e intentaba mantener la calma y narrarlo todo con precisión y fidelidad. Ella y Devon no se miraron mientras hablaban. Los dos habían sacado sus chips —sin ellos, la oscuridad de la sala habría sido total— y ambos resplandecían con una luz roja y suave.

—Entonces, ¿podrías hacerlo? —preguntó Addie al final, ahora sí mirando a Devon. Él estaba sentado inmóvil y con la vista perdida en la oscuridad—. ¿Podrías desconectar el sistema de alarma?

Frunció el ceño.

—¿Es necesario hacerlo de una manera limpia? ¿Sutil?

—Destruirlo sin más —dijo Addie.

—Entonces sí. Si accedemos a la caja del cableado, podríamos cortarlo todo. Luces, alarmas, quizá incluso las cámaras de seguridad. —Eché una mirada a la puerta del otro extremo de la sala, sumida en la penumbra—. Pero antes tenemos que salir de aquí.

—Ya le he pedido a Jackson que nos consiga un destornillador —dijo Addie con toda naturalidad—. La manilla se puede desmontar igual que el pomo de la puerta de la habitación de Lissa.

Y entonces de pronto era Ryan quien estaba allí, no Devon, y sonrió levemente. Esa sonrisa ladeada que yo echaba tanto de menos.

—Lo haremos mañana por la noche —decidió Addie, y a Ryan se le borró la sonrisa.

Sí, debíamos hacerlo la noche siguiente. No podíamos esperar más tiempo. Habíamos preguntado, y la doctora Lyanne nos había dado la información: la cirugía de Lissa y Hally estaba programada para dos días después.

—¿Se lo decimos a los demás? —preguntó Addie.

—Todavía no —contestó Ryan. Jugueteó con su chip, lo hizo rodar por el tablero de la mesa, completamente abstraído; solo la presión que ejercían sus dedos parecía deliberada—. No hasta que no haya más remedio. No sabemos si serán capaces de guardar el secreto...

Addie asintió. No le parecía justo mantener a los demás niños al margen de un secreto tan importante, pero quizá sería mejor esperar un poco. Siendo once niños, a alguno se le podría escapar algo.

Bridget... Seguro que a Bridget sí. Más aún, ¿querría venir con nosotros cuando llegase el momento? Bridget, con su dura mirada gris, su lengua afilada y sus brazos siempre cruzados. Siempre de mal humor, pero siempre segura de que la iban a salvar. A curar. ¿Qué más escondía su cuerpo? Cuando llegase el momento de escapar, ¿tendría su alma recesiva fuerza suficiente para asumir el control? ¿Querría hacerlo?

—Pues entonces, creo que eso es todo. Buenas noches —dijo Addie al tiempo que cerraba la mano en torno a nuestro chip. El resplandor rojo se filtró entre los dedos e iluminó la mano desde dentro—. Hasta mañana.

Ryan dejó de jugar con el suyo y levantó la vista de la mesa.

—Gracias, Addie —dijo. Tenía una manera de mirar a los demás como si ellos fuesen lo único que había en el mundo, como si fuesen importantes. Lo había sentido antes, cientos de veces, y me pareció que Addie también comenzaba a notarlo. Por lo menos, no se movió de la silla—. Gracias por ir a ver a Lissa cuando las dos estabais encerradas. Si no lo hubieras hecho, ahora no tendríamos ni idea de su operación.

Addie bajó la mirada y comenzó a rozar el borde de nuestro camisón con los dedos.

—No fui sola. También fue Eva.

*Fuiste tú la que hiciste casi todo, le recordé.*

—Lo sé —dijo Ryan—, pero eso significa que tú también fuiste. —Sonrió con una pizca de tristeza—. Así que muchas gracias. Y lamento lo de antes.

Nos retorcimos las manos en el regazo, nerviosas. Addie se removió en la silla.

—La salvaremos —añadió por fin—. Vamos a salvarlos a todos. Y vamos a salir de aquí.

A la mañana siguiente, nos levantamos antes de que llegara la enfermera a despertarnos como todos los días. La noche anterior Kitty casi ni se movió cuando salimos y regresamos de la habitación, y tampoco se despertó esta vez. Addie apenas

hizo nada, solo se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Unos días antes también nos habíamos despertado a esa hora. Nos habíamos acercado a la ventana para contemplar el lento ascenso del sol de la mañana. Allí, pegadas al cristal, sentimos el calor que se filtraba por la ventana antes de que el aire acondicionado lo neutralizara. Y vimos un poquito del mundo que había más allá de la clínica.

Pero ahora la ventana estaba cegada con paneles de madera. No podía colarse ni una brizna de luz.

Al día siguiente ya no importaría.

Nos íbamos a marchar esa misma noche.

Jackson nos había dicho que ese día tenía que entregar otro paquete para el señor Conivent. Se inventaría cualquier excusa para hacerlo a última hora y no por la mañana, y así aprovechar para pasarnos un destornillador a escondidas. Aún teníamos que idear cómo esconderlo hasta que regresáramos a nuestra habitación, pero al menos no lo tendríamos todo el día encima. Ya iba a ser bastante difícil, pues el uniforme no tenía bolsillos. Quizá pudiésemos esconderlo en la sala de estudio mientras estuviésemos allí, pero cuando tocaba ducharse, lavarse los dientes y cambiarse en el baño para acostarnos siempre estaban presentes las otras niñas, además de una enfermera en la puerta.

Bueno, ya nos arreglaríamos. No había opción.

Los miembros de la comisión evaluadora habían vuelto, pero no nos observaron como el otro día. Creo que solo merecíamos un día de observación. Solo puedes pasear por un zoo durante cierto tiempo antes de aburrirte. Pasamos por su lado en los pasillos y luego los vimos en las salas de consulta, casi siempre con el señor Conivent, a veces también con el doctor Wendle. Ambos parecían estar enseñándoles las máquinas que usaban en Normand. Una vez, vimos a uno de aquellos hombres llevar a una enfermera a una sala y cerrar la puerta. ¿Una entrevista? ¿Un interrogatorio?

Fuese lo que fuese, mantuvo a las enfermeras muy inquietas y a Conivent muy ocupado. Cuando Jackson llegó aquella tarde justo antes de la cena, se paró con la enfermera que nos acompañaba por los pasillos y le dijo que había pasado por el despacho del señor Conivent, pero que no lo había encontrado. La distrajo el tiempo suficiente para que Addie se escabullera de su sitio cerca del principio de la fila — donde la enfermera podía vigilarnos— y se situara casi al final.

Jackson, según pudimos comprobar, tenía mucha labia. Para cuando la enfermera logró convencerlo de que no podía molestar al señor Conivent en aquel momento — tendría que esperar o volver por la mañana—, ya se había hecho tarde para la cena, y la enfermera, nerviosa e impaciente, enfiló hacia el comedor a toda prisa sin fijarse en la fila que llevaba detrás.

Las miradas de Jackson y Ryan se cruzaron al pasar, solo una ojeada rápida.

Addie se hizo la remolona mientras el resto de los niños reemprendía la marcha, y cuando Jackson pasó por nuestro lado, extendió la mano a unos centímetros de nuestro cuerpo. Jackson era mucho más alto que nosotras, así que tuvo que hacer una leve inclinación para rozar nuestra mano con la suya. Notamos el frío del destornillador y los bordes del plano que había dibujado para indicarnos cómo se iba hasta el cuarto de mantenimiento, donde Ryan tendría que desactivar las alarmas. Nuestros dedos se cerraron con firmeza sobre ambos.

Todo el proceso duró menos de tres segundos. Addie no se volvió para observar a Jackson alejarse por el pasillo, aunque oímos las suelas de sus zapatos rechinando en las pulidas baldosas. Apuró el paso hasta situarnos al final de la fila mientras deslizábamos el destornillador en la cinturilla de la falda. Como el papel podía resbalar, se agachó para meterlo en el calcetín, junto al chip.

Cuando volvió a enderezarse, una niña de la fila también se había detenido. Nos miró, con un movimiento ondulante de sus trenzas rubias sobre los hombros.

Bridget.

¿Habría visto algo?

—¿Qué? —dijo Addie—. Se me estaba cayendo el calcetín.

Los ojos de Bridget eran inescrutables.

—Tu sitio es al principio de la fila.

—¡Niñas! —llamó la enfermera cuando advirtió que dos miembros de su rebaño se habían rezagado—. Daos prisa. Addie, vuelve aquí adelante. Ya sabes que no puedes quedarte atrás.

Addie adelantó con calma a Bridget, que observó con recelo cada uno de nuestros pasos.



Después de cenar enviaron a la doctora Lyanne a vigilarnos en la sala de estudio, cosa que nunca habían hecho. El señor Conivent no encajaba en el comedor, como tampoco la doctora encajaba en la sala de estudio; al menos, no como vigilante.

Pero tanto Conivent como las enfermeras habían desaparecido no sabíamos dónde, y nos dejaron a cargo de la doctora. Ya no era la mujer que habíamos visto derrumbarse en la consulta. Había recobrado la compostura y se mostraba firme, fría y profesional. Pero su rostro tenía una pátina que no habíamos visto antes, una mirada medio perdida que hizo que los niños se mostraran más atrevidos que con las enfermeras, desde luego bastante más que con el señor Conivent. Se suponía que teníamos que jugar con nuestros manidos juegos de mesa en silencio, pero poco a poco fue aflorando un murmullo de conversación. Cuando vieron que la doctora Lyanne no decía nada, sino que se limitaba a continuar sentada muy tiesa junto a la puerta, se unieron cada vez más niños a la conversación hasta que un parloteo en voz baja se adueñó de la sala.

Addie ni siquiera levantó la vista cuando Devon se acercó y tomó asiento junto a nosotras. Estábamos sentadas en el suelo, medio escondidas detrás de una mesa y unas sillas, a unos dos metros de Cal, la persona que teníamos más cerca.

—Lo tenéis todo —dijo Devon con ese tono suyo tan peculiar que hacía que sus frases sonaran entre afirmación y pregunta.

Addie asintió. Cal tenía una baraja y construía y reconstruía un castillo de naipes, sin desistir cada vez que se le desmoronaba. Sus movimientos eran aún más torpes de lo normal, aunque tenía la mirada alerta. ¿Significaba que le habían quitado la medicación?

*Qué más da, dije. Esta noche va a salir de aquí con nosotros.*

Entonces, con un poco de suerte, todo iría bien. Se recuperaría. Nadie le haría nada terrible que le causara un daño irreparable.

Addie miró el reloj de pared: las 19.45. Ya no quedaba mucho.

*¿Adónde ha ido?*

Tardé un segundo en entender a quién se refería. Lo supe al ver la silla vacía.

—¿Addie? —llamó Kitty a nuestra espalda, y se acercó con un juego, con la vieja caja entre sus manos—. ¿Echamos una partida?

Addie logró componer una sonrisa mientras daba unas palmaditas en el suelo junto a nosotras y Devon para que se sentase.

—Claro. ¿Lo vas montando tú?

Kitty asintió. Addie volvió a echar un vistazo a la silla vacía de la doctora Lyanne.

—Allí —nos susurró Devon al oído. Kitty apartó la vista del juego solo un

instante—. Junto a la mesa del señor Conivent.

La doctora Lyanne se movía inquieta en torno al escritorio de Conivent. A una persona que no estuviese tan pendiente como nosotros le podría parecer que aquel era su sitio natural. Pero ahora ya sabíamos interpretar a la doctora Lyanne. Y éramos híbridas rodeadas de híbridos. Estábamos más que acostumbrados a percibir cualquier cambio en la voz, en el movimiento, en la expresión. Vimos la tensión de sus manos cuando abrió un cajón del escritorio y sacó una pequeña caja de cartón.

—¿Qué está haciendo? —susurró Addie.

Devon no respondió. Tenía la mirada fija en la doctora, que había dejado la caja en la mesa y levantado la tapa, dejando al descubierto varios recipientes pequeños y blancos. Los sacó y alcanzó lo que había en el fondo: un papel.

—¿Es uno de los paquetes que entregó Jackson? —dijo Devon.

Distinguimos el sello en uno de sus lados. Sin duda era lo que Jackson había traído antes, cuando nos había pasado el destornillador y el plano, cuando le había dado cháchara a la enfermera sobre la necesidad de encontrar al señor Conivent, porque solo el señor Conivent podía firmar aquellas entregas.

¿Por qué solo las podía firmar él?

¿*Porque son cosas personales?*, dijo Addie mientras apartaba la vista del escritorio.

*Entonces ¿por qué se las envían aquí?*, pregunté. *Si son tan personales, ¿por qué no se las mandan a su casa?*

Kitty había terminado de montar el tablero. Agarró una ficha y la colocó en la casilla de salida. Después ofreció un puñado de fichas a Devon, que tomó una y la puso junto a la de Kitty.

La doctora Lyanne permanecía de pie junto al escritorio mientras leía a toda prisa el papel. Addie se volvió hacia Kitty para decirle que comenzase ella la partida, cuando se abrió la puerta. Se puso tensa y sus palabras se nos quedaron atascadas en la garganta. El señor Conivent apareció en el umbral y se volvió para decirle algo al hombre que lo seguía.

Jenson.

Miramos de nuevo a la doctora Lyanne. Ella también había visto a los hombres y en un santiamén se metió el papel en el bolsillo de la bata y se movió para esconder el paquete a su espalda.

Conivent y Jenson la miraron, y el primero le hizo un gesto con la cabeza. Ella se lo devolvió y se apoyó contra el escritorio para simular que estaba descansando mientras vigilaba a los niños.

Pero Conivent frunció el ceño, aunque no interrumpió su conversación con Jenson, y un instante después hizo una seña a otro hombre para que entrara en la sala de estudio. Entraron y, sin dejar de hablar, se acercaron al escritorio, a la doctora

Lyanne y a aquel paquete seguramente ilícito. Los seguían dos guardias de seguridad que se quedaron junto a la puerta. Quizá Jenson quería protección contra los niños. O quizá la doctora Lyanne se había metido en un lío.

*No importa, Eva*, me tranquilizó Addie, y nuestra mirada se dirigió a Conivent y a la doctora alternativamente. A nuestro lado, Devon se había quedado inmóvil.

*Pues claro que importa*, repliqué. *La va a pillar. Y Jenson también. Y van a...* No estaba demasiado segura de lo que iban a hacer, pero, para empezar, ninguno de los dos hombres parecía muy contento de verla, y...

*No me importa. No nos debe importar, Eva*, replicó Addie. Y a continuación le dijo a Kitty:

—Tira tú primero. ¿Tienes el dado?

Kitty formó un hueco con las dos manos y comenzó a agitar el dado en su interior. Devon nos miró de reojo, pero Addie fijó la vista en el tablero con determinación. Solo quedaban unas horas hasta que se apagaran las luces. Hasta que la clínica se quedase vacía, a excepción de nosotros y el personal de guardia. Hasta nuestra huida.

Ya no necesitábamos nada más de la doctora Lyanne. Nos había dado los códigos para abrir las habitaciones del sótano y eso era más que suficiente.

Pero...

Conivent y Jenson habían llegado casi a nuestra altura y nosotros estábamos apoyados contra la pared entre ellos y la doctora Lyanne. Tenía que detenerlos de alguna manera; tenía que darle tiempo para que volviera a guardar todo lo del paquete. Podía levantarme y decirles algo sin más. Pero ¿qué podía decir para entretenerlos y dar tiempo suficiente a la doctora?

Con el rabillo del ojo vimos un estallido de rojo y blanco: el castillo de naipes de Cal había vuelto a derrumbarse.

Cal.

*Eva*, dijo Addie en tono de advertencia.

*No puedo dejar que la descubran*, repuse. *Nos ha ayudado, Addie. Se lo debemos. ¡No le debemos nada!*

—Cal —dije. La palabra salió de nuestros labios con cierta dificultad, pero no tanta como me esperaba. Devon alzó la cabeza. Kitty dejó de agitar el dado y susurró:

—Es Eli.

Cal había levantado la vista al oír su nombre, receloso y ceñudo. Yo no había reparado en la relevancia de lo que acababa de decir. «Cal». ¿Cuándo habría sido la última vez que alguien lo había llamado por su verdadero nombre?

—Pero ahora no es Eli —dije—, ¿verdad?

Kitty desvió la mirada y dejó caer el dado. Una de las horquillas se le había descolocado.

—Es quien los médicos digan que es.

—No —dije—, no, Kitty...

*Eva, me advirtió Addie. Lo estás poniendo en peligro. ¿Te das cuenta? Si le preguntas y metemos la pata y alguien averigua que nos ha estado ayudando... Lissa nos ayudó y mira lo que les pasó a ella y a Hally.*

Vacilé. Tenía razón. Pero Conivent estaba ya a solo unos pasos del fondo de la sala. Se detuvo para señalar a un niño y decirle algo a Jenson, y vi a la doctora Lyanne aferrada al borde del escritorio.

—Cal —dije—, Cal, ¿me puedes hacer un favor?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Devon.

Cada vez era más fácil. Necesitaba una concentración específica para cada palabra, pero podía hacerlo.

—Tenemos que distraer al señor Conivent antes de que llegue a la mesa. La doctora Lyanne...

—Ahora no es momento para pensar en ella —respondió Devon.

—Ella nos ayudó —repuse—. Nos dio el código para abrir la habitación de Hally...

Él no supo qué responder y yo no esperé:

—Cal, ¿podrías distraer a todo el mundo? Solo unos minutos.

Entonces me asaltó una idea. Cuando Eli y Cal luchaban, a quien drogaban era a Cal. Quizá ahora volviesen a hacerlo. Justo ahora que sus ojos estaban recuperando la claridad de la mirada...

Cal se agachó sobre las cartas e hizo un puchero con el labio inferior. Solo tenía ocho años. Más pequeño que Lyle, tanto en edad como en tamaño. Solo algo mayor que Lucy. Había sido una imprudencia por mi parte pedirle que hiciera semejante cosa, hacerle correr el riesgo de que le hicieran aún más daño.

Dejamos caer los hombros.

Y entonces Cal se puso a gritar.

Su chillido rasgó la sala; la rasgó de arriba abajo tras la tensa calma y provocó un caos. Me eché hacia atrás mientras Kitty se acurrucaba a nuestro lado en busca de cobijo. Devon alzó las manos como para taparse los oídos.

Una baraja entera se estrelló contra la pared, seguida de un juego abandonado. Cal volvió a gritar. Las cartas salieron volando en todas direcciones. Blanco. Rojo. Blanco. Los niños que se encontraban más cerca se apartaron atropelladamente. Los guardias de seguridad observaron la escena sin moverse. Quizá no supieran cómo vérselas con un niño pequeño y escandaloso.

Conivent se acercó a Cal con gesto adusto.

Agarré a Kitty de la mano y corrí hacia la pared opuesta. Jenson se quedó donde estaba. Me atreví a echar un vistazo a la doctora Lyanne. Estaba medio vuelta de espaldas, metiendo los recipientes blancos dentro de la caja de cartón.

Cal dejó de gritar justo cuando Conivent trató de atraparlo, lo esquivó y se puso fuera de su alcance. El repentino silencio resultó casi doloroso. La mandíbula de Conivent se tensó. Hizo otro intento por atrapar a Cal, y este se escabulló de nuevo. Ambos, hombre y niño, se observaron sin decir palabra.

Entonces Conivent suspiró, como si aquello hubiese sido el mayor contratiempo del mundo. Se volvió y miró a Jenson como diciendo: «¡Niños! ¿Qué se puede esperar?».

Para entonces la doctora Lyanne se había situado junto a la estantería con las manos pegadas a los costados. El paquete ya no estaba encima del escritorio.

Tomé una larga y temblorosa bocanada de aire y miré a Devon. Él se apoyó despacio contra la pared y apoyó las manos sobre las piernas. Luego Kitty nos apretó la mano. Como no bajé la vista inmediatamente, nos tiró del brazo.

—¿Qué? —pregunté en su susurro, y seguí la dirección de su mirada. No hizo falta preguntar nada más.

Conivent avanzaba hacia nosotras.

Y vio el pequeño destornillador amarillo tirado en el suelo al mismo tiempo que yo.

El señor Conivent no hizo ninguna pregunta. No alzó el destornillador en alto ni preguntó de quién era. Se limitó a inclinarse, recogerlo del suelo y metérselo en el bolsillo. Luego indicó a los guardias de seguridad que nos llevaran a Devon y nosotras a nuestras habitaciones.

Pero les costó lo suyo. Gritamos, forcejamos, pataleamos y oímos a Devon defendiéndose detrás de nosotras. Al final nos metieron en nuestra habitación, aquella habitación horrible con las pesadas camas de metal y las ventanas tapiadas con tablones. Los guardias se quedaron fuera tras arrojarnos encima de la cama, y Conivent entró en la habitación detrás de nosotras. Yo quise arremeter contra él y estrellarlo contra la pared, pero no lo hicimos. Nos agarramos al borde de la cama y exclamamos:

—¿Por qué?

Conivent nos miró con dureza.

—Porque quiero ver cómo sales de esta. —Se acercó y nosotras reculamos por el colchón hasta pegar la espalda a la pared. Pero él se acercó aún más—. Quiero verte arrancar las tablas de la ventana solo con tus manitas, Addie. Y me gustaría ver cómo echas abajo la puerta.

—No voy a ir a ninguna parte —dije con voz ronca—. No hace falta que me encierre.

Él se detuvo al borde de la cama.

—Solo para estar más tranquilos —dijo—. Quiero que permanezcas aquí encerrada mientras operan a Hally Mullan esta noche.

Nos desplomamos contra la pared.

Mañana. La doctora Lyanne nos había dicho que la operación iba a ser mañana. Lo había asegurado.

—Casi se puede decir que es por tu culpa —añadió mientras retrocedía y nos dejaba paralizadas encima de la cama. Adoptó un tono de decepción, como si nos estuviera regañando—. Has andado metiendo las narices donde no debías. Si te hubieras portado bien, Hally no habría intentado ayudarte de esa forma tan desafortunada. Y no la habríamos elegido a ella.

Cerró la puerta a su espalda y nos dejó solas con el efecto de sus palabras todavía en el aire.

Lo intentamos con la ventana. No sin antes haber aporreado la puerta cientos y cientos de veces. No sin antes haberle dado patadas hasta que nos dolió la tibia. Se habían llevado las mesillas de noche, así que los únicos muebles que quedaban eran las camas, y pesaban demasiado para utilizarlas como arietes. Al final, desde el otro

lado de la puerta alguien gritó que nos calláramos y nos tranquilizáramos. Un vigilante, quizá. Conivent había dejado un guardia en el pasillo. Así no iba a ser nada fácil escapar.

Probamos con la ventana. Metimos los dedos como si fueran cuñas en los resquicios entre la madera y la pared y tiramos con todas nuestras fuerzas. Golpeamos el centro de los tablones a puñetazos con la esperanza de romperlos. La herida de la mano izquierda se volvió a abrir y la sangre se filtró a través del vendaje blanco, pero no se movió ni un centímetro. No logramos hacer ni una fisura.

Volvimos a sentarnos en la cama. Nos dolía todo. Teníamos el chip a nuestro lado, encima del delgado colchón, parpadeando suavemente. ¿Qué estaba haciendo Ryan en su habitación?

¿Cómo se nos había podido caer el destornillador?

Un sentimiento de culpabilidad nos oprimió el pecho y nos aplastó las costillas como si fuesen chatarra. Sus bordes afilados se nos clavaron en el corazón. Mi culpabilidad, mi plan... mi absurdo plan. Habíamos ayudado a la doctora Lyanne, sí, pero habíamos perdido el destornillador. Y con él, toda posibilidad de salir de aquel cuarto.

Creí que podría controlar el cuerpo, pero entonces llegaron las lágrimas y no las controlé en absoluto. Más bien parecía que eran ellas las que me controlaban a mí.

Lágrimas por nuestros padres, que habían tenido demasiado miedo como para protegernos.

Por Hally y Lissa, que necesitaban que las protegieran.

Por Jaime, para quien ya era demasiado tarde.

Lloré hasta perder las fuerzas, con el pelo pegado a la cara y la mirada borrosa. Notábamos dolorosas pulsaciones en las manos.

Pero yo dije: *No podemos rendirnos.*

No, respondió Addie. *Y no nos rendiremos.*

Mantén la esperanza.

Mantén la esperanza.

Sentí a Addie acurrucada junto a mí. Cálida, firme, una fuente de energía.

*Aún tenemos el plano para llegar al cuarto de mantenimiento,* dije. Apoyamos la frente sobre las manos y contuvimos la respiración para intentar reprimir el llanto. *Si logramos salir de la zona de residencia, Ryan aún podría desactivar las alarmas.*

*Sabemos el código del cuarto del sótano donde están Lissa y Hally,* dijo Addie. *Si logramos bajar, podremos liberarlas.*

Si aún no habían comenzado la operación. Si no era demasiado tarde. Pero no podía ser demasiado tarde. Me negaba a creerlo. Todavía podíamos salvar a Lissa y a Hally y a Jaime y a los demás niños.

¿Dónde estaban los demás niños? Debía de haber pasado más de una hora desde

que Conivent nos había encerrado allí. Todos habrían vuelto ya a la sala principal.

*En algún momento los traerán, dije. Y cuando lo hagan, tendrán que abrir esta puerta para que entren Kitty y Nina. Dirigí la mirada a la pared que había junto a la puerta. Si nos situamos ahí, podríamos...*

*¿Podríamos qué?, interrumpió Addie. ¿Apartar de un empujón al vigilante y correr como posesas? Aunque lográramos salir de la zona de residencia, nos alcanzarían antes de que pudiéramos abandonar esta planta.*

*Será tarde, dije. Ya no habrá tanta gente por los pasillos. Todos se habrán ido a casa.*

Pero uno de los guardias de seguridad daría la voz de alarma y todo el edificio se convertiría en un hervidero de gente. Lo sabía. Solo estaba expresando mi deseo de que no fuese así.

*Y además no tienen por qué traer a Kitty a esta habitación, dijo Addie. Ni siquiera tienen por qué abrir esta puerta. Vaciló un instante y añadió: Hay una cama vacía en otro cuarto.*

Pero cuando nos estábamos resignando, cuando volvíamos a bajar la vista al suelo con los hombros apoyados en la pared, oímos una llave en la cerradura. La puerta se abrió y entró la doctora Lyanne con Kitty de la mano.

Antes de que la puerta hubiera terminado de abrirse, ya me había levantado de la cama para abalanzarme sobre ella. Aparté a Kitty y espeté entre dientes:

—Me mintió. Usted me mintió. Dijo que no la iban a operar hasta mañana. Dijo...

—Hubo un cambio planes —explicó—. Y yo no lo sabía.

—¿No lo sabía...?

—Chsst, cállate, Addie —dijo la doctora. Todavía llevaba puesta su bata blanca, y su pelo suave y limpio apartado de la cara.

—¿Por qué? ¿Por qué me tengo que callar? —repuse.

—Porque si montas un escándalo, el guardia no me va a dejar sacarte. Está en la puerta del pasillo, pero si sigues gritando va a venir. Y si viene, no podrás salir de aquí.

Miré a la doctora, luego a Kitty, que nos observaba con tal esperanza y desconcierto en los ojos que no pude seguir hablando.

—He llamado a Peter —explicó la doctora como si fuese una muestra de debilidad, como si en esos momentos (precisamente en esas circunstancias) no estuviera bien llamar a su hermano híbrido—. Ya sabe la hora. Estará allí, en la puerta lateral. Tendrán las furgonetas preparadas. —Nos miró—. Pero seguro que eso ya lo sabes. —Asentí sin palabras. La mano de Kitty apretó la nuestra con fuerza—. Ese chico... Devon. Fue de él de quien hablaste al amigo de Peter, ¿no? ¿Sabe desconectar la alarma?



¿Nos estaba tendiendo una trampa? ¿Había logrado descubrir nuestro plan y estaba intentando... qué? No acerté a adivinarlo. Si ya sabía tantas cosas, ¿qué sentido tenía que nos siguiera interrogando?

—Sí —contesté.

—Entonces vámonos —dijo ella.

Sacó algo del bolsillo de la bata y nos lo lanzó. Lo atrapé con un movimiento rápido para que no cayera al suelo. Era una llave.

—Es del cuarto de mantenimiento —explicó la doctora—. ¿Sigues teniendo el plano? —Asentí con la cabeza mientras me agachaba para meter la llave dentro del calcetín izquierdo, sin apartar los ojos de su rostro. La llave estaba más fría que el chip—. Los demás niños están esperando. No tenemos mucho tiempo.

—¿Los demás niños? —Fruncí el ceño—. ¿Todos? ¿También Jaime y Hally?

—No, ellos no.

—Entonces tenemos que ir a buscarlos —dije—. No tardaremos demasiado, con el código...

La doctora sacudió la cabeza.

—No es tan fácil, Addie.

—¿A qué se refiere? Claro que no va a ser fácil, pero...

—No lo entiendes —dijo.

—Pues explíquese.

Apartó la vista para clavarla en la ventana tapiada.

—No vamos a ir a buscar a Hally.

Addie y yo reaccionamos al unísono: nuestro recelo dio paso a más recelo, nuestro enfado fue en aumento.

—¿Qué? —Reprimimos una risita nerviosa—. Por supuesto que iremos a buscarla.

Ella negó con la cabeza.

—Addie, ¿es que no te das cuenta? ¿Crees que este hospital se queda vacío de noche? ¿Que todo el mundo recoge sus cosas y deja solos a los pacientes?

—No, claro que no, pero...

—Aquí siempre hay médicos —dijo en un tono cada vez más alto—. Y enfermeras. Y alguien para hacer las rondas.

—Ya, pero...

—Excepto —prosiguió—, excepto los días en que se opera a algún niño.

Enmudecí, sin dar crédito. La doctora no podía estar diciendo aquello. Pero lo había dicho; lo había dicho y seguía hablando.

—Addie, la gente acude a presenciar las operaciones. A observar. No todos los médicos, pero sí un buen número. La comisión evaluadora en pleno estará allí. Y el número de enfermeras también se verá reducido; serán necesarias en el quirófano, así

que habrá menos por los pasillos. Puedo decirles que me llevo a los niños para hacerles un reconocimiento. Resultará algo sospechoso, pero mientras no...

—No —interrumpí—. No.

—La operación de Hally será lo que nos brindará la oportunidad...

—He dicho que no. —No levanté la voz ni grité, pero lo dije, y nuestra voz sonó dura y fría como el acero—. Jamás. No la vamos a dejar aquí. ¿Y qué pasa con Jaime? Él también está en el sótano. ¿Lo va a abandonar? ¿Otra vez?

La doctora avanzó un paso hacia la puerta con un peligroso rubor en las mejillas.

—Cuando seas mayor, Addie, comprenderás que a veces hay que hacer sacrificios dolorosos para poder...

—¿Eso es lo que se dijo a sí misma cuando operaron a Jaime? —le solté.

Mis palabras la hicieron callar.

Hubo un silencio.

La mano de Kitty se retorció en la nuestra y tardé un momento en darme cuenta de que quería soltarse. La miré, pero ella estaba pendiente de la doctora. Le liberé la mano y ella se acercó a la mujer con pasitos cortos. Entonces cerró los dedos —que acababan de estar entrelazados con los nuestros— en torno a la mano de aquella mujer.

—Sáqueme de aquí —pidió mirándola con aquellos ojos oscuros muy abiertos, con aquella cara tan pálida, casi como de hada—. Sáqueme de aquí, por favor. Deje que Addie baje al sótano. Y sáquenos a los demás.

La doctora Lyanne tardó una eternidad en abrir la puerta de Ryan. Tuve que contenerme para no arrebatárle las llaves y hacerlo yo misma. Si teníamos alguna esperanza de llegar hasta Hally antes que los cirujanos, debíamos movernos con rapidez. Seguíamos sintiendo aquella opresión en el pecho, aquel pellizco que sabía que se suavizaría, aunque solo un poco, si lograba ver a Ryan y comprobar que estaba bien.

Se abrió la puerta y él saltó de la cama, y me bastó verlo dar unos pasos para saber que era Ryan, y no Devon, el que venía hacia nosotras con cara de desconcierto. Levanté los brazos, se los eché al cuello y hundí mi cara en su hombro. Sentí los latidos de su corazón bajo la camisa, bum, bum, bum, tan rápidos como los míos. El calor de su pecho en medio de aquel frío ambiente hospitalario. Tardó un segundo — solo un segundo— en devolverme el abrazo.

—Eva —murmuró con la boca pegada a mi pelo. Asentí y me estrechó aún más en sus brazos—. ¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

—Tenemos que darnos prisa —respondí.

Los pasillos estaban a medio iluminar y vacíos. Resonaba el eco de nuestros pasos, nuestras sombras nos seguían como fantasmas carbonizados. Cada poco pasábamos por delante de una ventana y atravesábamos una franja de luz de luna antes de volver a sumirnos en la penumbra. Luz y penumbra. Luz y penumbra.

Luego llegamos a la escalera, y allí la oscuridad era absoluta. La bajamos con la mano rozando la barandilla, listas para aferrarnos a ella en caso de que me tambaleara, pero no hizo falta. Seguimos corriendo, corriendo, corriendo. A veces Ryan iba a nuestro lado, a veces algo adelantado, a veces un paso por detrás. Cuando llegamos al sótano, estábamos sin resuello.

Las luces amarillas de emergencia daban al sótano el aspecto de una zona de riesgo, así que aminoramos el paso con cautela. Aparte de un débil zumbido, todo estaba tranquilo y silencioso. El silencio amplificó el sonido de nuestra respiración, del roce de nuestra ropa, de nuestros pasos. Pasamos una puerta tras otra. Yo miré por cada una de las ventanitas y percibí imágenes de mesas de operaciones, luces de quirófano sujetas a largos brazos de plástico; fogonazos de nuestras pesadillas. Pero no vimos a Hally. Ni siquiera médicos. Dondequiera que se encontrasen, no era en aquella ala del sótano.

S42, dijo Addie, como si yo hubiera podido olvidarlo. *Tenemos que sacar a Jaime.*

No tardamos mucho en encontrar la habitación. Las luces de emergencia nos iluminaron a nosotras y a la puerta, sobria y robusta. Tras aquella puerta le habían

abierto la cabeza. Y no por una buena causa, todo lo contrario: por ninguna buena causa.

Y él había sido el único superviviente.

Casi no fui capaz de introducir el código en el teclado. La primera vez fallé y me dio pánico volver a intentarlo. ¿Y si solo admitía un número determinado de intentos? ¿Y si saltaba una alarma en caso de fallar demasiadas veces? Addie me dijo:

*Cálmate, Eva. Tranquilízate.*

Respiré hondo y probé de nuevo. Se encendió una luz verde y con una mareante sensación de alivio tiré de la puerta. Se abrió.

—Jaime —lo llamé—, Jaime, despierta. Tenemos que irnos.

Despertó con un sobresalto y un grito. Me eché hacia atrás y choqué contra Ryan. Él me sujetó de la cintura para ayudarme a mantener el equilibrio y después me acerqué a Jaime.

—Chsst, chsst —susurré mientras extendía los brazos hacia él—. Tranquilo, soy yo. ¿Te acuerdas de mí? Estuve aquí anteayer. Hablamos por el intercomunicador.

Ni asintió ni negó. No dijo nada. Pero creí ver en sus ojos una señal de que me había reconocido.

—¿Puedes levantarte, Jaime? —pregunté—. Vamos a sacarte de aquí. Subiremos al piso de arriba, ¿de acuerdo? Confía en mí, Jaime.

Asintió con la cabeza, apartó las mantas y movió las piernas con lentitud hasta que quedaron colgando por un lado de la cama. Logró ponerse en pie por sí mismo, pero se tambaleó. Yo fui a sostenerlo por el brazo, pero Ryan se me adelantó. Jaime pareció sorprenderse, y Ryan le hizo un gesto tranquilizador.

El niño le respondió con una sonrisa ladeada. Ahora que lo veía con más claridad, me pareció más pequeño; menudo, con una mata de pelo rizado castaño oscuro y la piel cenicienta. Muy flacucho. Y con aquella línea de incisión larga y curvada en la frente.

Estaba cerrando la puerta después de salir del cuarto cuando oímos el chillido. Ryan apoyó a Jaime contra la pared del pasillo.

—Quédate aquí.

Yo ya había echado a correr hacia el origen del grito.

Lissa volvió a chillar y su pánico articuló una palabra: llamaba a su hermano. Doblé la esquina a toda velocidad y recorrí el pasillo como si tuviera alas en los pies. Más adelante había un resplandor, no una luz amarilla de emergencia, sino tubos fluorescentes. Como los que había en los demás pisos de la clínica.

El siguiente recodo me condujo a un pasillo iluminado con luz blanca donde todo resplandecía y casi llegaba a deslumbrar. Solo había una puerta abierta, y de allí procedía el grito. Me precipité, con Ryan pisándome los talones.

Había un guardia de seguridad de espaldas a la puerta y dos enfermeras, una de

ellas con una jeringuilla en la mano, ambas con los guantes puestos. Una niña que se revolvió y chillaba y chillaba y...

Ryan se me adelantó y entró como una flecha. Yo lo seguí. Apartó al guardia de un fuerte empujón. El hombre se dio un buen golpe contra la pared. Las enfermeras alzaron la vista, pálidas y con los ojos como platos. Las gafas de Lissa habían caído al suelo; los brillantitos blancos resplandecían bajo aquella luz cruda.

Ryan y yo nos precipitamos sobre las enfermeras casi a la vez. Él agarró a la que aún seguía sujetando a Lissa; la otra, la de la jeringuilla, había retrocedido un paso. Yo agarré a Lissa por un brazo y la separé de un tirón.

El guardia ya se había recuperado y nos sujetó del hombro. Sin pensar, sin pensar ni por un instante en lo que hacía, le estampé una patada en la rodilla. Soltó un quejido y le di un buen codazo en la cara, y eso sí consiguió que nos soltase. Apareció la sangre. Sangre y maldiciones fruto de la conmoción y el dolor. Una de las enfermeras intentó atrapar de nuevo a Lissa. Vi el destello de la jeringuilla, pero Ryan se la arrancó de un manotazo y le dio un pisotón que casi rompió la aguja; eso sí, la dobló y la dejó inservible. De un salto, recogió las gafas de Lissa y se las lanzó. Ella se las volvió a poner. Y allí estábamos los tres, los seis, en medio de la sala y jadeando, rodeados por dos enfermeras y un guardia maltrecho. El sudor nos perlaba la frente. El hombre se había apartado la mano de la nariz y la sangre le goteaba sobre los labios. Nos revolvió el estómago, pero no era momento para flaquezas. Teníamos que seguir luchando. Teníamos que conseguir dejarlos atrás, salir y luego correr, correr, correr.

La puerta. Si tan solo lográsemos llegar hasta la puerta...

Durante un momento —solo un momento— todo el mundo se quedó inmóvil. Un segundo. Una estampa de miedo, sangre y sudor.

Entonces saltó la alarma.

De repente todos parecieron perder la concentración. Todos menos yo.

Ya tenía agarrada a Lissa de la muñeca. Nuestra mirada se cruzó con la de Ryan y se dirigió como un rayo hacia la puerta. Echamos a correr. Todos volvieron aprestarnos atención, pero era demasiado tarde. La sala era pequeña. Nos abrimos paso entre las enfermeras, eludimos al guardia y llegamos a la puerta entre jadeos. Me giré como un torbellino y cerré de un portazo. Y mientras Lissa y Ryan me ayudaban a mantenerla cerrada a pesar de los tirones y golpes de las enfermeras y el vigilante, introduje el código en el teclado numérico y los dejé encerrados.

La sirena aullaba y aullaba. La misma sirena que habíamos oído el día de nuestra llegada. La que habían utilizado para ponernos a prueba, la que había provocado que me levantase de la cama, ahora sonaba para que se oyera en toda la clínica.

Esta vez tuve la sensación de que no se trataba de una prueba. Esta vez era real. Algo había salido mal. Muy mal. Nadie había podido dar el aviso desde la habitación

de Lissa, nadie pudo denunciarnos desde allí. Así que debían de haber sido los otros niños y la doctora Lyanne. Algo les había ocurrido.

El guardia seguía aporreando la robusta puerta con gritos sofocados y casi inaudibles a causa del aullido de la alarma. Ryan nos agarró del brazo. Nos dolía la mano que teníamos vendada por la forma en que Lissa nos la agarraba, con la uñas hundidas en la palma. Pero el dolor me ayudaba a pensar, aunque irradiaba chispazos de fuego que subían hasta el codo.

—Vamos —dije al tiempo que tiraba de los dos—. Tenemos que ir a recoger a Jaime. Y luego arriba. ¡En marcha!

Jaime dio unos pasos tambaleantes hacia nosotros en cuanto nos vio. Llevaba puesto el pijama y parecía un fantasma en aquel rincón, con el pelo oscuro en contraste con su pijama blanco. Lissa lo tomó del brazo con la mano libre y tiró de él. Pero se tambaleó, gritó y se cayó. Tuvimos que detenernos.

*Viene alguien*, advirtió Addie.

Los oímos. Pasos apresurados y palabras ininteligibles. Procedían justo de la zona de donde veníamos.

Pero Jaime no podía ir más deprisa, aunque Lissa y nosotras lo llevábamos casi en volandas. Ryan retrocedió para echarnos una mano, y entre los tres, con lentitud, con dolorosa lentitud, ayudamos a Jaime a penetrar en la agobiante oscuridad de la escalera.

*Las alarmas*, dijo Addie mientras avanzábamos renqueantes. *Ryan tiene que desactivar las alarmas.*

*Olvídate de las alarmas. Ya saben de sobra que algo está ocurriendo.*

La sirena seguía emitiendo su inquietante aullido a tal punto que creímos que nos iba a estallar corazón. Reverberó en el hueco de la escalera y tapó el ruido de nuestro descenso. Solo quedaba un piso.

Lissa abrió la puerta del descansillo de la primera planta con cautela y escrutamos el vestíbulo en penumbra. De él salía un solo pasillo. La puerta lateral tenía que estar en algún punto de aquel pasillo. No muy lejos. Y el vestíbulo seguía desierto, aún era un lugar seguro.

Solté a Jaime.

Ryan tendió el brazo hacia nosotras.

—¿Qué...?

—Tengo que ir al piso de arriba —dije—. Debo asegurarme de que los otros han salido.

Lissa me miró boquiabierta.

—Eva, eso es una locura.

*Eva, por favor*, dijo Addie. *Eva, tenemos que llevarlos hasta la puerta lateral.*

Intenté tragar saliva, pero teníamos la garganta demasiado seca.

—Algo ha salido mal. Tengo que comprobar qué ha sido. Tengo que... Kitty. Cal. Los demás. Ellos...

—Eva... —comenzó Ryan.

—Puerta lateral —indiqué—. Al otro lado del vestíbulo. Seguid andando hasta que la encontréis, no puede estar lejos. Decidle a Jackson que ahora mismo bajo.

—Ni hablar —dijo Lissa. Tenía el pelo todo revuelto tras la batalla librada en el sótano, arañazos en las mejillas y los ojos brillantes. Intentó volver a tomarnos de la mano. Le di un suave empujón para que continuase avanzando.

—Tienes que irte, Lissa. Tienes que llevar a Jaime hasta la puerta antes de que lleguen. No puede caminar deprisa. ¡Vamos, largaos!

Aun así, vaciló. Negó con la cabeza y miró a su hermano.

—Vete —le dijo él—. Vete, Lissa, por favor. Nosotros estaremos ahí en un momento.

Lissa titubeó unos segundos más, pero al final asintió. La vi salir con sigilo al vestíbulo a oscuras y fundirse con las sombras, sin soltar a Jaime.

—Voy a subir —le dije a Ryan. Si no hubiera sido tan idiota de perder el destornillador, todo habría sido distinto. Todos estaríamos ya en las furgonetas de Peter, de camino a la salvación a toda velocidad. Aquel caos, aquella incertidumbre, eran culpa mía—. Tengo que ir. No puedes impedírmelo, Ryan.

—Entonces voy contigo —dijo él, y me tendió la mano.

La agarré y subimos la escalera como flechas. Acabábamos de llegar al tercer piso cuando las luces se encendieron de repente a toda potencia.

*Saben que estamos aquí, dijo Addie. Saben lo que estamos haciendo, Eva... Tenemos que irnos.*

Negué con la cabeza.

*No. No podemos irnos.*

—Eva —dijo Ryan—, si se encienden las luces quiere decir que van a buscar por los pasillos. Aunque los demás ya hayan salido, nosotros no podremos burlar a los vigilantes.

Me incliné para introducir la mano libre bajo el calcetín y sacar la llave. El vendaje de la mano nos estorbaba, pero lo conseguí.

—Entonces tendremos que apagar las luces. Todas. —Le entregué la llave que nos había dado la doctora Lyanne junto con el plano—. Está en la última planta. Hay una puerta, un cuarto de mantenimiento...

—Apagaré todas las luces —dijo él.

Estábamos en una escalera desierta, con el aullido de una alarma agobiándonos, y de repente Ryan se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Dios mío, Eva, ¿es que todo lo guardas en los calcetines?

No supe si reír o echarme a llorar. Y como me apetecían las dos cosas, no hice

ninguna de ellas; me limité a empujarlo hacia el siguiente tramo de escalera, sonreí y le dije:

—Nos vemos enseguida, ¿vale? En la puerta. Te veo en la puerta lateral.

Asintió con su sonrisa ladeada.

La sirena enmudeció.

Se nos borró la sonrisa. ¿Qué significaba aquello?

—Vete —repetí.

Ryan subió corriendo los peldaños. Yo respiré hondo y abrí la puerta del descansillo del tercer piso.



El silencio era escalofriante. Aún resonaba en nuestros oídos el eco de la sirena. Casi la echaba de menos. Al menos habría camuflado el ruido de nuestros pasos por el pasillo. Habría enmascarado nuestros jadeos. Nos sentimos desnudas y expuestas en aquel pasillo iluminado.

Avancé tan rápido como pude, pero nuestros zapatos del colegio no habían sido hechos para caminar con sigilo. Se oía un leve taconazo cada vez que pisaban el suelo. Terminé por quitármelos y llevarlos en la mano.

Si no lo hubiera hecho quizá todo habría sido distinto.

Casi habíamos llegado al final del pasillo cuando la vimos: Kitty, la niña hada vestida con el uniforme azul de la clínica. Y el señor Conivent la tenía agarrada del brazo.

Ninguno de los dos advirtió nuestra presencia.

Addie apoyó la espalda contra la pared junto a un carrito y los observamos a escondidas desde la esquina. Conivent se encontraba a pocos metros, de espaldas a nosotras.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, y zarandeo a Kitty, que cerró los ojos—. Si alguna vez quieres volver a tu casa, Kitty, tienes que decírmelo.

Me debatí con Addie.

*Espera, espetó.*

—No lo sé —contestó Kitty—. Con la doctora Lyanne y los guardias de seguridad. Bridget... Bridget no quería ir y la enfermera llamó a los guardias y...

Él volvió a zarandearla y la hizo callar.

—No me refiero a ellos, Kitty. ¿Dónde están Devon y Addie?

—No lo sé.

El carrito que teníamos al lado estaba vacío, a excepción de una de esas bandejas metálicas hondas como las que la doctora Lyanne y el doctor Wendle habían utilizado para llevar su instrumental. Con cuidado, Addie se inclinó hacia delante con los pies firmemente afianzados en el suelo. Extendió los brazos y agarró la bandeja con ambas manos.

—Se lo juro —dijo Kitty—, le juro que no lo sé. Yo...

No pude soportarlo más.

Doblé la esquina y estampé la bandeja contra la espalda del señor Conivent. Él soltó un rugido. Kitty gritó. Tenía los ojos muy abiertos y la tez de un tono ceniciento, pero no se quedó quieta. Se soltó de Conivent y echó a correr hacia nosotras. La escondí a nuestra espalda mientras retrocedía. Conivent recuperó el equilibrio y se volvió; tenía las venas del cuello hinchadas.

Su mirada era glacial; su rostro, frío e impenetrable. Su suavidad y elegancia

habían desaparecido. Parecía una silueta de bordes mellados e irregulares. Y aun así, cuando habló, su voz seguía siendo de seda.

—Ah, Addie, estás aquí. —Sonrió. Luego, con calma, sacó su *walkie-talkie* del bolsillo y murmuró—: Tercer piso. Ala este. Ahora.

Nuestro corazón se desbocó.

Estábamos en un callejón sin salida. Kitty seguía detrás de nosotras, y Conivent a tres o cuatro metros de distancia. Si arremetía contra nosotras, tendríamos tiempo de apartarnos, él perdería el equilibrio y yo podría abalanzarme sobre él. Si nos dábamos la vuelta y echábamos a correr, él podría placarnos desde atrás.

Menudo dilema.

—Nos vamos —dije. Teníamos la garganta tan seca que las palabras rascaban. Con cautela, di un paso atrás—. Nos vamos, señor Conivent.

Conivent volvió a ladrar al *walkie-talkie*:

—¿Es que no me han oído? ¡Vengan ahora mismo! —Después se dirigió a nosotras—. Addie...

—No soy Addie —dije, y me detuve—. Soy Eva.

Mi nombre salió de nuestra garganta como una burbuja, nítido y dulce.

—No seas ridícula.

Me eché a reír.

—¿Ridícula?

—Estás enferma —dijo—. Eres una niña enferma y destructiva, y no entiendes...

—No estoy enferma —repliqué. Él iba a decir algo, pero se lo impedí—. Ni enferma ni nada. No necesito que me curen ni que me arreglen o lo que sea que pretendan.

Tomé una larga y profunda bocanada de aire. Parecía que yo era la única persona que respiraba en aquel pasillo.

—Addie —dijo Conivent en tono más alto. El terciopelo de su voz había desaparecido.

—¡No soy Addie! —exclamé.

Las luces se apagaron.

Arremetí sin vacilar, blandí la bandeja de metal y la descargué sobre la cabeza del hombre, tan fuerte que los brazos nos vibraron con el golpe.

¡Eva!, chilló Addie.

Retrocedí. No había gritado. Conivent no había gritado y ahora...

Las luces de emergencia se encendieron y lo bañaron todo con la misma luz cetrina que en el sótano.

El hombre yacía desplomado en el suelo. Un muñeco. No era más que un muñeco de trapo.

Oh, Dios.

Oh, Dios.

Dejé caer la bandeja. Se estrelló contra el suelo y su sonido metálico repiqueteó, repiqueteó, repiqueteó por los pasillos.

Oh, Dios.

Una mano pequeña y fría aferró la nuestra. Kitty. Tiró de nosotras para apartarnos del cuerpo tendido en el suelo. Un paso. Dos. Tres. Teníamos que irnos. Teníamos que irnos. Peter nos estaba esperando.

Le estrujé la mano a Kitty, pero ella no se quejó. Echamos a correr por donde Addie y yo habíamos venido, en dirección a la escalera.

Ryan nos esperaba en el descansillo y casi nos dimos de bruces contra él.

—¿Los habéis encontrado? ¿Estaban allí? ¿Pudieron salir? —preguntó ansioso.

Entonces vio a Kitty. Parecía casi incapaz de mantener la calma. Tenía el pelo pegado a las mejillas y la boca. Aferró nuestra mano. Notamos su temblor.

Sacudió la cabeza.

—Bridget... Bridget no se quería ir... —Se le quebró la voz, pero logró continuar—. De pronto nos encontramos con una enfermera y la doctora Lyanne dijo que nos iba a llevar a no sé qué sitio, pero Bridget dijo que estaba mintiendo. Dijo que estaba ocurriendo algo muy sospechoso y... —Nos apretó la mano con tanta fuerza que nos hacía daño—. Todos echaron a correr, pero la enfermera llamó a los guardias. Activó la alarma y... Yo estaba con Cal, pero lo pillaron y... había mucha gente. Me escondí hasta que se fueron todos. —Respiró hondo con rapidez—. Quiero salir de aquí, Addie, yo...

—Y vas a salir de aquí —le aseguré—. Vas a salir. Ahora mismo.

Miré a Ryan. Pensé en Cal y los demás niños, incluso en Bridget, pero miré a Ryan y supe que no había tiempo. No si queríamos poner a salvo a Kitty y a Nina.

—Vendremos a por ellos —dijo con voz suave—. A por todos, Eva.

Pero de momento, teníamos que irnos.

Ryan había manipulado el sistema de manera que también se habían apagado las luces del vestíbulo, pero las de emergencia seguían activadas y las linternas de los guardias trazaban zigzags en el aire. Se gritaban entre ellos: «¡Aquí no hay nadie! ¡Esta zona está despejada!»

Nos agachamos junto al umbral de la puerta de la escalera, ocultos por la penumbra, y observamos la confusión. Y rezamos, con la esperanza de que Lissa y Jaime ya estuviesen disfrutando de la seguridad de las furgonetas de Peter.

Ryan nos tocó el hombro y nos sacó de nuestro ensimismamiento.

—A la de tres —indicó moviendo los labios.

Tomé la mano de Kitty y la apreté.

Una.

Dos.

Tres.

Estábamos casi, casi al otro lado del vestíbulo cuando un guardia nos vio y nos llamó. No aminoramos el paso. Sujeté la mano de Kitty con más fuerza.

Echamos a correr. Al frente no había salida. Hacia la izquierda sí: allí estaban los letreros rojos que indicaban EXIT al fondo del largo pasillo. El vigilante no cesaba de gritarnos que nos detuviéramos, que nos detuviéramos inmediatamente.

Entonces Jackson emergió de la penumbra y se materializó con otro hombre a su espalda. Extendió los brazos hacia mí y me animó a que corriera más deprisa. El hombre levantó en vilo a Kitty. Y por fin nos vimos fuera del edificio, a la luz de la luna. Subimos a trompicones en una furgoneta negra y a punto estuvimos de caer encima de Lissa, que nos abrazó al vernos, y en el asiento trasero estaba Jaime. Ryan se subió detrás de nosotras y Jackson cerró la puerta trasera antes de subir al asiento del copiloto.

Arrancamos con un chirrido de neumáticos, justo cuando los guardias de seguridad irrumpían en el aparcamiento.

Todo ocurrió muy rápido.

El trayecto, el aeropuerto, el vuelo, las tarjetas identificativas con nuestras fotos, pero no con nuestros nombres. Todo en medio de una bruma coloreada y ruidos de motor. Antes de que me diera cuenta, estábamos de nuevo en otro avión, con Jaime balbuceando en el asiento contiguo.

Kitty miraba por la ventanilla con la mano pegada al panel de plástico. Lissa dormía. Devon —porque ahora era Devon— mantuvo la vista fija en las manos hasta que también se quedó dormido.

Era curioso pensar que solo era la segunda vez que volábamos. No sentíamos entusiasmo ni nerviosismo. Solo agotamiento.

Antes de llegar al aeropuerto habíamos parado en una minúscula habitación de un motel, donde nos cambiamos el uniforme de la clínica por ropa en la que nada combinaba con nada y además no era de nuestra talla. También nos lavamos la cara y nos peinamos, miramos nuestra cara en el espejo y nuestros ojos inexpresivos.

El conductor de la furgoneta, según supimos luego, era Peter. Era aún más alto que Jackson —y más robusto—, y nos recordó a la doctora Lyanne en el corte de la cara y el castaño ceniciento de su pelo. Nos había sonreído, pero estábamos demasiado agotadas para devolverle la sonrisa, aunque lo intentamos. Fue él quien nos quitó el vendaje de la frente mientras nos mordíamos el labio inferior para no llorar y lo sustituyó por una tirita más pequeña. Las vendas de las piernas eran más fáciles de ocultar con pantalones, y las de las manos con mangas que las cubrían. Para Jaime habían traído una gorra de béisbol que tapase la cicatriz de la incisión y las grapas del cuero cabelludo. Pero no se podía hacer nada con la herida de la mejilla de Lissa, ni los cardenales y la tirita de nuestra frente. Dejé que el pelo nos cayese por delante para cubrirlos como mejor pudimos.

Peter y Jackson vinieron en el avión con nosotros, pero se sentaron unas filas más atrás. También había otro hombre, pero había tomado un vuelo distinto. Era el que conducía la segunda furgoneta. La que venía vacía y debía de haber transportado al resto de los niños. Los que no se habían salvado.

Aterrizamos en una ciudad costera. Todo era como un sueño ruidoso y abigarrado. No teníamos equipaje y nadie nos esperaba en el aeropuerto. Subimos a una furgoneta grande y pasamos el resto del viaje en silencio; las estrellas, frías y nítidas, se asomaron tras la negra capa de nubes.

Llegamos al apartamento poco después de amanecer. Dos mujeres nos esperaban junto a la calzada; una de veintitantos años, la otra más o menos de la edad de nuestra madre. Siguieron riendo y charlando hasta que la furgoneta se detuvo.

Peter y Jackson bajaron. Jaime se apoyó en la ventanilla mientras susurraba cosas

para sí y retorció las manos en el regazo. Devon había viajado junto a él en silencio. Deseé que fuese Ryan, quien me habría sonreído y no se habría aislado de los demás durante todo el viaje. Pero Ryan no estaba, así que aparté la vista e intenté concentrarme en el paisaje circundante.

La carretera estaba desierta. Una ligera neblina rosada y amarilla la iluminaba y oscurecía a intervalos. Contemplé el alto edificio de ladrillo rojo y la aparatosa escalera de incendios que recorría zigzagueante la fachada lateral. Peter, Jackson y las mujeres hablaban en voz baja bajo una farola.

De pronto, me di cuenta de que estaban discutiendo.

—No. —Abrí la puerta de la furgoneta. Lissa despertó de su duermevela. La última frase de Peter se desvaneció en sus labios—. No —repetí—, no nos vais a separar.

Se produjo un silencio tenso.

La mujer joven nos miró con una sonrisa dubitativa. Su pelo color café capuchino se rizaba como volutas de vapor en torno a su cara. Explicó que sería demasiado sospechoso tener a todos los niños en el mismo lugar. Y prometió que estaríamos todos muy cerca.

Aun así, nos negamos.

Al final, cedieron y los cinco niños nos apiñamos en el pequeño apartamento de Peter. Solo había dos dormitorios, así que las niñas compartimos uno, mientras que los chicos se instalaron en el otro. No nos cambiamos de ropa. No teníamos nada que ponernos excepto los uniformes, y nadie quería volver a llevarlos. De todos modos, estábamos demasiado cansados y nos derrumbamos en un revoltijo de miembros exhaustos.

Apenas fui capaz de evitar que Addie se pusiera a dar gritos cuando, horas después, nos despertamos de una pesadilla en la que Cal estaba en la mesa de operaciones y con el escalpelo le trazaban cortes sanguinolentos en la cara. Lissa murmuró algo a nuestro lado, pero no se despertó.

Volví a tumbarme despacio, metí la mano bajo la almohada y saqué el chip. Ya nos habíamos acostumbrado a tenerlo siempre con nosotras. Sus suaves parpadeos rojos nos reconfortaban: los latidos de nuestro corazón se acompañaban al chip y ambos palpitaban en perfecta y serena sincronización.

De pronto los destellos rojos comenzaron a acelerarse.

Antes de pensarlo ya había apartado las mantas para incorporarme. Ahora me movía con mucha más facilidad, nada que ver con aquellos primeros pasos que me habían costado tanto. Quizá fuese un efecto secundario del Refcon que antes me había puesto las cosas tan difíciles.

Addie no dijo nada cuando pasé junto a Lissa con cuidado y luego me dirigí presurosa hacia la puerta.

Ryan nos estaba esperando en el pasillo. Me esperaba a mí.

—Eva —dijo, y yo lo abracé y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Él se echó a reír.

—Te iba a preguntar lo mismo.

—Yo estoy bien —dije con la voz amortiguada y el rostro contra su pecho.

Nos deslizamos hacia el suelo sin soltarnos, su espalda apoyada contra la pared. Él permaneció en silencio. Lo solté y me aparté un poco para verle la cara.

—¿Qué? —preguntó, primero con tono solemne y luego con una sonrisa dubitativa cuando me vio sonreír—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Sé que eres tú —dije, y luego reí, porque todo aquello era absurdo. Era duro reírse, pero aún más duro no reírse. Ryan intentó hacerme callar, pero él también reía. Carcajadas cortas, irreprimibles, sin aliento. Contuvimos la respiración y nos tapamos la boca el uno al otro hasta que recuperamos el control—. Aún está oscuro, Ryan, casi ni te veo la cara. Pero sé que eres tú.

Sonrió. Podía adivinarlo, incluso en la oscuridad. Aún tenía sus manos en nuestros hombros, y su cara a un palmo de la mía.

—Y tú sabes que soy yo —añadí, y él asintió y preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

Tragué saliva, con un repentino ataque de timidez. De pronto fui consciente de lo cerca que estábamos, prácticamente sentada en sus rodillas, más cerca de lo que jamás había estado de un chico en toda mi vida. Me asaltó una repentina sensación de incomodidad. Me puse rígida y aparté la mirada. Pero la incomodidad no era mía. No me pertenecía, e intenté alejarla de mí.

—¿Eva? —dijo Ryan. Sus manos recorrieron mi brazo y sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca—. ¿Eva? —repitió en tono más suave. Se inclinó hacia mí y quiso mirarme a los ojos. Me olvidé de todo lo demás.

Se produjo una especie de lapsus temporal. Y a continuación su boca se unió con la mía con labios suaves y ávidos. Solo duró un segundo. Un abrir y cerrar de ojos. Un latido de corazón. Se apartó y no dijo nada. Yo tomé su brazo. Esa vez fui yo quien lo besó, con tal sensación de mareo que creo que me habría caído si no hubiera estado ya sentada en el suelo.

Pero algo se revolvió en mi interior. Un sentimiento de temor, agudo y frágil. Algo gritó dentro de mí, y antes de ser plenamente consciente de lo que hacía, me aparté e intenté tomar aire.

—Addie, Addie, Addie...

No dijo nada, pero la oí llorar y me estremecí. Me separé de Ryan y él no intentó impedírmelo, simplemente me miró, me observó, y me dio la impresión de que había comprendido. No se puso en pie, sino que me tocó la mano derecha antes de que yo

me girase, y durante un instante solo estuvimos él y yo en el mundo, nadie más.

Pero solo duró un segundo. Porque yo nunca estaba sola, y él tampoco. Corrí al cuarto de baño. Noté cómo se me escapaba el control de mi cuerpo a medida que las emociones de Addie se arremolinaban, cada vez con más fuerza. Cuando cerramos la puerta, estábamos llorando.

*Lo siento, dijo Addie. Lo siento, lo siento. Solo intentaba...*

*No pasa nada, repuse, porque ¿qué otra cosa podía decir? Era Addie. Era mi otra mitad. Y era más importante que cualquier otra persona.*

*Es que nunca había pensado... Se cubrió la cara con las manos y trató de ocultar sus lágrimas. Nunca había pensado que...*

Nunca había pensado que iba a ver y sentir cómo yo besaba a alguien a quien ella no quería besar. Ese había sido siempre mi gran temor. La carga con la que había vivido.

No supe qué decir.

Cuando nos decidimos a regresar al pasillo, Ryan ya se había ido.

Los días fueron transcurriendo con cuentagotas. Uno. Dos. Una semana. Peter pasaba mucho tiempo fuera de casa, aunque cuando estaba traía a sus amigos: la mujer del pelo color café capuchino, la mayor que llevaba gafas de montura de carey, un hombre de piel color nuez moscada y una chica con poses de bailarina clásica. Y Jackson, que nunca llegaba sin una sonrisa para nosotras. Se reunían en torno a la mesa del comedor y hablaban en voz baja durante horas. En una ocasión, estando en la cocina, oímos al hombre preguntar qué tal nos iba.

—Se están recuperando —contestó Peter.

¿Recuperando?

Supongo que así era.

No se podría haber dicho que Ryan y yo nos evitábamos. Es que nunca estábamos juntos. Le dije a Addie que me sentía demasiado cansada para asumir el control, y cada vez que mirábamos, hablábamos o nos cruzábamos con el chico del pelo rizado y oscuro y ojos aun más oscuros, yo sabía que era Devon, no Ryan. Él y Addie no hablaban demasiado. Si Hally o Lissa se dieron cuenta, no comentaron nada al respecto. Estaban más calladas que nunca y pasaban mucho tiempo a solas, o con Jaime. Pero a medida que fueron transcurriendo los días fueron recuperando la sonrisa, al menos un poco. Y después cada vez más.

Siempre había comida en la nevera: huevos, leche, manzanas. Y manteca de cacahuete y pan en la despensa. Durante una temporada vivimos a base de bocadillos. Nadie se quejó. A Jaime nunca se le pasó del todo el temblor, pero sonreía y nos ayudaba a preparar la comida, y se reía cada vez que lo pillábamos lamiendo los restos de manteca de cacahuete pegados a los cuchillos. A veces lo sorprendíamos



murmurando para sí mismo, balbuceando frases inconclusas, como si aún conservara la esperanza de reunirse con el alma gemela que había perdido. Pero otras veces estaba animado y feliz, y así comprendí por qué se había ganado el corazón de la doctora Lyanne como ningún otro paciente de la Clínica Normand.

Pero un buen día sonó el timbre de la puerta y no era la mujer de los rizos color café ni el hombre de la piel oscura. Era una mujer de aspecto cansado, con el pelo castaño ceniciento recogido en una coleta medio deshecha, que llevaba una maleta y calzaba unos zapatos de aspecto muy incómodo.

Ella y Peter se miraron un momento; sus caras eran a la vez muy parecidas y muy distintas. Luego nos miró a Hally y a nosotras, que estábamos sentadas desayunando. Los demás aún no se habían despertado.

La doctora Lyanne levantó su maleta y entró; hizo una pausa nada más traspasar el umbral. En su boca había un temblor que aplacó en el acto. No dijo nada, como si retara a alguien a que la juzgase, a que dijese que no podía pasar, que tenía que irse. Peter se limitó a invitarla a entrar con una sonrisa en los labios.

Estábamos sentadas en la escalera de incendios. Desde hacía varios días pasábamos cada vez más tiempo allí. Era la única manera de captar luz de sol real y directa sin salir del apartamento, cosa que aún no nos dejaban hacer. Por supuesto, no nos íbamos a broncear, porque el sol estaba a punto de ponerse, pero el aire aún era cálido.

Cuando vivíamos en la ciudad también solíamos pasar mucho tiempo en la escalera de incendios de nuestro edificio. Allí el aire era más fresco y las calles más bulliciosas, pero aquella escalera nos proporcionaba la misma sensación de paz y libertad que ahora. Habíamos prohibido a Lyle que nos siguiera, lo habíamos reivindicado como nuestro sitio privado, y cuando se enfadaba por ello, papá casi siempre se ponía de nuestra parte. Quizá porque entendía nuestra necesidad de disponer de nuestro propio espacio, o para mantener a Lyle apartado de nosotras, o sencillamente porque una escalera de incendios le parecía un sitio demasiado peligroso para un niño pequeño; jamás llegué a saber el motivo. Pero ahora daría cualquier cosa por tener a nuestro hermanito con nosotras y verlo aventurarse por el reducido almacén con su curiosidad insaciable, llamándonos para mostrarnos esto o aquello.

Daríamos cualquier cosa por saber que mamá estaba al otro lado de la ventana y nos echaba una ojeada de vez en cuando para comprobar que no nos lastimábamos ni corríamos peligro. Daríamos cualquier cosa por saber que por la noche íbamos a volver a ver a papá, a volver con nuestra familia, y que de algún modo conseguiríamos huir y estar a salvo en otro lugar. Excepto que, incluso en ese caso, seguiría existiendo Ryan. Seguirían existiendo Ryan y su familia, así como montones de niños híbridos

en todas las clínicas e instituciones habilitadas a ese efecto, y no podría dejar de pensar en ellos.

La ventana se abrió a nuestra espalda, con su leve chirrido habitual; las bisagras gemían para que las engrasaran.

—Hora de cenar —dijo la doctora Lyanne, y yo asentí.

Se quedó unos instantes junto a la ventana y contempló el crepúsculo rojo, como nosotras. Entonces, casi sin darme cuenta, le pregunté:

—¿Aún no ha salido nunca?

Ella vaciló un momento, pero luego salió con cuidado a la escalera. Se tambaleó un poco sobre los tacones y disimuló una sonrisa.

—Es bonito —dije mientras me volvía para mirar las calles allá abajo, con coches circulando a toda velocidad entre las emisiones de gas de sus tubos de escape y gente que cruzaba de una acera a la otra. Addie prefería dibujar paisajes campestres, pero quizá algún día me daría el gusto de pintar la escena que se extendía a nuestros pies. Ya no tenía sentido seguir ocultando aquella aptitud suya.

—Sí, es bonito —corroboró la doctora.

Hubo un silencio que se prolongó. Por fin, pregunté:

—¿Qué pasó en la clínica?

Ella se apoyó en la barandilla junto a la cual nos habíamos sentado; el pelo suelto sobre los hombros ocultaba sus rasgos más angulosos.

—Pues al final, nada —contestó—. Los niños se fueron.

—¿Se fueron? —La miré incrédula—. ¿Adónde?

—A otras instituciones.

Aparté la mirada.

—¿Y el señor Conivent? ¿Y el doctor Wendle? ¿Qué fue de ellos?

A veces, cuando Addie y yo teníamos pesadillas sobre escalpelos y papel de estraza blanco manchado de sangre, también soñábamos con el señor Conivent tendido inmóvil en el suelo.

La doctora apretó los labios.

—No lo sé. Técnicamente, las operaciones eran legales. Jamás se hicieron sin el consentimiento de los padres. Pero... —añadió, al ver que nos quedábamos boquiabiertas— pero todos saben que si esto se hace público, se producirá una violenta reacción social en contra, sea legal o no. En lo que concierne a la comisión evaluadora (o sea, al Gobierno), la Clínica Normand fue un completo fracaso. —Rio con amargura.

*Entonces el señor Conivent está bien, dijo Addie. Si no, nos lo diría. Si estuviese...*

Si estuviese muerto. Porque ese era el miedo que nos había atenazado. Que de algún modo, en medio del pánico, le hubiésemos golpeado demasiado fuerte o en un

mal sitio. Que lo hubiésemos matado.

—Todos están haciendo lo imposible por salvar el pellejo —prosiguió la doctora—. O sea, por lavarse las manos. Al final el asunto quedará en nada. Se borrarán de un plumazo. Dentro de unos años será como si nunca hubiese sucedido nada.

Mi risa fue tan exagerada que la doctora se sobresaltó.

—Pero queda Jaime. Y Sallie, y todos los niños que murieron. Eso sí sucedió. Eso jamás se borrará. Y todos los niños que no lograron escapar. Siguen retenidos. Siguen en peligro. —Cerré los ojos y me aferré a la barandilla de hierro—. Las cosas podrían haber salido de otra manera.

—Por cierto, tú viste lo que yo estaba haciendo en el escritorio del señor Conivent, ¿verdad? —preguntó la doctora Lyanne sin dejar de contemplar el cielo ensangrentado—. Aquel destornillador que encontré era tuyo, ¿no?

No respondí.

—Gracias por distraer su atención —añadió.

—Fue Cal, no yo. —Allá abajo, una pareja de adolescentes paseaba entre los transeúntes, lo bastante lejos como para no distinguir sus caras. Pero adiviné su despreocupación en su forma de moverse. Me volví hacia la doctora—. ¿Al menos sirvió para algo?

Antes de responder nos miró.

—Gracias a ello pude comprobar que Peter no mentía. El papel que había en aquel paquete era una relación de su contenido, Addie...

—Eva —le indiqué.

Tardó un segundo en reaccionar, pero continuó:

—Eva, aquel papel tenía distintos códigos, correspondientes a otros tantos países. Toda la medicación enviada desde el extranjero tiene un código diferente según el país de procedencia. Por supuesto, se necesita un permiso especial para saber qué significa cada código, pero...

—Pero ¿qué?

—La medicación que había en aquella caja venía del otro lado del océano, Eva. Y creo que no se trataba solo de medicación. Creo que también contenía planos de máquinas. Tecnología para nuestros equipos. Todo llegado del extranjero.

Tuve que agarrarme a la barandilla, porque las rodillas empezaron a temblarnos. Las vacunas. ¿También las enviaban desde el extranjero? ¿Desde un país de híbridos? Y si eran híbridos, ¿por qué ayudaban al Gobierno para que nos exterminaran?

—¿Cómo puede ser cierto todo lo que el Gobierno nos ha hecho creer sobre el resto del mundo si precisamente desde allí nos envían los suministros? —preguntó retóricamente la doctora—. Eva, ellos viven mejor que nosotros. Por fuerza. Al menos una parte de ellos.

Algunos de nuestros primeros recuerdos correspondían a escenas de películas

sobre las guerras, las bombas, las ciudades en llamas. Incluso en primero o segundo de primaria no habían escatimado detalles a la hora de hablarnos de la destrucción y la muerte al otro lado del océano. Los países híbridos, sumidos en el caos y en guerras interminables, estaban siempre dispuestos a emprender una nueva batalla ante la menor provocación. Supuestamente, las Américas habían suprimido el comercio exterior —de hecho, habían cortado toda comunicación con el exterior— después de las invasiones. Nos habían enseñado que allí no había nada que mereciese la pena importar, nada que mereciese la pena ver.

Europa. Asia. África. Oceanía. Continentes híbridos, devastados, en llamas.

—Todo mentira —dijo la doctora, en voz tan baja que no supe si lo decía para nosotras o si hablaba consigo misma—. Todo lo que nos contaban era una monstruosa mentira.

Se interrumpió y se apartó de la barandilla. Se quitó los zapatos para no tambalearse al regresar a la ventana. Nos dejó junto a la escalera de incendios hundidas en la conmoción, deseosas de estar en algún lugar más firme.

Y, de repente, me acordé del hombre de Bessimir. El híbrido que se había convertido en el blanco de la ira de la muchedumbre, al que habían acusado de inundar el Museo de Historia. El que, desde algún ángulo, se parecía a nuestro tío.

«Son esas cañerías. ¿Cuántas veces habré dicho que había que arreglar esas cañerías?»

No lo había hecho él. Quizá no. Era posible que no. Probablemente no.

Lo que importaba era precisamente que no importaba. Quizá ese pobre diablo nunca había puesto los pies en aquel museo, pero eso daba absolutamente igual. Porque nuestro Gobierno mentía. Porque nuestro presidente mentía. Porque nuestros profesores mentían. Tal vez ni siquiera sabían cuánto había de verdad en lo que enseñaban en clase, lo que escribían en las pizarras, lo que ponía en los libros de texto.

—Michelle —dijo de pronto la doctora Lyanne.

No me hizo falta preguntar a quién se refería. Era una respuesta bastante obvia.

—Me preguntaste si me acordaba de su nombre —añadió.

*Aquella noche en el sótano*, dijo Addie. *Después de caernos del tejado*.

«¿Cómo era? —le habíamos preguntado en un susurro—. Su alma gemela. La que usted perdió. ¿Se acuerda de su nombre?»

—Se llamaba Michelle —repitió, y sus palabras se disiparon en el aire cálido y salado.

Nunca antes habíamos estado en el mar, ni probado su sabor salado mientras saltábamos las olas, ni sentido la arena escabulléndose bajo los pies por efecto del reflujo. Salpiqué a Hally y ella echó la cabeza atrás entre risas y gritos; el viento le alborotó el pelo. Kitty y Jaime buscaban conchas en la orilla, de espaldas a nosotros. No importaba que no dispusiéramos de trajes de baño. Teníamos todo el verano por delante. Y el verano siguiente, y el siguiente, y el siguiente.

Los días eran cada vez más calurosos. Cuando el sol brillante se convertía en abrasador, casi podía quemar los fríos recuerdos de los asépticos y blancos pasillos de la Clínica Normand. Supuse que a Lyle le encantaría estar aquí, pero deseché ese pensamiento. Me hacía sufrir demasiado.

Chapoteé entre las olas; teníamos los pantalones cortos empapados y la camiseta pegada a la piel. Los cortes de nuestras piernas habían cicatrizado y ya tenían costra, y el salitre no les venía mal. Ni siquiera las heridas de las manos y la frente nos escocían casi nada cuando las alcanzaba una ola. Nos iban a quedar cicatrices, pero eso era inevitable.

Jackson nos había acompañado, aunque se mantuvo a una distancia prudencial del agua. Quizá porque se mostraba reticente a formar parte de nuestro grupo. Aun así, me saludó con la mano.

*Siempre con la misma sonrisa,* comentó Addie. *Como si a todas horas hubiese alguna bobada que lo hiciera sonreír.*

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Jackson cuando salí del agua entre chapoteos y me acerqué. El intenso azul del océano apagaba el azul de sus ojos y los hacía parecer casi transparentes. Le sonreí y desvié la mirada, porque aquel no era el chico al que yo quería ver.

El sol me hizo parpadear, pero enseguida localicé a Ryan. Se encontraba en la orilla, a unos diez metros de donde habíamos estado Hally y yo. Aún tenía puestos los zapatos. El viento le levantaba un poco el pelo y mi sonrisa se ensanchó, aunque se desvaneció enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó Jackson.

—¿Qué? —repuse—. Nada.

—Una chica no pone esa cara cuando no le pasa nada —dijo Jackson, y se echó a reír—. ¿No sabe que te gusta?

Me ruboricé y no me digné a mirarlo.

—¿Cómo sabes que me gusta?

Jackson soltó otra risita socarrona.

—Bueno, él sí lo sabe —añadí. Ni siquiera necesitaba concentrarme para recordar aquel beso en el pasillo, la calidez de su boca, el contacto de sus manos. Un beso

robado en la oscuridad que fue suficiente para eclipsar el sol de la playa.

—¿Y tú no le gustas a él? —preguntó Jackson en tono de duda.

Ryan estaba de espaldas a nosotros. Miró a su hermana, luego se volvió hacia el océano, a su vasta y brillante extensión.

—No —respondí—. No, no es eso. —Addie se revolvió, pero no dijo nada. Y yo tampoco iba a aclarar demasiado, porque no quería dar la impresión de que la estaba culpando a ella. No la culpaba de nada, pero las cosas eran como eran—. Es que no es solo cosa de nosotros dos, ¿sabes? —Me giré de espaldas a Ryan y busqué los ojos de Jackson. Era tan alto que tuve que echar la cabeza atrás—. También está Addie...

La sonrisa de Jackson se apagó un poco.

—Pero Addie no tiene por qué estar ahí.

—Por supuesto que tiene que estar. —Fruncí el ceño—. Esa es la cuestión, somos híbridas. Nunca estamos solas. Nosotras...

—¿Nunca has desaparecido para regresar después? —quiso saber Jackson.

Me quedé mirándolo.

El sol caía a plomo muy, muy caluroso.

—¿Nunca? —repitió en voz baja—. ¿Nunca te has obligado a quedarte dormida? ¿A dejar sola a Addie?

El verano en que cumplimos trece años había desaparecido durante unas horas. Sin medicación ni drogas. Yo sola, sin más ayuda que el deseo de desaparecer.

—Pero... —empecé.

—Hace falta práctica —dijo Jackson. Su mirada era ahora más dulce—. Muchas horas de práctica, si de verdad quieres dominarlo. Pero es normal, Eva. Es lo que hace todo el mundo. Creí que lo sabías.

¿Cómo lo íbamos a saber? ¿Quién nos hubiese explicado qué era normal y qué no? Me había pasado la vida aferrada a mi hermana y aterrorizada ante la idea de soltarme de ella.

Hally les dijo a Kitty y Jaime que se metieran en el agua, y se echó a reír cuando ambos dejaron caer las conchas en el acto y obedecieron sin siquiera quitarse los zapatos.

¿Eva?, llamó Addie.

*No es necesario que nos pongamos a hablar de esto ahora, le dije. Por favor, no en este momento...*

Era demasiado para un momento como aquel. Para un día como aquel. Para aquel instante. Y Jackson debió de darse cuenta, porque no añadió nada más, solo me sonrió cuando intenté sonreírle yo. Me aparté de su lado.

Ryan seguía junto a la orilla.

Me acerqué con cautela, temerosa de que se convirtiera en Devon antes de que llegara a su lado. Pero no mutó. Se limitó a mirarme.

—Hola —dijo cuando yo estaba a unos pasos.

—Hola —respondí, y me acerqué más. Los dedos de los pies se me hundieron en la arena.

Ryan recorrió los pocos pasos que nos separaban y se situó a mi lado. El agua le lamía los zapatos y mis pies descalzos.

—Has estado hablando con Peter —me dijo.

Era cierto. Había comenzado a asistir a las reuniones que mantenía con sus amigos, a asimilar lo que era ser híbrido y libre y luchar en nuestro país. A preguntarle qué había de verdad en lo que nos habían contado sobre los demás países. Si de verdad estaban prosperando y enviando suministros.

Lo era. Y nos enviaban material.

Los rostros de los demás niños seguían apareciendo en nuestros sueños. Bridget. Cal. Derivados a otro hospital. A otra institución. Embutidos en otro uniforme.

Pero para evitar eso trabajaban Peter y los demás. Para destruir las instituciones. Para liberar a todos esos niños que habían sido arrancados de sus hogares y cuyas familias jamás podrían volver a hablar de ellos.

Nosotros ahora formábamos parte de aquel movimiento de resistencia.

—¡Ryan! —exclamó Hally, y se rio al tiempo que nos hacía señas con la mano—. ¡Eva! ¿Qué hacéis ahí? Venid.

Ryan me sonrió. Yo le correspondí. Me dio la mano y me llevó al agua hasta donde ya empezaba a cubrir y las olas nos empujaban y arrastraban adelante y atrás, adelante y atrás.

—Tus zapatos... —dije entre risas, pero él siguió avanzando. También se echó a reír, y me sentí más ligera de lo que me había sentido en toda mi vida. Llena de aire, nubes y sol.

Cerré los ojos y apreté la mano de Ryan, que me guio como hizo aquel día ya tan lejano, cuando yo estaba ciega e inmovilizada en su sofá, asustada y aturdida, bajo el control de todo el mundo excepto del mío. Dejé que la luz del sol empapara mi piel.

Addie estaba cálida y radiante a mi lado, siempre mi otra mitad. Pero yo... yo era Eva, Eva, Eva de pies a cabeza.

# AGRADECIMIENTOS

Después de pasar diez minutos mirando la hoja en blanco, supongo que ya es hora de dar el paso y ponerme a ello. Es difícil decidir por dónde empezar. Publicar un libro es una tarea en equipo, y ha habido muchísima gente trabajando para dar forma a *Lo que queda de mí*, imprimirlo y sacarlo hacia lo desconocido. Si tuviera que nombrar a todas y cada una de esas personas, ¡tardaría meses en completar la lista, y vosotros, varios días en leerla!

Así que, con mis disculpas para todos aquellos cuyos méritos reconozco pero cuyos nombres no puedo detallar, mi infinito agradecimiento es para...

Mis padres por, lo primero y más importante, quererme tanto, y por estar ahí cada vez que los necesito, por asegurarme que soy capaz de conseguir cualquier cosa con la que sueñe.

Alyssa G. y Kristyn S., las primeras en conocer *Lo que queda de mí* y que fueron leyendo sus páginas a medida que yo las iba escribiendo. Vuestro apoyo me ayudó a seguir adelante, a pesar de que todas tendríamos que haber estado preparando los exámenes de bachillerato. Un día os dije en broma que si esta vieja historia llegaba a publicarse alguna vez, vosotras apareceríais en los agradecimientos. Pues bien, ¡se ha publicado, y sí, aquí estáis vosotras!

Las chicas del blog *Let The Words Flow*, las mejores compañeras a la hora de escribir (y las amigas más estupendas) que una podría desear. Un millón de gracias especialmente a Savannah Foley y Sarah Maas, por leer al menos cuatro o cinco borradores de *Lo que queda de mí*, a veces en menos de veinticuatro horas, sin que se les agotara la paciencia.

El resto de personas maravillosas que leyeron los primeros borradores y me ayudaron a lidiar con la historia para convertirla en algo parecido a lo que es hoy. Gracias por vuestras contribuciones y vuestro apoyo. ¡Os he tenido en cuenta a todos y cada uno de vosotros!

Mi extraordinaria agente, Emmanuelle Morgen. ¡No sé dónde estaríamos las *Crónicas híbridas* y yo si no hubiera sido por ti! Me ha encantado trabajar contigo y espero y deseo que sigamos haciéndolo muchos años más. Muchísimas gracias también a Whitney Lee, que ayudó a este libro a saltar el charco y a que se publique en todo el mundo.

Mi fabulosa editora, Kari Sutherland, y el resto del equipo de HarperCollins



Children's. Muchas, muchísimas gracias a todos por todo. Kari, tus impresiones y sugerencias, comentarios y críticas, han convertido *Lo que queda de mí* en una historia mucho más sólida.

Y por último, pero no menos importante, a una tal señorita V. Patterson —que probablemente no se acuerde de mí, pero a la que yo sí recuerdo con mucho cariño—, por ser quien me introdujo por primera vez en algo parecido a escribir como los profesionales, por orientar a una niña de doce años a la hora de presentar relatos cortos, por no decirme que era demasiado joven, y por convencerme de que tenía algo que ofrecer al mundo.

## ENTREVISTA A KAT ZHANG

—En *Lo que queda de mí*, la gente nace con dos almas, una dominante, y una recesiva: los híbridos. ¿Tuviste que documentarte mucho sobre temas científicos para escribir el libro?

—Siempre me ha interesado la psicología, y como tuve muchas clases de medicina y neurobiología en la universidad, adquirí cierta formación básica. Además, me documenté sobre neurología. Sin embargo, nunca pretendí que *Lo que queda de mí* fuera una novela de ciencia ficción pura y dura, el concepto de las dos almas se trabaja más a un nivel emocional y social más que científico.

—La originalidad del libro es uno de los grandes aciertos de *Lo que queda de mí*. ¿Cómo se te ocurrió la idea de los híbridos?

—El concepto de los híbridos me vino a la cabeza cuando empecé a pensar en esa vocecita que todos tenemos en la cabeza, y que a veces, en las películas, por ejemplo, se retrata como una voz independiente. Me pregunté: ¿y si esa voz fuera una persona distinta, una persona encerrada en tu cuerpo, pero que no puede controlarlo? Todo lo demás vino a partir de eso.

—*Lo que queda de mí* tiene un poco de distopía, un poco de fantasía... ¡Todo lo que me gusta! ¿Has tenido siempre un gran interés por estos géneros?

—Sí, siempre me han encantado la distopía y la fantasía. También siento pasión por el realismo mágico, y por los mundos que solo se diferencian del nuestro en pequeños detalles.

—¿Fue difícil escribir sobre la relación entre las protagonistas, Addie y Eva?

—La verdad es que no. Tuve que darle muchas vueltas, claro, pero, en general, la descripción fluyó de una forma muy orgánica. Siempre me ha interesado escribir sobre las relaciones entre hermanos, y Addie e Eva son algo más que hermanas, están absolutamente atadas la una a la otra. Es una situación muy interesante que describir.

—¿Qué retos te encontraste al escribir el libro?

—La dualidad de los personajes de *Lo que queda de mí* fue uno de los mayores retos. ¡Nunca me había encontrado con problemas a la hora de escribir el pronombre adecuado para referirme a un cuerpo «habitado» por dos personas! Y eso significa que incluso las escenas más cotidianas requirieron mucho trabajo.

—¿Cuál de los personajes fue más difícil de crear? ¿Cuál es tu personaje favorito, o aquel con quien más te identificas?

—Me costó enfrentarme a Addie, como personaje y como narradora. Está en una situación complicada, y tuve que reflexionar mucho sobre sus motivaciones y sus sentimientos acerca de los distintos aspectos de su vida. Me cuesta decir con qué personaje me identifico más, pero uno de los personajes que más disfruté fue el de la doctora Lyanne.

—**¿Con qué palabras describirías a Eva?**

—Desesperada. Compasiva.

—**¿Cuáles son tus influencias literarias?**

—Cuando empecé a escribir de niña, me ayudó mucho leer a Philip Pullman. Me enseñó a crear mundos fantásticos tan vívidos que parecen reales, y a construir personajes con tanta personalidad que desearías que fueran tus amigos. También fue una gran inspiración *El juego de Ender*, de Orson Scott Card, donde se demuestra el poder de unos buenos diálogos y, una vez más, una construcción de personajes hábil. Otra fuente de inspiración fue Alice Hoffman. Hoy en día me inspiran muchísimos autores por muchos motivos diferentes: algunos por su habilidad creativa; otros, por su amabilidad, buena voluntad y profesionalidad.

*Entrevista realizada por el blog Book Overdose.*



KAT ZHANG. Es una escritora americana conocida por sus novelas dedicadas a jóvenes adultos, siendo *Lo que queda de mí* la primera parte de la trilogía *Las Crónicas Híbridas*.

Escribió su primera historia a los doce años, y decidió que sería escritora; tenía más confianza en sí misma a esa edad que la que tiene ahora. Los primeros resultados tardaron siete años en llegar. Además de la escritura, su otra gran pasión es viajar.